ROGER BORNICHE

el play-boy

Algo más que una novela policíaca: una sorprendente pintura de costumbres

13

Playboys y *play girls*, multimillonarios y traficantes, pederasts y ninfómanos, starlets y mafiosos: en los años 50, los que disfrutan de la posguerra, sedientos de lujo y dinero, invaden los lugares de placer del costa. Se comete un robo de joyas. Llega el inspector Roger Borniche, con su maleta de cartón hervida a mano, en este universo de pretensiones donde todos desconfían. Incluso las víctimas.

Roger Borniche, (7 de junio de 1919 Vineuil-Saint-Firmin (Oise) - 16 de junio de 2020, Mougins 1 (Alpes-Maritimes)), es inspector de policía y escritor francés. Habiendo participado en la represión del crimen organizado, afirma haber estado involucrado en quinientas sesenta y siete detenciones. Ha publicado veintiocho libros.

Roger Borniche

El play-boy

Título original: *Le play-boy*
Roger Borniche, 1976
Traducción: Rosalía Vázquez, 1977

-

Revisión: 1.0
04/06/2021

Dedico este *play-boy* a todos los profesionales de la Policía que, como yo, han tenido que ver con ese tipo de asuntos delicados en los que la fauna adinerada se codea con la fauna pura y simple.

Las circunstancias del robo, el desarrollo de la investigación, las reacciones de los servicios de Policía son, pues verosímiles.

Por el contrario, los personajes son totalmente, imaginarios. De acuerdo con la fórmula consagrada, todo parecido, con personas reales o que hayan existido es fortuita y, por lo tanto, el autor no asume responsabilidad alguna.

R. B.

I

—Gracias, señora; gracias, señor. Buen viaje.

Roberto Grimaldi se embolsa rápidamente la propina, y su mirada aterciopelada sigue a la pareja. El portero engalanado expresa al botones su aprobación.

—Bien, muchacho. Sabes cómo hablarles. Llegarás lejos.

Roberto se yergue orgulloso. Es alto para sus quince años. Podría creerse que es alemán o sueco. Ningún rasgo moruno en este genovés de ojos azules que, de manera inexplicable, ostenta el mismo apellido de la familia principesca de Mónaco, tema inagotable de chirigotas entre el personal del hotel.

—El otro día vimos a tu primo en su «Rolls», por la Croisette.

—De espaldas te pareces a él.

Roberto es huérfano. Educado por su tía María en una callejuela próxima al puerto, obtuvo su certificado de estudios y en seguida quiso ganarse la vida para no ser una carga. Bien es verdad que su tío no le ahorraba las reprimendas ni las bofetadas, apostillando con crueldad tal vez inconsciente:

—¡Si tu pobre padre te viera!

Sin embargo, Roberto no hacía nada malo. Cuando a la salida de la escuela vagabundeaba por los muelles, era sólo para contemplar los barcos, para soñar con países lejanos que, sin duda, nunca llegaría a conocer. Le gustaba estar solo. Los arrapiezos del puerto perpetraban todo tipo de barrabasadas sin su ayuda. No era él quien birlaba los bibelotes en las tiendas de la calle d'Antibes, llamaba a los timbres de las villas situadas frente al mar con el fin de hacer ladrar a los perros, silbaba al paso de las hermosas muchachas de senos arrogantes, durante el tiempo del Festival.

—Señora, señor. Gracias. Buen paseo.

Paul Grimaud, el portero, sonríe satisfecho. Es buena cosa que su protegido sepa cambiar de fórmula. Sí, este muchacho podría llegar lejos. Si lograra ingresar en la escuela de hostelería. Tendría que hablar con el conserje y éste, a su vez, hablaría con el director… Pronto darán las once y el calor de agosto empieza a dejarse sentir. Los uniformes que por la mañana son soportables, comienzan a pesar, se adhieren a la piel sudorosa. Paul Grimaud echa un vistazo a derecha y a izquierda, saca su pañuelo y, quitándose la gorra, se enjuga la frente y luego la calva. Gesto trivial, diría el jefe de personal. Pero ¿acaso es culpa suya que los porteros y los encargados de coches de los hoteles vayan disfrazados de almirante con aquel calor?

Roberto se mete la mano en el bolsillo para hacer tintinear las monedas. Tiene incluso dos billetes que aprieta amorosamente. Uno de ellos se lo ha dado la americana de la 342, que sale pronto y que es siempre la primera en acudir a la playa. Es campeona de crawl. El otro, el hombrecito vestido de alpaca blanca, de ojos carbonosos, del que desconfían todos los botones del hotel. Parece que es preferible no encontrarse a solas con él en el ascensor. Pero Roberto no tiene miedo. Desde hace un año ha conocido a mucha gente extraña y nunca ha permitido que le acorralen. Verse acorralado es una expresión habitual entre aquellos muchachos, casi unos niños todavía, que se codean con la fauna adinerada de la Costa. Roberto tenía seis años al producirse la Liberación. Conoció el entusiasmo algo insensato de la posguerra, la generosa euforia de los estadounidenses, el oportunismo de las muchachas. Ha visto desfilar por la Croisette los coches de mercachifles de toda ralea, insolentes en su propio silencio. En el «Hotel des Muettes», un tres estrellas venido a menos donde había debutado antes de lograr ser admitido en el «Miramar», se codeó con todo el hampa marsellesa, que acudían allí de francachela o por negocios, sin que nada le asombrara. Tal vez ese descendiente de navegantes genoveses lleve la aventura en la sangre. En todo caso, a falta de aventuras se divierte, filósofo precoz y burlón, con la comedia humana en la que se encuentra inmerso. En casa de su tía soportaba los relatos de su tío borracho, empleado en la Capitanía del Puerto. Prestaba atención a los nombres de los barcos y de los traficantes de cigarrillos americanos. Le pareció comprender que el tío cobraba

aquí y allá algún dinero por hacer la vista gorda.

Todo ello contribuyó a que madurara muy de prisa. Las lecciones de moral del profesor eran, sin duda alguna, pura tontería. El pequeño Roberto conocía ya la vida. Y al profesor sus nociones sobre la moral y no le habían llevado muy lejos. Roberto le veía sortear con su vieja bicicleta los «Cadillac» y los «Buick». Con su raído pantalón marrón, sujetos los bajos con unas pinzas, su chaqueta de un marrón más oscuro con los codos de cuero reforzados, su carpeta de cartón oscilando sobre el portaequipajes… algo capaz de hacer aborrecer la moral de una vez por todas. No obstante, Roberto se ha mantenido honrado. Su peculio, pacientemente incrementado, se debe únicamente a sus economías, a sus propinas prudentemente guardadas.

—Algún día pondré un negocio —ha confiado a Paul Grimaud.

—¿Qué clase de negocio? —pregunta el portero que desconfía del clima general de los «negocios» en la costa, en estos años cincuenta.

—Una lavandería automática.

—¿Una qué?

—Hace mucho tiempo que eso ya existe en América. Es una tienda llena de máquinas de lavar la ropa. La gente acude con su ropa sucia, la mete en la máquina y también unas monedas, claro. Y así la lavan. Yo tendré el local y compartiré los beneficios con la sociedad que ponga las máquinas…

Paul Grimaud, perplejo, se echa hacia atrás ligeramente la gorra. En su fuero interno considera conmovedor aquel muchacho, con su voluntad de enriquecerse honradamente, cuando ve a su alrededor toda clase de negocios. En este momento no se habla más que de esto en la Costa.

—Sí, tienes razón, parece una buena cosa. Y al menos es honrado.

—¡Pues claro que es honrado! Fíjese en lo que he reunido ya desde esta mañana… cerca de mil francos.

—Te las arreglas bien…

Paul Grimaud se interrumpe para saludar el conde de los Essarts que pasa majestuoso en su sillón de ruedas, empujado por una enfermera. Un residuo de la clientela de preguerra, uno de los primeros convertidos a la Costa en verano, cuando sólo era de buen

tono acudir en invierno.

—En 1939 se largó a Estados Unidos —explica Paul Grimaud a Roberto—. Y luego, un buen día, se le vio llegar con su ayuda de cámara y su enfermera. La parálisis en las piernas es el recuerdo de una explosión de shrapnell en la columna vertebral, durante la batalla del Mame. Estaba en la caballería…

—¡En la caballería!

—Se diría que estoy hablándote de la Edad Media.

En verdad aquello es algo así como la Edad Media para el niño de la segunda guerra.

—¿Sigue el calor, Paul?

—Sí, señor conde.

—Estupendo. Eso vendrá bien para calentar mis viejos huesos… ¡Caramba! Aquí tenemos al caballero de industria.

El conde de los Essarts observa con mirada irónica a un alto y atezado cuarentón que se detiene en el centro del vestíbulo para encender, a la llama de un mechero de oro, un cigarrillo clavado en una boquilla de marfil.

—Vamos, Berthe —dice el conde.

—¡Vaya carácter! —comenta Paul Grimaud—. ¿Has visto, Roberto? Hace quince días que el señor Frokian vive en el hotel y el conde se ha encontrado con él por lo menos diez veces. Siempre se las ha arreglado para no tener que saludarle.

—No me gusta ese señor Frokian —dice Roberto.

Los dos miran de soslayo, disimuladamente, al personaje ocupado en recoger su correo en la conserjería.

—Es un avaro —prosigue Roberto—. Una vez me dio veinte francos. Y eso ha sido todo…

—Te gusta más su mujer, ¿eh? Ya te vi ayer como te la comías con los ojos…

—¿Yo?

Roberto da media vuelta, colorado como un pimiento.

Laszlo Frokian es una de esas extrañas mezclas europeas de finales del siglo XIX. Nacido en París en 1900, de padre armenio y madre húngara, es evidente que debe a su progenitor su tez oriental y a su madre una especie de aristocracia longitudinal, ligeramente

encorvado, coronado por una cabellera gris de ondulaciones artísticamente manipuladas. Es uno de esos personajes que la Prensa especializada en ecos de sociedad reales o falsos, califica de figura muy parisiense, uno de los hombres mejor vestidos de Francia y otros halagadores calificativos derivados de una reputación lograda a duras penas, con las fatigas de la vida nocturna y las campañas de Prensa de su mujer Sarah, para la que la jornada es desastrosa si al mediodía, hora en que se levanta, no ha visto su nombre en los periódicos.

En realidad, Laszlo Frokian es un trabajador infatigable, un comerciante incansable que sabe dosificar la vida mundana lo preciso para satisfacer a Sarah y dar que hablar de él. Sabe abandonar las galas y las *boîtes* una vez tomadas las fotos. Su joyería en el 65 de la avenida Montaigne, su oficina en el 49 de la rue Cadet, en consorcio con los grandes lapidarios de Amberes, constituye uno de esos negocios considerados brillantes y que se consideran sólidos. Siempre se muestra dispuesto a hablar de su mujer, de Annie, su querida hija, e incluso, de su yerno Patrick, pero sobre sus negocios se muestra en extremo reticente. Cuando se le pregunta dónde estuvo durante la guerra, contesta que se quedó en París, pero apenas se le vio por allí. En aquel entonces dirigía la tienda uno de sus primos húngaros, muy ligado a la Kommandantur. Por lo tanto, su comercio ha seguido prosperando de una manera incesante y la señora Frokian, nacida Grostein, hija del peletero Grostein, no ha sufrido molestia alguna. Bien es verdad que vivía en Niza, en una discretavilla enclavada en la colina de Cimiez. Recibía a los compañeros de la época en que había trabajado en el teatro de los Boulevards, que le había ofrecido su padre y que, desde la guerra, trata de hacer revivir aunque, desgraciadamente, va de mal en peor, como se dice en la profesión.

—¿Es todo?

—Es todo, señor Frokian.

El conserje sabe que a algunos clientes les gusta escuchar su nombre. Y añade, por decir algo:

—Pero, ¿sabe usted, casi no se recibe nada. Con estas huelgas…

—Lo sé, lo sé.

Laszlo Frokian dirige una mirada distraída a los dos pequeños botones, plantados en el vestíbulo, y al otro, algo mayor, que hace

un momento hablaba con el portero. Decididamente, no puede considerarse este hotel de los mejores. ¿Desde cuándo el personal habla cuando está de servicio? Laszlo Frokian paga y todo ha de ser perfecto. ¿Acaso no se disgustó con la dirección del «Carlton» a causa de una tenebrosa historia de calzado mal limpiado? Ahora lo lamenta, pues, de todos modos, el «Carlton» era otra cosa.

Delante de la puerta lo espera su deslumbrador «Hillman» negro. Por el momento prescinde de él, limitándose a mirarse al pasar. Dentro de un momento lo cogerá para conducir a Sarah a almorzar en Cap Ferrat, en casa de los Dubois-Dubreuilh. Hasta entonces, andará. Dispone de mucho tiempo antes de que Sarah se haya bañado, maquillado, peinado y vestido. ¿Acaso el peluquero del hotel no habrá de decolorar alguna imperceptible raíz castaña aparecida de una manera alevosa entre los cabellos color de trigo? ¿No ha de elegir Sarah su vestido más crujiente en honor de los Dubois-Dubreuilh?

A Frokian le gusta acodarse en el parapeto para contemplar a las bañistas, con la mirada encantada de un propietario de potros. Demasiado prudente y también demasiado perezoso para lanzarse a una aventura, se limita a mirar. Por otra parte, le complace gustar, manejar su atractivo un poco equívoco. Para él la vida es eso: ganar dinero, cada vez más dinero para que todo vaya sobre ruedas. Las joyas y los vestidos de Sarah, el negocio inmobiliario con que ha obsequiado a su yerno, o más bien a su hija… lo que permite a su querida pequeña representar en el cine pequeños papeles disfrutando de un tren de vida de estrella. Los trajes cómodos y ligeros que le envían desde Nueva York y que todos le envidian. Por lo demás, sus necesidades son muy reducidas. Come poco y no bebe. Fuma poco y no lee. Se duerme en el cine y todavía más en el teatro, aunque Sarah se obstine periódicamente en querer hacer de él un productor de espectáculos. Su única distracción se reduce a contemplar los diamantes, pero eso es también trabajo.

Dos cruceros norteamericanos entran en la rada de Villefranche. La escuadra le ha tomado el gusto a la Costa Azul y es natural. Para seguir su estela, Frokian se endosa sus gafas oscuras con fina montura de oro, que le dan aspecto de estafador internacional. Cada estancia en Cannes le colma de un gozo discreto, desconocido en París. Se siente hombre del Sur hasta la mismísima médula. Cuando

Sarah se queja de calor y querría que instalaran climatizadores en las habitaciones, él se abre como una planta tropical.

Un tiovivo de niños da vueltas en medio de un bosquecillo de palmeras y de flores malva. A él le gusta esa música ligera, bajo el cielo de un azul insondable. Esa arquitectura barroca que evoca el lujo de 1900, las hermosas damas con sus sombrillas paseando en soberbios carruajes. Él, que no conoció a su madre, muerta al darle a luz, se la imagina rechazando con un ligero movimiento de abanico la mirada de un admirador… En la Costa hay otras ciudades. ¿Por qué va siempre a Cannes? Sarah prefiere Montecarlo, pero es por codearse con el ex rey Faruk en el casino y para exhibir sus joyas en las veladas del «Hotel de París». En Menton se ventea la jubilación, la vejez, el aburrimiento. Niza es una mezcla heteróclita de inmigrados rusos, de gentes hepáticas de las colonias envejecidas antes de tiempo, de comerciantes y obreros. A pesar del mar y del sol, uno no se siente de vacaciones, como si no se hubiera movido de París. En cuanto a Juan-les-Pins, Laszlo Frokian no se encuentra a gusto. Es ruidoso, incómodo, superpoblado. Y también demasiado joven como Menton es demasiado viejo. Patrick Meyer, su yerno, está empeñado en que vayan a pasar unos días con ellos en el «Hotel de la Murène», al que acude la crema y nata de la literatura, el cine, e incluso de las finanzas.

—Sus «palaces» están pasados de moda —afirma Patrick—. Hay que vivir con los tiempos…

Relata las noches de Juan-les-Pins con golosinas de joven felino. Annie aprueba con grandes risas. Y Sarah insiste:

—Esto cambiaría un poco del «Carlton» y del «Miramar».

Pero Frokian se mantiene firme. ¿Por qué habría de sacrificar su Costa para mezclarse con esa juventud equívoca que cree demostrar su libertad yendo descalzo? Lo que hace su hija no le incumbe. Sabe, como todo el mundo, que tiene amantes y que a su marido le importa un bledo. Además, por su parte, este *play-boy* delgado y rubio, de veintidós años que se exhibe con su cabriolet «Triumph» rojo, ¿acaso no arrastra tras de sí a una multitud de atractivos jóvenes a cuál más bronceado?

Laszlo Frokian no censura a nadie. Cada uno puede hacer lo que quiera. Aconsejó a Annie que no se casara con Patrick. Ella insistió. Parece feliz. ¿Qué más se puede pedir? Cuando le dio, como regalo

de bodas, la agencia inmobiliaria de la calle Marbeuf y el apartamento de la calle Saint-James, en Neuilly, exigió prudentemente una separación de bienes. Por lo demás, que la joven pareja Meyer se las arregle, él como director del negocio y ella como *starlette-futura-vedette*. A él no le encumbre. Pero de eso a mezclarse con la fauna de Juan-les-Pins…

—¡Laszlo! ¿Cómo te va?

Frokian se sobresaltó. Son muy pocos los que le tutean. No le gusta. Se guarda mucho de alentar familiaridades. Reconoce vagamente esa voz que ha surgido a sus espaldas. No se vuelve. Deja que quien le interpele le alcance.

—¡Cuánto tiempo!

—Buenos días, abogado. Le creí en Córcega.

—De allí vengo. Desgraciadamente, las vacaciones se han acabado. El trabajo… Hay que ganarse la vida. Esta noche estaré en Marsella.

El abogado Carlotti exhibe tres dientes de oro con una risa complaciente. En veinte años ganando malos pleitos ha obtenido lo suficiente para hacer vacaciones el resto de sus días. Pero se aburre muy pronto, lejos de sus expedientes. De vez en cuando se larga a los matorrales, como él dice. Se va a tomar un descanso a su aldea natal, entre la Île-Rousse y Calvi. Y regresa para desafiar, con una mayor saña y una absoluta legalidad, a la Policía y a la justicia. Es el abogado del medio. Basta con decir, entre otras tarjetas de visita, que salvó la cabeza de Manuelli y de Bastinga. Hace cinco años, Laszlo Frokian recurrió a él para un asunto delicado en el que su asesor habitual, François Roubaud, no había querido mezclarse. En una noche, se volatilizaron veinte millones de francos en diamantes en bruto, depositados en la caja fuerte de la oficina de la calle Cadet, en espera de ser tallados y puestos a la venta en la avenida Montaigne. La encuesta terminó con una efracción, pero en las circunstancias del robo quedaron bastantes puntos oscuros para que la compañía aseguradora se negara a pagar. Carlotti llegó a una situación de compromiso, mitad y mitad. A Frokian no le gusta encontrárselo. Le hace sentirse incómodo. Preferiría olvidar aquella historia que hace sonreír a sus buenos colegas y de la que sólo él

conoce el secreto… si es que hay secreto. Carlotti nunca lo ha sacado a colación, pero Frokian, con razón o sin ella, siempre le encuentra cierto aire de complicidad.

—Aquí hace más calor que en mi aldea —dice Carlotti—. Allí al menos corre el aire.

—Claro —contesta distraídamente Frokian—. Una isla…

Es imposible ofrecer resistencia a Carlotti cuando coge a uno por un brazo para arrastrarle a beber un pastís. Con un suspiro de alivio, encaja su cuerpo regordete en un sillón. Frokian se permite su segundo cigarrillo del día. Cada mañana pone ocho en su pitillera de oro macizo con él escudo de armas de los Romanov, recuerdo de un lote excepcional comprado a Galliera. Carlotti lo aburre. Ha roto el curso de su paseo solitario, de su ensoñación. Pero nadie puede permitirse el lujo de romper con Carlotti. Es preferible pedir un jugo de tomate y escuchar con paciencia.

—Mejor haría bebiendo un Casa —le dice Carlotti—. Esa porquería es mala para el estómago. Es ácido.

—¿Tiene acciones en la Casanis?

—Quien se ocupa es un primo mío.

Carlotti siempre tiene un primo en alguna parte. Se murmura que, a veces, incluso al otro lado de la barrera.

—E incluso —apostilló cierto día con una risotada cuando le comunicaron aquel chisme—, al otro lado del muro de las Baumettes.

A Carlotti, especialista del hampa marsellesa, uno de los astros del foro de Marsella, le gusta coger el tren para ir, como él dice, a sacudir algo a los parisienses. Abusa de su acento corso para desorientar a los jurados de sala de lo criminal, a los que sabe hacer reír o llorar a placer, pero siempre, y de ello alardea, por motivos falsos. De vez en cuando, no desdeña algún pequeño asunto bien rentable, como el de los diamantes de la calle Cadet.

—Pero solamente para satisfacer a los amigos —afirma guiñando sus ojillos de lechón—. Por lo demás, no me intereso más que por los señores.

La terraza del «Blue-Bar» va llenándose poco a poco con los veraneantes del mes de agosto. En su mayoría, gente madura. La juventud se mantiene dentro de sus territorios de Saint-Tropez y Juan-les-Pins. Sin embargo, algunas mujeres jóvenes hacen suspirar

al abogado Carlotti:

—Si diéramos rienda suelta a nuestros instintos, amigo mío, nos pasaríamos la vida dando besos. Bien es verdad que vengo de la aldea y allá abajo no es ésa la costumbre… ¿Ha visto a ése? Se parece algo a su yerno… Estoy bromeando, claro.

Un joven guapo vestido de azul pálido se ha instalado junto a una dama con un perro que exhibe un collar de perlas de tres vueltas.

—Dígame, Frokian, ¿esas perlas son auténticas o falsas?

—Falsas.

—¿Y las dos sortijas?

—Auténticas. Pero no son muy bonitas.

—¿Y los pendientes?

—Falsos.

—Entonces puede decirse que únicamente él perro es auténtico —exclamó Carlotti con el vientre sacudido por la risa—. Y ese joven está perdiendo el tiempo… No se habrá enfadado usted por lo de su yerno, ¿verdad? Y a propósito, ¿cómo está su hija?

—Están en Juan.

—Apuesto que en «La Murène».

—Sí. ¿Por qué?

—Todo el mundo está en «La Murène», amigo mío. No sé cómo se las arreglan, considerando que sólo tiene veinticuatro habitaciones, pero todo el mundo está allí. ¿Conoce a Théodose, el dueño?

—Sólo de nombre.

—Todo un tipo. Claro que no se llama Théodose, ¿comprende? Su nombre verdadero es Claude Barouleau. ¿Conoce su tienda de antigüedades en Antibes, sobre las murallas? Es la más bella de la región. Él es un artista. Y en extremo honrado, cosa rara en la profesión. Cuando lo conocí, dese cuenta, era bailarín en «Chochotte» y en el «Perroquet Rose». Un pederasta, sí, amigo mío, pero con clase. Basta ver en lo que se ha convertido. Le lanzó el viejo Kurt, el príncipe de los anticuarios. Ahora ya no necesita de nadie… Ahora le toca el turno a él de lanzar a los otros. Tiene un gusto asombroso. Él es quien ha amueblado las más hermosas villas del cabo de Antibes. Ha trabajado con ahínco para poder comprar «La Murène». Creo que no marcha sólo con el personal

Afortunadamente, tiene una gerente enérgica, una verdadera puerta de prisión… En cuanto a él, su verdadera manía son las antigüedades. ¡Si viera cómo ha amueblado el hotel! ¡Es un museo! Esto es lo que gusta, lo que cambia en los palaces, todos iguales. Y además, imagínese, con las relaciones que tiene, Saint Germain-des-Prés, las casas de préstamos y todo lo demás… ¡Vamos, el Todo-París! Debería usted darse una vuelta por allí, le divertiría. Y no sólo hay pederastas, también pueden encontrarse lindas mozuelas. ¡Si tuviera tiempo, caramba! Todos esos magistrados deberían tomarse un mes de vacaciones. ¿Sabe lo que me contestó el juez Elie, un día que se lo dije? Esto, ni más ni menos: «Bastaría con que sus clientes se tomaran vacaciones».

Pues bien, yo, Borniche, me tomo vacaciones. Tranquilas, apacibles, muy lejos de la Costa Azul, de sus pompas y sus glorias. En Fouras-les-Bains, municipio de la Charente-Marítima (distrito de Rochefort), al norte de la desembocadura del Charente. Un castillo del siglo XIV y unas fortificaciones del espigón de L'Aiguille, obra de Vauban para la defensa de Rochefort. Balneario. Puerto de pesca, vivero de mejillones. En 1815, el emperador Napoleón embarcó aquí en dirección a Sainte-Helène. Y el inspector de primera, Borniche, se dispone a embarcarse en dirección a su dos piezas-cocina en el distrito XVIII que tiene una gran necesidad de una mano de pintura y otros arreglos, cosas todas urgentes antes de que acaben las vacaciones, antes de que me acapare nuevamente mi despacho de la calle Seaussaies, quinto piso, Oficina central de represión del bandidaje. No puedo imaginarme diciendo al «Gordo», al comisario Vieuchêne, mi jefe, que necesito algunos días más para acicalar mi nido de amor. De manera que será preciso abandonar Fouras.

Marlyse se muestra algo remolona. Aquí se está bien. En tres semanas, ni siquiera hemos encontrado tiempo para visitar el castillo. Y hemos admirado con escaso entusiasmo las fortificaciones del espigón de L'Aiguille. ¡Pero vaya siestas en nuestra pensión de familia, desierta por la tarde cuando las familias están en la playa! Es embriagador tener un hotel para uno solo. Luego, uno va a dejarse envolver por las olas, para borrar nuestra aspecto de luna de miel. A los turistas del mes de agosto no se les ve. Al principio, me encontraba incómodo con tanta tranquilidad. Reventado,

exprimido. En mi mente giraba todo un año de trabajo. Los ficheros, las huellas, los interrogatorios, los escondrijos, las vigilancias, las interminables esperas… en resumen, la faena del policía. Al cabo de tres semanas empiezo a olvidarme de todo entre los brazos de Marlyse y en esas inmensas olas en las que da gusto balancearse.

Cuando, con la marea baja, paseamos por la arena, Marlyse recoge conchas con una alegría infantil. Comparamos las quillas descoloridas de los barcos varados. Nos cruzamos con familias muy tranquilas que toman el fresco. Unos niños de buenas mejillas redondas que no han conocido las resfricciones. Da gusto contemplar este país que se recupera poco a poco. Y, sin embargo, la cosa va mal. Por todas partes hay huelgas y los frenes inmovilizados fastidian buen número de vacaciones. En cuanto al correo, más vale no hablar. Marlyse y yo hemos decidido no pensar en todo eso. No compramos periódicos. No escuchamos la radio. Tampoco pienso en mi trabajo. ¡Las investigaciones con secuelas, con sobreseimiento! Me ocupo de Marlyse y esto me basta. Contemplamos sin envidia los «203» y los «Aronde» que compiten, los «2 CV» que se balancean, los «4 CV» que nos vendrían muy bien… En cuanto a las tracciones, muchas gracias, las evito, son los coches de servicio, y también los coches habituales de mis clientes. El de Emile Buisson, el enemigo público n.º 1.[1] El de Pierre Loutrel, conocido por Pierrot el *Loco*[2]. En Fouras no se conocen las carrocerías de gran lujo. Un hermoso coche americano de paso, haciendo ostentación de todo su cromado, provoca un tumulto. De cualquier modo, yo no pertenezco al ramo. No tengo coche.

—¿Qué harán para poder comprarse semejantes coches? —pregunta Marlyse.

—Misterio…

Con nuestros dos sueldos apenas podríamos compramos un «4 CV» a plazos y habría que esperar dos años. De manera que el «Buick», pagado al contado y con entrega inmediata…

—Si estuviéramos en la Costa, verías tantos que ya siquiera les prestarías atención.

Recuerdo el asunto de las joyas de la Begum. Me movía, con mi traje usado y mis zapatos desgastados, entre paquebotes sobre ruedas, trajes de alpaca y pañuelos de seda, oyendo hablar de joyas que hubieran permitido a toda una familia vivir hasta el final de su

vida. Y me había acostumbrado.

—Ni que decir tiene que Fouras no es Saint-Tropez —afirmó Marlyse.

—¿Y qué podríamos hacer en Saint-Tropez?

En vísperas de nuestras vacaciones, Saint-Tropez surgía a menudo en las conversaciones de Marlyse con sus compañeras, ávidas lectoras de las mal llamadas revistas del corazón. Me lo contaba todo burlándose cariñosamente.

—La corpulenta Fernande sueña con ir a ver a los nudistas. Ha decidido llegar hasta allí haciendo auto-stop y trata de convencer a Josiane… ¿Te las imaginas a las dos allí, con cincuenta mil francos para tres semanas?

—Eso acabará mal.

—¡Ya apareció el eterno pesimista!

No, yo no era pesimista. Además, las historias de Fernande me importaban un comino. Pero conocía el trasfondo de las vacaciones tropezianas, más allá de esa curiosidad algo estúpida de que saben rodearse las estrellas de cine y los *play-boys* millonarios. Evidentemente, Fouras se encontraba en otro planeta. Ni rastros de la Bardot o de Vadim. Ni siquiera el menú de la pensión de los Goélands pertenece a la cocina del «Hotel Aïoli». Y aquí, a las diez, todo el mundo se ha acostado.

—Pero nosotros tenemos pescado fresco —digo a Marlyse.

—Sin embargo, me gustaría comer langosta un día.

Lo fastidioso de las pensiones familiares es que rara vez se prueban los productos del país. Aunque uno se encuentre en Saboya, Bretaña o Ardèche, la cocina no cambia. La remolacha como entremés es universal lo mismo que las croquetas sin pescado, la salchicha sin pimienta, la vaca con sabor a cerdo, el camembert con gusto de yeso y las frutas que van pasando de mesa en mesa como postre. De lo contrario, hay que tomar un suplemento. Pero si se sienten deseos de cometer una locura, hay que desconfiar. La pensión no se encuentra equipada para una circunstancia tan excepcional y el plato especial que los comensales piden, corre peligro de tener el mismo gusto que todo lo demás. En este caso, es preferible ir a gastarse en el mejor restaurante de la ciudad el precio de tres días de pensión. Al menos, esto permite evadirse de las reuniones familiares de sobremesa, de los medicamentos que

proliferan en las mesas junto a las botellas empezadas cuyo nivel vigilan celosamente sus propietarios.

Este razonamiento es el que nos ha llevado, para nuestra cena de despedida de Fouras, al restaurante «Le Vauban», donde adoptamos actitudes de burgueses. ¡Era necesario que mi Marlyse disfrutara un día de su langosta! Con la ayuda del moscatel se desbordan las ideas decoradoras para el dos-piezas-cocina del distrito XVIII. Quien nos oyera pensaría qué se trataba de un apartamento de trescientos metros cuadrados en la avenida Foch.

—¿Cómo te parece el papel del dormitorio? ¿Liso o con flores?

—Ni lo uno ni lo otro. Una pintura blanca que hace resaltar lo que se coloque sobre la pared.

Lo digo tajante. No hay más que hablar.

—¿Y el vestíbulo?

—Bueno… por el estilo.

Para un metro cuadrado, no vale la pena reflexionar demasiado.

El «Vauban» tiene fama por su langosta a la americana, según unos, o a la americana al decir de otros. Marlyse está contenta como una chiquilla y se embadurna de salsa hasta los ojos. El moscatel les ha dado un brillo inusitado, habla de todo y de nada entre dos crujidos del caparazón y yo me siento a gusto. Ya no tengo treinta y cuatro años, sino dieciocho. No soy un poli sino cantante de *cabaret*… ¡Claro! Así es como debuté en la vida con el nombre de Roger Bor. Tenía una amiguita divertida que tocaba el acordeón. Esta noche Marlyse tiene sus mismos ojos. Pido otra botella. ¡Estamos de fiesta! Marlyse se pone tierna, siento su rodilla por debajo de la mesa. ¡Una orgía! ¡Qué lejos está la calle de Saussaies, la O.C.R.B. en el quinto piso, precisamente debajo de los archivos y el «Gordo» con su soberbio reloj de oro, regalo que le había hecho la Bégum, sin duda para darme las gracias! Y por otra parte, ¿qué haría yo con un reloj de oro a no ser que lo empeñara para ofrecer a Marlyse algunas cenas como ésta…?

—¿Y si pidiéramos una tortilla noruega? Hace falta media hora, pero tenemos tiempo.

—Si tú quieres…

No me gustan mucho los helados, sobre todo envueltos en ese revoltijo de cremas y pastas variadas, pero así la fiesta será completa.

—¿Tal vez sea demasiado cara?

—Ni hablar. No seas tonta.

Pienso, conmovido, en el «Gordo», aterrado siempre por las notas de gasto. Debería comunicarle ésta del «Vauban».

—¿Sabes una cosa? —dice Marlyse—. Estoy segura de que aquí se come mejor que en Saint-Tropez.

Pone Su mano sobre la mía para demostrarme lo feliz que se siente. Esto me emociona, pero al propio tiempo me parvee que habla demasiado de Saint-Tropez, y esto me fastidia. Si fuera sociólogo me gustaría conocer el motivo de que las clases medias evoquen siempre dos o tres lugares a la moda, su folklore y sus estrellas, que, por su parte, ignoran olímpicamente Fouras-les-Bains o Palavas-les-Flots. Y aún gracias de que Marlyse no tenga deseos de ir a ver todo aquello personalmente, como la fornida Fernande. Pero, a pesar de ello, piensa en el paraíso mediterráneo. La Charente-Maritime, el descanso, las mareas, los paseos después de cenar, la felicidad tranquila… Todo esto es muy bonito, pero, o tal vez yo tengo el vino triste, o es que mi impresión es acertada… la impresión de que Marlyse se ha aburrido durante tres semanas.

Se lo pregunto y prorrumpe en llanto. Nos miran. Deben de tomarme por un sádico sentimental.

—¡Estábamos tan a gusto, Roger…!

Una vez más no entiendo nada. Ahora se muestra inconsolable. Me temo que la tortilla noruega no solucionará nada. Ésos mejunges sólo pueden tragarse con la euforia. Estoy furioso contra Saint-Tropez que ha venido a estropear nuestra última velada en Fouras.

—Siempre piensas cosas —dice Marlyse que, de todos modos, ha empezado a calmarse—. Me siento feliz aquí contigo. ¿Quieres que nos quedemos otra semana?

—Si pudiera pagar un pintor que trabajara en el apartamento durante ese tiempo…

Decididamente, las cuestiones de dinero están al día. Y a mí me horroriza pensar mi eso, hablar de eso. Desde el momento en que mi C.C.P. no está completamente vado, la cosa marcha. Pero esta noche se ha ido a pique.

—Dato prisa en terminar el postre. Nos vamos.

—¿Y tú?

—No tengo más apetito.

II

—Mira, ahí está tu novia. Manténte erguido.

—¡Por favor, señor Grimaud!

Sarah Frokian no es muy alta, pero no pasa desapercibida. Un traje sastre de verano rosa pálido se amolda a sus formas llenas. A Paul Grimaud le parece que el rosa no le va al pelo rubio decolorado. Es insípido. Por el contrario, el maquillaje no lo es, en modo alguno. La mirada experta del portero capta todos los detalles en un segundo. A lo largo de las pequeñas arrugas, sigue el trayecto del maquillaje de fondo y del rimmel. Desmenuza la sabia alquimia de los colores. Valora en su justo precio el enorme diamante montado sobre un broche que brilla como un ojo solitario eclipsando las sortijas y los pendientes que centellean generosamente sobre la tez bronceada. Sarah Frokian es una fanática de la playa. Sin embargo, hoy no se la verá por allí, se dice Paul Grimaud. Ya está en pie de guerra, con su arsenal de joyas. Sin duda, una invitación a almorzar.

Cuando hacía teatro, Sarah tomó lecciones de danza a fin de aprender el arte de andar. Así atraviesa el vestíbulo con gracia, animada por un ligero contoneo que produce un estremecimiento en los quince años de Roberto Grimaldi. Durante la inevitable parada en conserjería la devora con la mirada. Ella se da cuenta de que la miran. No se vuelve. Cambia con el conserje las habituales frases sobre la huelga de los PTT. Confía en sus piernas, que tienen fama de ser perfectas.

Están tan morenas que ha decidido prescindir de las medias. Tanto peor para la bien conocida gazmoñería de la señora Dubois-Dubreuilh, madre. Cuando siente que la miran, la invade una cálida oleada, como cuando recibía los aplausos en el escenario de su

teatro. ¿Acaso será el alto portero de aspecto simplón quien la encuentre de su gusto? Llega majestuosamente a la puerta.

—Dígame, ¿ha cogido mi marido el coche?

—No, señora.

—Cuando vuelva, dígale que le espero en la terraza del bar.

—Muy bien, señora.

Ha identificado a su joven admirador, que se mantiene junto al portero sin decir palabra. Un chiquillo, se dice desdeñosa. Toma asiento en un sillón de la terraza, frente al mar, ofreciendo su rostro al sol.

—¿Un martini-gin, señora?

—Desde luego.

Le gusta que conozcan sus costumbres. Y da gracias al camarero con una sonrisa. Si hubiera podido llegar a ser la gran actriz que deseaba ser, el mundo entero conocería sus gustos y sus manías. En los periódicos aparecerían las recetas de sus platos favoritos, el color de sus trajes y de sus coches y, ¿por qué no?, los nombres de sus amantes. Es buena publicidad… A fin de cuentas, se dice mientras paladea su martini-gin, de todos modos hago que se hable de mí.

Con el rabillo del ojo observa al botones que ahora está dando vueltas, sin motivo aparente, entre el *parking* y la terraza. Se sube un poco la falda para broncearse las piernas. De su bolso de cocodrilo saca una polvera de oro y comprueba en el minúsculo espejo el toque de su peinado. ¿No convendría que se pusiera el pañuelo rosa que metió en el bolso por temor al viento en la terraza de los Dubois-Dubreuilh?

¿Qué edad puede tener ese muchacho que lleva con desenfado su gorra de botones en la que la palabra «Miramar» campea como el nombre del barco sobre su gorra de marino? ¿Diecisiete años? ¿Dieciocho? Cierra los ojos rememorando Una rápida y brutal aventura con el chófer de Lord Elgin, en Montecarlo. Aún puede sentir el olor fuerte de los cojines del «Bentley». Cualquiera hubiera podido sorprenderles en aquel parque. Pero era más fuerte que ella. ¿Y por qué habría de sentirse culpable si Laszlo se desinteresa de las mujeres en general y de ella en particular, hasta el punto de que a veces se ha preguntado, sin pruebas, claro está, si no será homosexual? Tanto de viaje como en su casa, cada uno dispone de

su dormitorio y su cuarto de baño… Pero, sin embargo, éste es un niño…

Con los ojos entornados contempla el desfile de inmensos coches que tanto le gustan: los legendarios «Cadillac», los «Pontiac» bicolor, los «Studebaker» estilizados como aviones. En 1933, entonces tenía veintidós años, recibió un primer premio de elegancia automovilística en Deauville, al volante de un cabriolet «Delahaye». Por aquella época le gustaban los coches franceses, los «Salmson», los «Talbot». Desde la guerra, ha adoptado la moda americana. Lamenta que la discreción de Laszlo, preocupado siempre en evitar hacer alarde de su fortuna, les condene a ese triste «Hillman» que aunque distinguido es realmente pequeño… Si no fuera por la pereza de conducir, se compraría —«con mi dinero», especifica, orgullosa de su fortuna personal— un cabriolet «Buick», azul celeste. El azul celeste va con todo. Sobre todo con el rubio y con los tonos pastel que a ella le gustan. Pero es tan aturdida y, además, hay tantos coches… Ya no es como antes de la guerra. Ahora, los coches han tomado por asalto la carretera y resulta infernal… Los manejos de ese botones son ridículos, pero ¿cómo reprochárselo?

Sergio Piana vuelve a poner su material en el escondrijo. Un material reducido, pero que él ha contemplado satisfecho un buen rato: una varilla de madera y unos centímetros de bramante, todo ello recogido durante sus trabajos. Y no es que el régimen en la cárcel de Mónaco sea peor que cualquier otro. Al contrario. Gracias a su conducta ejemplar, es bien visto por los guardianes. Pero hace ya tres años que Sergio Plana, conocido como el *play-boy* de la Costa Azul, no ha podido desentumecer sus músculos y ya está harto.

—Estoy enmoheciéndome —se dice en voz alta—. Esto no marcha. Ya es hora de nadar un poco y de broncearse.

Este muchacho de veinticinco años, realmente guapo, este seductor de pelo ondulado, de musculatura fina y sólida es, sin lugar a dudas, el desvalijador más célebre de los años cincuenta. Durante las largas horas de soledad en su celda, se complace en evocar sus incontables conquistas femeninas que le servían de

indicadoras involuntarias para sus grandes golpes. La arquitectura barroca de los «palaces» no tiene secretos para él. Sabe deslizarse a lo largo de los balcones recargados de molduras y por las cornisas más angostas, y contonear las rotondas y las galerías. No siente vértigo y no hace ningún ruido. Nunca ha derramado sangre. Ha recurrido a astucias con los perros en los parques de las villas, ha birlado las joyas en el secreter de las bellas adormecidas, siempre discreto, sin dejar huellas. Cuando le detuvieron, debido a una acumulación de circunstancias estúpidas, su botín alcanzaba por lo menos los cincuenta millones. «Tal vez más», decía con una sonrisa amable… Este italiano, elegante y astuto, no se siente en modo alguno culpable, ya que sólo roba a los ricos. Experimenta un divertido desprecio por los multimillonarios de la Costa partiendo del principio de que para enriquecerse hasta tal punto hace falta ser tan granuja como él. Al menos, él va a buscar el dinero donde se encuentra. No hace trabajar como negros a los obreros ni deja detrás de él personas estafadas en sus ahorros. Tranquiliza su conciencia repitiéndose que no es más feroz que todos esos cangrejos que bullen a todo lo largo del Mediterráneo exhibiendo su fortuna. Y siente el doble placer de ponerles cuernos y de robarles.

Ha decidido evadirse esta misma noche. Al propio tiempo, se llevará consigo a Giuseppe Bruti, el preso de la celda vecina. Por caridad más que por necesidad, pues el pobre es tan estúpido que no le servirá de nada para sus futuras hazañas. Ese muchacho gordo, que tanto honor hace a su apellido, tan sólo podrá servir para espiar, y aún así… Pero hay que ayudar a un compatriota.

Sergio Piana no duda ni un segundo del éxito de su fuga. Se siente émulo del famoso René Girier[3]. No desconfían de él. Se le supone resignado a cumplir dócilmente su condena, hasta el fin… Sergio Piana se ríe solo. En efecto, ¿por qué no esperar y buscar luego un pequeño trabajo honrado, ya que se empeñan? Él, el *playboy* de la Costa, empleado en un garaje o camarero en una pizzería… En cuanto a vivir de las mujeres no es, en modo alguno, su estilo. Seducirlas, robarlas y, sobre todo, robar a sus maridos, sí. Que ellas le mantengan, no. Él no tiene alma de gigoló. Así que habrá de ponerse a trabajar desde mañana. La temporada está en pleno auge en la Costa. Todos están allí, los acaudalados veraneantes, embrutecidos por el sol y el pastís. Tendrá que actuar

con discreción. Son los inconvenientes de la celebridad. Y luego, después de algunos buenos golpes, trasladarse tal vez a París. O irse a Italia. Ya lo pensará. Piana espera con impaciencia la llegada de la noche. Ya se ve fuera.

Le gusta la noche, es su dominio. Pocas veces recurre a su pequeña linterna. Tiene ojos de gato. Allí donde un común mortal sólo ve masas indistintas, vagamente amenazadoras, él se encuentra como en pleno día. Le gustan las avenidas desiertas, los apartamentos silenciosos, los durmientes que respiran apaciblemente mientras que él contiene el aliento, se mueve con rapidez, con gestos exactos de cirujano. No piensa más que en el dinero. Cuando le detuvieron de aquella estúpida manera tenía bastante para retirarse. En realidad, sus robos son hazañas deportivas de las que no puede prescindir. Se estremece de excitación cuando comienza la caza, cuando ha localizado a su víctima, cuando tiende sus trampas. Y al pasar a la acción, una vez localizado el terreno, experimenta análogas sensaciones a las logradas con el alcohol o la droga…

Está impaciente por volver a revivir todo esto, después de aquel largo sueño a costa del joven príncipe Rainiero. Para distraerse, se pone a pensar que desvalija el palacio del Príncipe en las mismísimas narices de su guardia de opereta. Es una hazaña que aún no figura en su leyenda. También ha soñado que robaba las joyas de la corona, con ocasión de la reciente entronización de Elisabeth de Inglaterra. En la cárcel se sueña mucho, y Sergio Piana va convirtiéndose poco a poco, a sus ojos, en un héroe de novela. Cuando vuelve a la tierra, se siente sediento de hermosas muchachas de piel dorada. Tiene ganas de tumbarse sobre la arena ardiente, de sumergirse en las aguas azules donde sus músculos se relajen y adquieran flexibilidad. De nadar muy lejos, libre, fuerte, feliz. Sí, espera la noche con impaciencia. Hoy está de guardia Mariotti. Es el más amable y el más bobo, lo ha elegido bien. Sólo unas horas y podrá hacer un guiño al cielo sembrado de estrellas.

—¿Ha llegado Clouzot?

—Todavía no.

—No parece apresurarse, llegará en calidad de vecino… Saint-

Paul está muy cerca.

—¿Y Montand?

—No ha prometido nada.

Clouzot y Montand, cuya llegada se espera, han triunfado en el Festival de Carines con *El salario del miedo*. El productor americano, Samuel Walter, los ha invitado, así como a la crema y nata de la Costa, en el famoso hostal de Saint-François-les-Sources, cerca de Vence. Unas cincuenta celebridades, otros tantos capitalistas y diez veces más de parásitos evolucionan por el parque, con una copa en la mano, o permanecen salvajemente atornillados en las mesas de refrescos instaladas sobre el césped. Algunos individuos más sobrios que los demás y de los que no se sabe bien si son periodistas o polis, vagan por todas partes con aspecto inocente.

El calor de la noche de agosto autoriza una elegancia semidesnuda. Roberto Grimaldi, que ha sido contratado como temporero después de su servicio, pasea su bandeja entre las lindas mujeres, que se lo agradecen con una sonrisa. Contempla la huella sensual de la espuma de champaña sobre sus labios. El escote de Brigitte Bardot le corta la respiración. Se le caen dos copas de aperitivos que ella le ayuda amablemente a recoger. Las lámparas ocultas en los árboles animan con una luz suave el tejido de los *smokings* y de los trajes de noche. Las espaldas desnudas huelen a sol y a perfume cuando se pasa muy cerca de ellas con aspecto atareado. Los camareros, impasibles, cambian bromas discretas sobre las nalgas de Liz Taylor o el cráneo de Yul Brynner. Laszlo Frokian, en un rincón en penumbra, habla largamente con un pequeño americano calvo, con aspecto de usurero. Roberto que lo ha visto… redobla su celo, se apresura de un grupo a otro con la esperanza de descubrir a Sarah Frokian que permanece invisible.

Son las nueve y Clouzot sigue sin llegar. Por otra parte, ¿acaso podría vérsele ya entre esta multitud? De repente, se han llenado el parque y los salones del hostal, como si todos los invitados se hubieran puesto de acuerdo para llegar a la misma hora. Los cocineros se sofocan cerca de las barbacoas. Los corderos asados despiden efluvios canallas. El trasiego de bebidas aumenta, el tono de las voces sube, los dedos engrasados se disputan las servilletas de papel. Sarah Frokian llega con retraso. Viene escoltada por un joven comediante del TNP que le canta el genio de Jean Vilar entre

sollozos de admiración.

—Yo también he hecho teatro —dice Sarah.

—Entonces me comprende, ¿verdad?

—Además tengo un teatro mío… Tal vez a la vuelta montaré una obra…

—¿Un teatro suyo?

—¿No lo sabía? El teatro de los Boulevards.

—¡Ah, sí! —murmura el comediante, chasqueado—. Sí, comprendo…

Sarah Frokian avanza entre la multitud del parque con la seguridad tranquila de un gran navío haciéndose a la mar. Deslumbra con su traje de seda en lamé de oro. Centellea. Y sobre todo, aparece rutilante de diamantes. Un fabuloso aderezo de brillantes y rubíes con los pendientes haciendo juego. Un brazalete de esmeralda. Unas sortijas que producen destellos mágicos al menor movimiento de la mano. Se hace el silencio a su paso entre los asistentes, a pesar de que están de vuelta de todo. Un prolongado murmullo la sigue hasta una de las mesas. Ella coge delicadamente una copa de champaña con una sonrisa de triunfo.

—¿Quién es?

—Creo que una amiga de la Môme Moineau.

—Nada de eso. La conocí en la gran velada de la princesa de Grecia. Es Sarah Frokian, la mujer del joyero.

—Ha entrado a saco en la tienda —dice un premio Concourt con una sonrisa de superioridad.

—Cada día está más joven.

—¿No ha venido su marido?

—Lo he visto hace un momento.

—¿Qué hace ese camarero? Acércate, muchacho, tenemos sed.

Roberto se sobresalta. Permanecía atontado, inmóvil, con su bandeja llena de copas peligrosamente inclinadas. La ofrece a los sedientos sin apartar la mirada de Sarah.

Es evidente que los individuos sobrios son policías. Tampoco ellos la pierden de vista como si temieran que la escamotearan a ella con sus diamantes entre quinientos invitados. Laszlo Frokian se despide de su interlocutor con un apretón de manos largo como una promesa y se encamina con aspecto aburrido hacia su mujer, que ya tiene alrededor de ella su pequeña corte parisiense. Se trata de

actrices que declinan o de ociosas acaudaladas que ella ha elegido lo bastante feas para que le den realce. Y además, naturalmente, los inevitables *play-boys* de servicio.

—No he visto a Patrick —dice uno de ellos—. Me prometió que vendría.

—Realmente me extrañaría —contesta Sarah—. A Annie no hay quien la saque de Juan. Cuando vinieron a vemos a Cannes, hablaban como si se tratase de una expedición.

—Los vi ayer en «La Murène» —interviene Bill Sand, el cantante —. Siempre la misma pequeña pandilla. «La Murène», el barco, una o dos *boîtes*… Uno se conoce de memoria su circuito. Me pregunto cómo es posible que no se aburran.

—Se hace tarde —dice Frokian—. Yo me voy.

—Pero, Laszlo, si acabo de llegar.

—Yo estoy aquí desde el principio. Ya encontrarás a alguien que te acompañe…

—Quédate un rato.

—A las once me voy.

A Sarah le importa un comino que se vaya o se quede, pero quiere aprovechar la velada para intentar, una vez más, convencer a Laszlo de que se asocie con Kravetz, el productor de espectáculos. Su última extravagancia: transformar en *music-hall* el teatro dé los Boulevards. Kravetz está de acuerdo si Frokian aporta la mitad de los fondos. Sarah conduce a su marido tras el surco de sus diamantes hasta la mesa en la que Kravetz ríe estrepitosamente en medio de un enjambre de bonitas muchachas entre las que Laszlo descubre a dos *strip-teases* de bandera. Un hombre extraño este Kravetz. Un gran diablo pelirrojo de acento áspero. No se sabe bien si es celta o eslavo y él, divertido, alienta la duda. Vestido siempre de terciopelo negro; siente predilección por las camisas con encajes y las corbatas de un rojo vivo. Viaja en un «Rolls» de antes de la guerra que conduce él mismo con enorme dignidad. Se le ve siempre aparcado en segunda fila en el *boulevard* Saint-Germain, en el triángulo Flore-Lipp-Deux Magots. Afirma, y parece que tiene razón, que nunca se pone una multa a un «Rolls». Pianista de *jazz* al producirse la Liberación, hizo fortuna reeditando los desaparecidos discos americanos de antes de la guerra que los aficionados se disputaban a precio de oro. No cesa de crear y revender *boîtes* de

noche efímeras, pero sueña con convertirse en el Volterra de su época fundando, para empezar, un pequeño Casino de París.

—¿Sigue sin decidirse? —pregunta a Laszlo después de haber admirado, como es de rigor, las joyas de Sarah.

—Sigo sin decidirme.

—Nos vamos a ver obligados a asociamos sin él, querida —dice Kravetz riendo—. Le basta con vender sus diamantes.

—Los más hermosos no son míos —responde ella—. Me los ha prestado él…

Laszlo Frokian no dice nada. La mira fijamente mordiéndose los labios.

—Entonces no hablemos más —dice Kravetz—. Además, tal vez he encontrado un asociado en la persona de su anfitrión… Sam adora el *music-hall*.

—Él también tiene que buscar dinero —dice Laszlo—. No se ha apartado de Mary Fuchs en toda la noche.

—Mi hija es muy amiga de la pequeña Fuchs —afirma Sarah—. Es de la pandilla de Juan-les-Pins…

—¿Suzan? Extraña amistad —opina Kravetz—. Es como su madre; Tiene fuego en el culo, y perdonen la expresión.

Después de emitir su opinión con voz estentórea, Kravetz ahoga la risa en un vaso de *whisky* y da una fuerte palmada en el hombro a la *strip-teaseuse* más cercana, que se queja de estar ya cubierta de morados. Laszlo coge a su mujer por el brazo, para llevarla junto a Samuel Walter y las damas Fuchs.

—Suéltame —le dice Sarah—. Me haces daño.

—Estás completamente loca poniéndote ese aderezo —le increpa Laszlo—. Sabes muy bien que no está asegurado… Y el resto tampoco, ya te lo he dicho. ¿Qué tienes en esa cabeza?

—Quería llevarlo al menos una vez antes de que lo vendieras —alega ella—. Lo vas a pasar a Italia ¿no?

—No hables tan alto… No, gracias.

Roberto Grimaldi que les ofrecía una copa de sorbete se aparta perplejo. ¿Acaso estas personas trafican con diamantes? Su imaginación juvenil bulle ya de suposiciones. Se pregunta si convendrá que mañana hable con su amigo Paul Grimaud, el portero. Con promesa de guardar el secreto, naturalmente, ya que no quiere perjudicar a la bella señora Frokian a la que, siguiendo un

romántico impulso, decide proteger pase lo que pase.

Risas y gritos saludan la hazaña de Lana Langsdorf, que acaba de lanzarse vestida a la piscina. La actriz nada tranquilamente entre dos aguas, dedicando a sus admiradores su famosa sonrisa procaz. Los proyectores, enfocados sobre el agua transparente, desnudan su cuerpo: se le ha adherido el liviano traje. De este modo Lana confirma, con tranquilo impudor, el rumor de que nunca lleva bragas ni sostén.

—¡Sal de ahí, Lana! —le grita Samuel Walter—. ¡Guarda la escena para tu próxima película!

Ella agita la mano y con un poderoso impulso de grupa se sumerge a mayor profundidad. La gente se agolpa para aplaudirla. Luego hace escuela. Dos o tres jóvenes se unen a ella en la piscina. Una mano malintencionada llega incluso a empujar a Jean Lesueur, el célebre travestí conocido por el nombre de Darling. Grita con desesperación: «¡Mi cartera, mi cartera!», antes de sumergirse con la boca abierta.

—Mierda —dice Laszlo—. Va a ahogarse.

Ya han sacado a Darling y lo tienden al borde de la piscina. Vomita. Le obligan a beber un vaso de vodka. Mira a cuantos le rodean con ojos enloquecidos. Su *smoking* blanco chorrea de una manera lamentable. *La* rosa roja, en el ojal, parece preguntarse qué hace allí. Temblando, él se saca del bolsillo la cartera empapada.

—Mis documentos —murmura abrumado.

—Es característico de los travestís —dice el doctor Grant, médico de las estrellas de teatro y de cine—. Se aferran a su identidad, como si temieran no ser ya nadie.

—Nada de eso —rebate Laszlo encogiéndose de hombros—. Es que tienen que habérselas con tanta frecuencia con la Policía, que les interesa tener la documentación en regla.

Son las dos de la madrugada. Gilles Morand y Paul Neveux salen de la habitación de Charles Khoury, en el «Hotel Ruhl». Saben que el acaudalado negociante libanés ha ido a jugar a Montecarlo y que no volverá a Niza antes de que amanezca. Tanto si gana como si pierde, permanece clavado ante el tapete verde hasta el fin. Se mantiene despierto con frecuentes incursiones al bar.

Apenas hace quince días que salieron de la cárcel de la Santé. Un alma caritativa les ha prestado algún dinero para vestirse decentemente, coger el Tren Azul y alojarse, a la espera de sus futuras hazañas, en un hotel del casco viejo de Niza. Son dos guapos muchachos de veinticinco años, no del todo malos, un poco proxenetas, un poco ladrones y que nunca tuvieron suerte. De una ingenuidad y una torpeza asombrosas, forman parte de ese grupo de truhanes cómicos que, de vez en cuando, alegran la profesión de policía.

No han encontrado gran cosa en la habitación de Charles Khoury. Unos dólares, algunos libros libaneses, unos gemelos de oro, un juego de naipes pornográficos, un aparato fotográfico «Rolleiflex» y dos o tres bobadas más que han metido en un inmenso maletín de cuero con las iniciales del negociante. Incluso han pescado de paso un frasco de agua de tocador. Salen de la habitación por donde entraron, es decir, por la ventana. Su admiración sin límites por Sergio Piana, el *play-boy* de la Costa, induce a Gilles Morand y Paul Neveux a cometer las más desastrosas imprudencias. Ellos, que no han conocido otro entrenamiento que un aburrido servicio militar en Alemania, una gran asiduidad a los bares de Pigalle y una meditación que se prolongó durante tres años tras los muros de la Santé, se lanzan a acrobacias por balcones y comisas en un equilibrio inestable. Después de haber trepado por los tejados de tres inmuebles, se encuentran de nuevo en el patio desierto desde el que pueden llegar al callejón sin salida donde les espera el «Ford Vedette» negro que pidieron prestado para la velada.

—Y todo esto para nada —dice Paul Neveux mientras se dirigen al puerto.

—Tendremos más suerte la próxima vez.

—¿Te das cuenta? Hace dos días que estamos preparando el golpe. Lo hemos seguido hasta Mónaco, hemos robado un cacharro… ¡Todo eso para irnos gemelos!

—Lo sabía —alega Gilles Morand—. Sólo rinden las habitaciones de las gachís. Ellas no piensan en nada, conservan junto a ellas sus alhajas, incluso su dinero. El Khoury seguramente lo ha guardado todo en la caja de seguridad del hotel.

—Y ahora, ¿qué hacemos?

Sin contestar, Morand enfila por una calle desierta y aparca el auto junto a la acera.

—Lo dejamos aquí —dice—. Volvemos a pie.

Una vez en la habitación, sentado cada uno en su cama, beben cerveza tibia en unos vasos desconchados. Se dan aires de grandes capitanes mientras extienden sobre la colcha de cama apolillada el mapa Michelin de la región. Tienen intención de dar un repaso a la Costa hasta Saint-Tropez. Después, ya verán lo que hacen. Llevan su infantilismo hasta marcar con puntos rojos los lugares de sus futuras fechorías. A los quince años soñaban con grandes hazañas de guerrilleros, uno en Bretaña y el otro en el Limousin. A ellos también les hubiera gustado manejar la metralleta. Pero sus padres, campesinos bretones o pequeños funcionarios limosinos, los vigilaban muy de cerca. En los años turbios de la posguerra han encontrado la libertad, pero por el mal camino.

Hace una semana que están en Niza y la cabeza les da vueltas. En Pigalle no eran más que infelices truhanes. Tienen la impresión de que aquí pueden convertirse en señores. Si se atrevieran, irían a Marsella a ofrecer sus servicios a los Guerini. Pero el clan de los Corsos les da miedo. Por ello imaginan proyectos dudosos, devoran con los ojos a las espléndidas muchachas en las playas, unas muchachas elegantes a las que no se atreven a abordar. La insolente exhibición de las riquezas, tan brutal después de tanta penuria, les salta a la vista. No son los únicos en preguntarse dónde encuentran la pasta todas esas gentes, cuando todo parece ir mal, mientras los sindicatos bullen, las huelgas se suceden y los Gobiernos caen unos tras otros. Paul Neveux estuvo a punto de enrolarse para Indochina, a raíz de su servicio militar. En la cárcel ha lamentado no haberlo hecho, cediendo a las súplicas de su madre, viuda de guerra, que quería que entrara en los PTT. Ahora que la cosa va mal allá abajo, se felicita de no haber ido a que le agujerearan el pellejo para que los nuevos ricos con el tráfico de piastras puedan ahora exhibir sus «Buick» por el paseo de los Ingleses. En cuanto a Morand, ni siquiera sabe donde paran sus tres hermanos que abandonaron la granja tan pronto como pudieron.

—Para salir de esto —dice Paul Neveux echando la botella vacía al cesto de los papeles—, hay que dar un gran golpe y comprar un garaje. Los cacharros van a dar cada vez más dinero.

Con este bello proyecto, los dos adolescentes de la guerra se quedan dormidos como unos niños.

En el parque del hostal de Saint-François-les-Sources, Samuel Walter bosteza con discreción escuchando cortésmente las tonterías de los borrachos del último cuadro de irreductibles, de esos que nunca se deciden a abandonar una fiesta. Hace ya tiempo que Laszlo Frokian se ha ido, pero su mujer sigue allí. Ha bebido mucho champaña y cuenta por tercera vez el papel de su vida, una obra de Bernstein en 1925. Roberto Grimaldi recoge los vasos desperdigados por el césped. Ha terminado su servicio, podría marcharse, pero se lo toma con calma. Tan pronto como Sarah Frokian se haya retirado, irá a cambiarse la chaqueta blanca y el pantalón negro por el polo rojo y el pantalón azul que se había comprado aquella mañana. Volverá a Cannes en bicicleta. Como es cuesta abajo, será menos pesado que la ida. Aquella noche le parece que le han salido alas. Ha ganado tres mil francos, toda una fortuna, y ha respirado cuatro veces, de cerca, el perfume de la señora Frokian. Ella lo ha mirado. E incluso una vez le ha sonreído.

Nunca ha tenido una aventura con las clientes del «Miramar». Los otros alardean, pero él, sin duda, es demasiado tímido. ¿Por qué habría de querer nada con él aquella hermosa rubia cubierta de diamantes? Un día, cuando sea rico, tendrá también para él sólo una bella mujer rubia… ¡Y el otro, el marido, que se va tranquilamente a acostarse dejándola sola!

Al fin, Kravetz se ofrece a acompañar a Sarah dando así la señal de partida. Los policías respiran aliviados. Podrán irse a dormir. Roberto abandona a su suerte los vasos dispersos. Los últimos coches arrancan, flexibles, silenciosos. La fiesta ha terminado. Roberto pedalea con todas sus fuerzas para seguir, durante unos centenares de metros, las luces del «Rolls» de Kravetz.

Laszlo Frokian se ha acostado, pero no duerme. A la luz de la lamparilla estudia las páginas cubiertas de cifras de un carnet de cuero verde. De vez en cuando, transcribe una cifra en una hoja de borrador. Ese pequeño carnet, que siempre lleva consigo, elude las

miradas indiscretas de los contables y del fisco. Indescifrable para quien no sea él, refleja unos movimientos considerables de fondos, unas idas y venidas de diamantes en bruto o tallados. Oculta en clave, los nombres de minúsculas oficinas en las que se discuten desde el Cercano Oriente a Holanda, desde África del Sur a los Estados Unidos, negocios más fructíferos que los de las firmas de mayor renombre. Ese carnet es la novela de aventuras de Laszlo Frokian, su Julio Verne de bolsillo. Se lo sabe de memoria, pero le gusta releerlo antes de dormirse, jugar con las cifras sobre la hoja del borrador que seguidamente quema en el cenicero, sonriendo de sus precauciones de conspirador. Allí está todo su poder. Tiene todo lo que necesita en la vida. El dinero en sí no le interesa. Lo que le gusta es la vida sensual de las piedras preciosas, sus viajes y sus metamorfosis, su misterioso poder de evocación. Por ellas se roba y se mata, lo mismo que por las mujeres más amadas. Se esclaviza a los obreros en el fondo de las minas. ¿Acaso su destello implacable no lleva en sí, aún más que los reflejos del oro, todo el deseo de los hombres, esa sed de riquezas que les atormenta hasta la muerte?

III

Primero hay que arrancar los papeles pintados. La cola centenaria se resiste desesperadamente. Se comprende que las generaciones de nuestros predecesores hayan elegido la solución más fácil, pegar el papel nuevo sobre el viejo. Sólo que Marlyse y yo no queremos papel sino pintura. Por consiguiente, atacamos sin piedad ese mil hojas endurecido y sudamos a placer. Yo me he puesto los *shorts* y voy desnudo de cintura para arriba y Marlyse se ha endosado el traje de baño. Su piel desnuda y bronceada satura el dos piezas con vibraciones eléctricas bajo el calor de agosto.

En definitiva, no sentimos demasiado haber vuelto a París antes del final de las vacaciones. En Montmartre no hay más que turistas. Y por poco, nos consideraríamos también extranjeros. No es la ciudad a que estamos acostumbrados, con el trabajo, los horarios, todas esas gentes que se apresuran, metro-trabajo-sueño. Con la ayuda del calor nos encontramos completamente fuera de lugar. Bebemos grandes jarras de limonada. Sudamos sobre nuestros papeles pintados. Comemos un poco de jamón, unos tomates. Hacemos el amor. Contemplamos, desde la altura de nuestro perchero, París inmenso, nimbado por una bruma caliginosa. Hemos de subir nuestros cinco pisos sin ascensor. Pero después tenemos la recompensa ya que disfrutamos de una de las más bellas vistas de Montmartre.

Para lavar las paredes de la habitación hemos trasladado los muebles a otra pieza. Soy un hombre metódico. La cama está encajada entre dos tabiques y dos paredes formadas por el armario, la cómoda, las sillas, todo ello amontonado y coronado por dos o tres viejas alfombras enrolladas. Podríamos parecer dos niños que se ocultan en un granero en medio de un amontonamiento de maletas

viejas para jugar a papá y mamá. El olor acre de la lejía Saint-Marc escuece en los ojos. Pese a las ventanas abiertas, no corre un soplo de aire. El agua de la ducha está tibia y apenas nos refresca. Así que recibimos con alivio la caída de la tarde. Van encendiéndose una a una las luces de la ciudad extendida a nuestros pies. Decidimos que el trabajo está muy adelantado. Nos duchamos juntos, nos frotamos la espalda con ternura de novios inexpertos. Cuando sea completamente de noche, saldremos a pasear por las calles, a cualquier sitio, para respirar el fresco. Nos detendremos al azar cuando nos encontremos con algunas mesas y algunas sillas instaladas en una acera. En la Butte no hay más que trampas para turistas. En estos años cincuenta aún se encuentran tascas modestas al alcance del saldo de mil CCP, seriamente maltratado por nuestras locuras de Fouras. Somos felices. Nos decimos que aún tenemos casi una semana de vacaciones. Nos imaginamos nuestro palacio todo pintado de nuevo. El mes que viene compraremos un frigorífico. A mí me gustan esas pequeñas preocupaciones hogareñas. Son un descanso.

Durante todo el año me dedico a la caza de los truhanes sedientos de dinero. Veo desfilar millones de francos en oro, en diamantes y en billetes. Todo esto desaparece y vuelve a aparecer. En nombre de la defensa de los bienes y de su recuperación, se movilizan fuerzas considerables. Cuando encontré la famosa pieza Marquesa, la joya más bella de la Bégum, apenas era capaz de comprender que entre mis manos tuviera una fortuna. ¿Cómo imaginarse que un guijarro pudiera tener mayor valor que toda una vida de trabajo? No hay que tener miedo del vértigo. Como tampoco un cajero de Banco con su traje viejo debe conmoverse ante los fajos de billetes que maneja día tras día.

Mi vida tranquila con Marlyse es mi baño de pureza, mi fuente de juventud. Tengo gustos sencillos. La apacible honestidad de mi existencia me permite afrontar sin repugnancia lo que los folletìnistas del siglo XIX llamaban el universo del crimen en el que pululan los pistoleros y los delatores, los chulos y las prostitutas, los asesinos y sus víctimas que con frecuencia no son mejores que ellos. Yo soy uno de tantos funcionarios. Hubiera podido ser profesor o empleado de Correos. Soy un eslabón necesario que camina a trancas y barrancas hacia no se sabe dónde. No quiero pensar en la

tarea que me espera este año. Las cárceles están repletas de futuros evadidos que, una vez más, me van a dar quehacer. En alguna parte, en este preciso momento, se mata, se roba, se prepara para Borniche su ración habitual de persecuciones, de escondites de compra de delatores, de fanfarronadas, de golpes, de disparos, de decepciones, de depresión… Con la Policía ocurre como con la enseñanza… No hay parados. Imagínense un año en el que no ocurriera nada: ni robos, ni asesinatos… ¡Una novela de ciencia-ficción en la que nadie creería!

Sé que mientras Marlyse y yo hacemos el amor entre dos arrancadas de papel pintado, en alguna parte hay un hombre que apuñala a su amante, una mujer en busca del marido infiel para agujerearle la piel a tiros o arrojarle vitriolo, un truhán que prepara sus planes, una ráfaga de metralleta en el silencio… En el servicio de Vieuchêne afortunadamente solo nos ocupamos de bandidos. Entre ellos y yo es una lucha cuyos héroes y cuyos métodos se conocen desde hace siglos, es la eterna lucha entre el bien y el mal, la carrera entre policías y ladrones. Por ejemplo, no me gustarla ocuparme de crímenes pasionales. Tal vez tendría la sensación de ser indiscreto…

—¿En qué piensas? —dice Marlyse—. Ya es tarde, podríamos volver a casa. Estoy cansada. Y mañana hay que lavar la habitación…

—Volvamos…

Hace tanto calor que ni siquiera cerramos las persianas para tener un poco más de aire. El apartamento se encuentra precisamente debajo del tejado y no se disipa el calor almacenado durante el día. La luna ilumina nuestra cama, prisionera de sus murallas de muebles. Marlyse se ha quitado la sábana. Duerme boca abajo. Se ha quedado dormida en seguida, muerta de cansancio y no me atrevo a despertarla. Sin embargo, es tan hermosa con su espalda lisa, sus nalgas redondeadas, sus muslos llenos aunque esbeltos, sus largas piernas… Un cuerpo ideal del que nunca me canso. No sé si se debe al calor o al deseo, pero no logro dormir. Sigo el contorno de su cuerpo con la yema del dedo. Se estremece, pero sin despertarse.

Me levanto. Hemos olvidado volver a poner la botella de agua en el cubo para que se refresque y la del grifo está tibia. Enciendo un cigarrillo. Me dirijo entre restos de papel a la ventana de la habitación en la que trabajamos. Me asomo.

En la inmensa ciudad hay luces que brillarán toda la noche. Pienso en el «¡Dormid, buena gente!» de los vigilantes de antaño. Muchos duermen, pero ¿qué hacen los otros? Hacen el amor, pierden su dinero en casas de juego clandestinas, se embriagan en las *boîtes* hasta el amanecer, o trabajan, cargan medios bueyes a la espalda, trasladan jaulas de mimbre por tos mercados, clasifican cartas, juegan a las cartas en las comisarías, bostezan mientras esperan el relevo, estos policías que han de velar sobre todo eso. En la Santé, en Fresnes, un poco por todas partes, mis clientes roncan. Y me pregunto si sueñan conmigo…

—Tú besas bien —suspira Suzan Fuchs.

Se despereza. Acaricia agradecida el torso velludo de Jean Trachelle. El barman del «Hotel La Murène» querría dormir, pero la insaciable Suzan está en plena forma.

—¿Por qué hablas así? —le dice—. Con tu acento americano resulta extraño. No te va.

—Se dice «besar», ¿no? Es una palabra francesa.

Ella pone sus labios lánguidos sobre el pelo rubio de Trachelle, que no puede reprimir un enorme bostezo.

—¿Ya no te gusto?

—Claro que sí… Sólo que estoy cansado. ¡Por si no lo sabes yo trabajo!

La hija del multimillonario J. B. Fuchs, convencida por ese argumento, se calla. Bien es verdad que a ella no la agota el trabajo. Tiene veintiún años, vive con su madre Mary, divorciada de J. B. Fuchs, y prodigiosamente rica. Las dos mujeres dan una recepción tras otra en su inmensa villa de Saint-Jean-Cap-Ferrat, atendidas por un servicio impresionante. Sus proezas sexuales están al orden del día, sobre todo si se considera que reclutan con preferencia a sus amantes, sin la más mínima discreción, entre el personal de los palaces, los barmans y los *maîtres* de hotel, por los que, tanto la madre como la hija, muestran una curiosa predilección. Recorren la

Costa con sus coches americanos, una ganga para los beneficiarios de esos amores domésticos de género masculino.

La propia Suzan está divorciada del industrial Dellacrocce, el fabricante de máquinas de escribir. Ha puesto de moda un audaz traje de día, sostén y falda plisada, que tiene el mérito de no ocultar lo más mínimo sus senos soberbios y que ella puede permitirse gracias a su vientre liso, sus caderas firmes, sin una onza de grasa o de celulitis. Sus émulas, desgraciadamente, tienen con frecuencia menos suerte.

Las dos mujeres han acudido a pasar una semana en el cabo de Antibes, en la suntuosa propiedad de sus primos Weil, célebre por su estanque con cisnes y por su ascensor que, a través de un pozo perforado en el acantilado, desciende hasta el mar donde se ha adecuado como un salón una playa abusivamente cercada. Las dos son pelirrojas con una piel salpicada de pecas. Aguantan mal el sol y se pasan las horas leyendo, una al lado de otra, bajo el toldo de la mecedora. Podría tomárselas por hermanas. Mary Fuchs tiene apenas cuarenta años y logra dar la impresión de veintiocho.

—¡No irás ahora a dormirte!

Suzan se tumba autoritariamente sobre el barman que daría cualquier cosa por encontrarse solo en su cama. Sin embargo, poco a poco va entrando en situación. Suzan goza ruidosamente, tiene el orgasmo explosivo.

—Vas a despertar a todo el hotel —le dice Trachelle.

Ella no le escucha y grita cada vez más.

—La próxima vez iremos a otro sitio. ¡No quiero que me pongan en la calle!

Suzan, calmada al fin, murmura:

—No, me gusta tu pequeño cuarto… Aquí se está bien.

Y se viste. Va a buscar su coche que aparca siempre, para que no lo vean, detrás de los servicios del hotel, por la parte del camino de las Sables.

—Ella ha vuelto hace una hora —dice Henri Meffret, el vigilante nocturno del «Miramar»—. Completamente embriagada. Con todo el vestido arrugado y desmelenada. ¡Pero su fortuna seguía alrededor del cuello y en las orejas! ¡Dios mío, uno se pregunta cómo puede

golfear por ahí toda la noche con todo eso! Y además, agárrate, no duerme. Acaba de pedir una botella de Krug.

Paul Grimaud bosteza. Son apenas las siete. Acaba de entrar en servicio. Y está medio dormido.

—Cualquier día se las birlarán —dice—. Bastará con que tropiece con un chulo menos estúpido que los otros… ¿Todo va bien? ¿Noche tranquila? ¿Todo en calma?

—Nada de particular… Pero desde luego, tiene una salud a prueba de bomba para pedir champaña a esta hora. Sobre todo en el estado en que se encuentra.

Paul Grimaud se encoge de hombros.

—Tiene todo el día para recuperarse —afirma.

De todos modos…

—Acuérdate del Festival… Como ella las había a docenas. Entre la playa, los filmes, el *whisky* y el resto resistían como cosacas.

—Ésta tiene aspecto de una verdadera marrana —dice Henri Meffret—. ¿Tú crees que…?

Con una risa de Don Juan de vía estrecha se atusa el bigote que todas las noches se recorta amorosamente, con la esperanza de lograr una buena fortuna. Hace un momento que ha comprendido que con la señora Frokian la cosa iría sobre ruedas. Es evidente que no hay nada que temer del marido, ya que él tiene su habitación aparte y la deja campar por sus respetos. Pero a pesar del bigote, no parecía que le interesara. Sin duda había practicado durante toda la noche… Se relame con aspecto glotón.

—Más te valiera ir a acostarte —le dice Grimaud—. Ya pensarás en todo eso con tu mujer.

—Estás bromeando… Es muy fea —contesta Meffret—. No vuelvo a casa hasta que se ha ido. Tú tienes suerte. Con nuestro oficio, lo mejor es ser soltero.

—Hay que reconocer que ocasiones no faltan —asiente Grimaud.

Recapitulan, con acentos mezcla de nostalgia y de esperanza, las buenas oportunidades que se presentan entre el Festival y el mes de setiembre. Los dos saben que están fanfarroneando. Esto forma parte del juego y de la imaginación. Situados en el corazón de ese microcosmos que es un gran hotel, asisten con aire respetuoso a la vida de esa ínfima minoría que ellos se han condenado a servir. El brillo de los privilegiados se refleja sobre ellos, les confiere una

arrogancia despiadada frente a los seres comunes y corrientes, de hecho, frente a su propia clase social.

Aquí todo es falso. Cuando se paga por una noche en un palace el alquiler mensual de un obrero, cuando un ama de casa alimenta a sus dos chiquillos con el precio de un desayuno, los valores oscilan, se escarnece la realidad cotidiana. El personal se venga, por medio del aprendizaje del desprecio, del respeto a que se les obliga. Por otra parte la clientela lo ignora. Y aunque lo supiera le sería igual.

—De acuerdo, las hay de todas clases —reconoce Meffret—. Pero, de todos modos, esa Frokian debe ser el mejor asunto del año.

—No eres el único en pensar así —dice Grimaud—. Roberto sólo tiene ojos para ella. Anoche se contrató como extra en una fiesta a la que iba ella. Y fue en bicicleta hasta Vence.

—¿El pequeño? ¡Si ella podría ser su madre! Y posiblemente hasta su abuela.

—Pero tiene posibilidades. ¿Te acuerdas de la Meillan?

Se ríen los dos y después se callan, pasa un ángel. Rememoran las hazañas de Sophie Meillan, viuda de uno de los reyes del mercado negro. Fue el invierno pasado. Expulsada de Montecarlo por un asunto al que pronto se le echó tierra, aquella marsellesa quincuagenaria, de un metro setenta y ochenta kilos, tuvo la desagradable experiencia de que en el «Carlton» le contestaran que no tenían plazas y encontró refugio en «Miramar». La primera noche recibió a un botones de dieciséis años en su habitación. La segunda, el muchacho llevó un amigo. La tercera noche ya eran tres. La insaciable ogresa habría consumido de esta manera al personal si un pinche temporero no hubiera tenido la indelicadeza de desaparecer con su abrigo de visón y doscientos mil francos que siempre llevaba con ella para sus pequeños gastos. Encontraron el abrigo sobre los hombros de una chica de Mad, la encargada de la calle Felix-Faure. Naturalmente, el dinero se había esfumado. Y el pinche también. Sophie Meillan volvió a Marsella habiendo recuperado su abrigo, pero habiendo perdido lo poco que le quedaba de reputación.

—Si no estuviera casado —suspira Meffret—, me pegaría como una lapa a alguna buena mujer así, que me pagara un gran coche. Un «Studebaker», que es mi preferido.

—Decididamente, el dinero lo corrompe todo —suspira Paul Grimaud con una gravedad de filósofo—. Y desde la guerra, la cosa

va de mal en peor. Y no ha terminado. Todo el mundo querrá tener su coche. Y después sus barcos. Y no pararán de construir carreteras, garajes y puertos. Ya verás. Pronto no se podrá poner un pie en la orilla del mar.

—De manera que por allá sigue el trabajo —dice Antoine Guérini—. ¿No echas de menos tu bar de la calle Longue?

—Estoy bien —contesta Albert Rizzato—. Es tranquilo. Los clientes son exigentes, pero hay compensaciones.

—Muy amable por tu parte haber venido a visitarme.

Antoine Guérini se levanta de su butaca para servir un *whisky* a su amigo Rizzato, que ha ido a descansar a Juan-les-Pins y que desde hace dos meses desempeña las funciones de *maître* de hotel en «La Murène». Rizzato sigue sintiéndose profundamente impresionado con el lujo de los Guérini. Un lujo de buen gusto. Una mansión con clase en un barrio residencial de Marsella.

—Me han dicho que en tu hotel hay pederastas —le reprende Antoine Guérini.

—Siempre se exagera. Vienen de vez en cuando, como en todas partes… Claro que está el señor Théodose, el jefe. Y el señor Fabrice, su amigo… Pero no viven en el hotel. Tienen una villa no lejos…

—Ese Théodose, ¿no será el antiguo travestí? —preguntó Antoine Guérini.

—Exactamente.

—Hubieras podido elegir otro hotel, mi pobre Albert. En fin, cada cual tiene sus gustos. A mí, los pederastas siempre me causan horror.

—Se hace lo que se puede —arguye Rizzato—. Necesitaba respirar.

Bebe un sorbo de *whisky* con aire grave. Él tiene siempre el aire grave. Tiene todo el aspecto de un enterrador con su pelo canoso, sus lentes con montura de oro, su rostro flaco, cincelado, lívido. Vestido de oscuro, tiene algo de ceremonioso y de falso. Se diría siempre que reflexiona antes de contestar. Añade:

—Marsella empezaba a ser mala para mí.

—No te quejes —dice Guérini—. Nunca has tenido dificultades.

—Tengo cuarenta y cinco años. Me siento viejo. En «La Murène» estoy tranquilo. Y luego, los amigos vienen a verme. En la ficha ponen «productor de filmes». Esto produce mejor impresión. En este hotel se encuentra la crema y nata de la Costa, ¿comprendes…? Y date cuenta que hay mucha mezcolanza. Baldacci viene de vez en cuando. Le gusta mucho «La Murène».

Antoine Guérini y Albert Rizzato se conocieron en Calenzana. Antoine ha llegado a ser uno de los personajes más importantes de Marsella.

Calenzana es una deliciosa aldea de Córcega, sobre la bahía de Calvi. Es célebre por sus pasteles en forma de buñuelos secos. Y también por los Guérini, de los que es el feudo. El padre de Antoine era carbonero. Su madre, envejecida por sus sucesivos embarazos, aumentaba el clan al correr de los años. Antoine era el mayor. A él correspondía el honor de probar suerte en el continente.

Antoine Guérini debuta en Marsella como aprendiz pastelero. Un mozallón de diecisiete años, bien formado, musculoso. Prestancia, aire altivo, domina también la ciencia del vals al revés lo que le convierte en el señor de los bailes del domingo. Marsella… Carbone y Spirito construyen su imperio sobre el crimen, el juego y la prostitución. Antoine les es presentado. Adiós la pastelería. Se convierte en su hombre de confianza. Y para agradecer sus leales servicios, le autorizan a hacer trabajar una chica en el sector lucrativo de la calle Thubaneau.

Así se inicia la fortuna de Antoine Guérini.

Sabe que el dinero se evapora rápidamente. Modera sus gastos. Con una prudencia asombrosa para su edad, divide sus beneficios en tres partes iguales: la primera para ayudar a la familia. La segunda para comprar otra prostituta que practique su talento en la calle Longue. La tercera servirá para adquirir un bar del que se ocupará su hermano pequeño, Barthélemy, llamado Mémé y también Gueule-Bleue porque incluso recién afeitado la parte inferior sigue ensombrecida.

En 1930, sus inversiones de padre de familia han dado fruto. Para Antoine trabajan ya cuatro mujeres. Compra el café de las Colonies, en la calle Bernard Dubois, a dos pasos de la puerta de Aix. Mémé se da importancia detrás del mostrador.

Los, dos hermanos forman ya parte integrante del equipo

Carbone-Spirito que en 1933 respalda la campaña electoral de Simón Sabiane. Los Guérini, revólver en mano, imponen su candidatura. Y ocurre que las armas de fuego causan daño. En 1936, un guardia de orden público es asesinado. No se tienen pruebas contra Antoine Guérini y hay que ponerlo en libertad. Y cuando, tres años después, un reincidente cae bajo las balas vengadoras, la Policía sigue sin poder reunir pruebas contra Antoine Guérini.

La fortuna del clan aumenta sin cesar. Antoine y Mémé hacen colección de prostíbulos bajo el agradable sol de Argel, Toulouse y, naturalmente, de Marsella. En 1940, el pequeño pastor que veinte años antes había desembarcado en el muelle de la Joliette, es uno de los señores del medio marsellés. Y llega la consagración. Carbone y Spirito, sus protectores, juegan la carta alemana. Y se equivocan. Antoine, por el contrario, se coloca del lado de los aliados. Al producirse la Liberación, los hermanos Guérini ostentan la valiosa aureola de los patriotas. Y esto les permite arrebañar a bajo precio los establecimientos que la fuga de sus protectores colaboradores ha dejado vacantes.

Eran ricos. Ahora son poderosos. Se organizan. Antoine se convierte en el PDG de la Empresa Guérini. Mémé es el agregado de Prensa. Se mueven en sus lujosas villas y en sus *cabarets*, entre hombres políticos, abogados, altos funcionarios, truhanes de alto copete… Los Guérini son generosos. Y como en esa época aún hay rectricciones, distribuyen entre sus amigos las mercancías de cupo. Ahora es el momento de lanzarse al tráfico de los cigarrillos americanos. Y también a la política. Practican los puñetazos y los disparos contra los partidarios del diputado-alcalde Cristofol. En 1947, cae un militante comunista y otro resulta gravemente herido. Hay testigos que acusan… Detienen a Mémé. Inmediatamente, Antoine hace que le pongan en libertad. La Policía es impotente. Cuando a Antoine se le prohíbe el juego interviene un consejero general de Bouches-Du-Rhône cerca del ministro del Interior para que se revoque la medida.

El imperio de los Guérini ha sucedido al de Carbone y Spirito. En los años cincuenta se amplía a París donde Antoine tiene intereses en diversos *cabarets*: el «Tabarin», el «Perroquet» y el «Paris-Montmartre». Se empieza a hablar de la droga. Antoine no

resistiría permanecer al margen… La Sûreté no le pierde de vista. Se toma nota de sus relaciones: la flor y nata del hampa y también la gente bien…

Rizzato no era más que uno dé sus secuaces menos destacados. Trabajaba por su propia cuenta, conservando como tapadera su bar de la calle Longue. De vez en cuando prestaba servicios a los Guérini a cambio de un poco de afecto, un poco de amistad. Y luego sintió la necesidad, al menos provisional, de retirarse a medias en la Costa. Théodose buscaba personal para «La Murène». Albert tiene todo el aspecto de un *maître* de hotel.

—En fin, si estás contento —concluye Guérini—. Eso es lo esencial. Yo me aburriría…

—Ven a verme con Mémé uno de estos días —dice Rizzato—. Me dará mucho gusto. Pero telefonea, porque las habitaciones se reservan por anticipado.

—Iré —afirma Guérini—. Siempre va bien una corta estancia en la Costa. Y veré a los amigos…

Me he quedado medio dormido, acodado en la ventana. Los ojos me escuecen. Deben de ser las emanaciones de la lejía Saint-Marc. Tengo sed. ¿Voy a sufrir toda la noche por las anchoas de la cena? Tomo otra vez unos sorbos de agua tibia del grifo. Vuelvo al dormitorio donde me tropiezo, algo desalentado, con la masa sombría de los muebles que tendré que desplazar mañana para atacar el lavado por ese lado.

Marlyse se agita en la cama. Tal vez también ella tenga sed en su sueño. Con voz de ultratumba murmura:

—Ven a acostarte… ¿Qué te pasa? ¿Te sientes mal?

—¿No duermes?

—Me han despertado las cañerías…

Dice esto gentilmente. No es un reproche. La llaga del apartamento es el ruido de las cañerías. Tan pronto como se abre un grifo, en la cañería se desencadenan todos los diablos del infierno. Chapotea, explota, escupe, traga. Misteriosas trabazones en las alturas de estas casas viejas.

—Perdóname. Tenía sed.

—Pues claro. Dame un vaso de agua.

—No está fresca.

—Es igual.

Le llevo un vaso de agua. Siento deseos de hacerla beber como si fuera una criatura. La ternura es una cosa agradable. Me deslizo junto a ella. Nos dormimos enlazados. Hay noches, como ésta, en las que la felicidad está hecha de sencillez.

—De manera que no sólo te transformas en escaparate de joyero, sino que vas por ahí durante toda la noche… sin duda para exhibir toda tu quincallería —dice Laszlo Frokian, vibrándole la voz de ira contenida.

—Calla, te lo ruego… O al menos no me hables en ese tono.

Sarah, en la bañera, echa hacia atrás la cabeza mojándose el pelo que luego cubre abundantemente de champú. La cabeza le desaparece entre la espuma. Sarah ha encontrado el medio de cortar de raíz una conversación que, cuando menos, se anuncia desagradable. Pero Laszlo Frokian no se da por vencido. Coge la silla sobre la que Sarah ha echado su traje arrugado, sus bragas y su sostén. Se sienta a horcajadas. Con los dos brazos firmemente apoyados en el respaldo espera que termine la ceremonia del champú. Contempla con repugnancia la botella de champaña en el cubo de hielo, colocada sobre el tocador en medio de las aguas de Colonia y de los perfumes.

Sarah, con los ojos cerrados, se ducha la cara con agua fría. Siempre hace lo mismo cuando vuelve de madrugada. Antes de acostarse para dormir hasta bien mediada la tarde, tiene que estar perfectamente limpia, con el pelo seco y suelto, el rostro fortificado con agua fría y alimentado con una loción hidratante y el cuerpo perfumado. Se consagra a estos ritos como si estuviera sola sin prestar la más mínima atención a Laszlo, que es incapaz de dominar una fascinación demasiado evidente. Las mujeres le interesan precisamente en estos momentos, como si sorprendiera sus secretos. Por ello había observado con apasionada atención, la progresiva coquetería en su hija Annie.

—Tienes que escucharme —dijo con voz demasiado alta para romper el encanto.

—Dame un poco de champaña. ¿Quieres?

Furioso llena la copa hasta el borde y la coloca bruscamente en la mano húmeda.

—Toma, bebe.

Se derrama algo de líquido de la copa demasiado llena.

—Un baño de champaña…

Sarah responde con sonrisa dulzona al gesto brutal de Laszlo.

—Muy bien. Ahora tienes que oírme —dice él.

—Adelante —contesta Sarah con una voz resignada, mortecina.

Y cierra los ojos.

—Con tus joyas puedes hacer lo que te parezca. Son tuyas.

Si tienes tan mal gusto como para exhibirlas todas al mismo tiempo, allá tú. Pero el aderezo que llevabas esta noche no es tuyo. ¿Debo recordarte que forma parte de ese lote de diamantes que he depositado en la caja fuerte del «Miramar» en espera de venderlos en Italia aprovechando nuestro viaje? ¿Que la única compañía dispuesta a asegurarme me pedía el seis por mil de su valor, lo que es excesivo? ¿Que si tienes acceso a la caja fuerte no es para retirar, con el fin de pasearlos ante todo el mundo, decenas de millones de joyas sin asegurar?

—¿Terminarás pronto con tu discurso? —dice Sarah bostezando.

—¡No!

Laszlo aparta la silla y va a sentarse en el reborde de la bañera. Sarah apura su copa y lo mira insolente.

—Mi colección no debe salir de la caja fuerte. No necesito decirte que en la Costa te roban como en pleno bosque —dice Laszlo martilleando cada sílaba—. ¿Supongo que habrás oído hablar de la Begum?

—Está bien, Laszlo. Ve a guardar tu aderezo en la caja fuerte y déjame dormir. Te prometo que no volveré a tocarlo.

Sale del baño envolviéndose en un albornoz azul. Laszlo admira ese cuerpo bronceado que ya no le inspira el menor deseo y que las marcas del maillot decoran con una blancura enternecedora.

—Te conservas bien a tus cuarenta años —le dice—. Te preparas para dormir como quien se prepara para hacer el amor.

—Al fin un cumplido —se complace ella—. ¿No me preguntas lo que he hecho esta noche? Antes, eso te excitaba.

El ronroneo del secador ahoga la contestación de Laszlo. Sarah enfoca el chorro de aire caliente con una lentitud sensual hacia su

pelo que, poco a poco va adquiriendo volumen bajo el peine. La aureola rubia devuelve al semblante la expresión de chiquilla precoz que ha borrado el cansancio de la noche. Cuando deja de funcionar el secador, Laszlo repite con afectada frialdad:

—Hace ya mucho tiempo que eso ha dejado de interesarme.

—Cometes un error —dice Sarah con una risita.

—Tal vez…

—Figúrate que Kravetz…

—Te digo que eso no me interesa. Lo que me fastidia es que bebas tanto. Acabarás por ponerte en ridículo. Ese almuerzo en casa de los Dubois-Dubreuilh…

—No era yo la única que decía tonterías…

—Ya ni siquiera te das cuenta. Y estoy seguro que al terminar la velada de Walter, tampoco estabas serena…

Sigue a Sarah al dormitorio. Ella se instala en el lecho apoyando la espalda contra la almohada.

—He dejado el champaña en el cuarto de baño, Laszlo.

Laszlo va a buscar la cubeta, llena la copa y se la tiende.

—Después de todo, si quieres destruirte…

Sarah toma un largo sorbo, deja la copa sobre la mesilla de noche con un golpe seco. El cristal suena sobre el mármol.

—No estoy más destruida que tú —le dice—. Pero ya que quieres hablar, hablemos.

Laszlo Frokian mira con inquietud a su mujer. Sabe que ha empalmado la embriaguez de la noche. Y con la ayuda de la falta de sueño puede llegar a ser peligrosa. Conoce demasiado esas escenas en las que estallan los acentos histéricos de la comediante fracasada que se escucha representar el furor y queda prendida en su juego. Y como le horroriza el escándalo, se bate prudentemente en retirada.

—Ya hablaremos de todo esto —dice con suavidad—. Ahora te dejo dormir.

Se dirige hacia la puerta de su habitación, pero le inmoviliza la voz de Sarah, metálica, impersonal:

—No, quédate, Laszlo. Yo también tengo cosas que decirte.

«Pero, ¿qué le he hecho al cielo?», piensa Laszlo, que pierde pie en el torrente de palabras. Sarah ha apurado la última gota de

champaña y ya nada en el mundo podría hacerla callar. Ha evocado su infancia feliz de hija única, mimada por sus padres. Las emociones de adolescencia, cortejada por una multitud de jóvenes inteligentes, guapos, ricos, atentos, el error de su matrimonio con Laszlo, su tristeza de mujer abandonada… Él conoce el proceso. Cuando parece que ha terminado la exposición retrospectiva de sus rencores, ella vuelve de nuevo atrás:

—Yo hubiera podido ser una gran actriz y eres tú quien me ha desalentado. Papá sí me comprendía y me compró un teatro. No tengo la culpa de que estallara la guerra.

—No esperaste la guerra para actuar ante una sala vacía —se arriesga Laszlo.

—¿Qué sabes tú? Nunca has entendido nada de arte. Ni siquiera recurres a tus relaciones para ayudar a Annie a hacer cine…

—Si no te importa… Lo poco que ha hecho ha sido gracias a mí.

—Gracias a ti, gracias a ti… Se diría que no se puede vivir sin ti. Soy yo quien te proporciono tus relaciones e incluso tus clientes. Sin mí no saldrías nunca, no verías a nadie, sólo servirlas, tal vez, para conservar tu tienda… Tu aspecto mundano, querido, soy yo…

—Si eso te satisface…

—Además, considerando la forma como has tratado a Kravetz he decidido montar el espectáculo sin ti. Yo también tengo dinero.

—¿Has decidido todo eso esta noche? —inquiere Laszlo con irónica frialdad.

—¿Y qué puede importarte?

—Nada, en efecto. Ya te lo he dicho, creo que bebes demasiado.

—Si bebo es porque me aburro. Estoy harta de esta vida de viejos, de estos palaces. Llevas veinte años de retraso, mi pobre Laszlo. Patrick y Annie te lo dijeron el otro día. ¡Al menos ellos se divierten en Juan! ¡Son jóvenes, viven!

Ella ha gritado estas palabras como una réplica de teatro. Es evidente que ya no tiene sueño. Sus ojos negros, desencajados por la fatiga y la embriaguez, anuncian una de las más bellas escenas de su repertorio. Laszlo Frokian siente que se sumerge en un abismo de desaliento, de lasitud.

—Podríamos pasar unos días con ellos —dice, resignado—. Si eso te gusta…

Sorprendida, Sarah renuncia a proseguir su parlamento. Trata de

descubrir, a todas luces, los motivos de esa proposición inesperada.

—Sé muy bien que podrías ir sola —prosigue Laszlo—. Pero, ¿qué diría la gente? Yo aquí, tú en Juan… Más vale que conservemos nuestra consagrada imagen, la de una pareja que goza de la máxima libertad, pero, a pesar de ello, muy unida…

—Pero yo no necesito la opinión de los demás para preferir estar contigo, Laszlo —dice Sarah con sonrisa angélica— Telefonearé a Patrick para que reserve dos habitaciones lo más pronto posible en «La Murène»… ¡Ya sabes que siempre está completo!

—A esta hora está durmiendo —dice Laszlo—. Lo llamaré al mediodía. Entretanto, descansa.

Él conserva el amargo regusto de una derrota. No es la primera vez que las escenas de Sarah, coronadas por su propia cobardía, le dan ganas de vomitar.

—Si ya no necesitas el aderezo —dice apuntando de nuevo la ironía— volverá a guardarlo en la caja fuerte. Más vale no tentar a la camarera.

Sarah no contesta. Tranquilizada con su victoria se ha quedado dormida.

—Sarah Gronstein ha recuperado su rostro de niña —murmura Laszlo, tratándose de viejo estúpido y sentimental.

Cierra la puerta con precaución. En su habitación, coloca el aderezo sobre la cama y se sienta para contemplarlo a placer, amorosamente.

Sarah se levanta, se acerca a la puerta para escuchar y corre silenciosamente el pestillo. Luego se dirige a abrir el armario.

—Puedes salir —susurra—. Se ha ido.

Latiéndole el corazón, Roberto Grimaldi sale de entre los vestidos.

—No pensé que se despertaría tan pronto —dice Sarah—. Habrás estado a punto de ahogarte.

—Y ahora usted va a irse —dice Roberto—. ¡Cuándo apenas nos conocemos!

—Sólo por unos días… No vas a echarte a llorar, ¿eh?

Acaricia con mano experta el pelo del muchachote torpe, tímido.

—Ven —le susurra.

Sobre el lecho, lo desnuda, febril.

—Lo he oído todo —murmura él—. La hace muy desgraciada…

Sarah pone sus labios sobre los del muchacho para hacerle callar. Ya impaciente, lo guía. Su cuerpo tenso se estremece largamente. Tiene necesidad de él, en seguida.

IV

El guapo atleta se dice con satisfacción que las damas podrán disfrutar desde mañana de su perfil griego y su virilidad poco común que, por otra parte, le preocupa seriamente. Con los ojos cerrados, mientras espera su hora, Sergio Piana ve de nuevo algunos de los más bellos cuerpos de su colección. Visiones muy agradables en la noche carcelera. Escenas vividas al sol, a orillas del agua, bajo el cielo intensamente azul.

—¿Me permite, señora?

Y el *play-boy* de la Costa ofrece su encendedor de oro… Valora la fortuna de su víctima, que ya cede… Y mientras examina los senos con mirada glotona, calcula basándose en la sortija y el collar que ella lleva, el valor de las joyas que ha debido dejar en su villa o en el hotel. Pero esta noche, en la cárcel monegasca donde espera la hora H de la evasión, Sergio Piana se complace más en la evocación de las nalgas y los senos de los que hace tiempo está privado, que en la de los valores. Además, tan pronto como salga de allí, el dinero no será problema. Encontrará algún golpe fácil, llevado a cabo con rapidez, que le permita arrancar de nuevo en la vida.

Enervado por ésta orgía mental de cabelleras opulentas y de pieles doradas, considera que ha llegado el momento de actuar. Empieza a recorrer su celda al tiempo que lanza sordos quejidos. Se detiene, espía el inmenso silencio que le rodea. Vuelve a empezar subiendo un tono. Oye un movimiento al fondo del corredor. Empieza de nuevo a quejarse, cada vez más fuerte, y esta vez sin parar. Con el instinto de un animal salvaje, se da cuenta de que el guardián Mariotti avanza por el corredor. Se abre el ventanillo, Sergio Piana se sujeta la cabeza con ambas manos. Recorre la celda en todos sentidos, con nerviosismo, sin dejar de quejarse.

—¿Qué ocurre? —pregunta el guardián Mariotti, de buena pasta y que ya empieza a sentir lástima.

—Las muelas… Me duelen horriblemente… Es espantoso.

Se queja con más fuerza.

—Sé lo que es eso —dice Mariotti—. Te pasará. Y mañana ya veremos.

Después de un segundo de vacilación, cierra el ventanillo.

—Me duelen, me duelen —grita Sergio Piana.

El ventanillo se abre de nuevo.

—Cierra el pico —ordena Mariotti—. No se puede hacer nada hasta mañana.

La voz del guardián es menos segura. Piana se da cuenta de que va a ganar. Y presiona. Sus quejas resultan ya insoportables. Articula a duras penas, con voz lacrimosa:

—¡No va a dejarme así! ¡No es posible! Mire el estado en que me encuentro.

La realidad es que da lástima contemplar a Piana. Tiene la boca contraída, la cara llena de sudor, el pelo revuelto. El buen guardián se sentiría conmovido por mucho menos.

—¡Haga algo! —insiste Piana, con un quejido más agudo que los otros—. ¡Se lo suplico!

—Voy a tratar de traerte una aspirina —dice Mariotti—. Pero deja ya de berrear así, vas a despertar a todo el mundo.

Piana calla, con un esfuerzo a todas luces heroico.

Apenas se ha alejado el guardián cuando el *play-boy* de la Costa recupera su semblante natural y sus movimientos rápidos como el relámpago. Saca del escondrijo la varilla flexible y el bramante en uno de sus extremos anudado en forma de lazo, que tiene escondidos desde hace unos días. Por el agujero del ventanillo que, como es natural, el guardián ha dejado abierto, pasa la caña de pescar improvisada. El lazo del bramante atrapa el cerrojo que cierra la puerta de la celda. Piana no tiene más que tirar de él. Está libre.

En la celda contigua, Giuseppe Bruti, de apodo *et Molosse*, presta oído atento a la comedia de Piana. Está preparado. Su grueso cuerpo está febrilmente tenso con el ansia de pasar a la acción. Los ojillos se le animan bajo su frente de bruto.

Piana tarda cinco segundos en abrir la puerta del *Molosse*,

Flexible como un gato, se encuentra ya en el despacho que el caritativo Mariotti ha abandonado en busca de la aspirina. Sabe que en el cajón hay un revólver. Lo coge. Pesca al vuelo la llave de la puerta de la calle, que cuelga de un clavo. Menos de diez metros le separan de esa puerta, pesada y maciza, que conoce de memoria por haberla observado tantas veces. La cierra tras de sí y corre el cerrojo desde el exterior.

Piana y *el Molosse* bajan por la callejuela que termina en una escalera, en la parte baja del puerto de la Condamine. Doscientos metros de un silencio opresivo. Mónaco duerme. En el puerto, los yates de los multimillonarios se balancean cadenciosamente. Al llegar al final de la escalera, Piana entra en el agua. Da unas brazadas, bordeando el muelle hasta una barca de socorro amarrada con una cadena a un *chris-craft*. Sólo un instante. Luego se introduce en la minúscula embarcación. Vuelve a buscar a *Molosse* en el muelle. Y está a punto de naufragar bajo su peso…

Los faros del puerto barren la noche. Allá abajo, a un kilómetro, está Francia. Al otro lado, a lo lejos, Vintimille, Italia, su patria.

Piana rema con energía, aunque sin ruido. La embarcación bordea el frontón del muelle, lo circunda, pasa por debajo del palacio principesco, cobijado sobre su bloque de granito, y desaparece en la noche.

Al infortunado guardián Mariotti lo ponen verde. Aguanta el furor del director. ¡Dejar evadir el *play-boy* de la Costa que tanto les había costado poner a la sombra! Los perros policías, trasladados apresuradamente por la brigada de la Policía de Menton, se detienen ante la escalera de la callejuela que se sumerge en el puerto de la Condamine. Allí, a unos doscientos metros de la cárcel de Mónaco se pierde el rastro de Sergio Piana y de Giuseppe Bruto. Con pantalones y camisa playera, han debido confundirse con la masa de veraneantes.

Se actúa febrilmente, pero las investigaciones no avanzan. Los servicios de Policía del Principado conjuntamente con los de los Alpes-Marítimos, se encuentran en estado de alerta. No desesperan de encontrar el rastro de los fugitivos, ya que éstos se verán obligados a robar para vivir. Bruto preocupa poco. Un malhechor

sin envergadura, un antiguo marinero convertido en traficante de drogas a pequeña escala. ¡Pero Piana!

Sergio Piana, un nombre conocido de la Policía de todas partes. El 21 de enero, la sala de lo criminal de los Alpes-Marítimos había condenado al famoso *play-boy* a diez años de cárcel y cinco años de prohibición de residencia. Con esta condena se sancionaba toda una serie de desvalijamientos cometidos en la Costa Azul y en la Costa de Plata. No era nada del otro mundo por cincuenta millones de francos en joyas.

Sus robos más famosos: doce millones en diamantes en un palace de Biarritz, veinte millones en joyas en Cap d'Antibes y el resto, cantidades pequeñas por todas partes.

Después de su condena, Sergio Piana fue entregado a la justicia monegasca para responder de un asalto nocturno en la casa de la mujer de un banquero de Montecarlo. Ella le había sonreído en la playa. Aquella misma noche escalaba su balcón y robaba dos millones de francos en joyas ocultas debajo de su almohada.

Detenido al cabo de una agitada persecución, el *play-boy* de la Costa había confiado a los investigadores sus ambiciones, burguesas a más no poder: tenía intención de proseguir sus robos hasta alcanzar la cifra de cien millones de joyas, ni más ni menos. Era lo que necesitaba para llevar una existencia confortable y tranquila en compañía de la muchacha con la que esperaba casarse. ¡Qué decepción!

Durante la instrucción de la causa, contribuyó a reconstituir en presencia de sus víctimas las joyas robadas que había desmontado.

Así es el hombre que se busca con la febrilidad que puede suponerse, después de su evasión de Mónaco. Como si los policías no tuvieran bastante trabajo con la fauna de la Costa Azul en el mes de agosto, con los robos que se suceden, las encuestas que se encallan, la Prensa que se burla o se indigna… Y he aquí que Sergio Piana vuelve a entrar en servicio.

La villa César es una deliciosa casa rosa oculta entre mimosas y eucaliptus. El jardín, un maravilloso follaje de plantas y flores que se desarrollan en el clima de Juan-les-Pins, ha sido decorado por Claude Barouleau, por otro nombre Théodose, con unos bancos y

unos asientos confortables que invitan a la pereza. Desde el principio, se adivina la mano del hombre de gusto, del artista, en esta disposición sencilla.

La casa no es grande. Lo suficiente para Théodose y su amigo, Fabrice Janin. En ella practican el perfecto amor, a cincuenta metros de «La Murène», que pertenece a Théodose. De esta manera puede ocuparse sin perder demasiado tiempo, considerando sobre todo la inapreciable ayuda que le aporta Magda Ruggieri, su directora. Es necesario, ya que él consagra la mayor parte de su tiempo a su tienda de antigüedades en Antibes y a amueblar las casas de las celebridades que se disputan su talento.

Es la hora sagrada de la siesta. El sol se desploma sobre la casa que mantiene todos sus postigos cerrados. Théodose no duerme. Contempla a Fabrice que dormita apaciblemente junto a él, después del amor. No se cansa de contemplar con devoción el bello rostro del joven, con una expresión de inocencia infantil. Sin embargo, Fabrice tiene ya veintisiete años, pero forma en las filas de esos personajes a lo Cocteau que parece que no han de envejecer nunca. Es verdad, piensa Théodose con una punzada de celos, le gusta mucho a Cocteau… A Théodose le encanta la distinción de este retoño de diplomático a quien su nombre stendhaliano, su educación y su elegancia natural sitúan en un mundo muy diferente al que el antiguo bailarín de «Chochotte» ha frecuentado durante años. Ambiente turbio en el que se mezclan travestis y hombres prostituidos, que tanto necesita Théodose sexualmente, pero que le repugnan y lo aterran. Con Fabricio no es lo mismo…

A los cuarenta y cinco años, Théodose siente la necesidad de establecerse, de formar una pareja duradera. Y al contemplar el cuerpo perfecto de su amante, un metro ochenta todo músculos, tumbado completamente desnudo sobre la sábana azul cielo, evoca los ojos angelicales que van a abrirse de un momento a otro y se siente enternecido. Con él, nunca le faltará nada a Fabrice. El joven no puede esperar gran cosa de su familia, a la que disgusta su ociosidad y sus amistades. Pero esto no importa pues ahí está Théodose, a la vez amante apasionado y padre generoso.

Fabrice se despierta sonriendo, como siempre. Una sonrisa

lejana, todavía empapada de sueño, que va disipándose poco a poco para dar paso a una vaga inquietud: el temor del mundo…

—Me duele la cabeza —dice—. He dormido demasiado. ¿Qué hora es?

—Apenas son las cuatro —responde Théodose, haciendo rodar las erres como todo buen borgoñón.

—Entonces, no he dormido bastante.

—Descansa. Yo he de ir a dar una vuelta por la tienda.

—Si dispones de cinco minutos…

Fabrice coge cariñosamente la mano de Théodose y la conserva entre las suyas.

—No me gusta tu nuevo barman —le dice—. No tiene clase. ¿Cómo se llama?

—Brocas, Jacques Brocas. Es un savoyardo. Está casado y tiene una chiquilla de trece años. Vive en un piso amueblado, en la ciudad.

—Es algo rústico para un hotel como «La Murène».

—En este momento estamos copados. Lo ha contratado Mag. Ella ha cogido lo que ha podido encontrar. No es fácil en plena temporada.

—¿También tiene antecedentes?

—Exageras… De cualquier modo, toda la gente que empleo está en regla…

—¿Viste este mediodía la mesa al fondo del jardín? Todos tipos duros. La crema y nata de los marselleses. Muy pintoresco.

—Eso es lo que contribuye al encanto de «La Murène». El señor Clark Gable codeándose con el señor Antoine Guérini. Estamos entre señores. Los gángsters y las estrellas se atraen mutuamente. Sienten curiosidad los unos por los otros y les halaga encontrarse juntos. Se entienden bien. Fíjate en los Estados Unidos, todos están mezclados, la Maffia, la canción y el cine. Lo que los une es que todos tienen parné.

Fabrice bosteza largamente y se despereza.

—Desde luego —asiente—. Aquí se aburre uno menos que en el «Carlton».

Théodose se endosa un pantalón azul y una camisa rosa. Se

peina con cuidado el cabello, que ya empieza a clarear. Está de buen humor y su rostro jovial refleja la plenitud. Ha pasado bien su siesta. Además, en este momento todo le sale bien: el trabajo, la fortuna y el amor.

—En definitiva, iré contigo —dice Fabrice.

Se viste en un abrir y cerrar de ojos, todo de blanco, pantalón y camisa de lino. Tiene el pelo más ondulado que nunca. Théodose se siente rebosante de orgullo y de amor ante este arcángel que le pertenece.

Se dirigen hacia Antibes en el cabriolet 203 de Théodose. El maletero se mantiene ahora abierto por un peinador Luis XVI comprado esta misma mañana a una condesa nizarda en apuros. Théodose lo ha pagado caro. Su beneficio será casi nulo. Pero le ha dado lástima la anciana señora. Muchas veces ha seguido ese impulso por una mezcla de esnobismo y generosidad. Su oficio de anticuario le sirve para entrar en las casas, para adivinar las miserias ocultas. Le complace ayudar a la aristocracia arruinada. Desde luego, ello forma parte de su tren de vida, pero hay algo más. Es de una sensibilidad enfermiza. Tiene el llanto fácil y es generoso.

Su tienda de antigüedades en las murallas de Antibes tiene una vista espléndida sobre la rada. Él la ha agrandado comprando los dos garajes medianeros, de los cuales uno sirve de exposición de muebles de precio y el otro de depósito. La tienda primitiva está consagrada a los bibelotes, a las baratijas, a todo lo que se puede comprar para divertirse, sin arruinarse. A ese abanico de mercancías corresponde, naturalmente, un abanico de clientes, de modo que la tienda siempre se mantiene activa. Pero el elemento más notable de ese comercio, sin embargo, tan rico en curiosidades de todas clases, es el augusto anciano de majestuosa barba a quien toda la buena sociedad de la Costa llama *Charlemagne*. Nombre realmente pomposo para un cuerpo tan delgado y además encorvado que con frecuencia se siente agitado por un temblor que sólo puede calmar, por un momento, el contenido de una redoma de plata oculta en un cajón del escritorio Luis XV sobre el que se acumulan los catálogos y las facturas.

Antaño anticuario en Londres, arruinado por las mujeres, el juego y todos los vicios a la vez, como él mismo dice bromeando, *Charlemagne* se encuentra en calidad de colaborador que toma parte

en los beneficios. Théodose quería hacer de él su socio, pero *Charlemagne* se negó.

—Todo cuanto necesito es un pequeño sueldo y alguna comisión de vez en cuando, además de la vivienda sobre la tienda. De lo contrario, volvería a hacer tonterías…

Coleccionista maniático y temible experto, émulo del Primo Pons de Balzac, *Charlemagne* ha renunciado a todo tipo de disipación. Nadie sabe su edad. Él confiesa setenta años, pero con una sonrisa equívoca sugeridora de que puede tener muchos más o muchos menos. Tanto en verano como en invierno, va vestido con un traje de *tweed*, una camisa blanca, una corbata escocesa y unos calcetines haciendo juego. Esos calcetines tienen la molesta tendencia de deslizarse por sus esqueléticas piernas. Cuando hace mucho frío, saca del armario una esclavina negra que huele a naftalina y una majestuosa bufanda que le da aspecto de poeta montmartrés.

Fabrice y Théodose extraen, con precaución, el peinador Luis XVI del maletero de la 203. *Charlemagne* da vueltas alrededor, olfateando como un perro de caza, con la mirada brillante y la barba en ristre. Contempla apreciativamente.

—Esta mañana han venido a ofrecerme una colección interesante —dice—. La he comprado.

—Has hecho bien —dice Théodose.

—De todos modos, espera a verla.

—Ya sabes que no te equivocas nunca… Veamos, ¿de qué se trata?

Charlemagne señala, alineadas sobre una mesa de marquetería, una quincena de pitilleras de plata, de tamaños, formas y dibujos diferentes.

—Todo por trescientos mil francos —dice—. Una miseria tratándose de plata maciza.

—A ese precio deben de ser robadas —dice Théodose—. Pesan mucho.

—Podría ser —asiente *Charlemagne*—. En la actualidad es muy frecuente en la Costa. Pero de cualquier modo no están denunciadas… así que… La joven, sin embargo, tenía buen aspecto. Las traía dentro de una pequeña maleta de cuero. Me enseñó su carta de identidad y he tomado nota. Una joven guapa. Muy bonita.

—Habrá que venderlas una a una —dice Théodose—. Y ninguna por menos de cuarenta mil francos. Son soberbias. 1850, ¿no?

—Poco más o menos.

Fabrice abre y cierra sin cesar una de las más finamente cinceladas.

—Quédatela —dice Théodose—. Es para ti. Fumas puros, así que te vendrá bien.

—Oh, solamente de vez en cuando —dice Fabrice con la mirada brillante de agradecimiento.

—En realidad había dieciséis —interviene *Charlemagne*—. Me he quedado con una. La pagaré…

—De ninguna manera —responde Théodose—. Ya nos quedan bastantes. Hacemos un estupendo negocio.

—Eres demasiado generoso —afirma *Charlemagne*—. Así es como yo me arruiné.

—Sí, pero yo no juego. En cuanto a las mujeres…

—No hay nada como las mujeres —afirma *Charlemagne* mirando a Fabrice sin ninguna simpatía.

Théodose no contesta. *Charlemagne* ha demostrado siempre antipatía hacia Fabrice y Théodose lo atribuye a celos.

¿Pero cómo es posible que un anciano pueda sentirse celoso del guapo, del irresistible Fabrice Janin? Y tanto más cuanto que a Fabrice no le interesan lo más mínimo las antigüedades. A Théodose le encantan esas rivalidades a su alrededor. Confirman su éxito desde sus lejanos comienzos en «Chochotte» y en el «Perroquet Rose».

—Y ahora, ¿qué he hecho? Te pasas la vida metiéndote conmigo por una cosa u otra.

Jean-Jacques Ruggieri, de pie en el vestíbulo del hotel «La Murène» se ha decidido, por una vez, a hacer frente a su hermana. Está cansado de los perpetuos reproches de Magda que lo trata como a un chiquillo con el pretexto de que tiene quince años más que él y que ha sido ella quien lo ha contratado, en su calidad de encargada.

—¿Que qué has hecho? Pues eso es precisamente, que no haces nada, nada en absoluto.

La señora Mag aprovecha la hora tranquila de la tarde para sacudir a su hermano a quien, de hecho, considera un inútil. Si lo ha admitido en «La Murène» ha sido como último recurso, pues no lo quieren en ninguna parte. No sabe hacer gran cosa y hay que decir que, en principio, su aspecto no le favorece lo más mínimo. En sus ojos no brilla un adarme de inteligencia debajo de la frente estrecha coronada por el pelo cuidadosamente alisado. Y ese tinte oliváceo que, con frecuencia se vuelve gris…

—¿Cómo que no hago nada? Estoy de pie desde las seis y no paro en todo el día.

—¿No paras de qué? Ni siquiera puedes ocuparte de las llaves. ¡Es la tercera vez que esto ocurre!

—No vale la pena hacer tanto ruido.

La señora Mag se contiene para no darle una bofetada como cuando era niño. No soporta que los clientes «se olviden» de entregar la llave de su habitación al abandonar el hotel, bien inadvertidamente o por llevarse un recuerdo de la famosa «Murène». Hay que reconocer que es un llavero muy bonito: una morena plateada en la que hay grabado, en cifras romanas, el número de la habitación. Mag ha insistido una y otra vez cerca de Théodose para que sustituya esos objetos de arte por unos enormes anillos pesados, molestos, que desalienten a los «olvidadizos», pero Théodose se niega. Esta morena de plata es, en cierto modo, su tarjeta de visita.

—Tienes que pedir la llave en el preciso momento en que pagan —prosigue Mag.

—¿Y qué pasa cuando un tipo baja a pagar y la buena mujer está todavía en la habitación vistiéndose?

—Se la pides a ella cuando salga… Sólo hay veinticuatro habitaciones. ¡Creo que no se trata de una multitud! Todo el mundo se conoce.

Jean-Jacques se encoge de hombros. Cuando no sabe qué contestar adopta esa actitud ausente, cazurra, que tantas bofetadas le valía del señor Ruggieri padre, exasperado por la blanda estupidez de su retoño. El señor Ruggieri, monegasco de nacimiento y croupier en el casino, se ganaba bien la vida. Cuando Magda tuvo doce años decidió poner un chico en camino, como él decía. Más adelante, la estúpida naturaleza de Jean-Jacques debió de hacerle

lamentar aquella «puesta en camino». La señora Ruggieri, persona insignificante, soportaba con una paciencia heroica las espantosas crisis de cólera de su hijo, seguidas de oleadas de lágrimas y de largas horas de embotamiento.

Cuando cumplió los veinte años, Magda decidió hacer cualquier cosa para abandonar el hogar que se había convertido en un infierno. Y esta cualquier cosa consistió en casarse con Angelo Patronimo, negociante italomonegasco en frutas y hortalizas, cuarentón panzudo, afligido por una calvicie precoz y de unas manías sexuales muy precisas a las que Magda nunca habría de acostumbrarse, pero que le valieron al menos no dar descendencia al señor Patronimo, lo que contribuyó a simplificar el divorcio.

Magda no volvió a casarse. Tuvo varios empleos y algunos amantes hasta el día que tropezó con Théodose que buscaba un director para «La Murène». Las ofertas de servicios no escaseaban. Théodose tenía tantos amigos… Pero por esto desconfiaba. Tenía demasiada tendencia a mezclar amigos y negocios. El físico de Magda Ruggieri le inspiró en seguida confianza. Fea y fría, se convertiría en el pilar del hotel, de aquel centro trepidante cuya locura ella sabría mantener dentro de los límites precisos. En una sociedad consagrada al placer se necesita una señora Mag para llevar las cuentas…

Por otra parte, más que fea, la señora Mag era áspera. Sus cabellos, de un castaño sucio recogido en un moño que parecía falso, a tal punto llegaba su rigidez, apestaban a solterona. Eran el triste ornamento de aquel ser desecado. Tal vez esa desecación se debía a que aquella mujer de cuarenta y tres años no tuvo el hijo que deseaba. Nunca hablaba de ello. Al verla cabía dudar de que hubiera podido dar placer a un hombre o haberlo recibido.

¿Acaso era el luto de toda su vida que ella llevaba, vestida completamente de negro? Era inútil buscar su mirada detrás de sus lentes de un grueso poco común, ya que, para colmo de desgracias, era extremadamente miope…

—Me fastidias —dice al fin Jean-Jacques—. Fastidias a todo el mundo, con tu jeta de vieja santurrona siempre metida en la iglesia…

Plaf. Ha resonado la bofetada, seguida de una segunda. Jean-Jacques se sobresalta. Sus ojos de buey intentan fulminar a la

austera Magda.

—Si no llevaras las gafas —farfulla.

Mira a su alrededor con inquietud. De todos modos, si alguien hubiera podido verles, ella no hubiera hecho eso. No, no hay nadie. Incluso el jardín está desierto.

—Tú sí que deberías ir a misa —dice Mag, algo más tranquila—. No te iría mal.

—Seguramente lo necesito más que tú. Con esa pinta que tienes, no debes de tener mucho que confesar… Te digo que me fastidias.

La deja plantada allí. Mag se sienta ante el escritorio. Oye arrancar el ciclomotor de su hermano detrás del hotel. Pese a lo estúpido que es, ha sabido elegir bien las palabras. Mag se siente herida. Para no llorar, aprieta sus labios delgados que contribuyen a la dureza de su rostro. Siente de una manera confusa que se encuentra prisionera en un círculo infernal. No la aman porque tiene el aspecto frío. Y tiene el aspecto frío porque no la aman. Sólo Théodose y Fabrice la comprenden, la aprecian por lo que es: sólida, segura, fiel y afectuosa. ¡Sí, afectuosa! ¡Devorada por la necesidad de cariño! ¿Qué no haría ella por un hombre que la amara?

Y, sin embargo, aún puede gustar. No hace tanto mantuvo tiernas relaciones con el abogado Carlotti, que ha seguido siendo su amigo. No se ven mucho, pero siempre le ha dicho que podía contar con él… Poco a poco va consolándose de la grosería de su hermano. Aprovecha la tranquilidad de esta tarde para repasar las cuentas, comprobar pedidos y facturas. A continuación, se consagrará a hacer el inventario de las provisiones. Théodose ha dado en el blanco. No hubiera podido encontrar una encargada más leal, más eficaz.

Sobre la terraza del «Miramar» va cayendo la tarde. Sarah Frokian se esfuerza por no seguir con mirada amorosa las idas y venidas del joven Roberto Grimaldi, cuyo uniforme de botones la enternece.

—Decía que mañana tendremos una habitación —insiste Laszlo—. ¿No me escuchas?

—¿Una habitación?

—Una habitación en «La Murène»… Hace ya una semana que la esperamos… Más bien, que la esperas tú, pues yo me encuentro muy bien aquí…

Sarah coge con delicadeza una aceituna y apura su martini-gin antes de declarar con aspecto travieso:

—Pero Laszlo, ya sabes que necesitamos dos habitaciones.

Y sin darle tiempo a contestar, agrega, poniendo las cosas en su sitio:

—No estamos en viaje de novios…

—¡Qué bonita es! —se dice Roberto.

Se siente feliz de verla allí, muy cerca. Al fin se lo ha contado todo a Paul Grimaud, bajo palabra de guardar el secreto.

—Me lo temía —ha dicho Paul-el-filósofo—. Tienes ojeras dobles y no te mantienes de pie. Así, pues, ¿todas las noches?

—Terminado el servicio me cambio y subo.

—¿Y él?

—Se hace la enfadada, dice que tiene jaqueca, se encierra.

—Espero que al menos no te hayas enamorado.

—El primer día, sí. Ahora ya es rutina —contesta Roberto con la seriedad de un viejo vicioso.

—¡Bravo! —dice Paul Grimaud riendo—. Llegarás lejos. Ya sabes, con esas mujeres, unas van, otras vienen.

—Claro que tenemos dos habitaciones —dice Laszlo, irritado—. Es por esto que hemos tenido que esperar una semana. También a mí me gusta la libertad, tanto como a ti.

—Valía la pena esperar una semana —declaró ella.

—Espero que el clima de Juan te siente mejor. Estos últimos días no tienes muy buen aspecto.

—Ya te he dicho que aquí me aburro… Tengo la impresión de que vamos a divertimos con Annie y Patrick. Son formidables y además están sus amigos…

—Hubiera preferido ir inmediatamente a Italia —dice Laszlo—. Incluso me pregunto si no debería irme solo. En «La Murène» no te faltará compañía…

—Ni hablar. Adoro Italia. En Roma tengo buenos amigos. Es cuestión de unos días.

Eres insoportable, Laszlo. Sólo piensas en tus negocios…

—Es importante, —Sarah. Esos diamantes…

—Sé amable, Laszlo. Evítame el relato de tus fraudes aduaneros. Sé lo que es y no me interesa. ¿Quieres otro martini? ¿No? Entonces, un martini-gin, camarero.

—Está cayendo muy bajo —dice Paul Grimaud—. ¿Bebe tanto por la noche?

—Siempre tiene champaña en la habitación —contesta Roberto —. Se lo bebe como un marinero. Y a mí me sienta mal porque no estoy acostumbrado.

Paul Grimaud vacila antes de hacer la pregunta que hace días que le da vueltas por la cabeza:

—¿Te da parné?

—¿Qué dices? —exclama Roberto, ofendido—. ¿Por quién me tomas?

—Haces mal, hijo —opina Paul Grimaud—. Piensa en tu futuro comercio, en tu lavandería automática… Todo es lícito.

—No soy un gigoló —arguye Roberto.

Y añade con la lógica precoz de sus quince años:

—Si fuera una puta tendría que pagarle yo… Así, pues, estoy muy contento de poder hacerlo de balde.

V

Laszlo Frokian deja una modesta propina en la mano del botones, ese bobalicón rubio que le disgusta, pues lo considera arrogante. Premia con mayor generosidad la obsequiosidad del encargado de los coches y toma la carretera de Juan-les-Pins conduciendo con su habitual lentitud.

—A este paso no llegaremos para el almuerzo —dice Sarah.

Frokian se encoge imperceptiblemente de hombros. Sarah forma parte de esa raza de mujeres que son incapaces de dejar a un conductor en paz. ¿Aburrimiento? ¿Nerviosismo? Generalmente, tienen miedo. Sarah, no. Frokian ya está acostumbrado a oírla decir que se arrastra como una babosa.

Sarah trajina con los botones de la radio hasta encontrar un slow merengoso que la satisface. Entonces enciende un «Player», descansa la cabeza en el respaldo, cierra los ojos y exhala con beatitud unas bocanadas de humo. Se encuentra tan a gusto, tan relajada que decide dejar que el pobre Laszlo conduzca tan despacio como quiera. Evoca, con una crispación de placer entre los muslos, el ardor desmañado de Roberto Grimaldi la primera mañana… Laszlo se había llevado el aderezo de diamantes para guardarlo de nuevo en la caja fuerte del hotel, pero las joyas de Sarah quedaron sobre la mesilla de noche. Roberto, en plena acción, tropezó con ella y dos sortijas rodaron por la alfombra.

—Perdón —murmuró recuperando el aliento.

Y antes de que Sarah pudiera retenerle, se tumbó boca abajo sobre la alfombra en busca de las sortijas que hablan rodado por debajo de la cama, ofreciendo el delicioso espectáculo de sus nalgas de adolescente que cada vez gustaban más a la bella cuarentona.

—Hay muchos coches —dijo Laszlo—. Se ve que es sábado.

Deberían prohibir que circularan esos dos caballos. No adelantan nada e interceptan todo el rato la carretera. ¡Vaya un invento!

—No tenemos prisa —advierte Sarah que sigue con los ojos cerrados.

—¿No has dormido bastante?

—Me gusta soñar en el coche…

Ve de nuevo en su imaginación los detalles del cuerpo de su pequeño e infatigable botones. Un lunar en la base del cuello… La cicatriz de una apendicitis gigante, obra maestra de un carnicero del hospital local. Y sobre todo su pelo rubio, esos bucles con los que las manos de Sarah jugueteaban interminablemente en los momentos de reposo.

—Tienes un hermoso pelo —le decía Sarah.

Y luego:

—Muchas mujeres han debido decírtelo…

Y como Roberto guardara silencio:

—¿Cuántas amantes has tenido?

—No lo sé.

—Supongo que a tu edad no más de diez.

El interrogatorio proseguía con una risita bronca, prolongada, de acento inquisitivo. Y como Roberto seguía sin contestar:

—¿Al menos no será la primera vez?

—He conocido chicas…

Lo ha dicho con un aire evasivo, antes de morder el seno derecho de Sarah con audacia de conquistador.

—Me haces daño…

Sin embargo, lo atrajo hacia ella murmurando:

—Voy a comerte la boca.

Sarah no se cansaba de lamer y morder los labios carnosos del muchacho, que nunca había disfrutado de una fiesta semejante. Por un momento se preguntó si no podría oírles el marido desde la habitación contigua. Había oído hablar de ese tipo de hombre que se excitan solos cuando oyen a su mujer haciendo el amor con otros…

—Oiga. Su marido está al lado…

—Eres bobo. No tengas miedo. No es malo. Y además, no hacemos ruido.

… Sarah mira de reojo a Laszlo que marcha a treinta por hora

bordeando el mar y observando las gaviotas. ¿No sospecha nada, en realidad, respecto a Roberto? Hace un momento, al darle un miserable billete de veinte francos tenía un aspecto enigmático.

—¿Te has despertado? —dice Laszlo—. Mira todas esas gaviotas. Eso es porque cerca hay un albañal. En los paisajes más bellos del mundo, al pie de las villas más lujosas, las cloacas se vierten tan sólo a unos metros de la orilla. Dentro de unos años esta mar estará putrefacta. Nuestros nietos no podrán bañarse.

—¿Qué importa? —contesta Sarah—. Se construirán más piscinas.

—Y el Mediterráneo sólo servirá para la escuadra americana.

Indica con la mano un gigantesco portaaviones que reposa holgadamente como un hipopótamo:

—Ahí siguen. Nunca acaban de ganar la guerra. ¿Adónde crees que lanzan sus residuos? Al agua, naturalmente. ¡Pobre Mediterráneo!

—Te encuentro muy amargado, Laszlo. ¿Algo va mal?

—No.

Seguramente está enterado, se dice Sarah. No quiere reconocerlo, pero está enfadado… Esta noche hemos hecho más ruido que de costumbre… Roberto estaba sobreexcitado. Es natural, el último día…

—… O más bien, sí —prosigue Laszlo—. Siento haberte hecho caso. En definitiva, no me atrae en absoluto instalarme en Juan-les-Pins. Hubiera hecho mejor yéndome a Italia como estaba previsto.

—No estaremos mucho tiempo —dice Sarah, conciliadora—. Si quieres, solamente dos o tres días. El tiempo necesario para ver a los chicos.

—Pronto llegaremos —dice Frokian—. Creo que es después del Casino.

—Hay que tomar la carretera del cabo de Antibes.

Sarah se tranquiliza. No, no sabe nada. No piensa más que en vender sus diamantes en Italia. Le irrita que descompongan el empleo de su tiempo. En realidad, hubiera sido un viejo solterón perfecto. Seguramente en Juan se comportará como un aguafiestas en medio de toda esa juventud que se divierte. De ser así, le diré que se vaya solo a Roma. Más adelante me reuniré con él. Además, estaba segura de que todo terminaría así.

Reprime una mueca de dolor. Al inclinarse para coger un cigarrillo, se ha golpeado con la manivela en la cadera, exactamente donde tiene un enorme morado. Roberto la ha mordido con apetito de joven felino. Está condenada a llevar el traje de baño de una pieza, cuando tanto le gusta exhibir lo más posible su cuerpo aún joven, gracias a la nueva moda del bikini. Afortunadamente, dice para sí con una risita, Laszlo ya no me honra con sus atenciones… Sería difícil decirle que me he golpeado con un mueble. Se ve con claridad la huella de los dientes…

Se enternece al recordar la indignación de Roberto cuando le propuso darle dinero:

—Te comprarás una «Mobylette»… Así no tendrás que pedalear por las cuestas, como el otro día en Vence…

—Cuando quiera una «Mobylette» tengo suficiente dinero para pagármela.

—Entonces, dime lo que te gustaría… ¿Un reloj, una sortija de sello?

—No necesito nada.

Ha hecho como que va a vestirse y Sarah ha tenido que recuperarlo a fuerza de carantoñas. Pensaba ya, sin celos, tal vez con una punta de sentimiento, en todas las mujeres a las que él ofrecería placer. Hay hombres nacidos para el amor y Roberto era uno de ellos. Su desinterés le hacía aún más atractivo. A su apostura, a su fuerza se unía esa especie de ingenuidad que desarmaba y que hacía vibrar en Sarah las últimas fibras que el erotismo había dejado intactas. Algo así como un sentimiento maternal muy oculto… En definitiva, Sarah se sentía totalmente cautivada.

—Volveré a Cannes para verte —le decía.

—Si ya no estoy aquí pregunta a Paul Grimaud, el portero. Él sabrá siempre dónde me encuentro.

Sarah ha contribuido en gran manera a la reputación donjuanesca de Roberto. Éste se ha dado cuenta de que Josée, la camarera, le pone los ojos tiernos, sin duda impresionada por el desorden en el lecho de la bella señora Frokian. Ésta ha observado los manejos y considera muy loable por su parte el alegrarse de que su sucesión quede asegurada para Roberto, incluso en este preciso momento. Está muy contenta de no sentir celos. Ama demasiado la

vida para estropearla con semejantes sentimientos…

—Verdaderamente, esto es muy distinto del «Carlton» y del «Miramar» —dice Laszlo con una lentitud irónica.

Acaba de detener el «Hillman» delante de «La Murène». Tiene más bien la impresión de encontrarse ante una villa, una gran villa blanca de dos pisos, flanqueada por una pineda.

—Es encantador —dice Sarah—. Un pinar, un hermoso jardín, cenadores…

Jean-Jacques Ruggieri permanece desgarbado junto al auto.

—Ahora vendrá la camarera a coger su equipaje —dice.

—¿Aquí son las mujeres quienes llevan las maletas? —inquiere Laszlo.

—Bueno… pues sí —contesta, aturdido, Jean-Jacques—. El mozo de equipajes se fue ayer.

Magda Ruggieri surge de las profundidades del hotel. En el acto sabe de quién se trata.

—El señor y la señora Meyer han salido en barco con unos amigos —dice—. Estarán aquí para el almuerzo. Ya no tardarán. ¿Quieren que los instale en su mesa, en el jardín, para tomar el aperitivo? Pero ¿acaso prefieran quedarse en el bar? ¿O desean ver sus habitaciones?

—Primero vamos a deshacer el equipaje —dice Sarah.

—Les conduciré hasta ellas —dice la señora Mag—. El señor Théodose llegará dentro de un momento. Y estará encantado de conocerles…

Laszlo Frokian mira a la señora Mag con aire altanero. Ella se esfuerza visiblemente por mostrarse amable. Acaso se excede y esto suena a falso.

—Un verdadero saco de huesos —murmura para sus adentros mientras la siguen escaleras arriba.

Jean Trachelle sacude la coctelera con dignidad. Jacques Brocars lo mira con toda la atención de un alumno aplicado.

—¿Qué me has dicho que era ese aperitivo? —pregunta con su acento saboyardo.

—«Claro de luna». Es frío, frío en el paladar, pero después calienta.

A la hora del almuerzo no hay mucha gente en el hotel. La clientela está desperdigada por las playas, en las embarcaciones o en el puerto. Y también en la cama. A esa hora se sirve bastante champaña. Sin embargo, es muy agradable almorzar en el jardín, a la sombra. Han preparado la mesa de los Meyer, la del escritor belga que ha acudido, a todas luces, en busca de soledad, al lugar más poblado de la Costa, y la de los tres señores marselleses a quienes dedica sus atenciones el *maître* del hotel, Albert Rizzato.

Desde su bar, Trachelle ha visto subir a los Frokian, precedidos por la señora Mag.

—No está mal, no está mal —le dice a su colega el gallardo Trachelle, el feliz amante de Suzan Fuchs.

—¡Cuernos! —exclama Brocas—. Lleva un brazalete que no es ninguna tontería. ¡Vaya si estaría contenta mi mujer si le regalara algo así!

—Es verdad que estás casado —reconoce Trachelle—. Pero yo…

—¿Qué quieres decir?

—Nada, nada…

—¡Ah, ya lo veo…! No te basta con tu multimillonaria…

—Cuidado, ahí está la vieja.

La señora Mag echa una ojeada al bar desierto e interpela a Trachelle con sequedad.

—¿Qué está haciendo? —pregunta.

—«Un claro de luna» para el escritor.

—Vejestorio —gruñe Brocas cuando ella se ha alejado.

—Las hay peores —contesta Trachelle—. Tendría que besar un poco. Eso es todo.

Albert Rizzato, más grave que nunca con su indumentaria de *maître* de hotel, vigila con celoso cuidado la mesa de los marselleses, tres capitostes del medio cuyos guardaespaldas se pasean discretamente entre los coches y la pineda. Han invitado a almorzar al abogado Carlotti. Éste llega sofocado, con algo de retraso. Rizzato no se mantiene muy firme sobre sus piernas. En primer lugar porque ha tomado varios aperitivos en compañía de

esos señores. Han evocado algunos buenos recuerdos. Y además porque Mary Fuchs, la multimillonaria, se ha mostrado la pasada noche especialmente insaciable. Sin embargo, Trachelle le había puesto sobre aviso desde el primer día.

—Es todo un negocio. Tal vez excesivo. Si es como su hija, más vale que te forres de vitaminas.

La breve estancia de las dos mujeres en «La Murène», antes de instalarse en casa de los Weil, en el cabo de Antibes, les había revelado a Trachelle y a Rizzato. Además, ¿acaso no vivían con los Weil para estar cerca de ellos, en vez de volver a su suntuosa propiedad de Saint-Jean-Cap-Ferrat? Los dos amigos se complacían en creerlo, pues ello halagaba su vanidad.

Rizzato también ha valorado las cualidades de Sarah Frokian. Sabe que es la madre de Annie Meyer. En su mente simple va ordenándose el esquema habitual: Annie Meyer no tiene, ni mucho menos, fama de esquiva. Se dice, incluso, que busca la aventura ya que su marido se siente más bien atraído por los hombres. Así que su madre… Él, Rizzato, siente predilección por las madres.

A Gisèle Venturi no le gusta la gente que se levanta tarde. Por su culpa se encuentra aún haciendo las habitaciones a las tres de la tarde. Sin embargo, hace una excepción con Ludwig Beerhof, que acaba de salir a tomar su lección de esquí náutico y cuya bañera frota con especial cuidado. Habitualmente, él se levanta temprano, pero hoy tiene una excusa y nadie mejor que ella para saberlo, pues ha pasado la noche con él. Ella lo había visto desde la ventana de una habitación que estaba arreglando una mañana en que él tomaba el sol en el jardín. En el acto, como buena conocedora, había apreciado el cuerpo atlético, el velludo torso. Se había enterado de que formaba parte del grupo de naturistas que se reunían en una playa particular del cabo de Antibes y que era director comercial de la «Porsche», en una ciudad de la Suiza alemana, lo que explicaba su espantoso acento. Pero ¿qué importancia tiene el acento cuando se viaja en un cabriolet «Porsche» gris metálico con almohadones de cuero rojo?

La gran ambición de Gisèle consiste en que Beehorf la lleve a pasear en coche mañana domingo que ella tiene libre… Destapa el

frasco de agua de tocador para husmear el olor del hombre y recuerda su placer aquella noche. Muy erguida delante del espejo, contempla sus senos firmes y arregla dos o tres mechones de su pelo corto. Encuentra que tiene unos bonitos ojos azules. Lleva una falda muy corta para mostrar sus piernas largas y esbeltas. Está muy orgullosa de ser alta: 1,70 metros. Parece joven para sus treinta y ocho años. La señora Mag no la soporta.

—Cuando se inclina, enseña usted las bragas —le dice—. Es indecente. Exijo que se vista más correctamente.

—Me visto como quiero —contesta Gisèle con su mejor acento tolonés.

Esta pequeña escena tiene lugar periódicamente, pero nunca llega demasiado lejos, porque al señor Théodose le gusta la vivacidad provocativa de Gisèle, que satisface a los clientes. Se enfadó el día en que la señora Mag le dijo que con varias camareras como Gisèle «La Murène» tendría fama de burdel:

—Afortunadamente, está usted aquí para demostrar lo contrario —le contestó Théodose—. Y además está Alphonsine.

Es verdad que Alphonsine Bovetti, la otra camarera, cincuenta años, flaca, de cabellos ralos, no incita al escarceo. Es una mujer de gran mérito que mantiene con su trabajo a un marido tuberculoso que posiblemente solo saldrá del sanatorio con los pies por delante y a un bergante de hijo, de nombre Auguste, un gran bigardo de veintiocho años que no sabe hacer otra cosa que jugar a los bolos todo el día.

Se entiende bien con el señor Théodose, que se muestra generoso con ella, pero ella lamenta la falta de personal. No es trabajo de mujer subir las maletas de los clientes en un hotel de esa categoría. Y las de la mujer rubia y su marido son muy pesadas. Sabe perfectamente que no es culpa del señor Théodose: los mozos de equipajes no se quedan mucho tiempo en «La Muréne». Son muy pocas las habitaciones y muy reducidas las propinas. Y a propósito de propina, el marido de la mujer rubia se ríe del mundo. ¿Cómo se puede ser tan avaro cuando se tiene una mujer que lleva semejantes joyas? Seguramente se trata de otro más enriquecido del mercado negro. Y sin embargo, tiene aspecto de BOF.

Alphonsine recoge rezongando la bandeja del desayuno ante la puerta de los americanos. Le repugnan esos restos de huevo y de bacon. ¿Por qué no podrán comer *croissants* como todo el mundo?

Las dos embarcaciones hacen una carrera. Llegan con demasiada velocidad. Si la Policía marítima conociera mejor sus obligaciones multaría a esos jóvenes locos que no respetan el código. Bien es verdad que en estos años de la posguerra hay pocas «*vedettes*» rápidas. Algunos privilegiados… Patrick Meyer atraca primero, con un último rugido de motor. Su amigo, François Collobrières aplaude con una sonrisa aduladora antes de saltar al muelle para sujetar la amarra. La otra embarcación se detiene el tiempo necesario para desembarcar a Annie Meyer. Jacques Aubert, el curtidor de cueros del Faubourg Saint-Honoré, y su mujer Michèle se dirigen a su villa del cabo de Antibes y su pontón particular.

—Os dejo con vuestro almuerzo familiar —dice Collobrières.

—Nos reuniremos todos esta noche en «La Murène» para el aperitivo —dice Patrick—. Ya veremos entonces adónde vamos a cenar.

La embarcación de los Aubert se aleja. Annie sigue con la mirada el doble surco de los motores Chrysler.

—Volverás a ver a tu Jacques —dice Patrick—. A tu Jacques y a tu Michèle…

—¡Qué generación! —suspira Collobrières con una sonrisa de comediante—. Las nalgas, siempre las nalgas…

Su mirada penetrante en un rostro triangular, busca una vieja complicidad en la mirada de Patrick. Sus pómulos salientes le dan un aspecto duro que la sonrisa no consigue desmentir. Tiene el don de poner incómoda a Annie. Ésta piensa que su domicilio responde a maravilla a su personalidad: la Residencia del Lobo. Un edificio ultramoderno en medio de un parque. Lujosos estudios para solteros equívocos o parejas irregulares. En efecto, Collobrières tiene cabeza de lobo.

—¿De qué vive? —preguntó ella un día a Patrick.

—Si empiezas a investigar de qué vive toda la gente que se encuentra aquí…

—Pero a él le conoces bien, ¿no?

—Sí…

Annie no insiste. La discreción forma parte de sus relaciones cómplices.

—Entonces, hasta esta noche —dice Collobrières.

Se aleja con su andar algo envarado de quincuagenario elegante, agitando la mano izquierda en la que centellea el diamante de un anillo.

—¡Caramba! Es zurdo —dice Annie.

—Te das cuenta de todo —observa Patrick—. Harías un buen detective. Hubiéramos podido invitarle a almorzar. Tiene muchas ganas de conocer a Laszlo.

—He prometido a papá un almuerzo estrictamente familiar el día de su llegada —replica Annie—. Ya sabes cómo es… Pero también prometí a mamá una fiesta a todo lo grande a partir de esta tarde.

En la colina Montmartre se respira el ocio agradable. Marlyse y yo nos hemos dado prisa para disfrutar aún de cinco días de vacaciones sin hacer nada en absoluto, viviendo tranquilamente mientras respiramos los efluvios de pintura fresca, tan tóxicos para las mujeres embarazadas. Pero esto no es grave, ya que no existe ningún pequeño Borniche en camino. Los dos estamos molidos y derrengados, así que hemos decidido mimamos mutuamente. En primer lugar, las mañanas ociosas son un lujo de burgueses. Mientras me desperezo plácidamente contemplando el techo inmaculado con la indecible satisfacción del trabajo realizado, Marlyse se consagra, con graciosos gestos de *geisha*, a preparar el café. El periodista que me puso de sobrenombre «el terror del hampa», tal vez se sentiría decepcionado al verme tan perezosamente tumbado, olfateando con aire glotón el aroma a pan tostado. Son muy raros los momentos en que realmente no tengo ganas de hacer nada. Habitualmente he de estar siempre en movimiento, incluso cuando podría descansar. Mis colegas dicen que me encuentro siempre bajo presión. Además mi jefe, el comisario Vieuchêne, no ceja en mantenerme en este estado tan favorable a su promoción personal.

Marlyse pone la bandeja sobre la cama y se desliza junto a mí,

apoyándose en la almohada. Tomo mis tostadas junto a su piel suave, perfumada. Entre dos sorbos de café ardiendo, la beso suavemente sobre la oreja, en su alborotado pelo.

—¡Ten cuidado! —me dice—. Esto acabará mal otra vez, señor inspector.

Es verdad, desde hace dos años soy inspector de primera. Con la detención de René la Canne, recibí mi bastón de mariscal. Lo conservaré en mi cartuchera hasta mi jubilación, dentro de veintiún años.

—¿Qué quieres decir con acabar *mal*?

Marlyse contesta con una risita:

—Vas a tirar el café…

—Tanto peor para el café —le replico.

Por el contrario, esto termina muy bien.

Marlyse me susurra al oído:

—¿Sabes uno cosa? Podría pasar así todo un mes.

Jean Trachelle y Jacques Brocas trabajan como demonios. Es el momento álgido de las ocho de la tarde. Todo el mundo quiere que le sirvan al mismo tiempo. En «La Murène», el aperitivo de las ocho es el rito más inmutable de Juan-les-Pins. A las siete cuarenta y cinco, todavía no hay un alma y al torpe que se aventurara, al punto lo catalogarían entre los zafíos o los forasteros. A las nueve ya no queda nadie. Todos están cenando o tomando impulso para los preludios de una vida nocturna agitada.

En este momento de mundanidades y de chismorreos, Théodose siempre está allí. Le gusta el ruido confuso de voces que van excitándose poco a poco bajo el influjo del alcohol. Buscan su conversación, su tuteo. Reina bonachón sobre esa fauna cuyos especímenes conoce a la perfección. Con la mirada indulgente de un sacerdote comprensivo, ve desfilar las copas de alcohol mientras que él bebe dos o tres vasos de borgoña en las comidas y nada más.

El pequeño núcleo de los habitantes del hotel se considera privilegiado en relación con los demás clientes del bar. Constituyen una veintena, sabiamente jerarquizados. Están las estrellas del noctambulismo como los Meyer y los otros, buenos burgueses a quienes la curiosidad y el esnobismo han hecho abandonar la ruta

de los tranquilos palaces por esta «Murène» donde pasan tantas cosas y donde se ve tanta gente célebre. A decir verdad, las auténticas celebridades evitan el mes de agosto y esas buenas gentes saldrían mejor libradas si no tomaran por una realidad su deseo de codearse con las estrellas. De esta manera, Annie Meyer usurpa el papel de una actriz muy buena y Collobrières pasa por productor de una veintena de filmes.

Laszlo Frokian, feliz de apoyarse en el hombro moreno de su hija, se permite beber un poco más de lo acostumbrado. Esta noche está de muy buen humor. La pandilla de los Meyer se encuentra reunida en el extremo del bar, cerca de Théodose, y ríe con más fuerza que los otros. Esperan que Sarah termine de arreglarse. Por una vez, Laszlo Frokian le da la razón de haberle arrastrado hasta allí. En realidad, en los palaces de Cannes uno se siente adormecido. Se envejecería prematuramente. Escucha con sonrisa complaciente a Fabrice Janin que le cuenta sus hazañas de submarinista. Él es quien extrajo la magnífica ánfora que adorna la entrada de «La Murène».

La señora Mag sonríe con sus labios delgados, igual que todas las noches a la misma hora. Para ella, los ruidos del bar se traducen en chasquidos de la caja. Sarah Frokian, sobriamente vestida, por una vez, se abre paso hasta el bar. Lleva un vestido largo de seda azul muy escotado. Ninguna alhaja, salvo un zafiro en el dedo y un diamante montado sobre un broche. Incluso Laszlo la encuentra muy bella, con el pelo sabiamente alborotado. Está rejuvenecida. Piensa que éste es el lugar que le conviene.

Besa a Théodose. Es la costumbre. Le da un cofrecillo de cuero cerrado con un lazo y una cartera negra de cocodrilo.

—Tome —le dice—. Ponga esto en la caja fuerte.

—Está llena —afirma Théodose con una afectada mueca de satisfacción—, pero siempre se encontrará un huequecito.

—Es muy importante —insiste Sarah.

—Si decidimos quedamos, el lunes alquilaré una caja fuerte en el Banco. No quiero molestarle con estas cosas —dice Laszlo.

—Nada de eso, estaba bromeando… Hay sitio. Pero, en fin, haga lo que considere mejor.

Théodose pone debajo del bar el cofrecillo y la cartera.

—¿Es ésa su caja fuerte? —pregunta Laszlo, inquieto.

—Le he dicho que es importante —añade Sarah.

—Déme eso —le indica la señora Mag, que se había acercado—. Voy a guardarlo en seguida. Tiene razón. Esto es una gran familia. Nunca han robado nada, pero estarán más tranquilos.

Cerca de las nueve en la alegre reunión de «La Murène» van formándose dos clanes. Están los que *van* y los que *no van*. Los primeros se han incorporado a las filas de la pandilla Meyer, los otros se van, formando grupos, ocultando su despecho tras el gesto preocupado de quienes tienen algo muy urgente que hacer. Ese lugar al que sólo están invitados los privilegiados es el *Kenya*, el yate de la famosa *Lady* Brandon, una goleta de treinta y cinco metros de eslora que enarbola pabellón británico y que se encuentra anclada desde hace ocho días en la bahía. *Lady* Brandon nunca pone pie en tierra. Unas canoas conducen al yate a los invitados y luego los devuelven a tierra firme. *Lady* Brandon únicamente se siente a gusto a unos metros de la costa. Reina como una autócrata sobre su minúsculo reino flotante.

Esta noche ha dado vía libre a la tripulación, como siempre que organiza una de sus veladas especiales que suscitan el entusiasmo entre los aficionados y que le ha valido el título cariñoso de reina de la francachela.

Cuando Lord Brandon, el viejo amigo de Churchill, se casó con Jane tenía setenta y cinco años. Ella no había cumplido los veintidós. Tuvo el buen gusto de morirse a la inglesa a raíz de dos escándalos en los que aparecían mezclados financieros, espías, aristócratas, hombres políticos y, desde luego, la joven *Lady* Brandon. Desde entonces, ésta surca los mares arrastrando tras de sí su leyenda. Se le adjudican cargamentos de amantes, embarcados o devueltos a tierra, al azar, en los puertos. Dicen que se consagra, junto con Jackie Craven, su inseparable amiga, a garantizar dos veces a la semana el equilibrio sexual de su tripulación… Pero ¿qué no contarán sobre *Lady* Brandon?

—Jackie bajó el jueves a tierra —dice Fabrice Janin, enormemente excitado por el recuerdo de ese excepcional acontecimiento—. Me la encontré en el puerto de Antibes. Buscaba un veterinario para su perro.

—Hace tiempo la conocí bien —dice Théodose…

Callan en espera de que siga hablando. Pero él no dirá nada más. Con este tipo de sugerencias sobre una vida secreta, ignorada por los profanos, conserva su poder sobre la fauna de esnobs de todo pelaje que han contribuido a su fortuna.

—Puedo llevar cinco personas en mi embarcación —dice Patrick Meyer.

—A partir de las nueve y media las canoas del *Kenya* empezarán a moverse —dice con aplomo un desconocido de rostro atezado que ha logrado ocupar un sitio en el bar entre el grupo de los elegidos.

Sólo entonces observan su presencia. Y lo eliminan con una mirada indiferente.

—Vienen conmigo Annie, Sarah, Laszlo, François Collobrières y me queda un sitio —prosigue Patrick.

—Ve con ellos, Fabrice —indica Théodose—. Yo estoy cansado.

Se diría un padre dando a su hijo la autorización de medianoche.

Estas veladas se parecen todas. Por esto los invitados de *Lady* Brandon no se encuentran en modo alguno fuera de ambiente. Por una vez, Laszlo ha decidido seguir el juego. Se esfuerza por embriagarse sin lograrlo ya que el alcohol contribuye a aumentar su melancolía. Apoyado en el empalletado, se sumerge en un ensueño romántico ante la costa iluminada. Se abandona a la rememoranza de sus cruceros. Ya no oye el estruendo de la música, ni las risas excitadas, ni los gritos. Olvida a Sarah, que ríe más fuerte que nadie. Permite amablemente que la bese *Lady* Brandon, y baila, ceñida al traje inmaculado de Glen Marsh, el atlético astro de *Buitres del Oeste*, que nunca revela que está ebrio hasta el momento en que se desploma rígido para hundirse en un sueño de doce horas.

Lady Brandon ha decidido que esta noche las mujeres sean mucho más numerosas que los hombres. De este modo, el yate iluminado se transforma en un harén flotante. La joven multimillonaria se divierte inquietando a sus invitados al afirmar que irnos mirones armados con prismáticos observan al *Kenya* día y noche. Algunas embarcaciones sospechosas acuden a merodear a su alrededor. La otra noche, dos golfos del puerto quisieron subir al

abordaje. Y quedaron boquiabiertos cuando *Lady* Brandon hizo que lanzaran la escala. Recordarán por mucho tiempo la calurosa acogida que se les hizo.

—Tal vez vengan esta noche —dice la gorda condesa de Vergne, con una risa de ogresa.

—Es muy posible. Jackie les dijo que siempre eran bien venidos. Prometieron volver con unos camaradas. Esos jóvenes están muy bien. Basta con saberlos tratar.

—¿Sabe una cosa? —dice una voz cerca de Laszlo Frokian—. Todo esto me hace pensar en la decadencia del imperio romano. Es inevitable en este período de posguerra que se prolonga…

Laszlo, que se encontraba navegando por alguna parte cerca de Valparaíso, se sobresalta y farfulla:

—Me ha asustado.

—Permítame que me presente. Maurice Werner, detective… ¡Detective particular!

—¡Ah!

—Durante la noche hay un montón de cosas por aquí. Están los bolsos de las señoras y las joyas. Es natural —dice con una risita sin alegría—. No pueden llevarlo todo encima. Y además, la plata de *Lady* Brandon es soberbia… ¿No ha visto el Renoir del saloncito? Una hermosa muchacha más apetitosa que la mayoría de estas damas —concluye el detective—. *Lady* Brandon siempre acude a mí cuando hace escala en la Costa… Ésta es mi tarjeta.

—¿Qué quiere que haga con ella? —pregunta Laszlo a quien el *whisky* empieza a dar dolor de cabeza.

—Quédesela. Nunca se sabe…

Maurice Werner desaparece como ha llegado.

—Afortunadamente, Sarah no lleva todas sus joyas —se dice Laszlo, inquieto a pesar de todo por las palabras del detective.

Después del almuerzo, charló un momento con el abogado Carlotti, una vez que los clientes marselleses se hubieron levantado de la mesa.

—Ha seguido mi consejo —dijo Carlotti—. ¿Recuerda lo que le decía? Un día u otro, todo el mundo acude a «La Murène»… En la Costa sólo hay dos sitios donde uno se divierte: Juan-les-Pins y Saint-Tropez… ¡Ya verá! Yo volveré la semana que viene y estoy seguro de que usted aún estará aquí.

—¿Qué hace usted aquí? —dice Jackie Craven con su voz cálida, algo ronca—. Venga a bailar…

—No estoy muy en forma —dice Laszlo.

—Pues entonces venga a beber.

VI

Sergio Piana da gracias a Dios por concederle una mañana de agosto tan bella. El cielo está deslumbrante de luz y Piana, como buen mediterráneo, se siente feliz como nunca. Son las diez de la mañana. El *play-boy* de la Costa está recién afeitado. Sus gafas negras le protegen de su amigo, el sol, y de sus enemigos, los curiosos.

Mientras que el peluquero se ocupaba de su barba, ha podido leer el suelto que un periodista anónimo dedicaba a su fuga. Muy bien por el periódico. En primer lugar, no había foto. Importante. Y luego, el periodista, astuto como él solo, llegaba a la conclusión de que el *play-boy* de la Costa sin duda había franqueado la frontera italiana para escapar a la intensa búsqueda de que era objeto. Sobre Giuseppe Bruti, de apodo *Molosse*, ni una palabra. ¡Claro que él no era un personaje famoso! Una rápida mirada al espejo, y Sergio, satisfecho, cierra el periódico.

Se embriaga de bienestar. Absorbe a pleno pulmón el aire de la libertad. Un escaparate halagador refleja su imagen. Gracias a unos miles de francos disimulados debajo del lavabo de su celda, ha podido trocar la camiseta y el pantalón demasiado llamativos por un elegante traje de alpaca azul marino, una camisa blanca y zapatos de cabritilla.

Su gran éxito ha sido la prueba del *slip* de baño que moldeaba su cuerpo de atleta. Sergio Piana se ha dado cuenta, sin falsa modestia, de que la vendedora no permanecía insensible a sus encantos… Ha terminado de subyugarla con su célebre sonrisa que hubiera resultado ideal para la publicidad de una marca de dentífrico. Las manos de la joven temblaban ligeramente mientras metía en una bolsa de papel la camiseta y el pantalón, en lo sucesivo inútiles…

Delante del Casino Municipal, Sergio Piana para un taxi. Hace que le conduzca a Théoule. En el momento de pagar, sufre un enorme sobresalto:

—Tengo la impresión de haberle visto a usted en alguna parte —dice el taxista.

La fuerza de Sergio Piana reside en recuperar instantáneamente su sangre fría, pase lo que pase. Exhibe una amplia sonrisa, la barbilla arrogante, la mirada vencedora.

—No es una impresión. Soy el internacional de fútbol Antoine Bonifaci.

Acepta gustoso garrapatear un autógrafo en un trozo de papel que le alarga el taxista y desaparece en la oficina de Correos. Hojea el anuario. En el epígrafe de inmobiliarias localiza el nombre de José Pélégrini, un compatriota. De hecho, este supuesto agente inmobiliario ejerce la honrosa profesión de receptor de todo tipo de cosas, principalmente joyas y piedras preciosas.

Hace tres años que se conocen Sergio Piano y José Pélégrini. Desde la cárcel en la que se encontraban, el uno por abuso de confianza y el otro por robo.

Compartieron la misma celda. Se ayudaron mutuamente. Se prometieron volver a verse tan pronto como abandonaran el paraíso carcelario. El primero en ser liberado fue José Pélégrini. Igual que todos los hombres del Medio había recurrido al consejo del abogado Carlotti. Un abogado caro, pero eficaz. Al cabo de seis meses de detención provisional, José se benefició del auto de sobreseimiento. Los demandantes retiraron la denuncia… El abogado Carlotti se trasladó especialmente desde Marsella para anunciar la buena nueva a su venturoso cliente. Sólo presentó sus gastos de desplazamiento, a pesar de lo cual Pélégrini tuvo el detestable gusto de poner mala cara. En fin, el resultado estaba allí, palpable. Y José se juró recuperar el precio de los testigos y del abogado con negocios rentables y menos peligrosos.

Cuando José abandonó la cárcel, Sergio Piana recibió un duro golpe. Pero se mantuvo estoico: nada de paquetes, nada de envíos capaces de dirigir hacia él la atención de la Policía. Y hoy se encuentra libre. Va a escuchar la voz de José, el acento cadencioso de su país. Media hora después, los dos hombres se abrazan en la confortable villa que José pone a disposición de su amigo, en las

alturas de Théoule.

—Siempre mantengo en reserva esta cabaña para los amigos —dice José—. El propietario está en el Brasil todo el mes. En setiembre ya veremos…

«En setiembre estaré lejos —piensa Sergio Piana—. Con los bolsillos bien repletos, después de dos o tres golpes sensacionales en la Costa. Durante mucho tiempo será la comidilla en los palaces…». No obstante, asiente.

—Si tienes algo peor, no te violentes —dice—. No tiene importancia. Incluso aunque se encuentre lejos de la Costa. Basta con que esté aislado y no vayan a merodear por allí los guindillas.

—¿Y el *Molosse*?

—Se ha ido por su lado —contesta Sergio—. Es que el *Molosse* es un peligro, ¿sabes? Se le ve demasiado. Me ha dicho que se iba a Gréolières, a sepultarse junto a un campesino de su familia. Pero puedo localizarlo cuando quiera. Por ejemplo, si tengo un trabajo para él…

Hermosa vivienda, en verdad. No falta nada. Parece como si José hubiera previsto su llegada. *Whisky*, cigarrillos americanos, champaña helado, latas de conserva, tostadas, leche condensada, vinos. El refrigerador está rebosante. Sobre un estante un electrófono y los éxitos recientes. La puerta de la cocina da a un sendero de mulas que zigzaguea entre las rocas.

—Desde aquí puede verse si viene alguien —dice José—. Y allá está la montaña… Uno puede esfumarse fácilmente.

—*Va bene*… ¡Hasta teléfono!

—Sí, pero sé prudente. Cuando yo te llame, déjalo sonar dos veces y volveré a llamarte. ¿De acuerdo?

Los dos amigos se felicitan. José coge de nuevo el volante de su «Jaguar».

Sergio Piana saborea la vida, se relaja. Abre el refrigerador con gozo de propietario, descorcha una botella de zumo de fruta y se bebe dos vasos, uno tras otro. Se quita la chaqueta y la camisa. Desnudo de cintura para arriba se tiende en una hamaca instalada a la sombra de un pino inmenso. Y se sumerge en la lectura de una revista de cine.

Días tranquilos, de relajamiento. Sergio Piana se deja mecer por el tiempo. Cada mañana, al leer el periódico que le lleva José Pélégrini al mismo tiempo que los *croissants* recién hechos, comprueba con satisfacción que la Prensa no habla de su evasión, ni de investigaciones policiales. El café con leche tiene mejor gusto en la soleada terraza. Eso le reconforta. Se dice que la Policía tiene otras misiones más importantes que llevar a cabo: expulsar a los comunistas de las oficinas de Correos ocupadas, impedir el sabotaje de las líneas férreas. Tampoco en la radio se menciona a Sergio Piana.

Tranquilizado, empieza a circular alrededor de la casa y después se aventura un poco más lejos. Vaga por el lado de Théoule. Llega hasta «La Galère», por el camino que corre entre rocas, a lo largo del mar. Regresa haciendo autostop. Ningún transeúnte podría imaginarse que ese soberbio joven, tan bien vestido, que sentado sobre un picacho contempla los reflejos del mar bajo el sol poniente, es el célebre *play-boy* de la Costa, que oculta sus uñas en espera de un nuevo golpe más fructífero que los otros.

Al quinto día, Sergio abandona su percha. La playa le atrae. Ha visto un rincón tranquilo, no lejos del restaurante «Marco-Polo» y del pequeño puerto donde acuden a atracar las canoas automóviles cuando los esquiadores han soltado su cuerda. Se tumba para perfeccionar el bronceado de su cuerpo de atleta. Ocioso, deja vagar la mirada por las escasas nubes que un ramalazo de mistral impulsa hacia Italia.

Dentro de unos días estará en San Remo, en su casa, y luego en Génova. Está seguro.

Después del golpe en el «Carlton».

Finalmente, se ha decidido por el «Carlton». Considera fácil descender por la fachada. Hay trescientas cuarenta y dos habitaciones. Con este calor sería realmente asombroso que todas estuvieran cerradas de noche.

Mañana, con el crepúsculo, irá, a la Croisette, a atisbar con los prismáticos a las mujeres solas, adornadas con sus joyas. Acechará su regreso. Observará cuándo se apagan las luces en las habitaciones.

Pasado mañana se situará en el último piso. Agazapado en la sombra, esperará el momento favorable. Si Dios quiere, con tres o

cuatro visitas relámpago habrá hecho su fortuna.

Por experiencia sabe que la prudencia de las mujeres se embota con el cansancio, el alcohol y el amor… Y que después de una fiesta, rara vez las joyas vuelven a sus cofres.

El mejor lugar para encontrarlas sigue siendo encima de las cómodas y de las mesillas de noche… o debajo de las almohadas. Basta con mostrarse bastante flexible para no despertar a las durmientes. Sergio suspira. La naturaleza lo ha provisto de flexibilidad, agilidad, incluso de movimientos felinos en dosis suficientes…

—Perdón, señor…

Una voz femenina, una voz dulce y cálida. Sergio abre los ojos. Inclinado sobre él, un cuerpo joven, bronceado, de senos provocativos, con el mínimo de un maillot de dos piezas y de muslos esbeltos. La desconocida pide paso. Sergio Piana se incorpora, sonríe. De una ojeada calcula la edad de la joven: veintiocho o treinta años, no más. En el anular una alianza de platino hace compañía a un inmenso solitario. A Sergio le palpitan las aletas de la nariz.

—Perdóneme —le dice—. No sabía que se podía pasar por aquí.

La joven responde a una sonrisa deslumbradora con otra igualmente deslumbradora. Sergio se inclina.

—Conde d'Alessandro —dice con su acento cadencioso.

Acompaña al título y al nombre una mirada acariciadora. Mirada cuyo poder conoce y que los periodistas de *Radar* denominan la estocada secreta del *play-boy*.

—Annie Meyer —dice la desconocida que, a pesar suyo, se ruboriza—. He de coger de nuevo la canoa para regresar a Juan.

Ocasión inesperada. Desde hace tres años, siete meses y veinticuatro días, Sergio no ha conocido mujer. Ésta le gusta. Y parece que el sentimiento es recíproco. Aprovecha la ocasión.

—¿Sola? ¿Y no tiene miedo?

Annie Meyer se echa a reír. La ingenuidad del conde la divierte.

—¿A mi edad? ¡Se burla! Y además el mar está tranquilo y Juan no está lejos. Unas millas, detrás del espigón de la Croissette…

Al volverse ella para indicarle la dirección, su perfil travieso y el orgulloso busto electrizan el cuerpo de Sergio. Su mirada desciende hasta la estrecha tira de piel blanca que el traje de baño deja

entrever indiscreto…

—Hace meses que no subo en un fuera borda —murmura.

—Entonces, ¿viene?

Annie Meyer le ha tendido la mano. Sergio no cree lo que oye. Y ya está aquí, instalado en la banqueta delantera, pegado al muslo de la joven. El motor ronca. La roda surca la mar, avanza adquiriendo velocidad. El brazo del conde d'Alessandro rodea los hombros de Annie. Sergio Piana no ha perdido su técnica del beso fogoso.

—Ya lo ve —dice Sergio mientras la canoa se balancea suavemente en una cala de la isla Sainte-Marguerite—. Desde que mi joven esposa me abandonó, la vida me aburre.

Sabe encontrar las palabras adecuadas que dan exactamente en la diana. Acurrucada contra él, Annie Meyer se estremece. Se siente turbada por la voz cálida de su pasajero, por su apostura, su musculatura.

Levanta la cabeza. Sus ojos y sus labios piden un beso. Nada sabe del conde D'Alessandro, pero ya lo está comparando con sus marido, ese *play-boy* de vía estrecha, dispuesto únicamente a salir sólo con ese marica de Collobrières o a organizar bacanales.

D'Alessandro es otra cosa. Y además pertenece a la nobleza italiana. ¿No le acaba de confiar hace un momento que sus padres viven en el castillo de Rapallo? Ella no conoce Rapallo. Ha oído hablar de esa ciudad, pero para su marido no hay más que la Costa Azul, Cannes, Saint-Tropez o Juan-les-Pins.

—He de volver —dice Sergio—. He dejado todas mis cosas en la playa.

Contra su voluntad, Annie se aparta. Le estrecha la cabeza entre los brazos, apretando de nuevo los labios contra los de él. Con voz enamorada dice luego:

—Le llevo.

El motor ruge, pero ella no acciona la manilla de los gases.

—¿Cuándo volveré a verla? —interroga Sergio.

Annie hace una mueca tan adorable que el conde se inclina de nuevo sobre ella.

—Mañana. Mi marido sale al mar con uno de sus amigos. Me quedaré sola en Juan. Estoy en «La Murène», ya sabe… El hotel de Théodose. Si quiere, puede reunirse allí conmigo.

El corazón de Sergio se encabrita. El sueño es demasiado

hermoso para ser verdad.

—¿No corre ningún riesgo?

—Absolutamente ninguno. Puede entrar por detrás. Por la entrada de servicio que da al camino de Les Sables… Inmediatamente a la izquierda, cerca de la verja, encontrará una lavandería. A la derecha, una escalera para el servicio de los pisos. En el primero, la segunda puerta a la izquierda es la de mi habitación. Número 6. Muy sencillo.

—Muy sencillo —asiente Sergio—. Iré. ¿A qué hora?

—A partir de las diez. En caso de que surja algún contratiempo, pondré una toalla de baño en el balcón de mi habitación. Verde con flores rojas.

Bajo el efecto de los gases, el fuera-borda da un salto, efectúa un formidable viraje y enfila hacia Théoule. Pegados el uno al otro, admiran el mar que se abre delante de la canoa, como para aspirarlos.

Sergio Piana es feliz.

Abandonado el asunto del «Carlton».

Hace poco se ha enterado de que en «La Murène» existían tantos tesoros como en el mayor de los palaces. Va a ser un juego de niños descubrir los lugares donde se ocultan. Su futura amante vive allí. Había sido un estúpido al no pensar antes en «La Murène». ¡Es pan comido!

Decididamente, los dioses velan durante su última estancia en la Costa Azul, su reino.

Es el cuarto día de descanso, durante la hora sagrada de la siesta.

Nos hemos quedado adormecidos, uno en brazos del otro y yo estoy soñando que vivimos los dos en una isla desierta, a la sombra de los cocoteros, cuando un estruendo infernal, realmente incongruente en semejante paisaje, me hace saltar de la cama.

—¡El teléfono, mierda!

Lo habíamos olvidado. El timbre suena con violencia en el pequeño vestíbulo. Estoy a punto de estrellarme contra el entarimado encerado, llego al aparato con un elegante deslizamiento, lo empuño sin contemplaciones y vocifero con el

tono afable de un poli de película serie B:

—¡Hola!

Al otro lado del hilo una auténtica voz de ayudante me escucha asombrada:

—¿Borniche? ¿Qué está haciendo ahí?

Esto sí que es bueno. Me preguntan qué hago en mi casa. De acuerdo, estoy de vacaciones. Pero, de todos modos, tengo derecho a estar de vacaciones en mi casa. Lo que ha sido una estupidez es hacer que me instalaran el teléfono… Si al menos hubiera dejado que contestara Marlyse…

—Escúchame bien, Borniche.

¿Qué querrá que haga, el secretario del director, el primer comisario Joudon al cual una deformación de la bóveda plantar ha librado del servicio activo? Por una vez no es Vieuchêne quien me llama. Él también está de vacaciones, paseando su doble panza por las playas de la Costa Azul.

Sin darme tiempo a contestar, la voz martilla imperativa, tajante:

—Acuda inmediatamente al servicio. El director quiere verle. Se ha cometido un robo en Juan-les-Pins.

Cuelga.

—¿Quién es? —pregunta Marlyse, que surge en el umbral de la habitación con la indumentaria más primitiva.

La beso en la boca antes de contestar con tono melancólico:

—Pies planos, cariño. Me ha convocado a la jaula. Mucho me temo que nuestras vacaciones hayan terminado.

Marlyse, al verme tan desmoralizado, contesta para consolarme:

—Bueno, algún día habían de terminar. Lo principal es que las hemos aprovechado bien.

Una ducha fría para acabar de espabilarme y me largo a la calle de las Saussaies. En la plataforma del autobús fumo un cigarrillo tras otro. Realmente, no siento el menor deseo de jugar a policías y ladrones.

—¿Ha descansado bien, Borniche?

—Vamos tirando, señor director.

El director Albert Biget se arrellana en su sillón con la

imponente actitud de un ministro en pleno consejo.

—Muy bien. Tome, lea esto.

Me tiende, por encima de su mesa, un mensaje telefónico que me apresuro a leer de pie:

> *Servicio regional de P. J. Marsella a Dirección P. J. París.*
>
> *En el hotel «La Murène» de Juan-les-Pins se ha cometido un robo a mano armada. Hacia medianoche, cuando todos los huéspedes dormían, dos individuos, aprovechando la oscuridad y el fácil acceso al balcón de la habitación ocupada por la señora RUGGIERI, Magda, en la que se encontraba la caja fuerte del hotel, encaramados sobre la capota de un coche se introdujeron en la habitación. La señora Ruggieri, sorprendida en pleno sueño, vio a uno de los asaltantes, revólver en mano, mientras él otro, con un cuchillo la intimaba a abrir la caja que contenía importantes sumas de dinero y joyas de valor depositadas por los veraneantes. Después de la operación, que sólo duraría unos segundos, los bandidos ataron y amordazaron a la directora del hotel. La víctima, aturdida, no logró quitarse la mordaza y dar la voz de alerta, hasta las cuatro de la madrugada. El importe del robo se eleva a más de cien millones. El comisariado de Juan-les-Pins se encuentra en el lugar de los hechos así como el comisario Pédroni de Marsella y su equipo para la represión del bandidaje. Conviene recordar que en dicha región se han cometido robos semejantes cometidos por Sergio Piana, llamado el* play-boy *de la Costa Azul. Piana se ha fugado recientemente de la cárcel de Mónaco. Se le busca activamente. Fin.*

Dejo el telegrama sobre el escritorio.

—Que quede esto bien claro, Borniche. No le envío allá para que se haga cargo de la investigación. Sólo en calidad de observador. El asunto es importante porque las víctimas están muy relacionadas. Ha llegado el momento de averiguar lo que está pasando en la Costa con todos esos robos. El ministro quiere que se le informe. Pero cuidado, ¿eh? Hay que ir con pies de plomo. Mucha diplomacia.

En efecto, pienso que me va a hacer falta… En Juan-les-Pins habrá tres Policías cara a cara. En primer lugar, la Policía local. Ha iniciado los atentados, ha dado cuenta al juzgado y ha informado a

la Brigada Móvil de Marsella. En seguida, Marsella. El juez de instrucción ha dado poderes a los policías marselleses para que procedan oficialmente a la investigación, pues toda la región mediterránea es de su competencia. Y por último la de París. La Brigada Móvil de Marsella lo ha puesto en conocimiento, como es su deber, de la Policía judicial del Ministerio del Interior del que tanto ella como yo dependemos. Y llegados a este punto, han considerado acertado enviarme en calidad de observador. Y todo esto representa un montón de gente.

Con un regusto amargo me dirijo a la oficina administrativa. Me entregan un volante de misión, un billete de ferrocarril en segunda —la primera está reservada a los comisarios— y sólo me queda tiempo de saltar a la plataforma del 52 hasta la ópera y luego al 68 hasta la plaza Clichy. Ya sólo me queda hacer la maleta con toda rapidez. Durante todo el trayecto reflexiono sobre cómo van a recibirme en Juan-les-Pins. Sin duda mi llegada molestará a los policías mediterráneos. No les gusta la intromisión de los parisienses en los asuntos provinciales. Desde el punto de vista jurídico, la Policía marsellesa es la que debe ocuparse del asunto. Pero si bien el comisario Pédroni es mi superior, tendrá que estar a mis órdenes, pues voy a Juan-les-Pins en representación del director de la Policía judicial… Soy lo bastante conocedor de la naturaleza humana para prever que hay en perspectiva un rechinamiento de dientes. Para un final de vacaciones, es todo un final.

—De manera que te vas a la Costa Azul —dice Marlyse, doblando cuidadosamente algunos trajes ligeros que coloca en la maleta.

Los trajes que llevaba en Fouras… Ello le trae a la mente sus ensoñaciones tropezianas y se muestra nostálgica.

—Desgraciadamente…

—¡Qué pena que no pueda ir contigo…!

—¿Acaso crees que me divierte? Con el caos actual, las huelgas y todo lo demás… Puedo asegurarte que no será divertido… ¿Te das cuenta? Trabajar en medio de veraneantes…

—De todos modos, Juan-les-Pins…

Abro los brazos con un gesto de impotencia:

—Desde luego, Juan-les-Pins… Pero no olvides que nuestras vacaciones han terminado, cariño. Tú también tendrás que volver al

trabajo dentro de tres días.

La estación de Lyon es el desorden. Hay pocos trenes y me encuentro en un departamento de segunda clase encajonado entre un chiquillo que me da continuamente puntapiés, y una elegante que, a cada movimiento, lanza vaharadas de perfume barato. El tren arranca a las ocho y media. Inútil acomodarse para dormir. Me consuelo pensando que en primera ocurre algo semejante. ¡Y pensar que debo esta incómoda posición, aparte de mis vacaciones interrumpidas, a la reputación que, a pesar de ellos, me han adjudicado los bribones a los que he detenido!

Para colmo, estoy sobre las ruedas del último compartimento. ¡Vaya sacudidas! Dormito a duras penas. De vez en cuando, me despierto para caer de nuevo en el sopor. Tengo la boca seca, pero ni siquiera poseo el valor de levantarme. Además, el pasillo está tan abarrotado que habría de pasar por encima de los cuerpos y las maletas como en los mejores tiempos de la ocupación.

VII

Tolón. Aún no ha amanecido y, sin embargo, en el vagón se apaga de repente la luz eléctrica. De pie en el pasillo, con la espalda apoyada en la puerta de cristal de mi compartimento que ha servido de dormitorio hermético a ocho personas y del que emergen efluvios animales, enciendo mi primer cigarrillo. El rubio americano ahuyenta algo las miasmas nocturnas. El humo se eleva, azul, como el de una barrita de incienso.

Sueño, me hago preguntas. Falta poco para que hable sólo como esos viejos que se ven en los bancos de las plazuelas. ¿Con qué voy a encontrarme en Juan-les-Pins? Nunca he puesto los pies allí. Sé, como todo el mundo, que la gente se divierte locamente sin preocuparse de las vicisitudes de la vida. Al menos, ésta es la imagen consagrada. Por mi parte, jamás he prestado demasiado crédito a las leyendas doradas, a las noches mágicas, a la felicidad que se busca entre un enjambre de *starlettes* y de *play-boys*… Estoy seguro de que en ese paraíso de Juan, como en todas partes, hay una buena dosis de tristeza profunda, de miseria oculta, de confusión moral. En definitiva, el lote habitual de la Humanidad.

—Realmente tienes suerte —me ha dicho Hidoine—. Seguro que no vas a aburrirte. Te llevarás el traje de baño, ¿no?

Hidoine es mi colega, mi compañero, mi amigo. Es mi doble, mi «flecha» como solemos decir en nuestra extraña jerga. Ya se sabe que los policías, los gendarmes y los soldados, van por parejas. Así que con Hidoine voy a la par. Desde nuestros comienzos en la Gran Casa, no nos hemos separado nunca. Es mi Bidasse, pues no se ve a Borniche sin Hidoine ni a Hidoine sin Borniche. El comisario Vieuchêne, nuestro venerado jefe, lo comprendió en seguida y nos instaló juntos en el 523, un despacho con las paredes pintadas de

beige, minúsculo, amueblado con dos mesas de pino, dos sillas, un teléfono y una máquina de escribir con las teclas desniveladas debido a los insistentes golpes de índices excesivamente potentes.

Hidoine no es más alto que yo y tenemos, más o menos la misma edad, treinta y cuatro años. Es más flaco, más huesudo, tiene rasgos finos, la mirada viva e inteligente. Para él las vacaciones son sagradas. Las toma en julio, en una playa desierta de la Mancha, constelada de guijarros. No sé cómo lo hace, pero llueva o truene siempre vuelve a nuestra oficina en la calle de las Saussaies con color de alajú. Pero, milagrosamente, nunca se encuentra allí cuando hay trabajo. Para Juan-les-Pins debieran haberle designado a él, pero me han llamado a mí. ¡Y aún tiene el desparpajo de llamarme afortunado!

Me ha arreado una palmada sensacional en los omoplatos y ha hecho un guiño chocarrero. Si le hubiera dicho que prescindía gustoso de los fastos de Juan-les-Pins no me hubiera creído… Y mi pobre Marlyse sola en nuestro dos-piezas como nuevo. Ella que sueña con el Mediterráneo. Me siento invadido por una oleada de tristeza. Si mi investigación se eterniza me las arreglaré para que venga a reunirse conmigo. Lo más ingente es encontrar una habitación. Y en estos momentos no es ninguna tontería.

No sé con exactitud a qué se parece una investigación en la Costa. En realidad, no he salido mucho de mi madriguera. En 1949, una excursión a Deauville, por el robo de las joyas de Van Cleef y Arpels[4]. Una rápida ida y vuelta al Cannet para el robo a mano armada de la Begum y otra a Bandol por las joyas de la Môme Moineau… No puede decirse que sea un gran viajero.

Fumo un cigarrillo tras otro mientras el tren, con un tumultuoso esfuerzo de sus émbolos, atraviesa campos desérticos, yerba seca salpicada por bloques de rocas y apariciones fantasmagóricas que pronto quedan atrás, percibidas como en un sueño bajo la misteriosa luz de la amanecida. El convoy parece dislocarse sobre una red de sistemas de agujas. El silbido de la locomotora de vapor resuena prolongadamente, siniestro en el silencio de la llanura.

Y luego, la sombra es ahuyentada. Todo renace entre un fulgor anaranjado que confirma la resurrección del sol.

Las siete de la mañana. A través del sucio cristal he podido descifrar un nombre en letras rojas sobre fondo blanco, adherido a

la fachada de una torre de agua: Le Muy. Después, de repente, a la salida de un túnel entre dos enormes rocas, bajo el sol naciente, espejea una ligera bruma que no es la de la llanura. ¡El mar! De pronto me siento feliz. Me invade una especie de embriaguez. Ya no echo de menos París. Las aletas de mi nariz se estremecen pon un vago aroma de aventura.

Fréjus-Saint Raphaël-Théoule-Cannes. Apenas abierta la portezuela, llega la avalancha. Los viajeros se precipitan por el pasillo como si la vida les fuera en ello. La oleada humana me empuja. Aprovecho para actuar con los codos, saltar el andén, atravesar la vía y comprar *L'Echo de l'Esterel*.

Unos titulares me saltan a la vista. ¡Unos enormes titulares!

ROBO SENSACIONAL EN EL HOTEL «LA MURÈNE» DE JUAN-LES-PINS.

No se aclarará nada antes de tres días, afirma el comisario Borniche que acaba de llegar de París para hacerse cargo de la investigación.

No puedo creer lo que veo. Claro que no me disgustarte ser comisario pero desgraciadamente los periodistas no tienen arte ni parte en los ascensos. Y difícilmente podría haber emitido un juicio tan tajante sobre un asunto del que no sé nada. Esto empieza mal. Conociendo la susceptibilidad del comisario Pédroni, nunca se convencerá de que yo no he hecho ninguna declaración a la Prensa. Esto no es precisamente un idilio entre la dirección y los servicios regionales…

La situación en que me ha colocado la susodicha dirección es más comprometida que nunca.

Está muy bien haber podido tomar el aire diez minutos y haber leído mis declaraciones en un periódico local algo mordaz. Pero para encontrar de nuevo mi sitio en el pasillo del vagón se necesita estar en forma olímpica. Salto por encima de montones de maletas, empujo a padres de familia picajosos, estoy a punto de liarme a puñetazos con dos marineros que han ocupado mi sitio. Al fin, el

tren se pone de nuevo en marcha y sigue avanzando. Justo para recorrer el artículo de *L'Echo de l'Esterel*, recuperar mi maleta de la red del compartimiento y habré llegado a Juan-les-Pins. Realmente no valía la pena fastidiar a todo el mundo, pero estoy de un humor de perros. Se esfumó la euforia de hace un momento, el gran estremecimiento de la acción inminente, la embriaguez de la aventura. El cigarrillo no logra disipar el amargor de mi boca.

La foto de Sarah Frokian, mujer de la víctima principal, está bastante borrosa. De todas formas, se ve que es una rubia, no muy alta, pero apetitosa. Tiene un aspecto extraño. Debía de estar llorando cuando tomaron la fotografía.

El retrato de la señora Mag, la directora de «La Murène», aparece más claro. Es una lástima que no sea al revés, pues la señora Mag no me inspira lo más mínimo. Con su moño y sus lentes tiene aspecto de alquiladora de sillas o de envenenadoras. Ella no debe de bromear todos los días.

La tercera foto —el *Echo* hace bien las cosas— muestra el balcón por el que se supone que los ladrones entraron en la habitación de la desgraciada señora Mag.

Durante los últimos minutos que me separan de Juan-les-Pins leo a salto de mata:

> *Juan-les-Pins. Crónica de nuestro corresponsal.*
>
> *… La Policía de Juan-les-Pins y de Marsella ha iniciado la investigación… «Se trata de un asunto complejo que no podrá aclararse antes de tres días», nos ha dicho el comisario Borniche, cuya Intervención, innecesario es decirlo, demuestra la importancia de este robo.*
>
> *… Los ladrones se introdujeron en ta habitación de la señora Ruggieri, gerente del hotel desde hace cinco años. La señora Ruggieri acababa de acostarse y se disponía a apagar la lámpara de su cabecera cuando vio entrar a dos individuos. La amenazaron con un revólver y una navaja, ordenándole que les llevara junto a la caja fuerte. La señora Mag no tuvo más remedio que coger la llave de su mesilla de noche y dirigirse hacia el tocador contiguo a su habitación. Allí es donde se encuentra oculta la caja fuerte del hotel, un cofre de metal de 35 centímetros por 32, colocado sencillamente entre dos tablas. Los*

ladrones, para no dejar ninguna huella, obligaron a la señora Mag a coger las joyas y los fajos de billetes y ponerlos sobre una toalla. Luego la amordazaron con otra toalla, atándole las manos con una cuerda. Seguidamente huyeron saltando desde el balcón… «Tan pronto como se fueron mis agresores perdí el conocimiento —ha declarado la señora Ruggieri—. No me desperté hasta cuatro horas después: Y logré quitarme las ataduras.»… La principal victima es el señor Laszlo Frokian, de París, comerciante en piedras preciosas, que pierde cien millones de francos en joyas, la mitad del botín robado a la Bégum en agosto de 1949. El señor Frokian no se enteró de la noticia hasta las diez, hora en que la camarera, Gisèle Venturi, le llevó él desayuno. Para el comerciante en joyas de la avenida Montaigne este robo representa una enorme pérdida. La señora Frokian ha perdido también todas sus joyas y una cartera que contenía 500.000 francos. En cuanto al comerciante, llevaba consigo gran parte de las piedras y los brillantes que constituyen la base de su negocio…

… El robo ha perjudicado a otra decena de personas que hablan confiado a la caja fuerte del hotel sus joyas y su dinero, al señor Ludwig Baerhof, de 46 años, comerciante suizo; la señora Meyer, de París; él señor Charles Bernard, escritor belga, etc.

… Durante él día de ayer, la investigación no ha experimentado ningún progreso…

Ya he leído bastante. Si todas estas declaraciones son tan auténticas como las que me adjudica *L'Echo de l'Esterel* cuando todavía me encuentro en el tren…

… Y Marlyse, que duerme profundamente en este mismo momento. Sin mí… Se ha quitado la sábana, pues en nuestro granero hace calor. El sol penetra a través de las persianas para acariciar su desnudez. Tal vez tienda la mano buscándome… ¡Santo Dios! Y yo, en vez de aspirar el perfume de sus cabellos, me agito al ritmo del tren que se detiene con una nube de vapor.

He llegado.

Ahora es cuando empieza mi calvario.

Jamás la palabra «Salida», que guía mis pasos a través de la

pequeña estación, ha tenido una resonancia tan lúgubre.

Tengo la impresión de que el periodista de *L'Echo de l'Esterel* se ha salido con la suya. De nada me vale forzar la vista. No veo por parte alguna al inspector marsellés que debiera venir a recibirme. Me quedo plantado aquí, con la maleta en el suelo. El traje arrugado me pesa. Todavía exhala todos los malos olores del tren. Me siento sucio, triste y feo.

Un cuarto de hora, veinte minutos. Empiezo a hartarme. Quizás algo haya retrasado a mi sabueso marsellés. Tal vez un servicio urgente, un pinchazo. ¡Bah! En realidad, estoy seguro de que no vendrá nadie.

A la hora matinal en que suele acostarse, Sarah Frokian emerge de los somníferos con que Théodose la ha atiborrado a últimas horas de la noche. Prudente decisión. Mantenía en ebullición el bar de «La Murène» y únicamente una dosis razonable de aquellos bienaventurados comprimidos fueron capaces de calmarla.

—¡Qué pesadilla! —murmura.

Hunde la cabeza debajo de la almohada para intentar sumergirse de nuevo en la nada, para olvidar. En medio de su torpor, el drama reaparece y desaparece. Solloza por sentirse fea, ajada. Está segura que, desde la víspera, sus raíces castañas crecen por centímetros. Que las arrugas vuelven a aparecer. Suda y se horroriza de sí misma, ella que se baña varias veces al día para eliminar el más mínimo sudor.

—Pero ¿qué importa? Ya no me queda más que morir… Ahora ya no tengo nada…

Trata de alcanzar la jarra de agua que está sobre la mesilla y la vuelca. Su torpeza provoca una crisis de lágrimas. Sarah maldice sin discriminación a su hija, a su yerno, a su marido y a la familia Frokian hasta la vigésima generación, al hotel «La Murène», a su dueño, a su personal y a esos cretinos de policías que se pasaron todo el día anterior dando vueltas sin saber qué hacer.

Es preciso que descargue su furia sobre alguien. De lo contrario, se volverá loca. Vocifera:

—¡Laszlo!

Después recuerda que su marido juró ayer no volverle a dirigir la palabra hasta que aparecieran aquellas joyas. ¡Como si ella tuviera la culpa! Él estaba presente cuando entregó el cofre a Théodose, cuando aquella horrible señora Mag se lo llevó junto con la cartera para guardarlo seguro. ¡Seguro! Laszlo hubiera debido desconfiar, él que no se fía de nadie, ni siquiera de su contable, y que conserva celosamente sus secretos en su agenda.

… ¡Vaya clientela la de este hotel! Un hatajo de golfos, un club de pederastas. Nunca le habían hecho nada semejante a ella, a Sarah Frokian. Y esto que durante sus viajes ha frecuentado toda clase de hoteles. En Nápoles le robaron todos sus vestidos, salvo el que llevaba puesto. En Beyruth, su reloj se había volatilizado al borde de una piscina. Un chófer de taxi brasileño había desaparecido con el bolso de cocodrilo que acababa de comprar… Pero nunca le habían quitado nada de la caja fuerte de un hotel. Para ella, la caja de un hotel era tan inviolable como el Banco de Francia.

—¡Entre! ¡Ah! ¿Eres tú?

—He venido para pedirte que te calmes, mamá.

Patrick Meyer se sienta familiarmente sobre el lecho y coge la mano de Sarah.

—¡Pero si tienes fiebre… estás ardiendo!

—Al menos tendremos fiebre, ¿no?

—Tus gritos han despertado a Annie. También ella está completamente deshecha. No puede dormir. En este hotel se oyen todos los ruidos, ¿sabes?

—Más valiera que se hubieran oído anoche —gruñe Sarah—. Hay que reconocer que tú conservas la calma, Patrick. Se diría que no te han robado nada. Bien es verdad que para ti quinientos mil francos no son gran cosa…

Patrick se encoge imperceptiblemente de hombros.

—Al lado de los cien millones de joyas de Laszlo, realmente no lo son.

—¿Y las mías? Te olvidas de ellas, ¿no?

—¿Quién sabe lo que había en ese cofre? —insinúa Patrick sonriendo—. No, mamá, no las olvido. Y te comprendo. Ayer mismo telefoneé a París. La dirección de la Policía envía un inspector para

que se ocupe especialmente de nosotros. ¡Quéjate!

Le da unos golpecitos en la mano con una sonrisa jovial. Sensible a esas alentadoras palabras masculinas, Sarah sorbe una última lágrima.

—Voy a arreglarme un poco —dice—. No me mires. Doy miedo de fea.

—Bueno señal, cuando la coquetería vuelve por sus fueros —afirma Patrick—. Y a propósito, ¿sabes a quién nos envían de París? Nada menos que a Borniche. Hace un momento he visto a Laszlo. No ha dormido en toda la noche, pero empieza a recuperar la esperanza.

—¡Bah! A él no es la primera vez que le roban joyas —dice Sarah—. Además, estoy segura que nos habían echado la vista encima y que nos han seguido desde Cannes. Tal vez, incluso, desde París.

Ya no es el tren el que silba devorando la campiña. Es la cafetera de filtro que se enerva a mi espalda mientras vierte el café. Un café que nada tiene de italiano, pero sí el mérito de estar negro, caliente y azucarado. Incluso se nota algo de espuma que se agita al mismo tiempo que las aletas de mi nariz. Mi estómago me reclama algo de comer. Tiendo la mano hacia un *croissant* blanducho. Anoche, al partir, estaba demasiado nervioso para comer nada. Marlyse metió en mi maleta un emparedado. Jamón y *gruyère* amorosamente untados de mantequilla. Durante toda la noche el emparedado se ha burlado de mí desde la red. Para sacar mi maleta del montón de paquetes debajo de los cuales la había ocultado mi vecina, habría tenido que ser acróbata. Y esa comadre no ha dejado de roncar durante todo el viaje, debajo de mi emparedado.

La taberna no es lo más a propósito para calmar y atraer a un viajero derrengado. De pie, ante el mostrador, de cara a la puerta, Ana, hermana Ana, ¿ves algo? Sigo esperando. De nuevo la cafetera me produce un sobresalto. Estoy harto. Porque, además, el dueño no deja de tosiquear y la clientela es más bien repelente. En medio de las maletas de los viajeros que esperan un coche, una banda de jóvenes juerguistas se han quedado adormilados. Se diría que han pasado la noche entre las basuras de la ciudad antes de aterrizar

aquí.

La gorra con una placa de empleado municipal se inclina sobre un periódico abierto sobre el mostrador, mientras un puño de camisa de aspecto dudoso se lleva una copa de tinto hasta una boca ebria.

—Perdón, señor. ¿Está lejos la Comisaría de Policía?

El hombre de la placa levanta la mirada del artículo que relata las hazañas de Louison Bobet en la Torre de Francia. Sorbe ruidosamente un trago antes de contestar:

—En Correos.

—¿En Correos? ¿Y dónde está Correos? No soy de aquí, ¿sabe?

El funcionario abandona otra vez a Bobet con harto sentimiento. Empieza a creer que estoy abusando y que el hecho de ser forastero no es motivo para impedirle leer su diario. Para consolarse se apresura a echarse al coleto otro trago. Aparta su vaso vacío antes de torcer el cuello hacia la calle que pasa por delante de la estación y farfulla:

—Siga la avenida de l'Esterel y verá el edificio antiguo de Correos. Allí está la Comisaría. Hay una bandera encima.

—¿Y la Alcaldía?

—No hay Alcaldía —responde categórico—. Esto es Juan-les-Pins y depende de Antibes… ¿Qué quiere usted? ¿La Comisaría o el Ayuntamiento? ¡Hay que entenderse!

—La Comisaría.

Se encoge de hombros y me mira con insistencia antes de sumergirse de nuevo en su periódico. Debe de tomarme por un golfo que va a entregarse… ¿No seré el ladrón de «La Murène»? El dueño, suspicaz, cuenta de nuevo el dinero que le doy y salgo del café en busca de una bandera. Pronto me encuentro de nuevo en el bulevar Guillaumont, frente a la playa de arena y al mar. Apenas son las ocho y ya empieza a bullir el alboroto turístico. Los vendedores de helados detrás de sus carritos multicolores, los patines alineados ante los cuerpos postrados de los fanáticos de los baños de sol. Y yo, cada vez más sospechoso en este alegre ambiente, con mi maleta barata.

Vamos, Borniche, es preciso que apures tu cáliz hasta las heces, que vuelvas sobre tus pasos a lo largo de la avenida poblada de árboles y de tiendas de lujo. Aquí ignoran la crisis económica. A fe

mía que el comercio no ha sufrido demasiado con las huelgas.

Una hermosa ninfa morena, con un escote de vértigo y piernas doradas, se dedica a preparar un escaparate con artículos de playa. La admiro. Como en realidad no tengo aspecto del clásico cautivador de voluntades, no vacilo en preguntar:

—¿Haría el favor de indicarme un hotel que no sea demasiado caro, señorita?

Vuelve su rostro reidor y semejante a un melocotón, de mediterránea, hacia mi faz sin afeitar, la mirada prosigue su recorrido hasta mi maleta, y al no observar, en definitiva, nada amenazador, pregunta a una opulenta rubia de la cual sólo distingo el busto a través del escaparate:

—*Madame*, aquí hay un señor que busca un hotel no demasiado caro.

La dueña se muestra mucho más suspicaz que la vendedora. Surge con el ceño fruncido y me mira de arriba abajo:

—«La Rédoute» no está mal —dice—. Y tampoco es caro. Eso depende de lo que quiera gastar…

Es evidente que no me toma por Rothschild. Tanto peor.

En mi situación no puedo permitirme el «Provençal» cuya publicidad he visto sobre un pimpante minibús que acudía a la estación para recoger a sus clientes.

—¿Está lejos del mar?

¡Como si estuviera de vacaciones!

La dueña niega con la cabeza.

—No… Lo verá desde el hotel. Está en la calle de las Îles, la primera a la derecha después de la calle Saint-Honorat.

Quien contesta es la soberbia vendedora con una sonrisa que me llega al corazón… Todas estas calles tienen nombres poéticos: Rue des Îles, Rue Saint-Honorat, Rue Sainte-Marguerite, Boulevard du Littoral, Avenue des Palmiers. Avenue des Lauriers, Promenade du Soleil… ¿Dónde han quedado las calles Aristide-Briand, Jules-Guesde, Gambetta, Jules-Vallès, etcétera… de las afueras de París donde los rostros reflejan el gris del cielo? No puedo imaginarme a mi bonita vendedora de trajes de baño, de gafas y productos solares en una de esas casas baratas que crecen como setas después de la guerra. En este clima de sueño, la bella muchacha resplandece…

… Ya propósito, voy a escribir una tarjeta a Marlyse tan pronto

como llegue al hotel. Le llevará algo de sol. Una buena ducha, un pensamiento para Marlyse y luego a la búsqueda de la famosa Comisaría… ¡Una estafeta de Correos abandonada!

—Amigo mío —dice el abogado Carlotti, con las manos trágicamente tendidas—. Es una sucia historia para todo el mundo. Las Policías de Francia y de Navarra se encuentran en estado de alerta… Hoy llega Borniche de París. Vieuchêne anda de vacaciones por ahí. Pédroni está loco furioso, removiendo cielo y tierra… Los interrogatorios van a menudear, puede creerme. Y nunca se sabe lo que puede resultar de todo ello.

—¡Alto! —dice Pascal Baldacci—. No irán a endosarme el muerto porque me he hospedado en «La Murène», ¿verdad?

—No forzosamente… Pero lo seguro es que pasarán por la criba a todos los muchachos que desde hace algún tiempo han localizado por aquí. La cosa ya andaba mal con Pédroni. Pero con Borniche, el circo va a empezar de nuevo.

—Yo no tengo nada que ver con eso —afirma otra vez Baldacci.

—Yo no quiero saber nada —subraya el abogado Carlotti—. Pero entonces, ¿por qué has venido a verme?

—Para que esté preparado. Con los polis no se sabe nunca.

—¿No será tal vez porque conozco a Frokian? ¿Acaso una pequeña transacción?

—Le digo que nada tengo que ver con el golpe, mi querido abogado. Si me fastidian quiero contar con usted. Es todo.

—Claro, claro, seguro… Los amigos de Antoine son mis amigos. Sólo que esta vez es posible que tengas que decirme algo más. Rizzato y Arrighi son amigos tuyos, ¿no?

Charles Bernard, veintinueve años, abonado con dos votos al premio Goncourt desde *Les Rides d'Orphée*, su primera novela publicada cinco años antes, oculta su melancolía tras las gafas verdes graduadas que con su calvicie precoz le dan aspecto de extraterreste. Igual que todos los huéspedes de «La Murène», se encuentra retenido en el hotel. Todos se han instalado filosóficamente en el rincón más apartado del jardín para eludir el

ballet de los policías, de las víctimas y de los eventuales sospechosos.

Charles Bernard no es rico. Su estancia en «La Murène» la debe a la liberalidad de su tío, acomodado comerciante de Ixelles, su ciudad natal. Hacía mucho tiempo que Charles soñaba con pasar dos o tres semanas en algún lugar de moda de la Costa Azul que representaba para él, lo mismo que para muchos belgas, un paraíso lejano. Sus libros, honorable reanudación de temas surrealistas, se venden poco, pero en su región reciben la atención de la crítica y la benevolencia de un público siempre parcial con las obras de los hijos de la tierra. El tío no podía por menos de financiar esas vacaciones, bajo la promesa de Charles de mostrarse trabajador. En definitiva sería su nombre, el nombre de los Bernard de Ixelles, el que se beneficiaría con su generosidad. La inspiración de Charles, centuplicada ante el descubrimiento del Mediterraneo y el trato con las gentes de moda, influiría de una manera decisiva en el *Rideau de rêve*, obra en la que el escritor afirmaba trabajar sin descanso, una aportación más para los votos del Goncourt… Tal vez la gloria.

Al cabo de diez días de ociosidad, Charles Bernard ha llegado incluso a olvidar el tema del *Rideau de rêve*[5]. Como cultiva el humor belga, se dice, divertido, que su libro más bien podría llamarse *Cortina de bruma*, hasta tal punto se le aparece confuso el proyecto. Aparte de ello, no ha perdido tiempo. Ha comido mucho, ha bebido mucho y ha nadado un poco. Se ha mantenido virgen, por lo que se felicita, ya que su natural indolencia le aconseja la negación de cualquier esfuerzo, tanto frente a la mujer como frente al hombre. Además, no está muy seguro del sexo que elegiría. Educado en el culto a la antigüedad, cortejado a los diecinueve años por un alférez de la Wehrmacht, apasionado por las ambigüedades surrealistas, Charles ha decidido bastarse a sí mismo. Al menos desde el punto de vista sexual, ya que, por lo demás, busca frecuentar y conversar con sus semejantes hasta el punto de hacerse importuno. Ha recorrido todas las mesas de «La Murène» hasta tal punto sabe imponerse. En el bar nadie puede darle esquinazo. Théodose ha resumido la opinión general:

—Es un poco pelmazo, pero todos lo quieren…

Charles lo ha perdido todo en el robo de la noche anterior. No le quedaban más que doscientos mil francos, reliquia de la

generosidad de su tío, que deberían bastarle hasta el final de su estancia. Claro que si los caprichos de los huelguistas franceses se lo permitieran, con un servicio postal normal, podría lanzar un SOS a su tío en Ixelles. Acompañaría a la carta un recorte de los periódicos de la mañana, que han encontrado un momio y consagran a «La Murène» columnas enteras. De este modo, el tío comprobaría que el buen dinero belga no había sido dilapidado a la buena de Dios por su insigne sobrino… A menos, se dice Charles sonriendo, que crea que fui yo quien dio el golpe… No, jamás me creería capaz de amarar y amordazar a esa pobre señora Mag. Y, además ¿qué podría hacer yo con cien millones en diamantes? Tendría que encontrar un revendedor…

Laszlo Frokian busca también un rincón tranquilo, cargado con una hamaca azul. Charles Bernard, que por una vez no tiene ganas de hablar con nadie, sino de reflexionar con tranquilidad, le vigila de reojo con inquietud. ¡Con tal de que no vaya a instalarse a su lado…! No, lo saluda con una ligera inclinación de cabeza y se aleja en dirección a un eucalipto de olor mareante.

En el fondo —se dice Charles—, esta historia sería un buen tema para una novela. Unos personajes que, obligados a frecuentarse, acaban por detestarse. Yo mismo, que ayer buscaba la compañía de todas estas gentes, hoy quiero mantenerme a distancia al verme obligado a permanecer entre ellos… Si esta situación se prolonga, se hará insostenible. Pero aun cuando la Policía nos dijera que podemos irnos a donde nos parezca, ¿qué podríamos hacer sin dinero, en espera del resultado de la investigación? Nadie querrá irse antes de recuperar su dinero y sus pertenencias. Por lo menos, antes de saber lo que ha ocurrido. De hecho, durante unos días somos prisioneros. ¡Los prisioneros de «La Murène»! ¡Vaya título!

Charles se pregunta sobre la conveniencia de dedicarse inmediatamente a esbozar el plan de su novela. Decide esperar el resultado de la investigación. Ahora lo más urgente es escribir —a Ixelles para pedir subsidios. Arranca con todo cuidado la primera página de *L'Echo de l'Esterel* que unirá a la carta:

—Nada se sabrá antes de tres días —asegura el comisario Borniche, llegado de París para hacerse cargo de la investigación.

—¿Para una o dos personas?

El hotelero es bajo, lomudo, negro de pelo y de tez. Bizquea horriblemente como si sus ojos se esforzaran tanto el uno como el otro en captar la curva de su larga nariz semejante al pico de un ave rapaz. Va disfrazado con un gorro de cocinero, de dudosa blancura, que se arruga como un *vol-au-vent* mal cocido. Contemplo fascinado las manchas de sangre en su delantal y en los bajos de su chaqueta de pastelero… ¿A quién acaba de degollar?

—Estoy solo. Únicamente para dos o tres días.

Con su mano de asesino me da una ficha la que yo inscribo apellido-nombre-fecha de nacimiento-firma.

—¿Y su profesión? Tendrá una profesión, ¿no? Es obligatorio indicarla.

¡Vaya conciencia profesional! ¿Se muestran tan exigentes, por lo regular, en los hoteles de Juan-les-Pins? Por ejemplo, ¿en «La Murène»? No he puesto nada porque me siento en una situación algo embarazosa. Cuando se trata de un policía parisiense, comisionado por la dirección de la PJ. por recomendación personal y apresurada de un ministro del Interior, no se reside en un hotel de tercera categoría. Y yo soy optimista.

Siento deseos de huir cobardemente, pero tengo muy poco dinero. Las vacaciones en Fouras-les-Bains me han dejado casi arruinado. El arreglo de nuestro dos-piezas ha dejado en las tiendas de pinturas los pocos francos que me quedaban. El sueldo no lo recibiré hasta fin de mes, por no decir hasta primeros de setiembre. ¡Y además, en París! Y por cheque, pues el cajero-pagador general que se ocupa de la contabilidad en el Ministerio, decretó el año pasado que los funcionarios recibirían en lo sucesivo su sueldo por transferencia con el fin de evitar las interminables colas en la Pagaduría general sita en la calle de Notre-Dame-des-Victoires. Bueno. Cojo de nuevo la ficha y con mi mejor caligrafía escribo: «Inspector de la Policía judicial».

El dueño sufre una metamorfosis de las que se ven pocas en la vida. Una sonrisa ilumina su azulada barba. Su ojo derecho intenta mantenerse paralelo con el izquierdo. Se regocija:

—Entonces, es de usted de quien hablan los periódicos. Creí que se encontraba aquí… Mal asunto, ¿eh? —agrega guiñando un ojo—. ¡Bien venido entre nosotros, señor inspector!

Me obsequia con un apretón de manos, el verdadero apretón del dueño a un cliente importante y declara que va a darme la habitación 7, la mejor. Ya no me queda más que consagrarme al rito de la instalación, que el cansancio del viaje envuelve en una bruma algodonosa. A falta de mi colega marsellés que no acudió a la cita, me encuentro bajo la protección de este honrado hotelero que ya no tiene en modo alguno el aspecto de acabar de salir de la *Posada roja*. Con mi preciosa maleta subo detrás de él la escalera de peldaños encerados. El mobiliario es sencillo, pero está bien cuidado, lo que es una buena señal. Los peldaños crujen entre el primero y segundo piso, pero ¿qué importa? No entra en mis planes llegar a mi habitación con precauciones de marido adúltero. ¡Dios mío, qué lejos me parece esta habitación!

Por último, un pasillo más, una vuelta, el fatídico número 7, la encarnizada lucha de la llave en la cerradura rebelde… El dueño abre las persianas en el preciso momento en que un estruendo ensordecedor me clava en el suelo.

—No es nada —me dice—. Estamos precisamente al lado de la vía férrea que pasa por el puente metálico. Pero por la noche está tranquilo. Además, en este momento no tengo otra habitación, y es la única con vistas al mar… Mire.

Entre dos edificios en construcción distingo, alargando el cuello un pequeño cuadrado de azul que, por ráfagas, obstruyen los coches que desfilan raudos en los dos sentidos de la carretera junto a la costa. Con una mano de dudosa limpieza, el hotelero da unas palmaditas en la almohada. Se deja caer sobre el colchón para demostrar su elasticidad y se entrega al juego de Hércules Poirot.

—Aquí todo el mundo dice que es Piana quien ha dado el golpe. Yo también creo que ha sido él… ¡Si supiera todo lo que hizo antes de que lo pusieran a la sombra! Además, ya podían haber vigilado mejor a Sergio. Ya verá como pronto enviarán a todos esos chicos con permiso… ¡Ah!, los cuartos de aseo.

Me conduce al descansillo. Detrás de una puerta sobre la que observo, a la altura de la palangana, una mirilla, descubro los W.C. Al lado, en un chiscón sombrío, sin luz, una especie de tubería adosada a la pared. Y en el extremo una pera. Es la ducha.

—¿No hay agua caliente?

El dueño, asombrado, se encoge de hombros.

—¿Con este tiempo? —farfulla—. No hace falta. Si quiere se le puede subir para que se afeite… Comerá aquí, ¿no? Ya verá mi cocina… Muy distinta a la de «La Murène» y menos cara.

Mientras lanza una risotada me siento de nuevo acosado por unos furiosos deseos de largarme. Sólo me retiene la eterna falta de dinero. Así no tendré que pagar cada vez la comida y podré esperar la llegada de un giro.

—De acuerdo, comeré aquí.

La puerta se cierra. Pongo el contenido de mi maleta en los estantes del armario. La cosa no requiere mucho tiempo: tres camisas, dos pantalones, cuatro pares de calcetines, otros tantos *slips* y un pañuelo. Todo lo que necesito para unos días, además de mi traje de franela gris que conservo celosamente para los días de gala:

—Si por casualidad tuvieras que asistir a una recepción en casa del prefecto —me dijo Marlyse mientras planchaba el pantalón.

La ducha fría obligada despierta al Borniche que dormitaba. Afeitado, limpio, relajado, me endoso mi camisa Lacoste. Son las nueve. Esta vez enfilo, con paso firme, el camino de la Comisaría.

VIII

—Pero… si es su foto, es su nombre, es ella —balbucea Roberto Grimaldi.

Paul Grimaud arrebata el periódico de manos del joven botones.

—¿Y qué diablos puede importarte? —dice Grimaud—. No eres tú quien ha birlado esos guijarros… ¿No irás a seguir leyendo el papelucho delante de los clientes?

Dobla con cuidado *L'Echo de l'Esterel* y va a entregárselo al conserje.

—¡Cien millones! —prosigue Roberto—. ¿Te das cuenta? ¡Vaya montón de dinero!

Paul Grimaud vuelve junto a él.

—Tú los viste los diamantes, ¿no?

—No todos… ¿Y tú te hubieras imaginado que valían tantos millones de francos?

—No lo sé, no estoy acostumbrado —dice Grimaud—. Quien se va a llevar un buen sobresalto es tu Josée… Se ponía enferma al ver esas joyas. Es algo moral, ¿comprendes? Lloraba calculando que incluso, si trabajaba durante veinte años, con su salario de camarera, ni siquiera podría comprar los pendientes… ¡Y también robados los pendientes!

—Cien millones —repite Roberto—. ¡Cien millones!

—Ya has visto lo que dice el diario: un asunto especialmente oscuro… Pues bien, yo creo que está muy claro. Incluso puedo decirte quién ha dado el golpe.

Paul Grimaud deja transcurrir un momento de dramático silencio antes de emitir su juicio con voz firme, definitiva:

—¡Sergio Piana!

—¡Cuándo pienso que andaba por ahí con todo eso encima!

Aquella noche, después de la fiesta, cualquiera hubiera podido atacarla…

—¿Tú crees? Piana prefiere su método. Es más fácil abrir una caja fuerte de cartón. ¡Menudo burdel debe ser su «Murène»! Ya ves, Roberto, pasa como con los restaurantes. Nacen, mueren… Ya ves lo que les ocurre a esos pequeños hoteles pretenciosos y caros. «La Murène» está ya reventada. Muerta, con las tripas al aire. Va a la deriva… En nuestros palaces ha habido escándalos. Pero nosotros somos sólidos. Ni siquiera Piana puede nada contra nosotros —añade con ese orgullo ingenuo del servidor que hace causa común con el amo.

—Entonces, ¿crees que ha sido Piana?

—Claro que ha sido él. Es tan evidente que incluso los polis llegarán a convencerse. ¡Caramba! Aquí hay uno que debe estar contento.

—Buenos días, muchacho —dice el conde des Essarts con desacostumbrada amabilidad.

La enfermera y el sillón de ruedas reducen la marcha ante el portero. El conde hurga en su monedero gris perla, con la mirada viva y el pelo más hirsuto que nunca. Es evidente que el acontecimiento le ha rejuvenecido lo menos diez años. No me extrañaría que se levantara y empezara a andar, piensa Paul Grimaud. Sería el milagro de «La Murène». Su mano derecha descansa, triunfadora, sobre *L'Echo de l'Esterel*, puesto sobre sus rodillas.

—¡Que tengan un buen día! —exclama alborozado al atravesar el umbral.

—Gracias, señor conde.

—¡En marcha!

Afronta el mar, al otro lado de la Croisette, con la seguridad de un almirante al frente de su escuadra. La idea de los cien millones robados a aquel caballero de industria, como él le llama, le promete una felicidad sin nubes durante muchos días. Ni que decir tiene que su enfermera se congratula.

—Nunca lo he visto tan contento —dice Paul Grimaud—. Frokian no podía haberle dado mayor satisfacción, a menos de estar muerto.

—Pero si no le ha hecho nada —se asombra Roberto.

—No, pero respira el mismo aire que él y eso le basta. Todo esto es como un acuario —concluye filosóficamente—. Nosotros estamos al otro lado del cristal. Miramos.

La pelirroja de formas llenas se despereza en el lecho. Sophie sabe manejar admirablemente sus redondeces, hacer surgir un seno, dejar adivinar una nalga. Suena con representar *Naná* en el teatro, sobre un lecho de dos metros por dos, recubierto de piel. A este efecto se ejercita haciendo gestos de gata que con seguridad despiertan los ardores matinales de sus amantes. Hoy, la habitación del «Carlton» le inspira de una manera especial. Se atusa el pelo, frunce los labios con una mueca de chiquilla. Lo que no sabe es que las libaciones durante la noche quitan encanto a su bonita boca.

—Apártate —dice Kravetz—. Hueles mal.

—Oh, querido…

Estalla en sollozos. Tiene por costumbre llorar a la orden en los tres papeles de melodrama que habitualmente le encomiendan. Las lágrimas brillan, ruedan por sus mejillas con la lentitud requerida.

—¡Cállate, por todos los santos! ¿No ves que estoy leyendo?

Kravetz tiende la mano hacia la bandeja colocada sobre la mesilla de noche y vierte café en una taza.

—Apenas tibio —se lamenta—. Este «Carlton» es un auténtico barracón.

—Pero, cariño, eres tú quien ha dejado que se enfríe. Estás de mal humor. ¿Algo no va bien?

Sophie ha cambiado de talante. Ya que las lágrimas no sirven, trata de mostrar una cariñosa solicitud.

—Dime, ¿tienes preocupaciones?

—Mierda —contesta Kravetz.

Desplegado sobre la cama *L'Echo de l'Esterel* que acompaña al desayuno:

—«Antes de tres días no se sabrá nada» —farfulla—. Nunca se sabrá nada. Una nueva treta de ese sinvergüenza de Frokian. Sabe al son que bailan los seguros. Si llega a encontrarse, apuesto cualquier cosa a que no habla nada en ese asqueroso cofre. Habrá escamoteado ya todo su lote y divierte a la gente… ¡Se le prepara buena al Borniche!

Sophie lee concienzudamente el relato del periódico guiñando los ojos, pues es miope.

—No lo entiendo —dice.

Lo que no puede entender es que Kravetz, con toda su magnificencia y su «Rolls» se estaba jugando la última carta al intentar atraer a los Frokian a su empresa de espectáculos. El poderoso Kravetz sólo es rico en baladronadas. Unicamente la artillería bancaria le permite flotar durante cierto tiempo.

La ambición teatral de Sarah Frokian lo había alentado. Era sencillo. Ella proporcionaba el teatro de los bulevares. Frokian aportaba dinero fresco y Kravetz atendía su parte de asociado con dudosas letras y valoraba muy alto su trabajo de relaciones públicas y de dirección artística… A pesar de las sucesivas negativas de Frokian, no perdía la esperanza. En realidad, bastaría con el dinero personal de Sarah. Ahora se había esfumado la última oportunidad. O bien los Frokian habían perdido en realidad cien millones y no era momento de pedirles dinero. O, por el contrario, Frokian hacía creer que los había perdido y no se haría remarcar subvencionando un espectáculo…

—Mierda y mierda —concluyó—. Y tú, esfúmate. Ya te he visto bastante.

La pelirroja Sophie ya no recurre a las lágrimas ni al encanto. Se dirige al cuarto de baño con gestos de duquesa ultrajada. Estos últimos tiempos no tiene suerte. Desde principios de mes, ya es la cuarta vez que la ponen en la puerta. Y siempre por el mismo motivo. Historias de dinero de las que no entiende palabra y que ponen de mal humor a esos señores… En estos casos, ella lo sabe, no vale la pena insistir.

Al fin encuentro esa famosa oficina de Correos abandonada. Realmente no es nada agradable a la vista. Los que ponen en tela de juicio la indigencia de la Policía, deberían venir a darse una vuelta. ¡Ahora resulta que recogemos las migajas de los PTT! Quieren que los policías tengan el gesto agradable y se muestren siempre amables con el público y se deja que se pudran en lodazales que, en el caso de otros funcionarios, daría lugar a una huelga ilimitada. ¡El antro del pesimismo y del mal humor!

Entro en un corredor con las paredes sucias, consteladas de cagadas de moscas y de circulares. Un atractivo cartel invita a los jóvenes a decidirse por la carrera policial, con inestimables ventajas. Para convencerse, basta con echar una ojeada a la sala de recepción y al suelo con baldosas de gres, desgastadas por las pisadas de los usuarios de la antigua oficina de Correos.

La puerta de la izquierda da al puesto de guardia donde bostezan cuatro agentes con camisa azul. El presidente Auriol, ostentando su banda, los contempla con una mirada de descontento. Apesta a colillas de cigarrillos, al cuero del correaje, a la gasolina de los bidones de reserva y al sudor de los servidores de la ley. Colgados de unos clavos, unos cinturones con fundas de revólver, saharianas y quepis esperan el ataque de los apaches. Al fondo de la sala, sentados en un viejo banco, una pareja de suecos detenidos por vagabundeo pasan unas horas de su hermosa juventud en espera de que les interroguen. Esto va a durar porque aquí nadie habla sueco ni inglés. Entonces se sabrá si lo más conveniente es poner a la sombra o enviar de nuevo al sol de la playa a estos enamorados de cabellos largos y guitarra ya muda.

Los abandono a su triste suerte. Empujo una puerta de doble batiente, al otro lado del corredor. Un cráneo en forma de obús se agita detrás de un mostrador, dentro de la más pura tradición guiñolesca. Me acerco. El cráneo oscila. Una voz gruñe:

—¿Qué quiere?

Se diría que este despellejado en vivo está dispuesto a devorarme crudo. En Juan-les-Pins es como en París, Brest o cualquier otra parte. Cuanto más se desciende en la jerarquía policial, más indiferencia y descortesía se encuentra. Se diría que estas gentes sienten un placer sádico en hacer ostentación de su autoridad. Espero que todo esto cambiará, pero no lo pronto que sería de desear.

Yo también sé ladrar. Y ladro:

—Borniche, de la Dirección. ¿Está el comisario?

¡Ya sabía yo que este pilón de azúcar podía mostrarse amable! Se desencadena el frenético entusiasmo que siempre provoca la palabra «Dirección». El especialista en varapalos se dejaría cortar en pequeños trozos para satisfacer los más mínimos deseos de los enviados de París. El pilón se ha encasquetado un quepis. Tres

golpes discretos en la puerta del amo de aquellos lugares:

—¡La Dirección, señor comisario!

Se le llena la boca con la palabra Dirección. El inspector-jefe Tiret que hace las veces de comisario en Juan-les-Pins sale catapultado de su sillón.

—Borniche —le digo.

En el acto se me ofrece el sillón directoral.

Lo rechazo y me siento en una silla delante de la mesa de madera de pino.

—La Dirección me comunicó su visita —dice—. Advertí a Pédroni. Él es quien hizo que fueran a recogerle a la estación.

Niego con la cabeza lúgubremente. Los ojillos de Tiret se desencajan. La boca adquiere la forma redonda de un pez lima:

—Sin embargo…

—Es igual —contesto—. Ya me las he arreglado. He encontrado un hotel que no está mal para unos días. El menos tiempo posible. Cuénteme rápidamente todo el asunto. Tengo que llamar a la Dirección.

La palabra mágica sumerge a Tiret en un recogimiento casi religioso. Ataca:

—En primer lugar tendría que conocer usted la situación del lugar en el que se produjeron los hechos. El hotel «La Murène», en la pineda, ¿Ha leído mi conferencia de Prensa en *Nice Matin*?

—No. He leído *L'Echo de l'Esterel*.

Escucho distraído.

Ayer, con el alba, hizo las constataciones usuales con Grosbois y Padovani. Por la tarde llegó el equipo de Marsella. A las cuatro de la tarde procedieron a una reconstitución con el procurador de la República de Grasse y el juez de instrucción. La señora Mag repitió todos sus gestos, pero no vio bien a los ladrones.

—Es miope, ¿comprende?, y no llevaba las gafas cuando entraron. También estaba muy nerviosa para fijarse bien. Tan sólo una cosa: uno de ellos llevaba una camiseta color de moho y unos pantalones azul fogón. Es la indumentaria que llevaba Piana al fugarse de Mónaco con Bruti. La señora Mag ha especificado que uno de ellos es más fornido. Éste podría ser Bruti. En fin, es la única pista de que disponemos por el momento… Ni un solo indicio, nada de huellas. Tampoco hay vestigios de que hayan subido por la

balconada o por el techo de los coches aparcados allí delante. Mag afirma que entraron por el balcón. Vamos, el golpe perfecto. Pédroni llegó anoche. Ha hecho que prosigan los interrogatorios hasta muy entrada la noche. Pero seguimos sin saber por dónde andamos…

Como ya he leído el periódico y a continuación voy a ver al propio Pédroni, no me siento excesivamente interesado por el relato de Tiret. Pero como es evidente que tiene ganas de servir de algo, no he dejado por un momento de mirarlo con manifiestas señales de la mayor atención. Para pasar el tiempo establezco mentalmente la ficha de Tiret. Sólo veo lo que ya conozco. Deformación profesional. Y como la cortesía me ordena seguir aquí todavía un momento…

—A medianoche habíamos tomado cuarenta declaraciones, verbales, naturalmente. Dese cuenta…

Observo el pelo corto, gris en las sienes, los hombros anchos y la corbata de nudo grueso y flojo. Por debajo de la mesa de escritorio, bajo el pantalón de golf los calcetines de lana salpicados de rombos rojos y los zapatos amarillos con suela triple de crêpe que se adhiere al linóleo como una ventosa.

Tiret tiene fama de ser un buen gordo jovial, pero cuando la cosa no marcha, consagra su atención a ordenar la circulación. Ha podido verse a guardias perseguidos por sus broncas hasta la mitad de la avenida del Esterel.

A los cuarenta y cinco años, de ellos veinte dedicados a buenos y leales servicios, el inspector jefe Tiret, en funciones de comisario, está agriado. Fue nombrado inspector en 1943, después de un concurso que le pareció difícil, por no decir insuperable. Lo superó. Desde entonces pensó que ante él se abría el camino de la gloria. Apenas destinado a Grenoble se le acusó de abastecer a la resistencia de pan y cigarrillos. Pudo ser deportado. Tan sólo se le destituyó. Hasta la Liberación se ganó la vida en una carpintería.

En 1944 fue rehabilitado con todos los honores. Se le nombra inspector-jefe. Pero el héroe está cansado y pide el traslado al puesto de Policía de Juan-les-Pins. Se le concede teniendo en cuenta su pasado. Él querría tener el grado de comisario que muchos otros policías obtuvieron fácilmente al producirse la Liberación. Esto le

permitiría retirarse al cabo de diez años con un ascenso y una ventajosa jubilación.

Tiene todas las bazas. Un enorme expediente de atestaciones verdaderas o de favor. Un abogado político que asedia, en su favor, al Ministerio del Interior. Incontables genuflexiones en la Prefectura de los Alpes-Marítimos. Constantes invitaciones al subprefecto del lugar… Y sin embargo, sigue siendo, con gran desesperación suya, inspector jefe de puesto en Juan-les-Pins.

Y para acabarlo de arreglar, he aquí que se comete un robo en su distrito, en pleno mes de agosto y en perjuicio de personalidades del Todo París. Gustoso prescindiría de esta publicidad. Sobre todo considerando que no se le ocurre la más mínima idea para encontrar a los ladrones y recuperar las joyas. Afortunadamente puede traspasar la responsabilidad a la Brigada de Marsella. Ha avisado al jefe de servicio que a su vez ha llamado al comisario Pédroni que se encontraba de vacaciones. Y aún se siente más aliviado ante el hecho de que la dirección de la Policía judicial se ocupará ahora personalmente de ese robo tan particular. Si el asunto fracasa no será culpa suya…

—Compréndalo, señor Borniche… Si ahora se hace cargo de los cabos, entonces… Le acompañaré al lugar de los hechos…

Declino la oferta con bastante sequedad.

—No vale la pena. Nadie ha venido a esperarme a la estación, nadie me ha indicado el hotel… Podré encontrar solo «La Murène». Está cerca de la pineda, ¿no? ¿A dos pasos del casino? Entonces hasta la vista, amigo mío.

Me siento renacer al encontrarme de nuevo en la avenida del Esterel, dejando atrás ese antro rebosante de porquería y de aburrimiento. Respiro. No me falta mucho para salir brincando. Las veraneantes tienen la mirada riente y los muslos tostados. El sol se derrama por la arena. ¡Ay, Marlyse! ¡Qué formidable sería beber este sol juntos, tumbamos a la orilla de la mar, perseguirnos entre las olas!

Todas estas mujeres tan bonitas me animan y empieza a gustarme Juan-les-Pins matinal, este despertar de epidermis frescas bajo la alegría del cielo azul. La ciudad se despereza a lo largo de su

playa. Cuando me acerco al casino todo bulle, todo se agita, todo el mundo se afana. Las tiendas son mucho más lujosas que en la avenida del Esterel. Allí se encuentra el Monoprix del turista en vacaciones. Aquí, son los trajes a medida de la *jet-society*. Hasta la glorieta de la pineda, disfruto con los bellos objetos que se exhiben en los escaparates, con las hermosas muchachas que manipulan todo esto, se afanan, charlan y sonríen. Cuando se mueven, parece como si una caricia recorriera su piel…

—¿«La Murène», por favor?

—Por allí —me contesta un energúmeno de cara atezada que pasea su escoba de abedul por un montón de confetis, vestigios de la fiesta celebrada la víspera.

«La Murène»…

No la veo. Esta «Murène» se convierte en una serpiente de mar. En el casino hay unos carteles anunciando a Luis Mariano y a Roger Nicolas. Bordeo la pineda.

Me detengo junto a una veraneante que se pasea, exhibiendo sus dorados muslos.

—«La Murène» está allí detrás. Pero hay polis por todas partes.

El hotel se oculta a unos cincuenta metros. Se agazapa en medio de su parque. La entrada es misteriosa: dos columnas de piedra blanca coronadas por esfinges.

—¡Eh, usted! Las entregas no son por aquí. Se hacen por el sendero de Sables, por la entrada de servicio.

Ahora me toman por un repartidor. ¿Acaso mi camisa deportiva y mi pantalón de lino gris no bastan para clasificarme en la honorable categoría de los veraneantes? Sin embargo, creía haber adquirido el colorido local… Decididamente, entre Fouras-le-Bain y Juan-les-Pins, no sólo hay algunos centenares de kilómetros. ¡Hay un mundo!

Aquí está la verja de «La Murène», abierta a doble batiente en una avenida circular bordeada de pinos.

Al fondo, los edificios se aprietan, como para protegerse, en una masa compacta. Esto huele a dinero. A la izquierda de los servicios se alinea la clásica batería de los coches de la gente acaudalada: «Porsche», «Bentley», «Rolls», «Mercedes», la crema y nata de la

industria automovilística. Es extraño, pero observo todo eso con repugnancia, como si esas toneladas de chapa y cromo hubieran sido robadas al trabajo del hombre, empañadas con su sudor. Luego me digo que todo el mundo no va a comprar un cuatro o dos caballos. Sin embargo, el espectáculo de los privilegios tiene siempre el don de irritarme.

… Es evidente que aquí la tracción polvorienta no ocupa un lugar privilegiado.

La veraneante de largos muslos tenía razón. Por aquí sólo se ven policías. La matrícula de Bouches-du-Rhône revela su origen. Es la brigada móvil de Marsella. Es Pédroni.

El portero recepcionista no aprecia mi indumentaria de vacaciones de Fouras-les-Bains. Se dirige a mí con un tono de voz estúpido, arrogante, provocativo:

—¿Qué desea, señor?

Ese «señor» demasiado subrayado, que quiere ser cortés, le desuella la boca. Este lacayo de gran hotel se considera dotado para juzgar, clasificar, aceptar o rechazar, igual que los fisonomistas de los casinos. Sonríen o te ponen en la puerta.

Me digo que dentro de unos minutos va a doblar el espinazo hasta el suelo. Igual que la palabra dirección en la comisaría del honorable Tiret, aquí mi placa de policía va a hacer milagros. He contemplado derrumbamientos espectaculares ante esta placa amarilla, grabada en azul con la palabra «policía» sobre esmalte blanco y coronada por el gorro frigio. Habrá que ver la cara de esta marioneta ante mi placa… La busco… Me la he dejado olvidada en París… Poco importa.

—Policía —digo con tono seco—. ¿Han llegado los colegas de Marsella?

Incluso sin la placa el efecto es fulminante. El gusano se retuerce, se aplasta, se encoge. Con la cabeza hundida entre los hombros, la mirada rebosante de mieles, ya me ha abierto la puerta.

—Están con mi hermana, señor. Si el señor quiere acercar, se a recepción…

—¿Su hermana?

Lo digo adoptando mi aspecto de policía bonachón. Se me

premia con una pálida sonrisa:

—Sí, señor. Mi hermana Magda. Magda Ruggieri, la señora Mag si lo prefiere. Es la víctima. Por aquí, señor.

Subo dos escalones de mármol.

Marioneta con uniforme azul y el cuello adornado con llaves de oro, el conserje se afana en su pequeño teatro, una jaula de madera noble.

Cerca de una ventana están agrupados unos butacones Regencia. Un chorro de agua riega el césped, humeando bajo el sol.

Contemplo esas butacas y ese chorro giratorio como un cuadro de otra época.

—Señor…

Otra vez… El tono no es interrogador ni exclamativo. Tan sólo arrogante. Es el conserje. Pequeño, gordo, coronado por un cráneo monumental que reluce bajo la vidriera de la cristalera.

—¡Señor!

Ese tono soberano me exaspera. Además, todo empieza a exasperarme aquí. Ya he soportado toda mi dosis de condescendencia. Miro fijamente su cráneo antes de anunciar:

—Inspector Borniche, de París. Quiero ver al comisario Pédroni.

El cráneo deja de espejear, los rasgos adquieren flaccidez, la boca emite algunas confusas palabras.

—Perdóneme… Es difícil saberlo todo… Le tomaba por un periodista…

Una mano blanda manipula afanosa el disco del teléfono. El conserje marca un número interior, farfulla algunas palabras en voz baja y cuelga. Con un gesto indica una puerta de cristales debajo de la escalera:

—Ahora mismo viene, señor. La señora Mag va a informarle. Si usted quiere esperarlo en el saloncito… Estará más tranquilo… Porque forzosamente todo son conversaciones ya que el comisario ha retenido a todo el mundo hasta nueva orden. Sí, señor, no sólo al personal, sino también a los clientes. La Policía de Marsella conoce su trabajo, se lo aseguro.

—Estoy convencido —le digo.

Sorprendo la mirada insegura del hermano-gusano Ruggieri que me observa, ese gran pazguato plantado allí, tranquilo, con las manos en los bolsillos.

—¿Y ahora qué esperas, Jean-Jacques? —le chilla el conserje.

Jean-Jacques se saca las manos de los bolsillos.

—Es el hermano de la directora —me dice el conserje—. Es un buen tipo, algo retrasado. Le apasionan las historias de polis… las historias de policías, señor inspector.

—Y a usted, ¿le gustan las historias de polis? —le pregunto.

—Pues verá…

Es evidente que no le gustan. Y tampoco le gusta el joven Jean-Jacques. No hay más que ver la manera como lo ha despedido de la escalinata. Me digo que es algo que puedo utilizar. He tenido una verdadera idea de policía: divide y vencerás. Un viejo sistema que siempre va bien.

Este Jean-Jacques debe conocer de memoria «La Murène». Acuden a mi memoria las palabras de mi primer jefe de grupo. «Una investigación es como una bobina de hilo, Borniche. Basta con encontrar el cabo». Y tal vez Jean-Jacques, el hermano de la directora, sea ese cabo. Tengo la sensación de que he descubierto mi bobina. Ahora lo interesante es no romper el hilo.

IX

—¿Quiere beber algo? Con este calor…

—Gracias. Ahora no.

El ofrecimiento del conserje atrae mi atención hacia los dos barmans con chaqueta blanca que se agitan detrás del bar. Dos personajes más en este cuadro de «La Murène» que va componiéndose lentamente, poco a poco. Tengo la impresión de que aquí hay miles de cosas que se me pueden escapar. Es como cuando se juega a las cartas con tramposos profesionales. Un segundo de distracción puede ser fatal. Uno de esos dos camareros del bar es muy bajito. Su pelo, reluciente de brillantina, aureola un rostro rubicundo. Es un virtuoso de los vasos balón. Los contempla con cariño. Los coloca con especial cuidado en el estante, a su derecha. Me parece un buen tipo, abierto, franco.

El otro disfrazado es más bien alto. Ha peinado hacia atrás con gran cuidado su pelo de estopa. La nariz arremangada y el belfo burlón forman una imagen de tarjeta postal: la del golfillo parisiense. Aquí, lo mismo que esta mañana en el pequeño bar de los alrededores de la estación, soporto el suplicio de la cafetera exprés que silba, que ulula estridente. El golfo, bloquea con un gesto seco la copela del café molido. Acciona la palanca de vapor con el noble gesto de un conductor de locomotora. Ello me recuerda mi tren de la pasada noche, a campo raso.

El conserje me mira, esperando una pregunta. Como no digo nada, se lanza anunciando con un movimiento de cabeza:

—Jacques Brocas, un saboyardo. Y Jean Trachelle, un parisiense como yo. Son empleados extra. Se les contrata para la temporada.

—¿Usted es parisiense?

—Casi… De Bagneux.

—Yo también —afirmo con una sonrisa cordial y abierta—. ¡Qué casualidad!

Claro que miento. Miento sin titubeos ni escrúpulos. Es el oficio del policía. Cuando se quiere domesticar a un futuro testigo para que no se cierre como una almeja, para que hable, hay que ser de su opinión, de su región, casi de su aldea. Y se ha ganado la confianza cuando se finge conocer al tendero de la esquina, al alcalde, al guarda forestal, al cura y, por qué no, como se decía antes, al maestro de escuela.

Ya que el conserje es de Bagneux, adelante con Bagneux.

Afortunadamente conozco esa ciudad. La calle Jean-Jaurès ya no tiene secretos para mí. Recientemente he llevado a cabo un registro.

—En el 23 —le digo.

—¡Caramba! Mi hermana vive en el 21, justamente al lado.

Nuestras sonrisas se intercambian ante el milagro de los conocimientos fáciles. He ganado. Y con dos. Jean-Jacques y el conserje de las llaves de oro.

—Brugnon. Como los melocotones de viña[6]… ¡Y como yo! Yvonne Brugnon. Yo me llamo Aristide.

Se ríe mostrando un diente de oro.

Habría jurado que se llamaba Aristide. Tiene aspecto de llamarse así. Me encuentro en plena euforia. Con un conserje parisiense al marsellés Pédroni no le queda más remedio que portarse bien. De un *sólo* golpe, uno solo, me he hecho con un aliado en el lugar del suceso.

¡La de secretos que debe haber cosechado Aristide!

Las llaves de la caverna de Aristide, una mina.

Aristide Ali-Babá.

Me relamo los dedos.

Consulto mi reloj. Estoy aquí desde hace cuatro minutos y medio y ya tengo dos bazas. Buen juego. Vieuchêne me dirigiría una sonrisa crispada, lo que para él ya es mucho.

—Los indicios, Borniche, los indicios… La Policía lo monta todo con tuberías, como para la calefacción…

En realidad, ¿dónde está Vieuchêne? No ha dado señales de vida. Tuesta su grasa entre Niza y Tourette-sur-Loup, su pequeño

paisaje favorito. Lejos de miradas indiscretas. Hay que reconocer que protege su vida privada. Y tiene razón. Acaricia a un bombón. Bebe su pastís. Y se sacia con su soledad de dos. Acaso sea él quien tenga razón. ¡El «Gordo» incuba sus escasos momentos de felicidad!

—Una infidelidad de vez en cuando, hace más bien que mal.

Esto dijo un día delante de mí y sus ojos de Buda se plegaban con un viejo sueño.

Cuando yo cometo una infidelidad he de proclamarlo a los cuatro vientos. Lo digo, lo voceo. ¿Acaso porque me siento feliz de haberlo hecho? ¿O tal vez porque en secreto estoy avergonzado? No lo sé. No quiero saberlo. Pero cuando eso sucede tengo el aspecto de un histrión. Y entonces se burlan de mí. Me envidian, me critican… Envían cartas anónimas a Marlyse. ¡Lo han utilizado incluso para tratar de robarme a mi Marlyse! El «Gordo» lo ha intentado por todos los medios. Durante ocho días no nos hemos dirigido la palabra. Ha hecho aumentar mis notas de gastos para que dispusiera de dinero. Buenas monedas, grandes perdones. Sin embargo, es algo que no soy capaz de olvidar.

En este momento me complazco en imaginármelo, feo, grotesco, monstruoso. Tumbado en la playa. O mejor aún, desbordándole el vientre por encima del bañador, desplomado bajo tanta grasa pálida bajo el sol, con un gorro de baño, buscando los senderos desiertos en un mapa de estado mayor.

Es asombroso que no se encuentre aquí. O tal vez esté reuniendo energías en cualquier rincón para aparecer de improviso.

Para ayudarme a desenrollar la bobina de hilo. Cuando yo haya encontrado el cabo.

Es verdaderamente la escena de teatro. Ya me la esperaba. Sin conocerlo. En primer lugar, los lentes. Finos, con montura de oro. Y las sienes grises. Y el pelo negro. ¿Teñido?

Tal vez teñido. De cualquier modo se ve que es el *maître* del hotel.

—¿Cómo se llama?

—Rizzato. Albert Rizzato. Es corso. Después del señor Théodose y de la señora Mag, él es el jefe. La señora Mag es la que lo ha contratado. ¡Me pregunto dónde lo habrá conocido!

Mi Aristide tiene una voz amarga, agria. Es evidente que no le gustan los corsos. Observo a Rizzato y tengo la sensación de

encontrarme ante un empleado de pompas fúnebres. Una inmovilidad, una compunción, un ceremonial religioso. Ese enterrador de nariz arremangada y labios delgados, tiene algo de terrorífico. Tiene el aspecto falso. Tiene el aspecto de un acabado bellaco.

El conserje parece compartir mi opinión.

—Dígame. A ése no puede usted tragarlo, ¿verdad?

—No.

Ha contestado así, categórico, seguro de sí mismo. Y prosigue:

—Siempre está hablando en su jeringonza corsa con Arrighi, el buceador. Nadie los entiende. De vez en cuando aparecen cuatro, cinco y hasta seis tipos que se traen para hablar con ellos. ¡Es la Mafia, vamos!

—¡Claro, claro! —asiento, compasivo—. Es irritante cuando no hablan la misma lengua.

—A veces es insoportable. Es que no puedo ni oír hablar esa jerga. Le aseguro que me saca de quicio. Verá, el otro día durante el almuerzo, en el jardín, estaba Carlotti, el abogado. ¿Lo conoce…?

—Sí, sí… de nombre…

—… Sobre todo conocerá a sus clientes, señor inspector… Pues bien… ¿qué le estaba diciendo? ¡Esos corsos, esos corsos! Ese modo de hablar que tienen entre ellos, gesticulan, hacen teatro…

—¿Vienen muchos aquí? —le pregunto con aire indiferente.

Aristide mueve la cabeza de derecha a izquierda.

—Llegan con coches americanos. ¿Sabe una cosa, señor inspector? Me pregunto dónde esa gente encuentra todo ese dinero.

—Eso es también lo que yo me pregunto. Carlotti estaba acompañado, ¿no?

Vuelvo a convertirme en policía. ¿Acaso he dejado de serlo ni un momento? De cualquier modo, mi Aristide reacciona muy bien. Comienza…

—Acompañado, sí… Pero no siempre en buena compañía. Los Guérini, el apuesto Murraciole de Cannes. Y también… también… ¡espere!

Busca en un clasificador el registro de la Policía y lo hojea febrilmente. Su dedo va subiendo por las líneas. El dedo se para.

—Pascal Baldacci —dice por fin—. Dos veces ha dormido en «La Murène». Con chicas, claro. Ya ve… un cualquiera. Y Albert se le

acercaba, hablaba en voz muy baja. Tenían miedo de que les oyeran. Cuando yo me encontraba cerca de su mesa, ya no decían palabra.

—¡Naturalmente usted no escuchaba!

—No… Pero, de todos modos, si se callaban es que había algo. ¿No lo cree usted así?

—Puede apostar que algo había —le repliqué—. Es usted un observador nato…

Siete minutos. Mi reloj no se equivoca. Hace ya siete minutos que estoy en el vestíbulo. A Aristide no le gustan las historias policíacas. Y tampoco las historias del medio…

Pédroni sigue sin llegar.

—¿Está seguro que la señora Mag ha anunciado mi llegada?

El conserje hace un gesto afirmativo.

—He comunicado con ella en persona, en su habitación… El comisario Pédroni está con ella desde esta mañana… Bajará de un momento a otro.

Este bravo Aristide, para calmar mi impaciencia, me cuenta detalles que ni siquiera le he pedido.

—En el hotel somos nueve: yo, Jean-Jacques Ruggieri, los dos barmans, el *maître* de hotel y las dos camareras, Alphonsine Bovetti y Gisèle Venturi.

—¿Corsas?

—No, son de la región. Por aquí abundan los apellidos italianos… Están también el jefe Garetteau, el buceador Arrighi, el amigo de Albert. El pequeño Cornetto, el mozo de equipajes, dejó el hotel unos días antes del robo.

Caramba, caramba…

El conserje se da cuenta que eso ha hecho impacto en mi mente. Y como el mozo de equipaje debe de ser amigo suyo, vuela en su ayuda:

—Es un joven muy serio, muy serio, por encima de toda sospecha. Se fue porque no se entendía con Jean-Jacques. Está en Cannes, en el «Miramar».

¡Qué atmósfera tan extraña, pesada, deprimente! Todas estas gentes retenidas en el hotel desde la víspera van a empezar a dar

vueltas como fieras enjauladas. Es imposible que Tiret y Pédroni hayan podido interrogar a toda esta gente a fondo. Algunas parejas, ociosas, fuman en el gran salón, leen, pasean su aburrimiento entre las mesas del comedor y el vestíbulo. Otras, invisibles, deben encontrarse en su habitación dedicadas a broncearse, completamente desnudos en las terrazas.

Si Marlyse viera este espectáculo de tristeza, respirara este clima de irritación, de tensión, sin duda tendría un recuerdo emocionado, igual que yo en este momento para nuestra pequeña playa de Fouras, tan sencilla, con sus familias de proletarios sin problemas. ¿Se sentiría a gusto en este vestíbulo desde el que puede verse el salón lujosamente decorado? ¿En medio de esos cuadros, de esos apliques de cristal, de esas sillas adornadas con terciopelo alrededor de esas mesas con sus manteles inmaculados?

Pronto toda esa gente va a enfadarse y nosotros pagaremos los platos rotos. La Prensa desencadenará sus furibundos ataques. Ya estoy viendo los titulares: «El *hotel "La Murène", transformado en prisión, no revela su secreto*», «*Prosigue la inquisición policial en "La Murène", pero… en vano*».

En vista de que Tiret me asegura que es Piana quien ha dado el golpe, ¿para qué retener a todos estos turistas? Preferiría no estar aquí.

—No, Fabrice, nunca podré recuperarme de un golpe semejante.

—Vamos, Théodose.

Fabrice toma su baño en la villa César. Théodose, sentado en el borde de la bañera, tiene los ojos enrojecidos. Es un hombre envejecido, abrumado. Acaricia distraído el hombro enjabonado de su amigo, como buscando un punto de apoyo.

—Todo mi dinero se esfumará si tengo que rembolsar a esa gente. Ya sabes que no estoy asegurado.

—Encontrarán esas joyas. Por todas partes te encuentras con policías.

—¡Para lo que hacen!

—Cepíllame la espalda —dice Fabrice.

Mientras Théodose frota activamente con el cepillo de mango largo, Fabrice cierra los ojos. Para él siempre ha sido un inmenso

gozo un baño caliente, desbordante de espuma azul. Cuando era niño, era su madre, la mujer del embajador Janin, quien jugaba a envolverle en espuma «como un hombrecillo de nieve», decía ella. Y mientras Théodose, congestionado por el esfuerzo y el vaho, pasa y repasa el cepillo por su espalda bronceada y musculosa («Mi Apolo» le dice de vez en cuando, gravemente), Fabrice encuentra de nuevo las deliciosas sensaciones de su infancia. En una colina de Túnez, el cuarto de baño rosa con sus cortinas suavemente agitadas por una perfumada brisa. A orillas de un río en Indochina, una ligera humedad envuelve la piscina verde, en medio del patio. Las manos cariñosas de la madre impregnan de agua de colonia la piel rosada del niño.

—Con menos fuerza —ordena Fabricio—. Me haces daño.

—Perdona —dice Théodose con la humildad de un viejo ayuda de cámara.

—Me extrañaría que encontraran el dinero —expone Fabrice—. Pero las joyas son invendibles, ¿no? Habría que romperlas y dispersarlas por los cuatro rincones del mundo…

—Eso puede hacerse —replica Théodose—. ¡Ha habido tantas historias como ésta…! A veces pasan años antes de que las encuentren…, ¡Si es que las encuentran! Y mientras tanto, ¿qué hago yo?

—Vas a dejar de preocuparte y a esperar el resultado de la investigación. Ese policía parisiense tiene mucha fama.

—También la tiene Pédroni, pero ya hace dos días que anda por aquí.

—Cuando mi padre estuvo destinado en Turquía —dice Fabrice —, hubo un robo de joyas en la Embajada. El ladrón subió hasta las terrazas de la misma manera que han escalado el balcón de esa pobre Mag.

—Estás pensando en Piana como todo el mundo.

—No pienso en nadie… Evidentemente es posible, pero…

—Me voy a ver lo que pasa en «La Murène» —dice Théodose.

—Me seco rápidamente y te acompaño.

«Después de todo —digo yo—, he venido aquí en calidad de observador. Que se las entiendan Pédroni y su equipo… Aunque en

realidad no, no puedo dejarlos solos dentro de este galimatías. No es mi costumbre».

Por decir algo, pregunto distraído al conserje:

—Hace un momento me hablabas del cocinero.

—¿Garetteau? Es un as, una primera figura, uno de los mejores artesanos de Francia… Un Berrichon. Nos va a hacer poner una segunda estrella en el *Michelin*. Su cocina es una obra maestra. Ya me lo dirá.

Estoy a punto de contestarle que mis medios me condenan más bien al hotel «La Rédoute» y que hay pocas probabilidades de que llegue a apreciar el arte del ilustre Garetteau. Pero me domino.

El conserje sigue aún cantando las alabanzas del cocinero cuando veo bajar por la escalera un hombre de gran estatura. Su rostro se ilumina al verme. Abandono a Aristide a su panegírico y me adelanto al encuentro de Pédroni.

—Un lío formidable, amigo mío, aun cuando todo me incita a pensar que quien ha dado el golpe es Piana…

El comisario marsellés se desploma en un butacón del saloncito y pasa por su espesa cabellera negra y ondulada tres dedos largos y cuidados.

Pédroni es un buen policía y él lo sabe. A los treinta años, es incluso el policía modelo, tranquilo, lógico, perseverante, obsesivo del detalle. Tiene olfato, pero no abusa de él. Tampoco da de lado el fastidioso trabajo de rutina: los archivos, los ficheros de la Policía, de la gendarmería y de la seguridad militar… Nada está centralizado y él es el primero en tener que desenvolverse como un diablo entre los clanes de funcionarios que conservan sus propios expedientes con un celo enfermizo, por temor a que otros funcionarios puedan consultarlos.

Es el hombre del que se dice:

—¡Miren a Pédroni! Es indudable que tiene la cabeza sobre los hombros.

Pédroni tiene ideas. Prodiga sus consejos y distribuye informes. Sabe leer entre las líneas de un proceso verbal, interpretar la voz de los testigos… Su red de confidentes tiene fama de temible. Era el sucesor indiscutible del infatigable Mattéoli a la cabeza del grupo de represión del bandidaje en la región de Marsella.

No obstante, si la vida de los hombres siguiera siempre una línea

recta, Pédroni no hubiera sido policía. Se había inscrito en la Facultad de Derecho con el fin de ser abogado. Pédroni hubiera resultado imponente, con las vestiduras negras. Alto, de aspecto tranquilo, de mirada viva y sonrisa atractiva… Luego, sin que él mismo supiera por qué ni cómo, llamó a su puerta la vocación de policía. Tal vez a raíz del asesinato de dos niños por un desconocido, que seguía en la impunidad. Acababa de terminar su tesis. Solicita que se le nombre comisario por convalidación del título. En Marsella, donde había nacido, eclipsa a los perros viejos de la brigada…

Pédroni cuenta con muchos amigos entre los periodistas. Y no porque le guste la publicidad, sino porque la Prensa ayuda a los policías facilitando informaciones, haciendo circular noticias y provocando testimonios. Y también porque Pédroni defiende a sus colaboradores cuando se ven atacados. Pero detesta que metan las narices en una investigación de la que él y su equipo son responsables… Y he de reconocer que, en realidad, yo no vengo aquí a hacer otra cosa.

No me esperaba un apretón de manos al parecer tan leal y tan franco.

—Sí, Borniche, nos encontramos ante un lío de mil demonios… Estaba de vacaciones. Aún me quedaba algo más de una semana —¡Caramba!, como a mí, me dije para mis adentros—. Ayer me incorporé al servicio a uña de caballo, y me informan del robo.

En Juan les-Pins, Pédroni se pone en contacto con Tiret. Y emprende el camino con su fiel Damis, a quien gustan más los trámites que el fisgoneo, con Jean Blaque, quien por el contrario prefiere los puñetazos a los trámites y con un inspector, de la sección de identificación judicial, armado con su aparato fotográfico, sus polvos para obtener huellas, su estuche de guantes y sus pinceles…

—Ni la más mínima huella. Un trabajo bien hecho —continúa Pédroni—. La habitación de Mag da al camino de Sables, encima de la puerta trasera. Está en el primer piso. Para dormir mejor, Mag deja siempre abierta la puerta que da a la terraza… La noche del robo, el coche de Suzan Fuchs estaba aparcado debajo de la balconada. La hija de la multimillonaria Mary Fuchs. ¿Le dice algo? Las dos se acuestan con cualquiera que se les presente.

«Hacia las doce y veinte minutos de la noche, y de eso Mag está segura, entran dos hombres en la habitación por la balconada. La amenazan. La obligan a abrir la caja, y también a vaciarla y a poner ella misma las joyas en la toalla que le dan. Después, la amordazan, la atan y se eclipsan. Mag no sabe por donde. No pudo dar la voz de alerta hasta haberse librado de sus ligaduras». Y ahora usted sabe tanto como yo.

—Y como todo el mundo —me digo.

Pregunto por qué Tiret se aferra a la pista Piana.

—La descripción se parece bastante a la de Piana: la misma altura, la misma indumentaria, camisa amarilla, pantalones azul pálido, alpargatas de esparto… Acento italiano, tal vez sudamericano. Evidentemente, Mag ha podido confundirlo. He hecho que se pongan en contacto con mis confidentes para tratar de encontrarlo. Y he bloqueado las fronteras.

—¿Y el coche de esa Susan Fuchs?

—Coincidencia. En todo caso, ni la menor huella de escalada. Ni en el capó ni en el techo. Y tampoco en el balcón. La balaustrada no es sólida. No hubiera resistido una tracción. Así, pues, solamente veo dos soluciones. O Piana y su cómplice, tal vez Bruti, se encontraban ya agazapados en el balcón cuando Mag llegó a su habitación hacia medianoche, y han contado con una complicidad en el interior del hotel, o han actuado por el flanco entrando en el hotel por detrás. Usted verá que se puede navegar como en un molino, sin ser visto desde la recepción, en la entrada principal, hasta los servicios.

—Otra pregunta. ¿Qué impresión tiene de la señora Mag?

—Está muy traumatizada. El médico me ha pedido que la interrogue con cuidado. Sigue acostada. No sé si le podremos sacar algo más… Y su desesperación es mayor ya que en todo este asunto nadie está asegurado, y es Théodose, el propietario, quien tendrá que rembolsar a los perjudicados. Y tampoco está asegurado. Y eso es todo. Si quiere interrogarlos, tiene el campo libre. Conmigo o sin mí. Le doy carta blanca.

Yo levanto la mano para protestar.

—Es que… Yo solamente estoy aquí como observador…

Pédroni me da una palmada amistosa en la rodilla.

—A mí no —dice guiñándome un ojo—. Le conozco a usted

demasiado. Tan pronto como yo haya vuelto la espalda, emprenderá su pequeña investigación. Seamos francos, ¿quiere? Trabajemos los dos a pecho descubierto. ¿De acuerdo?

La respuesta de Pédroni parece franca, pero su sonrisa de circunstancias en cierto modo me inquieta. No conviene que me confíe. Pero, naturalmente, contesto inmediatamente:

—¡De acuerdo!

La habitación de la señora Mag no refleja en modo alguno la suntuosidad del hotel «La Murène». Está miserablemente amueblada. Sobre una mesita de noche vulgar, junto a la cabecera de una cama baja, un despertador y una lámpara pequeña. Un tocador, una silla, algunos cuadros. Encima de la cama, un crucifijo rodeado de ramas de boj secas. Sobre la cómoda, en una copela, un rosario. La señora Mag es creyente y hace alarde de ello.

Por la puerta del cuarto de baño veo la famosa caja fuerte, abierta, salpicada del talco de la identificación judicial destinado a descubrir las huellas. También está abierto un armario para ropa blanca así como otro empotrado, a la derecha, en el que cuelgan varios vestidos y un traje sastre. Se ve que todo ha sido registrado una y otra vez.

—Sí, hemos buscado por todas partes —explica Pédroni—. Pero ya se lo he dicho, ni la menor huella. Lo ha afirmado, sin lugar a dudas, la sección de identificación. Ni en el coche situado debajo del balcón, ni en el balcón, ni en la caja, ni en los muebles… aparte, naturalmente, de las suyas, señora.

—Naturalmente —repite Mag con una voz débil—, puesto que fui yo quien abrió la caja.

—Claro —digo yo a mi vez—. Cuéntemelo.

La señora Mag exhala un suspiro, se sube un poco más la sábana hacia la barbilla, y enuncia con una voz moribunda:

—Ya he dicho al comisario Tiret todo lo que sé… Y a usted también —añade mirando a Pédroni—. ¿Va a obligarme a repetirlo en el estado en que me encuentro?

Yo adopto mi actitud desolada de los grandes días.

—No sabe cuánto lo siento, señora. He de informar a París sobre las circunstancias exactas del robo. El ministro le concede una gran

importancia.

Me he excedido algo, pero parece haber impresionado a la señora Mag, detrás de sus gafas de gruesos cristales. Surge una mano de debajo de la sábana, se arregla el ingrato moño y acaricia a un perrito tendido voluptuosamente sobre el lecho. La señora Mag permanece un instante en silencio, lo que significa que todo esto no servirá para nada, que basta con que pregunte a mis colegas. Por fin se decide, con el aspecto más virgen y mártir que nunca y con una voz débil:

—Lo que no comprendo es cómo los ladrones podían saber que la caja fuerte estaba en el cuarto de baño. No es corriente, tratándose de la caja fuerte de un hotel. Pudiera haber estado en cualquier otro sitio. Habitualmente no contiene nada de importancia. Así, pues, los ladrones sabían que no era un día como los otros…

Se sube un poco más la sábana bajo la barbilla y parece a punto de desmayarse. Es evidente que ha recibido un tremendo susto. Sin embargo, prosigue:

—En todo caso, me esperaban ocultos en el balcón. Tal vez entraron por la escalera de servicio, junto a la lavandería. Pero también en ese caso hay que conocerse incorpora. Su cuello de gallinácea emerge de la sábana. El moño con gafas se inclina sobre la mesilla de noche. Una mano fantasmagórica coge un sello. La boca delgada sorbe un poco de agua. La señora Mag se enjuga los labios con un pañuelo.

—Es un calmante que me ha recetado mi médico —dice—. Esta historia me está matando. Si supiera… Fue espantoso. Acababa de apagar la luz, después de mi aseo y de mi oración de la noche. Me volví hacia la puerta de la terraza, mi postura favorita para dormir, cuando aparecieron dos sombras. Una de ellas llevaba en la mano un linterna. Sentí tanto miedo que no pude decir nada…

—¿Estaban abiertas las persianas?

—No las cierro nunca. La ventana da al norte, sobre el sendero de Sables. No tengo nadie enfrente.

—El ruido…

—Estoy acostumbrada… Las orquestas del «Tagada» y del «Maxime» llegan aquí muy amortiguadas… Así pues los dos hombres están en la habitación. Está oscuro y me he quitado las

gafas para dormir…

La señora Mag vuelve a exhalar otro profundo suspiro. El recuerdo de los hechos la pone enferma. Pédroni siente necesidad de poner otra vez en marcha la maquinaria. Y dice:

—Entonces es cuando el más alto la amenaza con su revólver…

Realmente está acostumbrada al interrogatorio. Prosigue:

—… Me dijo: «Queremos las joyas. No grite y no la haremos daño». Me enfoca con su linterna cegándome. Mi perro *Onésime* empieza a gruñir. El más bajo de los dos, el más fornido, se abalanza sobre el pobre *Onésime* empuñando la navaja. Le suplico: «Déjelo tranquilo. No ladrará». Le hago callar. Después les digo: «Aquí no soy más que una empleada. No tengo joyas ni dinero». «Te estamos hablando de la caja fuerte», dice el más alto. «Date prisa».

La señora Mag calla agotada y sus ojos se cierran detrás de los gruesos cristales. Pero después de unos segundos reanuda su relato:

—¿Qué querían que hiciese? Cojo la llave del cajón de la mesilla de noche, se la ofrezco… No la quieren. «No, es usted quien tiene que abrirla», me dicen. Me levanto a tientas, voy al cuarto de baño, abro la caja que sólo tiene una cerradura, sin combinación. Pasean la linterna por el interior. El alto coge una toalla y la extiende sobre el suelo. «Vacíelo aquí todo». Entonces me agacho y cogiéndolo todo lo pongo en la toalla… Con una mano el hombre coge las cuatro puntas de la toalla y hace un hato y lo entrega al pequeño gordo. Luego me ordena que vuelva a acostarme. Se acerca al balcón, y arrancando el cordón de tender la ropa me ata los pies y las muñecas. Empiezo a gemir y él me mete un trapo en la boca. Me ahogo y me desmayo. De madrugada recobro el conocimiento. Me debato y consigo liberarme de mis ligaduras. Llamo a un vecino que pasaba por el sendero de Sables…

—¿Se había quitado la mordaza?

Me mira con su aire de cansancio:

—Sí… Pero no sé cuándo.

—Comprendo… Una pregunta más. ¿Cómo iban vestidos los ladrones?

—Eso también lo he dicho ya.

Tiene la frente inundada de sudor. Y dice con un suspiro:

—Todo está borroso. No veía mucho con la linterna enfocándome. El más alto llevaba una camisa clara con un pantalón

oscuro. El pequeño gordo iba completamente vestido de azul oscuro… El alto, que era el que hablaba, creo que tenía acento sudamericano… Me parece que lo reconocería. Fue algo que me llamó la atención.

—¡Ah, bien! —le digo—. ¿Por qué?

—No lo sé… Es una voz que se me quedó grabada en la memoria… por mucho tiempo.

La puerta se abre ante una enfermera con una blusa blanca y una bandeja que nos mira hoscamente a Pédroni y a mi.

—Es la hora de la inyección —dice.

La señora Mag gime con más fuerza, se tiende, se lleva la mano a la cabeza como para paliar un sufrimiento indecible. Da miedo ver sus labios blancos. Tiembla.

—El doctor le ha ordenado unos días de reposo —dice la enfermera—. Tengan consideración, señores…

—Cuatro días —puntualiza Pédroni—. El sábado estará de pie.

Un esbozo de sonrisa de la señora Mag se transforma en un rictus de satisfacción. Observo los cambios sucesivos en aquel rostro exangüe y le presento mis excusas.

—Bueno, señora, descanse. Lo necesita…

De nuevo, la mirada de la señora Mag se difumina detrás de sus cristales.

Bajo por la escalera de honor con Pédroni. Con las manos a la espalda y la actitud caricaturesca del policía que reflexiona, avanzamos por la alfombra con grandes flores amarillas sobre fondo azul, a lo largo de la barandilla en hierro forjado.

Una vez abajo, Pédroni se vuelve hacia mí.

—¿Qué me dice?

—Pues bien, es evidente. Los ladrones no subieron por él balcón. Tenían un cómplice en el interior.

—Eso es lo que yo creo. Ése cómplice los condujo por la escalera de servicio hasta el primer piso. Mag tenía la costumbre de dejar la llave en su puerta. Entraron en el cuarto y la esperaron en el balcón. Y se fueron por el mismo camino. El cómplice sabía dónde

estaba la caja y lo que contenía aquella noche. Por lo tanto, había presenciado la entrega de la caja de las joyas en el bar del hotel tres días antes. Y había oído a la víctima decir que era muy importante. De este modo nuestra investigación queda limitada, mi querido Borniche.

—¿Respecto a quién, mi querido Pédroni?

Él sonríe ampliamente:

—Al cómplice y al autor del robo.

—Es decir…

—Que si encontramos al cómplice, habremos encontrado al autor, mi querido Borniche, y si…

—Si detenemos al autor tendremos al cómplice, mi querido Perogrullo. ¿Y quiere decirme por cuál de ellos empezamos?

La sonrisa de Pédroni parece definitivamente anclada.

—Vamos a repartimos el trabajo —dice—. Yo me ocupo de Piana. Resultará más fácil para mí que para usted… Tengo informadores en toda la Costa… Usted puede dedicarse a investigar la complicidad interior.

Mi mueca de despecho intensifica su sonrisa.

—Desde luego —asiento—. Y si no es mucha molestia, mi querido Pédroni, tal vez podría ayudarme. Por ejemplo decirme por dónde empezar.

Ahora es la mirada de Pédroni la que ríe chispeante de ironía.

—Con su célebre olfato no necesita de nadie —dice—. Al parecer, usted es el policía número uno de Francia.

Saca un cigarrillo de su bolsillo, lo enciende y lanza una bocanada de humo.

—Bromeaba —me dice—. Hagamos uno y otro lo que podamos. Mañana iré a Marsella para buscar ropa… He de organizarme ya que la investigación se prolonga. Estaré de vuelta el lunes por la tarde, pues he de hacer algunas comprobaciones. Tomaré el tren. Por lo tanto, si necesita a Marius, el chófer… Si pudiéramos echarle el guante a Piana tendríamos mucho adelantado.

—Claro, claro —asiento—. Pero si él niega, estamos listos. No hay testigos. Mag no ha visto prácticamente nada… No hay huellas…

Pédroni me da una amistosa palmada en las costillas.

—Por esto necesitamos el cómplice… Y a mi juicio, no debe de

andar lejos…

Pédroni tiene razón. El cómplice no se encuentra lejos. Con la ayuda de Aristide, intentaré descubrirlo.

Pero antes tengo derecho a buscar a Piana, ¿no?

Pédroni me ha dejado solo. Me aprovecho para aspirar el aire por estos alrededores. Ahora que ya estoy más o menos enterado, voy a ver en qué consiste todo esto. Todo esto: este pretendido paraíso para multimillonarios con cigarros puros, para monstruos del cine y campeones del concurso de canto. Para negociantes de ingresos mal definidos. En resumen, para todas las cuentas bancarias bien jugosas.

Théodose ha logrado a la perfección su oasis de frescor, de calma y de reposo. Es indiscutible el talento del bailarín-anticuario. Ha sabido reunir tres mansiones viejas de diferentes niveles para obtener este hermoso edificio de dos pisos. Comprendo por qué ha restaurado estas ruinas. Es un lugar único entre el pinar y la bahía de Juan-les-Pins y cualquier otra construcción debe ser prohibida. Ha logrado adecuar, sobre el terreno arenoso, un parque adornado con arriates floridos, macizos muy espesos y estatuas antiguas patinadas a placer. Para su decoración interior, ha elegido muebles que sitúan a «La Murène» en una época entre el diecisiete y el dieciocho recurriendo a lo moderno tan sólo para establecer una discreta comodidad.

Avanzo lentamente por las avenidas de grava blanca, entre los céspedes que gracias a los chorros de agua conservan, en plena canícula, un verde intenso nimbado por una ligera bruma a ras del suelo. Me transformo en cámara fotográfica. Filmo. El edificio tiene la forma de un enorme avión de línea con un fuselaje de dos pisos, la parte central, y las dos alas, el salón y el comedor. Y la carlinga, redondeada, espejeante bajo el sol, el vestíbulo de recepción. La imagen no es perfecta, pero la fijo así en mi memoria para las ulteriores operaciones.

El fuselaje del edificio, siempre visto desde el exterior, tiene, a una parte y otra, en sus dos hileras, cuarenta y cinco ventanillas. Vuelvo a contarlas. Esto corresponde, más o menos, a las veinticuatro habitaciones, prolongadas con terrazas, y a las

ventanas, más pequeñas, de los cuartos de baño. Todo ello aproximadamente, pues me faltan tres huecos para obtener el número exacto. Por el contrario, la cola de la carlinga parece cortada a pico y no tiene segundo piso. Da al sendero de Sables, con su hueco, la habitación de la señora Mag, orientado hacia él norte. El acceso a esta habitación es el que me interesa. Como también ha interesado a Pédroni.

Naturalmente, bien entrada la noche el sendero de Sables está desierto. Pero no me imagino a Sergio Piana, por muy acróbata que sea, exponerse subiendo a ese balcón carcomido con el riesgo de romperse una pierna, final nada glorioso para el irresistible *play-boy* de la Costa. Así, pues, Bruti y él —si es que han sido ellos— han tenido dos posibilidades: introducirse por la entrada principal, lo que parece excluido, dada la vigilancia enfermiza de Aristide, o mejor aún, deslizarse por la entrada de servicio, la que da al sendero de Sables cuya verja no se cierra nunca antes de la medianoche. En este último caso, tenía que conocer a la perfección el lugar. Por ejemplo, saber que una de las dos puertas de cristales situadas a la izquierda del jardín, cerca de la lavandería, se abre sobre la escalera de servicio.

Y al empujar esa puerta me encuentro en «el avión».

Los escalones de madera que conducen al primer piso forman una escala primitiva y abrupta, más que una auténtica escalera. A lo largo del muro se extiende una cuerda que sirve de barandilla.

¡Ah, ah, te he cogido, Théodose! Has reservado para la parte delantera de tu mini-palacio el lujo que tus clientes multimillonarios tienen derecho a esperar. Pero al menos hubieras podido dar una mano de pintura a los locales de servicio y consolidar esta escalera-escala en la que he estado a punto de perder el equilibrio y mi dignidad de investigador…

Esto me recuerda los barrios elegantes. Todo para la fachada, nada para el servicio. ¡Y vaya si he visitado apartamentos durante mis indagaciones! He visto recepciones inmensas, con un vestíbulo grandioso, un salón desmesurado, un saloncito y un comedor aparatoso. Pero cuando uno se adentra en los servicios ¡uf! Pinturas descascarilladas en las paredes, si es que queda pintura. Grietas en el techo. Una cocina repugnante, con manchas de grasa o de suciedad sobre unos enjabelgados amarillentos por el tiempo… ¡Oh,

esas cocinas! Un desorden y una suciedad capaces de hacerme vomitar el café con leche que Marlyse me sirve cada mañana en la cocina minúscula, pero impecable, de mi palomar…

… Vaya, a esta hora ella se dispone a salir del despacho. Le escribiré unas letras esta noche para que haga acopio de paciencia. O todavía mejor, la telefonearé desde la Comisaría. Podré hablar todo el tiempo que quiera sin tener que pagar nada. Por el momento no tengo el valor de decirle que la amo.

Héme aquí en el descansillo del primer piso. En un clavo, hay colgado un cepillo de barrer sobre la puerta. La abro. Esto está algo más limpio. Incluso cubre el suelo una alfombra. Reconozco el lugar. Es el que recorrí con Pédroni cuando fui a la habitación de la señora Mag, a la izquierda. ¿Y qué estará haciendo nuestra Mag en este momento detrás de su puerta? ¿Seguirá traumatizada? Mañana me ocuparé de ella… ¿Y esta puerta a la derecha que entreabro?

Lo que pensaba. Aquí está el corredor, largo, ricamente decorado, con los paliques en bronce que iluminan el grueso tapiz, y los muebles de precios prohibitivos, adosados a las paredes. ¡Esto sí que es un hotel! Si yo tuviera dinero… No, no vendría aquí. Tendría demasiado miedo de que me robaran. Tal vez cualquier Sergio Piana o el hotelero…

Es curioso. No veo por dónde se sube al piso superior. El único acceso es por la escalera de honor, allá abajo, al extremo del fuselaje. Así, pues, el corredor del primero termina precisamente en el lugar en que me encuentro. Hay que atravesar una primera puerta para llegar al descansillo anterior a la habitación de Mag, un segundo para entrar en ella. Bien. En el otro sentido, para alcanzar la salida de servicio, hay que cerrar la puerta de Mag, pasar por la del cepillo de barrer, bajar la peligrosa escalera, abrir la puerta de abajo y salir por la verja que da al camino de Sables.

Naturalmente, antes de medianoche.

Ya que después la verja se cierra. ¡Todo lo contrario de lo que en este momento le pasa a mi investigación! Y si esa verja está cerrada, ¿cómo pueden abrirla? Sencillamente con una llave. ¿Y quién tiene esa llave? He aquí una pregunta interesante, Borniche.

Desde luego, los clientes no.

Por lo tanto…

Bueno, hay que hacer rápidamente esta pregunta, bien a Aristide

o a Théodose. Más bien a Théodose, porque con Aristide nunca se sabe. Hay que averiguar si se respetan estrictamente las órdenes en relación con el cierre de la verja de servicio a medianoche.

Todavía no he encontrado el cabo de mi bobina de hilo, pero tengo la impresión de que pronto lo lograré. En el hotel hubo un cómplice. Facilitó la entrada de Piana y de su acólito Bruti, por otro nombre *el Molosse*. ¿Es alguien de la dirección? ¿Un miembro del personal presente o despedido? ¿Uno de los veraneantes a quien empieza a hacérsele largo el tiempo, dando vueltas por el parque? En realidad, tengo que hacer que Pédroni levante la orden de retención. De nada sirve tenerlos clavados en el hotel. Acabaremos con tener que hacer frente a una sublevación. O más bien a represalias procedentes de las alturas. ¡Esto es el gran mundo!

Un último vistazo a la lavandería. ¿Y si los ladrones estuvieron ocultos en ella esperando la medianoche?

—No. No descubro nada interesante en este montón de sábanas y servilletas amontonadas en el suelo cerca de unas enormes cubetas de cemento.

Y esta puerta medianera, ¿adónde conduce? Doy vuelta a la llave y empujo suavemente. Es un antiguo despacho. Descubro un clasificador, una vieja máquina de escribir, un montón de papeles revueltos, un armario y una cama de campaña. Y en el suelo dos maletas… En la fotografía colocada sobre la mesa reconozco la faz de buitre: es la habitación de Rizzato, el *maître* de hotel.

No se trata de que pueda sorprenderme. No tengo derecho a registrar una habitación sin el correspondiente mandato y en ausencia del sospechoso. Por el momento, esta atribución corresponde a Pédroni. Yo no soy más que observador.

Bueno, tanto peor para el código, me digo.

Una vez más.

Levanto la tapa de la maleta, palpo, rebusco.

¡Mierda!

Entre dos camisetas, un cuchillo largo, ancho, semejante al de los agresores —¿Piana y *el Molosse*?— un cuchillo de cocina, un cuchillo de carnicero más exactamente, que al parecer no ha sido utilizado desde hace mucho tiempo.

¿Qué hace aquí este cuchillo, en la habitación de Rizzato, en la maleta de Rizzato, entre las camisetas de Rizzato? ¿Acaso Tiret y

Pédroni no han visitado todas las habitaciones?

Me quedo petrificado.

Se plantea un problema. No se trata de un caso de conciencia. En absoluto. Un simple problema. En la mino tengo un elemento de prueba, un cabo de la bobina de hilo. Después consideraremos la moral. Pero ¿y ese cuchillo? Si lo dejo donde lo he encontrado, puede desaparecer en cualquier momento.

¿Por qué lo ha conservado Rizzato? ¿Inconsciencia? ¿Miedo de que lo vean al tirarlo?

Si cojo el cuchillo, el *maître* de hotel afirmará que no es suyo, que nunca lo ha tenido ni en su casa ni entre las manos. Y yo no podré probar nada.

Si lo dejo aquí y hablo de él, me preguntará cómo me he enterado… Incluso podrá afirmar que he sido yo quien lo ha dejado aquí para comprometerlo.

¡Una vez más, mierda!

Un ruido.

—¿Está ahí, Albert?

Se abre la puerta. Tengo el tiempo justo para ocultarme detrás de ella. Espero conteniendo la respiración. La puerta se cierra. Con llave. Héme aquí prisionero en la habitación de Rizzato. ¡Vaya situación! Tendré que decidirme por la ventana. Creerá que no la ha cerrado bien…

Acciono la falleba. Nadie. Busco el equilibrio y salto la barra de apoyo. Me encuentro de nuevo en el jardín. Cierro los batientes e intento encajarlos…

—¡No se mueva, comisario!

Un escalofrío desagradable me recorre la espina dorsal. No me gusta que me sorprendan en flagrante delito de investigación. Me vuelvo.

El periodista de *L'Echo de l'Esterel*, con un dedo sarmentoso hace girar la película de su «Rollei».

—¡Una más, por favor! Gracias… ¿Y cómo va la investigación, comisario? ¿Han descubierto algo?

X

—No podemos continuar así, Laszlo. No es posible. Me voy a volver loca entre esta habitación, este salón, este jardín…

Hace dos días que Laszlo Frokian ha sobrepasado ampliamente la cuota de sus ocho cigarrillos cotidianos. Dirige de nuevo la palabra a su mujer, pero se pasa el tiempo llenando su pitillera hasta el punto de que su hija Annie le ha sugerido que recurra directamente al paquete y que renuncie también a su boquilla de marfil, que empieza a amarillear con una rapidez inquietante. Pero esos objetos familiares le ayudan a disimular su nerviosismo. Tampoco se ha preocupado nunca tanto de la raya de su pantalón, del nudo de su corbata, de la ondulación de su pelo gris. Tiene la convicción de que los grandes dolores son mudos y que únicamente los hábitos de la vida permiten hacer frente a las catástrofes…

—Sabes muy bien que no podemos dejar el hotel, Sarah —dice con voz tranquila.

—¡Es él colmo! Nos roban y encima nos tienen prisioneros.

—La Policía tiene motivos, sin duda, para obrar así… Si esto se prolonga llamaré a Carlotti. Hasta entonces…

—¿Para qué un abogado? ¿Y por qué Carlotti?

—Conoce bien a Pédroni. Y también a Borniche.

Sarah decepcionaría a sus jóvenes amantes si pudieran verla en aquel momento, postrada en el lecho, con el pelo desarreglado, la camisa de noche despreocupadamente subida, descubriendo unos muslos que Laszlo ni siquiera mira.

—Además —prosigue Laszlo—, voy a prometer una recompensa de cinco millones a quien pueda facilitar alguna indicación sobre los ladrones. Podría haber aficionados.

—Si al menos la investigación adelantara —dice Sarah—.

Patrick los acosa sin cesar, pero tú sigues ahí sin decir nada… Atrincherado en tu soledad.

—¿No eres tú quien declaraste que nos habían seguido desde Cannes, tal vez incluso desde París? Eso orientará a los investigadores hacia el «Miramar». Y sólo Dios sabe lo que pueden descubrir allí.

—No tengo nada que ocultar —alega Sarah, tal vez demasiado de prisa.

—Siempre se tiene algo que ocultar a la Policía… Yo confío en ella. Hace tres años, cuando Borniche detuvo a Emile Buisson fui el primero en decir que era un policía que llegaría lejos. Pédroni tampoco está mal. Tiene antenas por todas partes. Démosles unos días.

—Ya no puedo más —afirma Sarah.

Hunde la cabeza en la almohada sollozando. Sobreponiéndose a su indiferencia, Laszlo se inclina sobre ella y le pone una mano en el hombro. Este inesperado gesto de ternura hace que redoblen los sollozos. Ella dice entre hipos:

—¡Es culpa mía!

—Nada de eso —la consuela Laszlo—. Olvídate de lo que he dicho. No nos hemos dado cuenta. Eso es todo. Tenemos malas costumbres de ricos. Para nosotros la caja de un hotel era inviolable.

—Eres muy amable, Laszlo.

—En los momentos difíciles hay que ayudarse —dice con tono sentencioso Laszlo—. Y además todavía tengo diamantes para vender y comprar. Ya sé que los tuyos se han perdido, pero los encontraremos. Ya verás cómo aparecerá todo.

Se saca del bolsillo su agenda de cuero verde, la acaricia amorosamente antes de volvérsela a meter en su bolsillo.

—Aquí están todos los grandes joyeros del mundo entero —afirma—. Los únicos a quienes se pueden ofrecer estas piedras. Si los ladrones no cortan los guijarros, me informarán inmediatamente.

—¡Qué pesadilla, Laszlo!

—No sabes decir otra cosa —contesta él. Y al apretarse Sarah contra él en su desconsuelo, Frokian la aparta con delicadeza.

—Pronto será la hora del almuerzo. Voy a dar una vuelta por el

jardín. Acaso tenga la suerte de tropezarme con ese digno señor Théodose que podría mostrar la cortesía de ofrecemos una indemnización provisional. Entretanto, ya que no quieres comer nada haz que te suban champaña. Eso llevarás por delante…

Jean Jacques Ruggieri cumple tan mal la consigna de Pédroni que Laszlo Frokian pasa tranquilamente por detrás de él para salir de «La Murène». No se sabe bien si Jean-Jacques duerme de pie o si sueña despierto, pero su vigilancia se resiente de su embrutecimiento congènito.

Laszlo Frokian atraviesa el pinar con su paso largo y elegante. Entra en el bar del Casino. Saca su pañuelo de seda del bolsillo para secarse la frente. Hoy el calor es insoportable. Vuelve a guardar el pañuelo y saca de otro bolsillo de su impecable chaqueta de alpaca su fiel y pequeña agenda. Se acerca a la caja donde una mujer de mediana edad se deja subyugar por ese alto personaje tan bien vestido.

—Quisiera este número de París —dice con voz suave.

La rubia cuadragenaria se afana sobre su cuadro telefónico. Unos minutos después Laszlo se encierra sin entusiasmo en una cabina dudosa con las paredes llenas de frases obscenas y de proposiciones de citas inequívocas. Se aparta con repugnancia de las paredes y a través del cristal pasea su desengañada mirada por la arena. Realmente la clientela de este bar es poco interesante. Se encuentra junto al mar y, sin embargo, es el reverso de Juan-les-Pins.

—*Allô?*

En el auricular resuena el «*allô*» emitido por una voz con fuerte acento americano.

—¿John? Soy Laszlo.

Se muestra seco, claro, preciso. A Laszlo Frokian no le gustan las fórmulas de cortesía, hipocresía superflua que hace perder tiempo y dinero. Al otro extremo del hilo escucha a su amigo John Drawer que habla con alguien en su despacho. Laszlo experimenta una sensación desagradable, un malestar, un inexplicable presentimiento. ¿Y si fuera la Policía que, por una u otra razón hubiera ido a interrogar a John? Es absurdo y aunque no existe la

menor relación, esto le recuerda el asunto de la calle Cadet, la transacción que había llevado a cabo Carlotti. Y, sin embargo, el asegurador no pertenecía a la compañía de John. Pero todo el mundo sabe que John es amigo suyo. Se siente incitado a colgar. ¿En qué situación se encontraría si la Policía se enterara de que había salido de «La Murène» como un colegial que hace novillos para telefonear de una manera clandestina a John Drawer? Demasiado tarde…

—¡El propio Laszlo Frokian! —exclama Drawer—. Soy todo tuyo. Ya he terminado con mi cliente.

Laszlo se tranquiliza. ¡Este viejo John! Lo conoció en Nueva York donde trabajaba en el «First City Bank», antes de llegar a París para ser uno de los numerosos subdirectores de una compañía de seguros internacional. Tienen muchos puntos en común. Es el único amigo que le tutea. Con él no hay nada que temer. Le hizo algunos pequeños servicios cuando su mujer quiso sorprenderlo en flagrante delito de adulterio. Laszlo arregló las cosas aun cuando no siente la menor simpatía por Janet… Pero el divorcio le hubiera costado a John demasiado caro, y a punto estuvo de hundirse con armas y bagajes. Y, sin embargo, John Drawer es muy astuto. Ha solucionado buen número de casos difíciles. Ha sabido aconsejar bien a sus clientes en beneficio propio más que en el de la compañía. Una prueba está en el *Cecilia II*, confortable yate anclado en el puerto de Beaulieu, que habitualmente enarbola pabellón panameño, el pabellón sin impuestos. Además, John Drawer deja tranquilo al *Cecilia II* durante el mes de agosto. La sola idea de desplazarse al Mediodía le produce horror. Hay demasiada mezcolanza. Le gusta pasar el mes de agosto en París. Ve llegar a la oleada de sus compatriotas. Mientras Janet hace a sus amigos los honores del *Cecilia II*, John hace los honores de su apartamento de la calle Jacob a las jóvenes turistas americanas, lo que no resulta en modo alguno desagradable. Y además, como todo el mundo está de vacaciones, reina como dueño y señor en la compañía de seguros.

—Ni que decir tiene que estás al tanto de lo ocurrido en «La Murène» —le dice Laszlo.

—Incluso los esquimales están al corriente —replica John—. Has encontrado un medio excelente para hacerte célebre.

—¿Tú crees?

—Sí. Y además me pregunto qué me vas a pedir. Tienes un tono de voz extraño.

—Estoy copado, John. Tienes que ayudarme. Sé que se trata de una enorme artimaña, y nunca te lo pediría si…

—Explícate. Ya veremos.

Laszlo suda dentro de la cabina. Le gustaría abrir la puerta, pero no es el momento adecuado.

Baja la voz:

—Es preciso que me asegures las joyas robadas, John.

—¿Qué?

—Si no tengo una garantía, lo pierdo todo.

—Estás mal de la cabeza, Laszlo. ¡Asegurar unas joyas robadas! Avísame cuando te encuentres mejor. Debes hacer que te vea un médico.

—Un momento, John. ¿Piensas venir a la Costa?

—No. Y ahora, perdóname, Laszlo. Tengo prisa. Debo acudir a una cita. ¿Vas a seguir en «La Murène»? Ya te llamaré.

—Podrías darte una vuelta, John. Echar un vistazo al *Cecilia II* y a tu mujer… De paso me traes el contrato.

—¿Qué contrato? Escucha, Laszlo, nunca te he visto en este estado, pero…

—Yo sí te he visto en este estado, John, y no te he contestado así óyeme bien. Durante el mes de agosto, tú eres el gran jefe. Hay montones de expedientes esperando.

—No —dice John—. Sé lo que vas a pedirme y la contestación es no.

Laszlo aprieta los dientes. No soltará a su presa. Muy de prisa, como quien recita una lección, prosigue:

—Te facilitaré la nomenclatura exacta de las piedras robadas y también las de algunas otras para darle mayor autenticidad. Me preparas un contrato con fecha anterior… Basta con que sea de unos días antes del robo. Como no vas a venir, me envías la nota de cobertura. Tan pronto como llegue a París, te abonaré la prima en metálico. Me extiendes un recibo también con fecha anterior. Esto probará que en el momento del robo estaba asegurado.

—No —replica John—. Además, la Policía…

—¿Qué policía? ¿Borniche? Aún no está al tanto, pues acaba de llegar. No he hablado con nadie del seguro. Los periodistas han

contado lo que les ha parecido. Unos que estaba asegurado. Otros que no. La Policía marsellesa ni siquiera me han interrogado a este respecto. Tan sólo sobre las circunstancias del robo. Y aún así, casi de pasada. Quien les interesa es el ladrón, no yo.

Se hace un silencio que hace concebir esperanzas a Laszlo. Está empapado. Siente que el sudor le corre por el cuello, le empapa la chaqueta en las axilas. Se ahoga. Tiene la sensación de que va a perder el conocimiento. Aferrado al aparato como si se tratara de un salvavidas, juega una partida imposible, una partida de cien millones… El tono de voz de John Drawer es duro, definitivo:

—No, Laszlo. Estoy desolado. Pídeme lo que quieras, soy tu amigo y lo sabes. Pero eso, no. Es un asunto demasiado grande. De ser menos, tal vez hubiéramos podido estudiarlo. Pero eso… de veras, me es imposible.

—John, los cinco millones que he ofrecido de prima los multiplico por tres y te los entrego en mano.

—Si pudiera hacerlo lo haría sin eso. No hagas que me irrite, Laszlo.

—Sabes muy bien que a veces aceptas esta clase de proposiciones.

—No de quienes, como tú, están en la lista roja desde el asunto de la calle Cadet. Informe desfavorable de la Policía al Ministerio fiscal, rescisión de tu contrato por parte de tu compañía, intervención de Carlotti… Todo lo que podía hacer era asegurarte. Fue un favor. Nadie quería saber nada de ti… No has querido pagar la prima, tanto peor para ti… Voy a colgar, Laszlo.

Laszlo cuelga lentamente el auricular.

—Esta conferencia le va a costar cara —dice la cajera—. Un momento, voy a preguntarlo.

—En efecto, muy cara —murmura Laszlo.

Con una sonrisa amarga pide un *whisky*. Se esfuerza por respirar con normalidad, por interesarse por los jóvenes alborotadores apiñados alrededor de los «flippers». Un ritmo de *rock* le martillea la cabeza. Y para colmo, su pitillera está vacía.

Mi instinto de cazador, algo embotado este verano, se despierta. Voy a buscar a Sergio Piana, el llamado *play-boy* de la Costa Azul y

lo encontraré.

Él planta cara insolentemente a todo el mundo. Su fotografía, de frente y de perfil, aparece en la primera página de los periódicos. Los telex transmiten su identidad hasta las gendarmerías y comisarías más apartadas. La radio lo describe en sus menores detalles. Los telegramas de suma urgencia suceden a las circulares de búsqueda. Se llega a las ofertas de recompensas al estilo americano como: «*Wanted*, Sergio Piana»… Trabajo perdido. Piana ha desaparecido.

Y entonces, claro está, Francia se interroga sobre la eficacia de su Policía. El Ministerio del Interior sopesa interminablemente sus posibilidades de éxito. En la Costa Azul, los veraneantes atemorizados ocultan sus joyas.

—No os preocupéis —afirman algunos optimistas—. ¡La Policía sabe lo que se hace!

¿De veras? Sin duda se dicen que afilamos nuestras armas en secreto, que el tiempo, el azar y la paciencia trabajan a nuestro favor. Pues bien, no. El tiempo transcurre estúpidamente, el azar está de asueto y mi paciencia, en esta hermosa región que me es ajena, si no hostil, empieza a agotarse.

La mente de un funcionario se convierte en un semillero de ideas cuando se trata de dar cuenta a sus superiores de una actividad negativa. Esta perspectiva lo excita en vez de aterrorizarlo. Lo obliga a encontrar una explicación, una justificación, una excusa.

Es lo que se llama la técnica del paraguas.

Esta mañana mi soporte se llama Charlot *el Lionés*.

Charles Delannoy, mi venerado informador, que en la actualidad descansa en Super-Cannes.

Si él no sabe encontrar la madriguera de Piana, a fe de Borniche que nadie la encontrará jamás.

Charlot es el único capaz de facilitarme la información despampanante, la confidencia que hará ponerse verde de envidia a toda la Policía, empezando por la de Marsella…

El sol resplandece. Camino de las Collinas, la bahía de Carmes se despereza sobre un fondo oscuro de Esterel, formando un arco marino constelado de velas blancas. Un paisaje de postal.

Marius, el chófer que el amable Pédroni ha puesto a mi disposición, habla demasiado para mi gusto. Quisiera saber para qué voy a ese barrio de multimillonarios. Claro que su jefe espera el informe. Sus preguntas, de una desbordante ingenuidad, más bien me divierten. No diré palabra. Un indicio es un valioso tesoro que se guarda celosamente. Nada de vocear su nombre a los cuatro vientos.

Mientras que los neumáticos del «Citroen» gimen en los virajes de Vallauris, me pregunto cómo atacar a Charlot *el Lionés*.

No espera mi visita.

Por más vueltas que le he dado a la guía telefónica no he encontrado su nombre. Como tampoco el de la residencia «Anita» que se hizo construir a dos pasos de la suntuosa «Yakimour», la propiedad del Aga Khan.

El auto enfila por la avenida Victoria. Indico al chófer un lugar umbroso, en las cercanías de una capilla:

—Para aquí, amigo. Estarás al fresco. No tardaré mucho.

Marius aparca con suavidad. Salgo rápidamente y me dirijo con paso decidido a la avenida. Una ojeada para asegurarme de que no me siguen y héme aquí delante de «Yakimour». Esto me trae buenos recuerdos.

—Decididamente todos los golpes duros llegan en el mes de agosto —me digo—. Especialmente los robos de joyas. En 1949, la Bégum, doscientos millones. Jacques Arpéis, en Deauville, doscientos millones. Este año «La Murène». ¿Dónde ocurrirá el próximo año?

Trescientos metros más y me detengo ante el majestuoso portal en hierro forjado de la residencia «Anita». Charles Delannoy ha hecho bien las cosas. No ha regateado ni en los materiales ni en los precios. ¡Cuándo pienso que en París pasa por el avaro de los proxenetas!

Soy testigo de que en Cannes es el mecenas de la gran truhanería.

Me anuncio lo más netamente posible con un vigoroso campanillazo. Un perrazo babeante se precipita hacia la verja. Ya puede dormir tranquilo Charlot. Con un monstruo semejante no corre ningún peligro…

La inscripción grabada en la piedra me hace rememorar:

«Residencia Anita»… Anita fue la primera ganadora de Charlot. «Mi caballo de batalla», como gusta decir chupando su habano.

La conoció muy joven en el baile «Bouscat», el establecimiento auvernés de mala fama de la calle de Lappe, el semillero de la prostitución. Como para tantas otras, la vida parisiense de Anita había comenzado en la estación Montparnasse. Desembarcaba de su Bretaña natal para probar suerte en París. Charlot, era un muchacho guapo, bailaba bien, hablaba bien. ¡Pronto se hizo con ella el conquistador!

—Annick no es un nombre —decretó—. Anita parece más exótico, ¿no?

Ella, tímida, se mostró de acuerdo. Para festejar el bautizo, Charlot la hizo teñirse de morena. Le hizo tomar lecciones de español y también de comportamiento. Anita posee grandes dotes. Y progresó en su nueva profesión a pasos gigantescos. Pronto aportó tantos dólares a su protector —que no confía lo más mínimo en el franco republicano— que está en condiciones de invertir. Se permite el lujo de una «doble», y luego de otras cinco mujeres, tan activas unas como otras.

—Una para cada día del señor —proclama Charlot con amplia sonrisa—. Sólo que la mía regular, la auténtica, es Anita. Una muchacha así vale su peso en oro.

Y para apoyar su afirmación dirige su pulgar derecho, con convicción hacia el cielo.

Es verdad. Anita valía su peso en oro. Gracias a ella el lionés dejaba transcurrir sus días felices entre dos partidas de bolos. ¡Esfumadas las viles preocupaciones de este bajo mundo! Ni el más mínimo error en los ingresos, la vigilancia más estricta de su protegida en la Madeleine o en los Champs-Elysées.

Nunca la menor veleidad de rebelión. Mano izquierda y diplomacia hasta no poder más… ¡Anita era perfecta!

Y en una bella escena como en la antigüedad, Charlot, para demostrarle su agradecimiento y siguiendo un impulso que después lamentó, hizo grabar su nombre en la columna de la entrada…

Todo hubiera ido como sobre ruedas si un día infortunado Anita no hubiera tropezado con un riquísimo sudamericano, de profesión

armador, que hizo destellar ante su mirada los tesoros del Amazonas. Aquel hombre lo tenía todo: juventud, belleza y dinero, auténticas masas de dinero… Anita tenía ante los ojos el yate de *Lady* Brandon que se balanceaba suavemente en las aguas de Cannes. ¿Cómo resistir? Anita se va con el armador. Sin una mirada para el hombre que la ha educado.

Charlot se siente aplanado. Sus cabellos empiezan a encanecer. De pronto ha envejecido diez años. Algunas veces se le ha visto con los ojos enrojecidos. Alega que tiene conjuntivitis. Pero los proxenetas envidiosos ríen bajo capa. El reino de *el Lionés* está definitivamente acabado.

Y entonces aparece Martine. Entra en la vida de Delannoy de una manera tonta, una noche melancólica. Desde luego, no es Anita. Es menos femenina, tiene el pelo más largo, los senos menudos. Pero sin duda el quehacer más firme. ¡Y no habla español!

Charlot la ha comprado por una bicoca a un joven rufián que se proponía enviarla a provincias, a falta de un rendimiento suficiente en la capital. Al principio indeciso, Charlot ha examinado a su futura adquisición. Y ha hecho una mueca. Luego, sin saber cómo ni por qué, sin duda para salir del abismo en el que le ha hundido la partida de su protegida, la contrata.

Es su modo de proceder.

Muy pronto, Martine revela ser más experta en el amor de lo que él pensaba. Mejor dotada aún que Anita para secundarle en la vigilancia de sus ovejas. Y no sólo asegura un rendimiento perfecto, sino que también pone a contribución su persona y… ampliamente. De este modo aporta a Charlot, estupefacto, más dinero que la ingrata Anita…

Día tras día se felicita por su adquisición.

Y llega un momento en que, con el corazón desbordante de agradecimiento, piensa que Martine se ha hecho acreedora a una recompensa y decide sustituir, en la piedra de la entrada, el nombre de Anita por el de Martine.

Y así se lo ordena inmediatamente al albañil.

Pero luego cambia de idea, instigado por no se sabe qué remoto instinto. Se le ocurre otra cosa: a Martine le encanta bañarse así que

hace construir, ante la inmensa cristalera de su *living*, una piscina con fondo de cerámica. Azul y blanca como a ella le gusta.

Claro que como nadie es perfecto en este miserable mundo, tampoco Martine es perfecta. Su juventud y su sensualidad pueden inducirla a actos irreflexivos, a pesar de los prudentes consejos que Charlot le administra de vez en cuando en forma de palizas. Incluso un día adquirió un cliente caprichosamente: ese Arsenio Lupin que es René la Canne[7] a quien Charlot detesta. Afortunadamente, después de un duro encuentro con los puños de su protector, ha vuelto al redil. Cuestión de moral: la razón ha calmado su impetuosidad.

Desde entonces Charlot vigila como un cancerbero.

Pero Martine ha cambiado. Se ha convertido en algo más que una asociada. Casi en una esposa. Charlot, tranquilizado, le ha prometido tenerla en cuenta un día en su testamento…

La grava blanca de la avenida cruje bajo los pasos de *el Lionés*. Reconozco su andar de paquidermo. Está ahí, delante de mí, inmenso bajo su sombrero de jardinero, unas cizallas en la mano, vestido con un *short* de seda clara. Sobre su vientre voluminoso, el dorso velludo evoca a un cangrejo bien cocido, y los baños de sol han listado sus hombros como dicen que lo hacían antaño los latigazos en los hombros de los presidiarios…

Tres segundos de vacilación y una exclamación:

—¡Miren a quien tenemos aquí!

Dos ruidosas vueltas de llave en la enorme cerradura. Una palmada al hocico de la fiera que, a todas luces, hubiera querido devorarme crudo y heme aquí caminando por la avenida en seguimiento de una masa de carne tatuada que me conduce hacia su madriguera de quietud.

Detrás de los árboles aparece el lujoso edificio, con los muros de enlucido blanco.

Y aquí está la piscina al borde de la cual descansa el cuerpo desnudo y ennegrecido de Martine.

Martine…

Ni el menor gesto de pudor… Tal vez no me haya visto.

Hace fresco en el gran salón. El climatizador ronronea. Podría creerse que nos encontramos en una galería de arte, con todos esos cuadros de maestros en las paredes. Charlot es un conocedor. Me

indica una butaca baja. Dejo que me envuelva el cuero marrón.

—Contento de verte, Charlot… ¿Qué tal van los negocios?

Charles Delannoy se encoge de hombros. Sus manos de pegador luchan con el tapón de la botella de champaña, del auténtico, del bueno, del mejor.

Gruñe:

—Más bien tranquilos. Esas porquerías de huelgas pueden costarme caras.

Para demostrar mi interés considero adecuado fruncir el ceño:

—¿Cómo es eso?

—Pues bien, muy sencillo. ¿Qué es lo que me da para vivir? El turismo. Sin turismo no hay clientes. Y sin clientes no hay ingresos…

Suspira.

—Y con la carga de seis chicas. ¿Sabe lo que cuesta eso? He de asegurarles la manduca y lo demás… ¡El colmo!

La espuma desborda mi copa e inunda el mantel. El índice en forma de espátula de Charlot va aplastando las burbujas. Luego se lo lleva delicadamente detrás de la oreja para humedecerla.

—Esto trae suerte —dice llenando su copa—. Sus asuntos sí que no parecen marchar mal… Emile Biusson, René la Canne, Pierrot le Fou… ¡No está mal como colección! Una vez haya capturado a los tipos de «La Murène»…

Alza su copa a la altura de su frente para ofrecerme un brindis. Tomamos unos sorbos de líquido helado y luego me lanzo:

—Diste en el clavo, Charlot. Precisamente para eso vengo a verte.

Se sobresalta.

—¿Cómo para eso?

Realmente es un champaña delicioso… ¿Prosigo?

—Tienes que hacerme un favor, amigo. Te lo devolveré llegado el caso.

El Lionés paladea un nuevo sorbo. Se limpia la boca con el peludo dorso de su mano. Perplejo, deja la copa. Tan tranquilo como estaba entre su Martine y su podadera y ahora yo le vengo con historias.

—No es cuestión de eso —me dice…—. Pero no sé nada de ese asunto.

—Piana es quien ha dado el golpe —le aclaro—. Así que a quien quiero es a Piana… Sergio Piana, el fugado de Mónaco. ¿Lo conoces?

—Le juro que ese tipo no me dice nada —insiste Charlot con un gesto teatral de impotencia—. Quisiera ayudarle, pero no sé cómo.

—Tienes amigos, ¿no? Las joyas que Piana robaba es evidente que se las vendía a alguien. Tú tienes amigos por todas partes. Incluso he encontrado alguno en el registro de «La Murène»… Bueno, por ejemplo, Baldacci.

Una vez lanzado el nombre, miro a *el Lionés* de frente. Él enarca las cejas.

—¿El pequeño Pascal, de Tolón?

Yo apruebo con una inclinación de cabeza.

—Con toda seguridad que ése no ha tomado parte en el golpe —afirma Charlot—. ¡Es demasiado imbécil para eso!

—Tal vez, pero puede haber dado el chivatazo. Si haces indagaciones en Marsella o en Niza, seguramente obtendrás información. Es muy sencillo…

—¡Sencillo! —ruge Charlot—. ¡Sencillo! ¡Y eso lo dice usted…! En primer lugar, estoy de vacaciones. No puedo ir así como así al acecho. Hay que dejar venir, ganar tiempo… ¡No estoy dispuesto a hacer de cabeza de turco! ¡Para encontrarme un día sobre una acera con los brazos en cruz!

Charlot calla con un último gesto de protesta. Bajo su cráneo de truhán se ha desencadenado una tormenta. Aprovecho para saborear de nuevo el champaña que poco a poco va poniéndome eufórico. Dejo mi copa sobre la mesa. Espero.

—¿Cuánto? —pregunta Charlot a boca jarro.

El Lionés es ante todo un hombre de negocios. En su cabeza está a punto de abrirse la caja registradora bien engrasada.

—¿Cuánto qué?

Emite una risita modesta:

—Caramba, si he de pringarme, más vale que sea rentable. Tengo derecho a un gesto de cortesía. Es normal, ¿no?

Cuenta en silencio con los dedos.

—Escuche… No pido mucho. Sólo un detalle. Para compensarme

de los gastos…

Estoy distraído. Presto oído atento a unos pasos húmedos sobre las losas de mármol… En el marco de la cristalera aparece Martine. Ha olvidado ponerse la parte superior del dos piezas. A contraluz aprecio como es debido su cuerpo joven y flexible que me trastorna, con sus dos pezones oscuros. Estoy impresionado. Una mezcla de deseo y de malestar. Como si olvidara para qué he venido. Me siento raro, no estoy bien.

—¡Señor Borniche! —exclama tendiéndome la mano—. ¡Qué sorpresa! ¿Cenará con nosotros?

… Tres años antes la conocí en París con la misma indumentaria que ahora, en una habitación de hotel de la calle Godot-de-Mauroy. Por aquella época yo perseguía a René la Canne y ella era su amante. Aquello tuvo un final más bien desastroso…

—Martine tiene razón —dice Charlot—. No tenga prisa por volver. Tenemos una habitación para los amigos. Ordenaré que preparen la piltra.

—No puedo —le dije—. Marlyse llega esta noche a Juan-les-Pins.

—¿Y qué? Iremos a buscarla juntos. Ha hecho bien de hacerla venir. Un poco de aire le hará bien… En la villa las vacaciones son de rechupete. Y no tema, nadie sabrá nada.

—No, Charlot, te lo aseguro. Éste no es momento de descansar con ese Pédroni del diablo que sólo piensa en ganarme por la mano…

—Y dígame, ¿no será usted quien trata de ganarle por la mano? —dice Charlot con ironía—. El encargado de la investigación es él, ¿no? Es para reventar de risa ver cómo a ustedes, los polizontes, le gusta hacer marranadas…

Como para subrayar su burlona perorata, apura de un trago lo que le queda en la copa.

—Un día es la Prefectura la que los dobla y otro día son ustedes los que la doblan a ella. Y en la Sûreté, ustedes se doblan entre ustedes los mismos servicios. Le aseguro que es como para reírse. ¡Por otra parte, nosotros, en el medio, lo pasamos muy bien con todos esos dimes y diretes!

Y el colmo es que *el Lionés* tiene razón. ¿Por qué esa lucha fratricida/solapada, secreta entre colegas de una misma familia, de

una misma sección, de un mismo grupo?

Charlot me saca de mi ensoñación.

—… No insisto. En lo que se refiere a su propuesta, ya veré. Pero de momento podemos establecer un acuerdo…

—¿Cuál?

—Si se descubren sus joyas intactas, el tío Frokian me apoquina cinco millones. Si sólo se encuentra la mitad, únicamente tres. Y uno si se detiene a los ladrones sin la sangría. ¿Le conviene?

—Hablaré con él —contesto—. Pero tú ponte en movimiento. Ve a ver a Pascal. Tal vez saques algo por ese lado.

—Le digo que él no puede estar en semejante golpe —farfulla Charlot—. Tiene unas chicas que trabajan para él. No va a meterse hasta las orejas en un lodazal.

—De acuerdo. Pero de todos modos ha pasado por «La Murène» apenas hace dos meses. Sin duda para ver a Rizzato. ¿Lo conoces?

Charlot enseña los caninos.

—¡Y que lo diga! ¡Es el amigóte de Antoine Guérini!. Tenía un mostrador en Marsella, en la calle Longue.

—Y también amigo de Baldacci, ¿no?

Charlot, soñador, asiente con la cabeza.

—De momento no puedo decirle nada —dice después de un corto silencio—. Telefonéeme mañana… no, pasado mañana. Porque mañana tengo una partida de petanca con el gran Louis. Ya sabe, *el Artillero*…

—No…

—¡Claro que sí! El tipo que birló ochenta millones al conde de Crisantin. ¿No se acuerda? Ese lechuzo que dormía con una bombona de flota debajo de la almohada. Louis le había metido dentro dos kilos de arena y el otro creía que se trataba de agua pesada. ¡Para mondarse! *El Artillero* se hacía llamar general Combaluzier… Pescó el nombre en el ascensor cuando subía a casa del conde… Le había hecho creer que pertenecía al *Deuxième Bureau*. Tal vez por su intermedio…

—¿Qué?

—No se preocupe… Si hay alguien que haya de pringarse, mejor que sea *el Artillero*. Sin que lo sospeche, claro. Telefonéeme pasado mañana. Figuro en la lista roja para que no me jeringuen. Pero tome mi número…

Del cajón de un mueble empotrado en una esquina de la habitación saca una tarjeta de visita y me la da. Se sirve otra copa y la apura de un trago.

—Cariño —dice Martine que aparece de nuevo en el salón con la parte inferior de sus dos piezas y un ligero vestido en la mano—. He de bajar a Cannes. ¿Quieres ponérmelo?

Abandono la residencia «Anita».

Bien jugado. Después de mi larga sesión con *el Lionés*, el eterno diálogo entre el policía y el truhán, me siento tranquilo. He colocado mis peones sobre el tablero de la golfocracia. Puedo estar contento. He logrado un estupendo triple.

En primer lugar, Sergio Piana. A este respecto no hay problema. Charlot va a desvivirse para descubrirlo y entregármelo como quien no quiere la cosa.

Luego, Baldacci. Si Pascal ha intervenido, directamente o no, en el golpe de «La Murène», voy a saberlo.

Y por último Rizzato. No pondría la mano en el fuego de que es inocente. Su aspecto de Judas me da realmente vértigo. Además voy a ocuparme rápidamente de él, pues tengo la impresión de que no dice la verdad. Con ésa tengo tres pistas. En realidad, dos si Rizzato y Baldacci están confabulados. ¡Es una suerte que el dinero interese a Charlot!

Mi baza principal es *el Lionés*, si es que quiere molestarse. Para asegurarle su garantía, tendré que presentarlo a la chita callando a ese Frokian que no me es nada simpático, pero mis simpatías no tienen que ver nada en el asunto. Entretanto seguiré con mi trabajo rutinario, tal vez mañana vaya a Mónaco para interrogar a los guardias sobre las relaciones internas y externas de Piana. Nunca se sabe…

Llegado a ese punto de mis cavilaciones, me dispongo a ir a buscar el coche de Marius. En este momento, un chirriar de neumáticos a mis espaldas me sobresalta. Martine, con la cabellera al viento, me grita desde su «Alfa-Romeo» azul pálido:

—¡No me ha dicho dónde se aloja!

—En «La Rédoute», en la calle Îles, en Juan-les-Pins —contesto no demasiado orgulloso de mi poco atractivo alojamiento.

La bribona estalla en una risotada.

—¡Está en casa de Gino! ¡Le felicito, mi pequeño polizonte! ¡Está

usted en un burdel! ¡Sin duda el mejor!

Sigue riéndose a carcajadas mientras emprende la marcha.

XI

En la tienda de las murallas de Antibes, sopla la tempestad del desastre a pesar de la calma chicha de mar adentro. Más flaco, más encorvado, más tembloroso y embriagado que nunca, *Charlemagne* sigue encolerizado como siempre.

—Esto es lo que se obtiene con la hostelería —chilla—. Siempre se lo he dicho a ese querido Théodose. Éste es et resultado de traicionar al arte con el comercio. El arte se venga, eso es todo.

La anciana condesa de Carental que ha acudido a desprenderse de un lote de encajes, asiente con gravedad.

—Una gran desgracia, señor *Charlemagne*.

—Como muy bien dice usted, señora condesa, una gran desgracia. Una desgracia irreparable…

Se vuelve para beber un trago de su frasco de plata.

—Hoy día las gentes son muy deshonestas, señor *Charlemagne*. Afortunadamente, aún quedan algunos como usted y como yo… ¿Cuánto me daría por estos bellísimos encajes que únicamente la necesidad…?

—¡Ah, si! —dice *Charlemagne*, súbitamente curado de sus temblores—. No sé cómo decírselo, señora condesa… Le aseguro que me siento desolado, pero no puedo comprarle los encajes…

—¿Cómo? ¿Podría decirme el motivo?

—Venga a ver —le indica *Charlemagne*.

Conduce a la anciana hasta el garaje, evitando hábilmente todas las trampas de aquella mezcolanza. Extraño caminar el de esos dos seres de otra época que avanzan cogidos de la mano, como en un *ballet* fantástico, en medio de todos esos objetos del pasado…

—¿Qué pasa…? —pregunta la condesa.

—Ahora verá —dice *Charlemagne*—. Va a verlo.

Ante un monumental cofre negro suelta la mano de la condesa. Al levantar la tapa se tiene la impresión de que va a caerse en el interior.

La condesa se acerca y mira adentro.

—Comprendo —murmura—. Tal vez los míos sean más bellos, pero…

—Tal vez, pero… Y además no es momento. Tal vez algún día…

Una vez solo, *Charlemagne* recurre de nuevo al frasco de plata. ¿Será el alcohol lo que le hace llorar? Se desploma sobre una delicada silla Luis XV y solloza. Aquella mañana. Théodose le ha pedido que haga un inventario completo de la tienda. No se ha extendido en explicaciones, pero *Charlemagne* sabe que está recurriendo a todas sus disponibilidades para el caso de que sea necesario indemnizar a las víctimas, al menos en parte.

El anciano contempla con el corazón destrozado su amada tienda desvanecida en el aire como un sueño demasiado hermoso.

—Si tuviera entre mis manos a quienes han hecho eso —gruñe.

Rabioso, bebe dos tragos. Su odio contra Fabrice estalla con violencia. Lo hace responsable de la vocación hotelera de Théodose, origen del desastre.

—¡Insignificante gigoló, aborto del infierno, carne de horca! ¡Sin ti, Théodose no se encontraría en estos momentos al borde de la ruina o del deshonor!

Lo vitupera incansablemente poniendo como testigos los muebles y objetos, sus viejos cómplices, que parecen hacerle un guiño desolado.

—¡Puerco de Fabrice! —concluye estrellando contra la pared el frasco vacío, sacrilegio supremo.

Ya más tranquilo, va a recogerlo asegurándose de que no tiene siquiera una abolladura, y suspirando consagra de nuevo su atención al grueso libro en el que está haciendo el inventario por orden del señor Théodose, su infortunado jefe.

Charlot *el Lionés* cierra la portezuela de su cupé «Mercedes» blanco, tapizado en cuero rojo. Se aleja de su coche lanzándole, como siempre, una ojeada satisfecha.

Atraviesa la calle de Antibes a grandes zancadas. Mientras

avanza en dirección al «Petit Carlton», se mira en los cristales de los escaparates para asegurarse de que no le siguen. Los cristales le devuelven una imagen que lo deja en extremo satisfecho: panamá crema de anchas alas, traje de lino y mocasines blancos, corbata de gran nudo de seda amarilla con pequeños lunares rojos y pañuelo haciendo juego. Unas gafas de sol que disimulan su mirada completan el equipo.

Charlot está preocupado. En esa mañana soleada, la Prensa se hace eco con grandes titulares del asunto de «La Murène» y se deshace en alabanzas a la Policía marsellesa que, de un momento a otro, va a echar el guante a Sergio Piana. «Si ganan por la mano a Borniche, piensa Charlot, pierdo los cinco millones y se me pega como una lapa. ¿Qué diablos tenía que hacer aquí ese polizonte? ¡Yo que estaba tan tranquilo!».

Apresura el paso. La puerta del «Petit Carlton» está abierta. Charlot entrevé la barra del bar bajo una estantería llenas de botellas, así como los altos taburetes. Encaramado en uno de ellos, Jean-Félix Murraciole saborea un pastís.

—¿Qué tal? —dice *el Lionés* llevándose la mano al panamá—. ¿Qué tal?

Jean-Félix Murraciole deja su vaso sobre el mostrador. Sin abandonar su asiento, tiende una mano atezada e indolente. En el dedo ostenta un enorme sello plateado sobre el que campea el emblema de Córcega: la cabeza de moro con la frente ceñida por un turbante.

—Pasando. Oye, llegas antes de tiempo —dice con su voz cálida —. Guérini ha telefoneado que *el Artillero* no estará aquí antes de media hora o tal vez una. Se acostaron tarde. Hicieron la java en Martigues.

—Bueno, está bien —farfulla *el Lionés* que de pronto se siente enormemente irritado.

—Bebe un trago —dice Jean-Félix con un tono más bien afirmativo que interrogante.

Charlot *el Lionés* acepta de mala gana. No quiere beber alcohol para tratar de reducir su cintura. Una botella de champaña de vez en cuando, un poco de vino y eso es todo. Martine es la que lo incita a recuperar la línea, a que deje de beber cuando come, a prescindir del pan y de las salsas. Y sobre todo libra un combate

encarnizado para que deje de frecuentar los bares donde, a lo largo de todo el día, se enmohece alrededor de una mesa de póquer bebiendo y fumando y poniéndose los dedos amarillos.

—Estarás listo cuando tus válvulas y tu badajo se encuentren a cero —le repite.

A Charlot le divierte que Martine haya adoptado el vocabulario de los truhanes. Que hable como un hombre, llamando a los pulmones válvulas y al corazón badajo.

Murraciole bosteza. La jornada se hace larga.

—¿Y qué te trae por aquí? Ya no se te ve.

Charlot vacila antes de descubrirse. Pero Jean-Félix es un pilar de bares de mala fama. Tal vez tenga soplos sobre la eventual retirada de Piana. Se decide a jugarse el todo por el todo.

—¿Has visto los papeles? —pregunta con aire de conspirador.

—Sí. ¿Por qué?

—Sobre lo de «La Murène».

La barbilla del corso avanza desmesuradamente. Señal de ignorancia. No comprende muy bien adónde quiere ir a parar Charlot. ¿Qué tiene él que ver con «La Murène»? Lo que le interesa a Jean-Félix son los asaltos, por los que ha sido ya condenado a trabajos forzados a pesar de sus conmovedoras protestas de inocencia. Salir de un coche, metralleta en mano, ante un cajero aterrorizado. Ése sí que es un trabajo de hombre, hecho rápido y bien. Las historias de robos en los palaces son propias de aficionados y de gigolós. No es su estilo. Se encoge de hombros.

—¿Qué demonios te importa eso? —dice con negligencia.

El Lionés tiene su idea, su plan, su trampa en la que Jean-Félix, poco inteligente, va a caer.

Exactamente como Louis, *él Artillero*, que en ese preciso momento, al volante de su «Mercedes» gran *sport* —es curioso el hecho de que el medio sienta debilidad por los «Mercedes»—, se lanza por la nacional 7. En este momento *el Artillero* ha dejado atrás Fréjus.

—Esperemos que no se estrelle en una curva del Esterel —se dice Charlot—. Sobre todo si no ha dormido mucho.

—Te diré por qué me interesa —dice en voz alta—. Tengo un encubridor que me da el diez por ciento sobre la compra de las joyas. Diez por ciento, ¿te das cuenta? Eso hace diez millones… No

está mal, ¿verdad?

—Nada mal —asiente Murraciole, pensativo—. ¿Diez millones… para ti?

«Esto marcha», piensa *el Lionés*.

—A partir, naturalmente —dice—. A partir en dos con el tipo que me ponga en contacto con ese Piana. Porque yo no conozco a Piana…

—¿Sabes una cosa? —dice Jean-Félix retrocediendo imperceptiblemente—. Nosotros no frecuentamos mucho a los Ritals… Ni siquiera comprendo por qué Carlotti lo defendió en la sala de lo criminal… Sin duda por la publicidad. Eso del *play-boy* de la Costa Azul sonaba bien.

Frunce el labio blandamente, expresando su desaprobación.

—¿Carlotti, el abogado de Marsella? —inquiere Charlot.

—Pues sí, Carlotti, un primo… el amigo de Antoine. Tal vez él pudiera ayudamos. Claro que habrá que largarle una tajada. De lo contrario, invocará el secreto profesional.

Charlot hace una mueca.

—Si vamos a ser cincuenta a repartir, el golpe no va a valer la pena —dice Charlot.

Jean Félix Murraciole frunce el entrecejo, señal de una intensa maceración cerebral. Le cuesta, pero al fin llega.

—Tengo una idea —sugiere—. Voy a consultar con Antoine. Así él, como quien no quiere la cosa, sondeará a Carlotti. No me extrañaría que Piana lo hubiera hecho llamar desde su evasión.

—Buena idea —aprueba Charlot.

El barman se acerca a preguntar qué quiere: un Vittel-Cassis, por beber algo. Tan pronto como se ha alejado, Charlot continúa:

—Yo había pensado en el pequeño Pascal… Varias veces ha pernoctado en «La Murène». Tal vez sea él quien ha preparado el golpe de Piana…

Jean-Félix se yergue desdeñoso.

—¡Palabra que pareces tonto! Pascal es un macaco, no sirve para esos trucos.

Charlot ignora el insulto. Lo encaja como si nada.

—Bueno, ya sabes… Es tan sólo una idea que se me ha ocurrido. Lo que me hace falta es localizar a Piana lo antes posible antes de que corten las joyas. A menos que haya sido Albert Rizzato quien

haya preparado el golpe. Tal vez conocía a Piana de Marsella…

—No —le interrumpe Murraciole—. Albert es corso y los Ritals…

—Ya lo sé —corta a su vez Charlot *el Lionés*—. Pero ante un buen montón de dinero, el racismo… Me comprendes, ¿no? En cierto modo, importa un higo. Vamos, creo yo.

Charlot y Jean-Félix reflexionan mientras sigue corriendo el tiempo… Charlot casi empieza a considerarse como el Napoleón de los soplones, hasta tal punto le parecen bien preparadas sus tropas. Al abogado Carlotti van a atacarlo por varios frentes. Él tendrá una buena oportunidad de encontrar a Sergio Piana y dar satisfacción a Borniche. Sabe que por discreción no le preguntará el nombre de su delator. Eso sería contrario al código del medio.

Cuando detengan a Sergio Piana, Charlot *el Lionés* no inspirará más sospechas que Jean-Félix Murraciole, Luis *el Artillero* o Antoine Guérini. No encajará los golpes. Y cobrará la prima de Frokian.

Tiene de qué regocijarse.

Y por último, gracias a Jean-Félix, el asunto no se presenta tan mal como él temía. Borniche ha acertado acudiendo a la residencia «Anita». Los dioses están con Charlot.

Jean-Félix sopesa las posibilidades que tiene de untarse de paso, sin correr riesgos. Ya que Charlot tiene un encubridor que espera las joyas, hay que ponerse en contacto urgentemente con Carlotti a través de Antoine Guérini… Lo fastidioso es que *el Artillero* está en camino. Pero, ¿es que en el fondo tienen necesidad del *Artillero*? Si Charlot ha convenido una cita con él es tan sólo para ponerse en contacto con Antoine. Y eso puede hacerlo Jean-Félix… Él solo. Sí, completamente solo. Y entonces, si todo marcha bien, cobrará la mitad de la parte de Charlot. Cinco millones. ¡Caramba! Precisamente es el importe de la prima que ha ofrecido la víctima del robo…

No, no necesitan al *Artillero*.

—Escucha, Charlot —dice de repente Jean-Félix—. De todos modos, yo me quedo aquí. Si *el Artillero* viene, le explicaré el intríngulis. Si quiere ir a verte, irá. Pero si tienes prisa…

Charlot no necesita consultar su reloj para saber que tiene ganas

de pirárselas. Ahora ya no tiene más que esperar. A fuerza de pensar, está convencido que el golpe lo ha dado alguien que se encontraba en el hotel de «La Murène». El circuito está cerrado. Carlotti, el abogado de Piana, frecuenta «La Murène» como cliente, naturalmente… Pero también es amigo de Rizzato y de Baldacci. Por una singular coincidencia, uno es el *maître* de hotel de «La Murène» y el otro un cliente.

En la mente de Charlot todo está claro. Esos dos han conocido en su día a Piana. Una vez que se ha evadido, éste se ha puesto en contacto con ellos o tal vez con uno, que es el que le ha sugerido el asunto.

Rizzato es el que se encuentra mejor situado, ya que vive en el hotel. Deja entrar a Piana por alguna de las puertas secundarias. Lo oculta en el balcón. Y una vez dado el golpe, lo ayuda a escapar.

Albert es un vicioso.

Sobre todo es un tipo que no se rendirá muy fácilmente ante los polizontes. Pero si la Policía sospecha e investiga su pasado, está frito y quién sabe… ¡El equipo Pédroni pega duro!

En la costa se le recuerda por el asunto de las joyas de la Bégum… Mémé Ruberti había entrado en el despacho del juez Sacotte.

—¿Le han pegado, Ruberti?

—No, señor juez de instrucción. Me he caído por unas escaleras.

Realmente es un hombre, ese Ruberti. Y también sin duda Rizzato, pero nunca se sabe. De cualquier modo, Baldacci no es de ese temple. Resulta más maleable.

Tal vez a Borniche le interese interrogarlo.

Tanto mejor si canta la gallina. Como quiera que sea, tan pronto como sepan que sospechan de él, los otros empezarán a hablar entre ellos. Entonces, por intermedio de Murraciole o del *Artillero, el Lionés*, hará su agosto y podrá transmitir los frutos a Borniche… Bien, no hay que perder tiempo.

Charlot vacía la copa de un trago y consulta el reloj.

—Tienes razón —asiente—. Además, mi mujer me espera. Si *el Artillero* aparece, esta tarde estoy en mi casa. De lo contrario…

Ya sabe que *el Artillero* no irá a verle y que Murraciole va a contarle un cuento para quedar solo en el asunto.

—Ciao —dice Jean-Félix, levantándose al fin y guiando casi a

Charlot hasta la puerta—. Le diré todo eso, pero por mi parte, me ocuparé de lo que acabamos de hablar.

Charlot *el Lionés*, con su paso majestuoso, enfila la calle de Antibes, más seguro de sí mismo que nunca. Jean-Félix, en el umbral del «Petit Carlton», lo mira alejarse. Tan pronto como da vuelta a la esquina, Jean Félix entra de nuevo en el bar.

—Vuelvo en seguida —dice al barman—. El tiempo de ir a comprar un periódico. Si viene *el Artillero*, dile que me espere.

Jean-Félix Murraciole se dirige despacio a la calle de los Belges, da la vuelta al conglomerado de casas, finge absorberse, el tiempo suficiente para echar una ojeada a su alrededor, en la contemplación de la placa conmemorativa de la iglesia Notre-Dame-de-Bon-Voyage, que recuerda que Napoleón vivaqueó en aquel lugar a su retorno de la isla de Elba.

Por último entra en el edificio de Correos. Cogiendo una guía se la tiende a la empleada.

—Perdóneme —dice—, quisiera telefonear al hotel «La Murène» en Juan-les-Pins, pero no sé leer.

La empleada, dócil, se encoge de hombros con un gesto suave de menosprecio. Busca el número, lo marca, levanta la cabeza y ordena:

—¡Cabina 2!

Mira un segundo, divertida, cómo Jean-Félix telefonea con ademanes exuberantes, detrás del cristal de la cabina. Esos corsos…

—¿Está el comisario Pédroni? —pregunta Jean-Félix.

Al cabo de unos segundos:

—Soy Jeannot, señor comisario. Tengo algo importante que decirle. ¿Podemos vemos?

Ludwig Baerhof nunca ha estado en una fiesta semejante. Mientras en el hotel «La Murène» todos se muestran consternados, él se estira, se despereza, prolonga sus vacaciones. La víspera debería haber vuelto a Zúrich. El comisario Pédroni, al retener a todo el mundo, lo ha salvado.

Ludwig Baerhof tenía poco dinero en la caja. Apenas cien mil

francos franceses, moneda desvalorizada. Su buen dinero suizo no sale nunca del compartimiento especial dispuesto en el portamaletas del «Porsche». Claro que no le ha gustado el robo. Sólo en Francia pueden ocurrir cosas semejantes. Su amigo Zeyer, apoderado del Banco Union Suisse, se ha reído con ganas cuando Baerhof le ha contado por teléfono la historia de esa pretendida caja fuerte, en realidad una lata de sardinas colocada entre dos tablas en el cuarto de baño de la señora Mag…

Pero lo principal no es eso. Lo esencial es Gisèle. Desde que se encuentra enclaustrado en «La Murène», Baerhof no para de hacer el amor, hasta el punto que hay veces que sus piernas musculosas de naturista deportivo casi no pueden sostenerlo. Sus retozos puntúan el servicio de la camarera. La confusión general en él hotel en estado de sitio, ha desatado en este suizo, amigo del orden alemán, una pereza erótico-latina absolutamente inesperada.

—Gisèle —murmura.

Tiende el brazo a través del lecho vacío y abre un ojo. Ya no sabe si es por la mañana o por la tarde. De lo único que está seguro es que Gisèle no se encuentra allí y que tiene sed. Echa una ojeada a la botella de rosado que ha dejado en la mesilla de noche… Vacía. Pues el suizo Ludwig Baerhof no bebe el vino en esos cubiletes vigentes en su patria, sino en botellas. Él mismo se asombra de lo que califica, con una risa complaciente «mi inesperada inclinación por la orgía».

Por su parte, Gisèle Venturi no puede más.

—Un poco más —le dice su compañera Alphonsine mirándola de reojo—, y acabarás en el sanatorio como mi pobre marido…

Gisèle ha estado a punto de perder el conocimiento mientras limpiaba la bañera del 6, la de los Meyer. Baerhof la agota. Y mientras que él bebe, come y se recupera, ella pasa el tiempo limpiando habitaciones que nunca estuvieron tan sucias como ahora que el hotel parece una plaza fuerte asediada. Los policías y los periodistas lo ensucian todo.

—Todos son unos cerdos —dice Alphonsine—. Y además, ni una mala propina.

Gisèle no puede con su alma, pero tampoco es capaz de evitar el reunirse con su Ludwig tan pronto como tiene un momento libre. La otra noche soñó que él la cogía mientras hacia la cama de la 11, la

del escritor belga que los miraba con aspecto burlón. Su exigente cuarentena se siente colmada más allá de todo lo que podría desear. Está tan débil que ha de hacer un esfuerzo para comer. Sufre distracciones inauditas. Ayer respondió con un «Sí señora» al señor Théodose, que lo tomó a broma y se echó a reír pensando sin duda, ante su aspecto desorbitado, que los acontecimientos le habían perturbado la mente.

No son los acontecimientos, es Ludwig.

Ahora ya ni siquiera necesita llamar. Es ella quien, tan pronto como tiene un momento, acude para ver si necesita algo. Vino o cualquier otra cosa. En general son las dos cosas. ¡Y pensar que a pesar de todo aún no ha subido en el «Porsche», en ese «Porsche» que se burla de ella tan pronto como se asoma a la ventana, realmente deslumbrador junto a los polvorientos vehículos de los polis!

—¡Gisèle!

Es él quien llama, detrás de la puerta. ¿Cómo habría adivinado que le lleva una botella de rosado en un cubo de hielo? Al entrar, corre tras ella el pestillo. En efecto, es lo mejor. Semiincorporado en el lecho, él la mira con ojos de loco. Su rostro sin afeitar tiene un aspecto bastante inquietante. Apenas ha puesto Gisèle el cubo cerca de la cama, él la coge y la falda es tan corta que no tiene que hacer gran esfuerzo para desnudarla. Ella ni siquiera sabe si tiene ganas o no. Se sumerge en la nada. «¡Señor, qué casa de locos!», se dice. Baerhof la aplasta bajo su peso, con jadeo animal. Gisèle piensa que esta mañana no ha hecho la cama. Y después ya no piensa en nada.

Pascal Baldacci camina por el bulevar de Arene, cerca del mar. La canícula de este domingo de agosto transforma en goma de mascar el asfalto marsellés. Pascal Baldacci suda. El sudor le pega a la piel su camisola burdeos y su pantalón de gabardina azul cielo. Tiene los pies hinchados dentro de sus zapatos de cocodrilo. Y se enjuga con frecuencia su ancha frente.

Y, sin embargo, no aminora el paso. No se siente tranquilo.

Desde que su nombre, obtenido en los registros del hotel de «La Murène», ha aparecido en la Prensa ya no duerme.

Tiene miedo.

Ayer mismo, por segunda vez en un día, acudió a su casa un policía por «necesidades del sumario». Un tipo alto, con el pelo rizado, que no tenía acento corso…

Pascal Baldacci practicaba su petanca diaria a la sombra del fuerte Saint-Jean cuando su mujer le avisó de la visita. Ha creído prudente pasar la noche en casa de un amigo, el tiempo necesario para acudir a enterarse, cerca de un poli compatriota, lo que quieren de él. En la citación la orden era imperativa. Incluso las palabras «presencia indispensable» aparecían subrayadas con doble trazo rojo.

A Pascal Baldacci no le gustan las gestiones de ese tipo. Por experiencia sabe que cuando uno acude al Eveché, nunca se está seguro de volver a salir. Y prueba de ello es lo que le ocurriera en el mes de abril del pasado año.

El bar-restaurante de la Traverse-du-Moulin-à-Vent se encontraba en pleno apogeo. Con inteligencia, Pascal había transformado las tres habitaciones del primer piso en lugares de acogida para la clientela norteafricana. Tres camareras los atendían. El negocio prosperaba a ojos vistas. Hubieran llegado a colmar de felicidad a Pascal si el comisario Pédroni no hubiera actuado de aguafiestas informando sobre el establecimiento a la brigada contra el vicio.

El pecadillo de Baldacci se vio castigado, con gran sentimiento de la clientela, con un mes de cárcel y el cierre definitivo del tugurio. Desde entonces Pascal ha aprendido a mostrarse prudente.

Ha enviado a sus muchachos a los puntos álgidos de la Costa Azul, a Saint-Tropez, a Cannes y a Juan-les-Pins, adonde afluyen turistas y marinos de la escuadra norteamericana. La pintoresca personalidad de Gaston la Raclette, rufián parisiense, titular de la exclusividad de la prostitución en Villefranche y en Menton, le ha impedido llegar más lejos en este terreno. Es una lástima ya que las arribadas en la magnífica bahía de Villefranche superan todos las esperanzas.

En el carnet de identidad de Pascal Baldacci se lee «pintor de barcos» en el apartado de «profesión». Los bolsillos le rebosan de facturas absolutamente fantásticas, destinadas a eludir las leyes sobre proxenetismo. Sin embargo, a pesar de todas estas precauciones, sabe que al comisario Pédroni no podrá engañarle

respecto a sus actividades. Va a hacerle unas preguntas sobre sus estancias en el hotel «La Murène», sobre el empleo de su tiempo la noche del robo, sobre sus conocimientos, sus relaciones… ¿Acaso no ha sido desde hace veinte años amigo de Albert Rizzato?

Pascal Baldacci ha dudado mucho tiempo antes de ir a «La Murène». Demasiado elegante para él Antoine Guérini y Albert Rizzato fueron quienes insistieron. De lo contrario ni que decir tiene que jamás hubiera puesto los pies. Y ahora estaría tranquilo.

Pascal apresura el paso. Se ha citado con su mujer en un rincón discreto del bar «Sévigné», desierto en esta tarde de domingo. Desde allí se ve venir…

Rose le traerá algo de ropa limpia. Y sobre todo le dirá qué pasa con esa historia de los polis. Después ya verá.

En un solar, cerca del bulevar, una madre de familia pasea a sus hijos. El mayor debe de tener unos diez años. Salta a pies juntillas sobre un somier metálico abandonado en medio de unos hierbajos leprosos. Algunas gaviotas atraviesan el cielo uniformemente azul lanzando su graznido de contraseña.

A Pascal Baldacci no sólo le preocupa la convocatoria de Pédroni. Lo más grave es que con el ruido que han hecho alrededor de su nombre, ahora el Medio sospechará que es cómplice en un golpe importante, o al menos de haber contribuido a darlo. Y eso es realmente peligroso.

Porque en la Costa el racket funciona a pleno rendimiento.

Le van a pedir cuentas. Querrán tener parte. Y sobre todo que los jóvenes lobos de ahora hincan de veras el diente. Y además, no se cansan los muy asquerosos. La época de los atracos a los furgones está acabada y sepultada. Con los nuevos dispositivos de los Bancos, la cosa se hace cada vez más difícil. Lo que rinde es el asalto armado a un restaurante o a un bar elegante, el castigo a la bolsa del propietario. Si quiere que sus locales sigan intactos, incluso su propia persona, tiene que ceder. Tiene que pagar la multa impuesta. Y en la Comisaría no se presentan denuncias. Un negocio realmente productivo. Y el nuevo estilo enloquece a los viejos truhanes, pero ¿qué pueden hacer?

—A estas horas —se dice Pascal Baldacci— habrán vuelto a Rizzato como un calcetín. Su pasado ocupa páginas y más páginas de sumarios. Se sacan a relucir sus relaciones con los Guérini, Antoine, Mémé y los demás corsos…

La sombra de la pequeña estatura de Baldacci se perfila en el suelo de asfalto, lo sigue… Y, de pronto, se desdobla.

—¡Pascal!

Él se vuelve sorprendido.

Esta voz seca, imperativa, que surge en medio de sus pensamientos, lo paraliza.

—¿Pédroni? No.

Un hombrecillo con sombrero marrón, ojos negros, rostro atezado y vestido completamente de azul. Un corso, sin la menor duda. En la mano un colt. Pascal no comprende nada.

—¡Ven!

—Pero…

La voz se hace aún más dura.

—Te digo que vengas. Y sobre todo no grites.

A una decena de metros, espera un vehículo que Pascal no ha *oído* llegar. Tiene la garganta apretada. Con razón tenía miedo de toda esa historia de polizontes. Vienen a recogerle por el asunto de «La Murène». En vez de huir hubiera sido mejor que acudiera a la citación y explicarse con lealtad al Eveché, tratar de negar su culpabilidad en el robo… No tienen ninguna prueba contra él…

Se abre la portezuela trasera del vehículo. Pascal Baldacci, siempre bajo la amenaza entra en el coche y se sienta detrás. Junto a él hay otro hombre que no conoce. También armado. Al volante, un joven rubio, cuyo rostro no puede distinguir.

Ahora Pascal Baldacci se encuentra sentado entre los dos desconocidos. Se asombra. Sus ojos desorbitados interrogan.

No tienen el aire de ser de la Policía.

Pero hoy día, se dice, nada diferencia a un truhán de un policía y a un policía de un truhán. Se visten igual, frecuentan los mismos establecimientos, adoptan las mismas actitudes, gestos iguales, la misma forma de sostener el cigarrillo…

El coche arranca.

Lentamente toma el camino desigual del solar. Pascal ya no comprende nada.

El vehículo sigue el bulevar todavía doscientos metros y después se para. Se abre la portezuela trasera. El hombrecillo, el que lo ha amenazado hace un momento, baja tranquilamente.

—Ven —le dice—. Quieren hablarte.

Pascal obedece. Cada vez comprende *menos*. La Policía no actúa de esta manera. A menos que…

Le viene a la memoria una historia semejante. Fue hará unos dos años. Su amigo, Jules *el Negro*, el duro, el terrible *Jules, el* señor del asalto, el enemigo jurado de los polizontes contra los que disparó varias veces, Jules que nunca ha confesado, a Jules le pescaron un día al salir del bar de la calle Longue. Le obligaron a subir a un coche. Los policías no toman el camino del Eveché. Nada de eso. Con el pretexto de una confrontación, lo conducen al bosque de Cuges-les-Pins, un auténtico desierto. Allí nadie puede oír las preguntas ni las respuestas, los golpes o los gritos… Jules sigue mudo. Entonces un poli se acerca a él, le aplica a la sien una pistola de gran calibre. Su mirada está rebosante de amenazas, tiene las mandíbulas crispadas; en ese instante fatídico los asistentes se muestran tan graves que Jules se da cuenta de repente que va a morir. Y confiesa. Los policías, aliviados al fin por haber obtenido las confidencias del truhán, lo llevan de nuevo a Marsella. Y allí, ante su inmensa estupefacción, Jules, a pesar de toda evidencia, se burla de ellos. Afirma que no ha dicho nada, pretende que lo han soñado. A fuerza de negativas, logra que lo pongan en libertad. Ni que decir tiene que se niega a firmar ninguna declaración ya que, según afirma, ni siquiera ha abierto la boca… De cualquier forma, no ha denunciado a sus cómplices, no ha admitido su participación en la agresión…

En esta ocasión será igual. Quieren obligar a Pascal recurriendo al miedo, obligarle contra su voluntad a hablar del robo de joyas en «La Murène»… del lugar en que se encuentran esas joyas…

—¿Quiénes son ustedes? —pregunta.

Se ha recuperado algo. En el centro de la ciudad las amenazas no pueden ir seguidas de ejecución. Se oiría, se vería…

Pascal se equivoca.

Por toda respuesta, restalla una detonación, fantasmagórica, en los desmontes. La bala se incrusta entre las cejas, haciendo añicos las gafas de sol. Estalla la caja craneana. Pascal Baldacci se

desploma. Aún recibe otros tres balazos: en la barbilla, en el corazón y en la ingle.

Uno de los bolsillos de la camisa, en el que lleva un paquete de cigarrillos se quema por el tiro a bocajarro. La sangre llena de salpicaduras su pantalón de gabardina, tan cuidadosamente planchado. En cuestión de segundos, Pascal Baldacci se convierte en un colador, pasa a un mundo que se dice mejor, donde jamás le pedirán cuentas, ni la Policía ni el Medio.

Ahora ya su cuerpo yace, con la mirada fija en el cielo, en medio de hierbas secas, cerca del somier desfondado sobre el que hace un momento jugaba un niño. A lo lejos, la madre de familia que ha asistido aterrorizada a toda la escena, huye gritando como un animal perseguido.

En este domingo soleado, el asunto de «La Murène» cuenta con un sospechoso de menos, pero con un misterio de más.

XII

—¡Muerto a tiros!

—¿Cómo?

—¡Le digo que muerto a tiros! ¡Rematado, vamos…! Lo han encontrado con los brazos en cruz en un solar de Marsella… ¿Qué dice usted de esto?

La voz de Charlot *el Lionés* jadea en el aparato.

Encajonado ante el mostrador de «La Rédoute», entre la pared, rebosante de dichos provenzales y mi vaso vacío, aprieto el auricular contra mi oído para evitar el tumulto de la sala mientras que la mano experta de un Gino, prosigue, por encima de los vasos, su *ballet* de pastís. Ran… otra ronda. Desfila toda una hilera de vasos. Realmente, esta botella de aperitivo es una mina de oro.

Son las ocho de la tarde. Los periodistas empiezan a tener hambre. Se disponen a sentarse a la mesa. Todos están aquí. Los de *Le Figaro* y de l'*Aurore*, los de *France-Soir* y el *Le Parisien libéré*. Y todavía otros de *France Dimanche*, de *Détective* y qué sé yo… ¡Una avalancha sobre «La Rédoute»! Para albergarlos, Gino ha desalojado de sus habitaciones a unos eventuales parásitos cuya partida había retrasado la huelga de la SNCF. La ocasión era demasiado buena. Un poli en su casa encargado de la investigación sobre el robo de «La Murène» representa otra mina de oro, después de la inagotable botella de pastís… Y ¿a quién corresponde ahora la ronda?

Es indudable que soy como un imán… Los periodistas beben, comen, fuman, telefonean, hinchan constantemente las notas de gastos. Todos los días, Gino aparece en la primera plana de los periódicos. Es la consagración.

Con unos guiños cómplices, destila sus informaciones a los parisienses igual que a doscientos metros de aquí, el hotel

«Négociants» donde se aloja el equipo marsellés, distribuye los suyos.

Ya no se trata de la guerra de los policías. Es él combate de la Prensa.

Se afrontan dos clanes muy distintos, pluma en ristre. El de los parisienses, el mío, en «La Rédoute»; el de los otros, los meridionales en el «Négociants». A fuerza de comunicados, auténticos o falsos, a menudo más falsos que auténticos, los directores mantienen en suspenso a toda Francia.

El asunto de «La Murène» ha sobrepasado nuestro ámbito. Ha adquirido dimensión nacional. Los vendedores de periódicos se desgañitan como nunca. Gino —*la-Vedette* se muestra hasta tal punto complaciente como para dejarse fotografiar en el umbral de su establecimiento.

Lo interrogan, lo buscan y le asedian. Concede un autógrafo tras otros, mientras que las entrevistas a su competidor, que provocan en él terribles muecas, desbordan las ondas de Radio Montecarlo. Todo va como la seda… para él. Pero no ocurre lo mismo con nosotros. De un momento a otro, espero recibir los reproches directoriales.

—¿A quién han apiolado?

Ante mi exclamación, en la sala se hace un súbito silencio. Todos los entrecejos están fruncidos.

—¡A Baldacci! Al pequeño Pascal del que habíamos hablado. ¿No lo ha oído por la radio?

Claro que no lo he oído y con razón. Me he pasado este domingo de finales de agosto en «La Murène», con la secreta esperanza de descubrir el indicio prometedor. He parlamentado con Aristide, he discutido con Jean-Jacques, he sondeado a Trachelle… ¡Nada! Ni siquiera la más mínima sospecha sobre nada. Lo único que me parece realmente demostrado es que los ladrones no escalaron el balcón. Entraron por el hotel.

Pero la fotografía de Sergio Piana que siempre llevo conmigo y que exhibo con cualquier excusa a todo el mundo, no significa nada para nadie.

Nadie ha visto nunca a Sergio Piana en «La Murène».

—¿Y tú qué crees? —le pregunto.

El interrogante permanece unos instantes en el aire. Luego la

voz de Charlot se escucha otra vez ronca:

—Que tal vez tenga usted razón. Tal vez Pascal dio la voz y lo liquidaron en el momento del reparto… Oiga, ¿no nos estarán escuchando?

—No, no. No corres ningún peligro.

—Está bien… ¿Lo ha pescado, al menos?

—Naturalmente.

Hablo con monosílabos para desorientar a los periodistas. De lo contrario se me vendría encima una avalancha de preguntas.

A mis espaldas, el silencio se ha hecho denso por la atención.

—Es que ahora los puentes ya están cortados —prosigue Charlot—. Vamos a suponer. Si esto viene del compinche de Pascal, ya me entiende, del *maître* de hotel… Pues bien, estamos fritos… Los nuestros no hablan.

—Desde luego —digo.

—Y tal vez se hayan cargado también al Piana en el momento de la entrega de las joyas. Sigue sin descubrir a ése, ¿no?

Exactamente, seguimos sin encontrarlo. Sergio Piana sigue aún invisible. Pero la sugerencia *del Lionés* suena de una manera desagradable. Si sus suposiciones son una realidad, puedo despedirme de las joyas de «La Murène».

A mi alrededor, el círculo se ha cerrado. Todos los oídos tratan de captar las gangosidades del aparato.

—Lo que no acabo de comprender es que no esté usted al corriente —prosigue Charlot *el Lionés*—. Fue Pédroni quien citó a Baldacci al Eveché. Debía de tener alguna idea…

Es el uppercut al hígado, me hace vacilar. ¡Que Pédroni había citado a Baldacci! A espaldas mías. ¡Y eso que pretende que está jugando limpio conmigo!

¡El muy canalla!

Se lo haré pagar… Pero, en definitiva, ¿acaso yo me he portado francamente con él? ¿Le he hablado de mi visita a Charlot *él Lionés*? En el fondo, estamos iguales. Un punto para cada uno.

—Te llamaré mañana —le digo—. Tengo que reflexionar sobre todo esto.

Cuando cuelgo el auricular en su zócalo, las preguntas fluyen de todas partes. Ya no tengo nada que ocultar. La radio ha anunciado el descubrimiento del cadáver. Bebo un sorbo de pastís. Luego

hablo, midiendo mis palabras.

—Es la Comisaría de Marsella. Acaban de informarme que se ha encontrado el cadáver de Pascal Baldacci. Se alojó varias veces en «La Murène»… Y eso es todo. No sé nada más.

—¿Es por esto que parece usted tan fastidiado? —pregunta René Delpêche, de *France-Soir*.

Me vuelvo y me quedo mirándolo.

—Póngase en mi lugar. Baldacci era un posible sospechoso en relación con el autor del robo. Ahora, todo ha terminado.

—No sé de qué se queja —alega Charles Beaudouin, de l'*Aurore* —. Ya tiene un sospechoso menos.

De acuerdo. Pero esto no soluciona nada. Por el contrario… Buen apetito, señores.

Yo no tengo hambre. He vuelto a mi habitación sin cenar. Estoy acodado en el alféizar de mi ventana. A lo lejos, a través de los andamios que ocultan en parte la vista del bulevar, descubro densas nubes sobre el mar. El haz del faro de Antibes barre con regularidad los inmuebles vecinos. Un tren, confío en que sea el último, hace temblar el puente metálico y los cristales de mi ventana. Se lleva hacia París la tarjeta que acabo de garrapatear rápidamente para Marlyse, hace un momento.

Me aburro.

La necesito. Necesito su presencia, su cuerpo, su apoyo.

¡Si al menos tuviese teléfono en la habitación! Pero, ¿cómo hablar desde abajo, donde todo el mundo discute o escucha? ¿Cómo murmurarle las palabras que le decía al oído durante nuestras tres semanas de vacaciones?

Si tuviera valor le escribiría una larga carta para confiarle mi tristeza, mi desaliento. El deseo que siento de abandonar esta región donde todo me parece ficticio, superfluo… Me traslado de nuevo a Fouras. Las mareas, los paseos después de cenar con las manos cogidas, la tortilla noruega… ¡Qué lejos está todo eso!

Charlot *el Lionés* me ha puesto triste. Tengo que empezar desde cero. ¡Y además desconfiando de Pédroni!

Estoy solo.

Sólo en medio de esta fauna adinerada, de la otra fauna a secas,

sólo sin ayuda, sin dinero o casi, obligado a evitar a los periodistas O a los testigos eventuales para no tener que pagar mi ronda.

Sólo contra todos para quienes soy el enemigo, a pesar de las amables sonrisas que me prodigan. Enemigo de los clientes de «La Murène», del personal, de la dirección. Enemigo de la Policía marsellesa. He sido enviado por la Dirección para supervisar, de acuerdo con la expresión oficial, pero en realidad para espiar. Éste es el juicio que les merezco. Estoy seguro.

Tengo que encontrar a Sergio Piana. A cualquier precio. O a otro, poco importa. Estoy convencido de que el golpe tiene su origen en «La Murène». Ha sido indicado *in extremis*. Había una posibilidad contra cien mil de que Piana sepa dónde estaba la caja, ya que nunca frecuentó el hotel. Se lo han indicado. Entonces…

¿Y si no hubiera sido Piana?

Si fuera alguien que se le parezca de estatura, en corpulencia. Alguien que haya estado, coincidencia curiosa, vestido con un pantalón y una camisa idénticos a los de Piana. O de otro modo. Pues la señora Mag es miope, en extremo miope. Había dejado sus gafas sobre la mesilla de noche antes de dormirse. ¿Qué ha podido distinguir de los ladrones dentro del foco de la linterna? No mucho. Acaso confundiera los colores o se mostrara influenciada por las señas de Piana aparecidas en la Prensa algunos días antes…

Queda la voz, una voz con acento italiano o sudamericano. Una voz que se destaca. Y ahí está el misterio. ¿Quién hubiera podido imitar de una manera verosímil en «La Murène», una voz semejante? Después de pasar revista a todo el personal, no encuentro a nadie con las condiciones adecuadas… ¿Acaso Trachelle? El barman parisiense es alto y joven. Tal vez sea un buen imitador. Pero, en realidad, no lo creo en absoluto.

Lo que me sorprende es la forma como se ha llevado a cabo el robo. No corresponde al estilo de Piana. Él actúa en la sombra, con ligereza. No amordaza a sus víctimas ni las ata…

¿Dónde estará ahora Sergio Piana, el famoso *play-boy* de la Costa? ¿Con los brazos en cruz, como Baldacci, en alguna parte de Provenza, en un lugar desierto donde un paseante descubrirá un día su cadáver en descomposición?

De él, de su culpabilidad o de su inocencia depende en lo sucesivo el éxito de mi investigación. Lo supe desde el principio.

Hay que encontrar a Piana, vivo o muerto.

Mañana telefonearé a Charlot para citarlo en «Chez Zaza», en Antibes. Un amigo común. Allí, nadie podrá vigilarnos ni sorprender nuestras conversaciones.

Es una *boîte* que se supone elegante, con sus filetes de pescado y sus bolas de cristal en el techo y sobre las paredes. Zaza le ha puesto de apodo «La lata de sardinas». Detrás del minúsculo bar de imitación en caoba, reina la mujer de Zaza, también de caoba, imperturbable, atenta tan sólo a la caja. Mylène, la camarera, exhibe unas piernas capaces de hacer pecar a un santo, debajo de sus faldas cortas y plisadas. En París conocí a esta chiquilla viciosa. Trabajaba en «Chez Zaza», en la calle Montmartre. Es el pilar del establecimiento. Pilar que, de vez en cuando, a Zaza le gusta sostener a su vez…

Debajo del bar, dos habitaciones para la clientela de paso. Se llega a ellas por una escalera disimulada. Charlot es quien me contó todo esto un día, entre dos copas de coñac, en el «Ange Rouge», calle Fontaine:

—Ya verá. Es un truco formidable. Los clientes están tranquilos. Y la bodega también: toneladas de cigarrillos americanos de contrabando. Hay que vivir, ¿no?

Naturalmente que hay que vivir y por eso la Policía cierra los ojos y sólo pide a Zaza, a cambio, algunas pequeñas informaciones. Sí, allí es donde tengo que ver a Charlot mañana…

… Me sobresalto. Un estruendo en la escalera. Se diría que una masa cae una y otra vez sobre los peldaños. Golpes violentos en mi puerta. La voz de Gino:

—¡Abra, señor inspector!

Abro. Gino resollante, bizqueando, lo suelta al fin:

—Acabo de recibir un recado telefónico para usted. El comisario Vieuchêne estará aquí mañana, al mediodía.

—Gracias —le digo, cerrando la puerta de golpe.

Es «mierda» lo que pienso.

Vieuchêne en el lugar del suceso. No faltaba más que eso.

—Esta vez necesito el dinero —dice Casta—. Ya han pasado quince días.

—Te digo que no lo tengo —alega Collobrière—. Un contratiempo…

—Escúchame, François. De acuerdo que seas lo bastante estúpido para perder cien grandes en el juego. De acuerdo también que yo haya sido lo suficientemente idiota para prestártelos. Pero con lo que ya no estoy de acuerdo es que después de quince días aún no me los hayas devuelto… Y no te olvides que son cinco grandes.

Desde su terraza de la «Résidence du Loup», amueblada con una mesa y cuatro sillas de junco, Collobrière dice señalando el «Buick» de Casta, aparcado en la avenida del parque:

—De cualquier forma, no me irás a decir que estás en las últimas.

—Puedes creértelo. Esta noche necesito el dinero.

—Escucha, Casta, voy a explicártelo. Todo este retraso se debe a la historia de «La Murène».

—¿Qué diantres tienes que ver tú con «La Murène»?

—Verás… ¿Conoces a mi amigo Patrick, a Patrick Meyer? Tenía que presentarme a su suegro. Y su suegro es Frokian, el tipo que ha perdido cien millones en el asunto. Contaba con él para devolverte el dinero. Comprenderás que no es el momento…

—Me importa un rábano. Arréglatelas.

—Dame ocho días.

—No.

François Collobrières cierra los ojos. Su cara de lobo está desencajada por el miedo. Ha visto en acción al equipo de Casta, el usurero. Jim, el barman del «Étoile de Mer», no tenía más que un diente cuando salió de su casa. También él había perdido en el juego. Pidió prestados a Casta tres millones. Los dientes rotos correspondían a un día de retraso en el pago.

François Collobrières no es un duro ni un héroe.

Casta se ha encasquetado su pequeño sombrero de paja que había depositado cuidadosamente sobre la mesa al llegar.

Tiene irnos labios tan sumamente delgados que cortan cada una de las palabras al vuelo.

—Esta tarde, a las cinco, en «La Marine» —concluye—. A las cinco y cinco grandes. No lo olvides.

Collobrières ve alejarse silenciosamente el «Buick» por la

alameda. Sabe que encontrará el dinero. Incluso mucho más dinero. No necesita más que bajarse para cogerlo. Pero, ¿cómo lograrlo en un plazo tan corto? Él, Collobrières, millonario en potencia, va a permitir que le rompan la cara por cinco billetes… Mira a su alrededor tristemente. Este apartamento ya no es suyo. Su maleta estará rápidamente hecha. Sin embargo, le gustaba mucho esta «Residencia du Loup». Justamente bastante lujosa y un algo de crápula. Pequeños secretos que sorprender y como consecuencia pequeños beneficios aquí y allá. Jóvenes apuestos y damas maduras a placer, un vaivén divertido, no como en esas siniestras residencias para familias burguesas.

La «Résidence du Loup» era Juan-les-Pins. Una mezcla de dinero y de nalgas que cosquilleaba el alma del cínico filósofo que François Collobrières alardeaba de ser. Iba a tener que abandonar todo ello sin duda por bastante tiempo. Al menos hasta encontrar los cinco millones. Pero entonces necesitaría siete, o tal vez ocho… Los intereses aumentaban rápidamente en estos casos y Casta no necesitaba máquina de calcular.

Collobrières se pregunta qué tren va a coger. Donde quiera que esté, conoce el horario de todos los trenes. Esto puede ser muy útil en caso de partida precipitada. La prueba… Se dirigirá a Grenoble, y desde allí hacia Annecy. Los aires de la Saboya ahuyentarán los miasmas de la Costa.

—En el fondo —dice para sí—, la Saboya, por unos días, es soportable.

En todo caso, más soportable que el trato favorito del equipo de Casta.

A Vieuchêne lo esperaban. Ha venido. Está aquí. Con la tez bronceada, casi cobriza. El vientre como una proa sobre una bermuda estampada de flores. Se ha instalado en la terraza del bar del Casino, frente al mar, con una chaqueta de tela esponja anudada por las mangas sobre los hombros. Ha aparecido en Juan-les-Pins exactamente a las doce y siete minutos, procedente de no se sabe dónde, al volante de su cascajo petardeante que traga más gasolina que kilómetros.

Se ha detenido frente a «La Rédoute», ha llamado con unas

palmadas al portero, ha rezongado al saber que yo no estaba allí, ha empuñado de nuevo el volante de su máquina y, mejor o peor, ha aparcado delante del «Tagada». Y al llegar yo al hotel, se me han transmitido al punto las instrucciones de ir a reunirme con él. Un buen funcionario debe seguir las directrices jerárquicas. He obedecido.

Y heme aquí junto a él, dispuesto a soportar el fuego graneado de sus preguntas.

—Vamos, Borniche, empiece. Me gustaría conocer sus conclusiones.

El comisario Vieuchêne se arrellana en su butaca, agita los dedos de los pies dentro de sus sandalias legendarias y saborea su pastís.

—Todo indica complicidad en el interior, jefe. Sergio Piana no ha podido actuar al azar. Hay un indicador dentro. Con Pédroni trato de descubrirlo… Pero no es fácil…

El «Gordo» se reclina sobre su respaldo y levanta la mano.

—Ya lo sé —dice—. Si fuera fácil no tendrían necesidad de nosotros. ¿Y bien?

Le expongo con todo detalle mis comprobaciones, mis conclusiones. Siempre amable, me dice que estoy perdiendo el tiempo, que ya ha leído los periódicos.

—Vamos, abrevie, Borniche. ¿Tiene para mucho?

Algo desconcertado, lo miro en silencio. Luego, valerosamente prosigo:

—En quinto lugar, a la señora Mag la ataron con un trozo de cuerda de tender ropa que cogieron del balcón.

—Hace un momento decía que el lugar era peligroso…

—Sí, para mantenerse. Pero la cuerda la cortaron cerca de la ventana… La señora Mag permaneció amordazada por lo menos cuatro horas…

—¡Ah!

—Es lo que ella ha declarado. Me parece algo excesivo, ¿no cree?

—¿Y la mordaza?

—¿Qué quiere decir con «la mordaza»?

—¿Seca o húmeda?

—Húmeda, según Tiret, cuando llegaron al lugar de los hechos. Naturalmente, los colegas de Marsella la encontraron seca. Las

muñecas y los tobillos de la señora Mag muestran claramente las marcas.

—¿Profundas?

—Bueno, según Tiret no demasiado… Sin embargo, lo suficiente para dejar huellas.

—Ponga esto en claro con ella, Borniche.

—Eso quisiera, jefe, pero se pasa el día durmiendo. Aún sigue bajo vigilancia médica y se atiborra de calmantes.

—¿Y Piana?

—De momento, ninguna noticia. Me he puesto en contacto con un informador de la Costa… Espero noticias suyas. También quería decirle que en la habitación del *maître* de hotel, Rizzato, he descubierto un cuchillo. Algo insólito, ¿no? Mañana lo interrogaré. En su presencia, si quiere.

Mi proposición provoca en el «Gordo» una mueca nada agradable.

—Imposible, Borniche. Tengo que marcharme después de haber puesto al corriente a la Dirección. Naturalmente, si preguntan por mí, acabo de dejarlo.

—Naturalmente, jefe.

—Le llamaré regularmente dos veces al día, a su hotel. Al menos trate de estar. Que no pase como esta mañana.

Ahora es a mí a quien toca hacer la mueca.

—Pero si estaba trabajando, jefe. Yo…

No me escucha, apura su pastís y se levanta. Compruebo que ya antes de mi llegada ha pagado su consumición. Podría confundírsele con M. Hulot de vacaciones. Me lo imagino en el servicio con esta indumentaria, tocado con su sombrero negro con reborde y provisto de su paraguas. Me contengo para no sonreír.

—¿Muchos sospechosos?

—Bastantes. Los resultados de los archivos llegan muy lentamente. Tengo la impresión que…

—No tenga nunca impresiones, Borniche. Lo que cuenta es la certeza. ¿Acaso tiene alguna en este momento sobre ese maitre de hotel? Que yo pueda anunciar a la Prensa…

—No, jefe… En absoluto.

—Entonces me haría un gran favor deteniendo a Piana y a su cómplice, el indicador del golpe, y…

Realmente estoy harto, y no puedo contener mi amargura.

—… y encontrar las joyas, ¿no es eso, jefe?

El «Gordo» me contesta sin vacilar:

—¿Para qué está aquí, amigo mío?

Esto es verdad… Estoy aquí, desde luego aquí… Doy gracias a mi buena estrella por haber contestado al teléfono el otro día en mis dos piezas, oliendo a pintura…

Bruscamente me asaltan dudas sobre el resultado de la operación.

Estoy aquí, como dice el «Gordo».

Y me temo que por algún tiempo.

Vieuchêne se encamina de nuevo hacia su coche. Lo miro alejarse sin tratar de acompañarle.

De repente, ya no tengo apetito.

—¿Rita y el príncipe?

—Desde luego. Rita Hayworth y Ali Kan. Si no hubiera toda esa historia del divorcio, habrían venido. Al parecer, hace mucho que lo prometieron.

Los dos invitados de última hora a la gran fiesta que *Lady* Brandon ofrece en el *Kenya* para celebrar el vigésimo segundo aniversario de su amiga Jackie Craven, buscan febrilmente celebridades entre la multitud de *smokings* y trajes de noche.

—Ése es Glen Marsh.

—¿Tú crees…? ¡Oh, Louis!

La joven, admirativa, se aprieta contra su Louis que se yergue fachendoso, como si él fuera el protagonista de *Los Halcones del Oeste*.

Louis ha venido dos o tres veces a peinar a *Lady* Brandon y a Jackie Craven a bordo del *Kenya*, y ha tomado por una invitación la alusión que Jackie ha hecho a su cumpleaños… Tenía tantos deseos de asistir que ha confundido sus deseos con la realidad.

Claire, su mujer, y él han sido acogidos con frialdad por el encargado de la puerta. En fin, a pesar de todo están allí y él no sabe qué enseñar a Claire para hacerle olvidar su humillante situación en la escala del portalón mientras el encargado «va a ver».

Maurice Werner, el detective les lanza miradas aviesas. No le

gustan los invitados ocasionales. Sólo sirven para complicarle el trabajo. ¿Qué buscan éstos? ¿El Renoir o la plata? Tienen el aspecto inofensivo, muy simpáticos, pero ésos suelen ser los peores. No hay más que ver esa historia de «La Murène». Seguramente quien ha dado el golpe ha sido alguien por encima de toda sospecha. Borniche y los demás están perdiendo el tiempo con ese Sergio Piana. Sin embargo, Maurice Werner sigue la investigación muy de cerca. Si de paso pudiera ganar por la mano a los policías y embolsarse la prima prometida por Frokian…

—Te bautizo —dice la condesa de Vergne con su voz varonil—. ¡Un aniversario es un nuevo bautismo!

Rocía copiosamente a Jackie Craven con la botella de Krug que acaba de descorchar. En el puente del *Kenya*, la orquesta se desencadena. A esta hora de la noche, todo el mundo está embriagado y baila no importa cómo.

—Para, Louis —dice Claire—. La cabeza me da vueltas.

Pero él la arrastra, desencadenado. Arrebata una copa de champaña al paso y la vacía sin parar de bailar.

El corpiño de Jackie, que el champaña ha hecho transparente, se le adhiere a la piel revelando sus senos soberbios, que nada sostiene. *Lady* Brandon no aparta la mirada de ella. Tiene miedo de que alguien, varón o hembra, se la robe. Ya ha estado ausente dos días. *Lady* Brandon no durmió en toda la noche.

Claire se deja caer en una butaca. Un *play-boy* fatigado le pone una copa en la mano. Louis, desenfrenado, sigue bailando. A la segunda copa, el mundo vuelve a su sitio ante la mirada de Claire. La embriaguez que la domina la hace parecer serena. Sonríe contenta, pensando en la mañana siguiente, en que se lo contará todo a sus compañeras de la oficina. ¡Con el tiempo que hace que los ecos mundanos de *Nice-Matin* les ponen los dientes largos con las fiestas de *Lady* Brandon! Y también los rumores, éstos clandestinos… Claire esperaba encontrar cuerpos desnudos entrelazados de acuerdo con la impura tradición de sus sueños. Desde la víspera, sin decir nada a Louis, se estremecía de excitación ante la idea de cuanto iba a ver, de todo lo que iban a hacerle soportar…

Una tercera copa acaba por confirmar la decepción de Claire. Decididamente, no pasa nada. Desde luego, se bebe mucho. Claro

que hay mujeres que bailan juntas y se besan. Ni que decir tiene que Louis, obsesionado por sus contorsiones, no está para ver la mano del *play-boy* que le acaricia la nuca… Pero, de todos modos, esperaba otra cosa. En primer lugar, hay demasiada gente. La palabra aniversario le sugería una fiesta más íntima, donde ocurrirían cosas. No sabía exactamente qué, pero cosas…

—¿Cómo?

—¿Conoce la sala de baño en mármol rosa? —repite pacientemente el fatigado *play-boy*—. Vale la pena de ser vista. Venga, se la enseñaré… Me llamo Jean-Philippe…

Claire le sigue. Allí seguramente pasará algo.

—Cuando pienso —dice *Lady* Brandon— que Annie y Patrick se encuentran retenidos en ese maldito hotel como cangrejos en preparación…

—Como soldados amotinados del ejército del vicio —prosigue Gerbert, el arquitecto, con una gravedad cómica.

—¿Tanto echas de menos a la pequeña Meyer? —pregunta Jackie, siempre atenta para no decepcionar a *Lady* Brandon que adora las pequeñas escenas de celos.

—Me hace falta. Es una persona necesaria.

—Él también —dice el coronel de Miremont, apodado *La tía del regimiento*.

—Se lo regalo, mi querido coronel. Además, es un estúpido.

A *Lady* Brandon le gusta soltar de vez en cuando una palabra trivial, que da un mentís al aspecto de gran dama que mantiene en todas las circunstancias. El coronel conoce el juego. Y se encoge imperceptiblemente de hombros.

—Annie es una verdadera fornicadora —insiste *Lady* Brandon—. De las que ya hay pocas… Esta velada está resultando lúgubre.

—¡Hay demasiada gente! Mi pequeña Jackie, dame una copa si me haces el favor…

—Tú, la gran lectora de Agatha Christie, ¿no tienes ninguna idea sobre él ladrón de «La Murène»? —indaga Gerbert.

—Ni la más mínima. Pero no creo que haya sido Piana. Es demasiado guapo, demasiado distinguido para un robo tan vulgar. No me lo imagino atando y amordazando a esa pobre mujer. Es ridículo. Sólo a los polis puede ocurrírseles semejante idea.

—¿Acaso lo conoce? —pregunta el coronel.

—Lo vi en una fiesta de la princesa de Albania. Charlamos un momento, ya no me acuerdo de qué. Lo reconocí en seguida al ver su foto en los periódicos cuando lo detuvieron. Entonces se hacia llamar marqués de Oliveira… ¡Marqués de Oliveira! Como diría Jackie con su jerga de *teen-ager*, hay que chingarse.

—¿Se ha dado usted cuenta de que en *estos* últimos tiempos las mujeres casi no llevan joyas? Todas están en las cajas fuertes…

—Esa pobre Sarah hubiera hecho mejor de llevar las suyas puestas —dice *Lady* Brandon—. Así no se las hubieran robado.

—O en todo caso en el campo del honor —sugiere Gerbert riendo.

—Es verdad que en ese aspecto es tan lanzada como su hija —afirma *Lady* Brandon—. Pero, ¿qué hace él aquí, Louis? ¿Eres tú quien ha invitado al peluquero?

—Es él quien se ha creído invitado —responde Jackie.

—Después de esto, no es de extrañar que la velada haya fracasado.

Por más que todos digan que se han divertido, el rostro de *Lady* Brandon se ha ensombrecido. Mientras Louis busca a su mujer, sin saber que ella ya no se siente en modo alguno decepcionada por los conocimientos que ha hecho en el saloncito donde al fin ocurren «cosas», *Lady* Brandon decide levar anclas al amanecer. Realmente, la Costa es demasiado vulgar. No hay más que robos, raterías, uno ya no se divierte. Hay que dejar todo eso a los tenderos. El *Kenya* ha permanecido anclado demasiado tiempo. Si pudiera poner en la puerta a todo el mundo, se haría a la vela inmediatamente. Como siempre, la idea de la partida le causa una alegría fabril.

Llena las copas de su reducido círculo de íntimos, asombrados por aquella metamorfosis. En sus ojos brilla una nueva juventud.

—¡Quien me ame que me siga! —dice—. ¡Mañana en ruta para Capri!

Louis atraviesa el puente arrastrando por el brazo, sin el menor miramiento, a la pobre Claire tras denodados esfuerzos para arrancarla a sus admiradores. Infortunadamente demasiado tarde como ha podido comprobar con sus propios ojos. Pasa por delante de *Lady* Brandon y de sus amigos sin saludar, furioso.

—¿Qué ha pasado? —pregunta el coronel—. Ese hombre se ha vuelto loco.

—Es fácil de entender —contesta *Lady* Brandon—. Ya ve usted que ha llegado el momento de levar anclas. Ya no tenemos peluquero… ¡Bebamos a la salud de los peluqueros de Capri!

Y mientras Louis, arrastrando siempre a Claire que lloriquea, desciende por la escala, oye elevarse el coro de voces cortesanas y burlonas:

—¡Por todos los peluqueros de Capri!

XIII

¿Le llamaré Barouleau o Théodose, como los íntimos?

Va por Théodose.

Él se agita en la silla de la Comisaría donde lo he convocado. El inspector-jefe Tiret me ha ofrecido amablemente su despacho y me he instalado a mis anchas.

No tengo el mismo método que Pédroni. Yo interrogo a los principales sospechosos en los locales de la Policía. Es un lugar que incita a las confidencias. Hay el decorado. Hay el ambiente. ¡Y qué ambiente!

Cuando el testigo llega allí dentro, ya está sensibilizado por los términos equívocos de la convocatoria recibida: «Para un asunto que le concierne». Siempre tenemos un asunto que nos concierne… El visitante no tiene más que una idea: vaciar su saco y largarse lo más de prisa posible. Por eso se presta a ayudar a la justicia. Por poder irse, eso es todo. Lo hace de mala gana, pero lo hace. Sólo cuenta el resultado. El papel azul, portador de esa pequeña fórmula, pone en una posición de espera desagradable a los más encallecidos, a los más coriáceos.

Sin duda es la primera vez que Théodose visita el despacho de Tiret. El lugar no corresponde a su calidad de dueño de Juan-les-Pins. Al indicarle la silla de los sospechosos, me ha parecido adivinar un levísimo estremecimiento de las aletas de su nariz significando su desagrado.

Pasea sus ojos redondos por su alrededor y después los dirige de nuevo hacia mí, reprobadores. ¿Cómo he podido rebajarme hasta el punto de hacerle acudir a esta zahúrda en la que el olor produce náuseas?

—En realidad, inspector, no sé qué más podría decirle. Ya sabe

que se lo he contado todo al comisario Pédroni…

Y, sin embargo, Théodose se ha tomado la molestia de visitarme. Camisa rosa escotada dejando ver una cadenilla de oro perdida entre la pelambre del pecho, pantalón azul y zapatos blancos. Su pelo se ondula hacia atrás siguiendo una estudiada disciplina, descubriendo de vez en cuando un cráneo bronceado por el sol. Su meñique izquierdo ostenta con valentía el rubí de un enorme anillo.

—Sus comienzos fueron difíciles. Théodose —le digo con un tono almibarado—. Pero luego la vida lo ha mimado. Ha logrado el éxito. Se encuentra ya muy lejos el «Perroquet Rose»…

Sigo los procedimientos usuales. Viajo a través de la documentación de los informes generales y retrocedo veinticinco años. Claude Barouleau evoluciona en el ambiente homosexual de la capital. Llegó de su Borgoña natal sin dinero, sin amigos, sin parientes. Dejó en los alrededores de Autun a su madre joven, divorciada, que lo había educado entre sus trapos de costurera.

Condenado por algún cromosoma burlón, a Claude le gustaba vestirse de muchacha. A los diecisiete años su primer amante, un industrial de Château-Chinon conoce en sus brazos la gloriosa muerte del presidente Félix Faure.

El momento es desesperado. La suerte está echada. Claude huirá del país para probar suerte en París. En los bares de los Champs-Elysées, se codea con la francmasonería de los pederastas. Se alía con personalidades de todos los medios. Un hombre influyente se interesa por él, y he aquí a Claude bailarín. Evoluciona por la pista del «Chochotte» y reincide en el «Perroquet Rose», los *cabarets* de moda de los años treinta.

Poco a poco, va subiendo de categoría. Protegido por una estrella de fama, ya dirige la revista. Revela también, aparte de su afición por los amores frívolos, un auténtico don por la danza, el canto y los objetos antiguos. En los salones, se disputan al famoso Claude, convertido en Théodose. Su espíritu, su finura, su tacto, lo convierten en uno de los reyes de la vida nocturna parisiense.

Y después, bruscamente, Théodose desaparece. Lo abandona todo: amigos, protectores, relaciones, teatro… La gente se interroga. Se encuentra de nuevo su rastro en Mónaco, donde ha abierto una tienda de antigüedades, luego en Niza y Antibes y, por último, en Juan-les-Pins. Y aquí le tenemos, propietario del hotel «La Murène»,

creación suya hasta la última piedra y donde recibe a la crema y nata internacional. A trancas y barrancas, se aparta de sus antiguas relaciones, pobres diablos de la homosexualidad, marchitos por los años.

Sí, Théodose se ha codeado con todo el mundo. Incluso con las gentes del Medio propiamente dicho. Por esto no ha podido rechazar la candidatura de Albert Rizzato, calurosamente recomendado por el célebre abogado marsellés Carlotti, su común amigo, para la plaza de *maître* de hotel.

De acuerdo con el expediente, el rumor público acusa a Théodose de llevar una vida extraña, de mezclarse con una fauna muy especial bajo la tapadera de su tienda de antigüedades. Una carta anónima llega incluso a acusarle de recibir y revender objetos de arte robados en los castillos por unas bandas especializadas. Se ha investigado discretamente. Nada ha confirmado estas denuncias. En el informe se llega a la conclusión de que son fruto de envidias profesionales… Además, es difícil meterse con Théodose a quien el prefecto invita a veces a su mesa y que recibe a tantas personalidades en «La Murène»…

El recuerdo de sus orígenes lo ha perturbado, esto es evidente. Se ha ruborizado. Empieza a parecer un enorme bebé. Hace como si no hubiera oído. Y prosigue:

—Conozco lo difícil de su tarea, mi querido señor inspector. Créame que si pudiera, no me negaría en modo alguno a ayudarle. Pero ¿en qué puedo serle útil? Realmente no veo…

Yo le dedico esa sonrisa alentadora que ya ha pasado sus pruebas:

—Yo lo ayudaré —digo—. Empecemos por el principio…

Cruza las piernas con el discreto suspiro del señor que se dice que aún no ha salido del galimatías.

—La señora Frokian le entregó a usted en primer lugar el cofrecillo de cuero que contenía las joyas…

—He de decir, mi querido señor inspector, que yo ignoraba lo que contenía exactamente. ¡Un matiz!

—Esto ya está claro. Pero ella le pidió que lo guardara en su caja fuerte. No se hace esto con un cofre vacío o lleno de guijarros…

¡Tengamos seriedad!

—Desde luego.

—Bien. Sarah Frokian llama su atención sobre la importancia del cofre. Su marido declara que el lunes siguiente lo llevará al Banco. Y usted lo pone sobre el bar, con conocimiento de todo el mundo. Entonces es cuando interviene la señora Mag.

Théodose sufre el reproche sin inmutarse. Se agita algo más en su silla, pero eso es todo.

—Aquella noche había un montón de gente, inspector. Fue antes de la gran fiesta en el *Kenya*, el yate de *Lady* Brandon. No sabía a quién atender.

—La señora Mag se lleva el cofre. Lo guarda en una miserable caja en su cuarto de baño. Una especie de objeto arcaico fácil de desmontar. Pero ¿para qué molestarse si la llave se encuentra, como por azar, en el cajón de la mesilla de noche? Con esto, Théodose, usted me asombra. ¿Cómo es posible que en un establecimiento como el suyo, con la clientela que recibe, no tenga una caja fuerte digna de este nombre? Y encima, no está asegurado.

—Eso es lo malo —suspira Théodose—. Soy un artista y ya no tengo cabeza para esas cosas. Desde la apertura del hotel, nunca había ocurrido nada…

Se saca del bolsillo un pañuelo de seda gigantesco, que podría ser un bonito foulard para Marlyse, pues adora el rojo. Se seca la frente. No se siente a gusto. Pero como es sabido, los homosexuales nunca se encuentran a gusto ante la fuerza. Sobre todo en este siniestro local, cara a cara con Borniche, sin la menor similitud con sus mininos. Y como no me encuentro aquí para encantarle, prosigo:

—La señora Mag coloca, pues, el cofre en su caja, que ya contiene otros valores, si recordamos que usted mismo declaró a Sarah Frokian «que está ya a punto de explotar»… ¿Exacto?

—Exacto, inspector.

Sería preferible que se dejara ese pañuelo sobre la cabeza de una vez para siempre. Esto le evitaría guardarlo y sacarlo cada diez segundos.

—Así, pues, usted estaba perfectamente al corriente de su contenido, ¿no?

—Mag me lo había dicho. Ella era la que se ocupaba de todo eso. Incluso guardaba el dinero del hotel y el mío… Pues también a

mí me han robado… Además, Mag decía que debíamos comprar una caja más grande, con combinación… Tiene usted razón, si hubiera sabido…

Muy amable, Théodose. Confiesa sus culpas, al tiempo que me halaga un poco. Buen sistema cuando la situación es menos privilegiada que la mía.

Me resulta tan desagradable interrogarle como a él contestarme. Estoy haciendo mi trabajo, eso es todo. Yo también preferiría estar paseando al sol. Me describe lo que él llama su vida monacal: se levanta pronto. Por la noche, hacia las diez, se despide de los clientes de «La Murène» y se dirige a su villa que se encuentra en las proximidades. Lee un poco mientras escucha música de cámara. Toma algunas decisiones y se duerme.

Cuando le pregunto qué papel desempeña Fabrice en todo esto, se pone colorado como un pimiento y hace una mueca. Sin embargo, no se oculta. En Juan-les-Pins todo el mundo está al corriente. El escuchar el nombre de su arcángel pronunciado en una Comisaría debe ser lo que le ha puesto en ese estado. Vuelve a cruzar una pierna y la descruza. Se inclina hacia la mesa, se echa hacia atrás.

—¿Fabrice vuelve con usted por la noche?

—Depende —dice en un soplo Théodose—. Es joven… A veces, no vuelve conmigo después de la cena. Se queda en «La Murène» con nuestros amigos. También va con ellos a un lugar o a otro… ¡En Juan no escasean las *boîtes*!

—¿Y la noche del robo?

—Volvió conmigo. Oí cómo se duchaba hacia las once y media. Vino a mi habitación a darme las buenas noches y después volvió a la suya. También puso un disco. Escuché unos compases de música a través del tabique… Hacia la una, me levanté para ir al servicio. Entreabrí la puerta de su habitación. Dormía como un niño… Fui yo quien lo desperté hacia las cuatro y diez de la madrugada, al ir a buscar la llave de «La Murène».

—¿Qué llave?

—De pronto, me despertaron unos timbrazos. Me asomé a la ventana. Y entonces veo a Bergaud, el florista vecino, que me grita: «Venga pronto al hotel, se lo han llevado todo». Enloquecido, bajo en pijama y llego delante del hotel… La verja de la puerta de atrás

está cerrada, Bergaud me dice que no entiende nada. La verja estaba abierta antes de que él corriera a buscarme. Vuelvo a la villa a coger mi llave mientras que Bergaud me espera delante de la verja. La abro. Subo a la habitación de Mag a la que encuentro en el estado que ya sabe. Llamo a la puerta del *maître* de hotel para despertarle. Tarda un poco en contestar. Después sale con pantalón y todo el pelo revuelto… Eso es todo…

Le dejo respirar uno o dos minutos y luego:

—La puerta que da al camino de Sables, ¿está abierta o cerrada por la noche?

—Ha de estar cerrada a medianoche, sea por el conserje o por Rizzato. Los dos tienen una llave. La tercera la conservo yo siempre, en el cajón del aparador de la cocina.

—¿Nadie puede utilizarla?

—Nadie… Además, no sé para qué habrían de necesitarla. Si la puerta de atrás está cerrada, basta con dar la vuelta al hotel y entrar por el vestíbulo.

—Es evidente —afirmo—. Entonces, ¿cómo explicaría usted que la puerta que el florista encontró abierta haya podido ser cerrada con llave durante los pocos segundos que precedieron a su llegada?

Théodose está perplejo. No lo sabe. Él ha preguntado al conserje y a Jean-Jacques Ruggieri. La verja fue cerrada a medianoche. No sabe qué pensar. Yo insinúo:

—Tal vez dicen esto para que no les riñera.

—Desde luego, no. Tengo plena confianza en ellos. —Pues alguien abrió esa verja. Y alguien la cerró.

—Sí, pero ¿quién? Bergaud no ha sido. Entonces, ¿quién?

—¿No sospecha de nadie?

—Caramba, es difícil de decir… No quiero acusar a nadie. Sólo queda Rizzato, el *maître* de hotel… Él es quien tiene la tercera llave…

—Una última pregunta. ¿Cómo iba vestido Fabrice cuando fue a darle las buenas noches?

—En pijama, como yo.

Me sujeto la cabeza con las manos para leer otra vez la declaración que el florista Bergaud ha hecho a Tiret. Treinta líneas casi ilegibles, mecanografiadas a la buena de Dios en una máquina de escribir antediluviana:

Eran exactamente las cuatro y cinco. Iba por el camino de Sables cuando oí las llamadas de socorro que venían de la habitación de la señora Mag. Miré hacia él balcón. No vi nada. Empujé la verja y subí por la escalera de servicio. Conozco bien el lugar, pues he trabajado varias veces en él hotel. La puerta de la habitación se encontraba abierta. La señora Mag estaba en él suelo, con los pies y las manos atados en la espalda. (*Yo me río. No me había dado cuenta: lo de las manos pase, pero los pies atados a la espalda es realmente cómico*). Yacía sobre el costado con una toalla alrededor del cuello. En el suelo había un trozo de trapo. Le solté las ligaduras y la puse en la cama. Estaba medio inconsciente. Para hacerla volver en sí, mojé el trapo en el lavabo y se lo puse, a modo de compresa, en la frente. Me dijo que le habían robado y que tenía que avisar en seguida al señor Théodose. Y esto es lo que me hice. Lo que me parece extraño es que la verja estuviera abierta cuando llegué y cerrada con llave cuando volví con Théodose, que tuvo que ir a buscar su llave. Théodose fue quien despertó al *maître* de hotel. No sospecho de nadie. No he visto nada. He perdido una hora de mi trabajo y exijo que se me indemnice. Una vez leída la declaración, se reafirma en cuanto ha dicho y la firma.

Dos cosas hay que retener: que alguien cerró la puerta a las cuatro y siete minutos de la madrugada, después de haber entrado el florista, y el error que él ha cometido: mojó la mordaza de la señora Mag suprimiendo así una comprobación importante.

¿Quién sabe? Supongamos que el trozo de tela hubiera estado seco… después de haber permanecido unas horas en la boca de la víctima. ¡Esto lo cambiaría todo! Mientras espero que la señora Mag emerja del torpor en que la han sumido sus medicamentos, tendré que preguntar a un tebib si físicamente es posible permanecer inmovilizada durante unas horas, sin salivear ni morir ahogada.

A mi Théodose susurrante y temeroso le sucede el empleado de pompas fúnebres, su Excelencia el propio Albert Rizzato. Se

mantiene de pie junto al mostrador del guardián de cráneo de obús. Evidentemente, no irradia sencillez. Se ha endosado su atuendo de circunstancias: traje negro, corbata negra, calcetines negros y zapatos negros. Las únicas manchas claras en este uniforme de sepulturero: la camisa y la tez.

—Haga el favor. Por aquí.

Tengo una debilidad por los corsos, por ese aspecto grave que constituye su segunda naturaleza. Me gusta su indolencia, su inclinación a la hospitalidad, su culto a la amistad. Son fieles a su tierra natal, profundamente ligados a su pueblo. Conozco también su sentido de la autoridad, su recelosa susceptibilidad… Este Rizzato no me da la impresión de ser un auténtico corso. Trota, con el espinazo encorvado, hasta el asiento que le indico.

—¿Se llama Rizzato, o Rizzoto?

—Rizzato, comisario.

Esto vuelve a empezar. Como todo el mundo, él ha leído los periódicos. Pese al inconfesado placer que me produce ese golpe de cepillo a mi vanidad, creo conveniente rectificar:

—Inspector. ¿Tiene una carta de identidad?

Ha previsto mi pregunta. Del bolsillo de su chaqueta de luto saca un objeto informe que, en efecto, es un carnet, arrugado, astroso, que muy bien pudiera haber sacado de un cubo de basura. A pesar de todo, logra desdoblarlo. Me lo tiende. Lo cojo con las puntas de los dedos. Compruebo que Rizzato tiene cuarenta y cinco años que nació en Génova y que es comerciante en Marsella.

—¿Es italiano o corso?

—Ambas cosas, comisario. Perdón, inspector.

Tiene una voz más falsa que el alma de Judas. Si quiero mantenerme imparcial, debo olvidar esta desagradable impresión. Pero, en realidad, es el tipo de hombre que me exaspera. Como no digo palabra vacila un momento y luego se lanza:

—Mi padre era corso, mi madre italiana. Nací en Génova, pero crecí en Calenzana…

—La tierra de los Guérini…

He pronunciado el nombre sagrado. Rizzato adopta la actitud de tercer cuchillo de la Mafia para hacer un gesto de cabeza discretamente afirmativo. Tosiquea de emoción. Mi intuición no anda descaminada. Rizzato tiene sangre italiana en las venas. Como

Sergio Piana, mi *play-boy* en fuga…

—Usted vivía en Marsella antes de instalarse aquí…

—En la calle Longue. Hace veinte años. Era dueño de un bar.

La calle Longue, una de las más pintorescas de Marsella, está dividida entre las vituallas y la carne fresca, entre los barriles de anchoas y las putas, entre el abadejo en salazón y la ramera a secas. A un lado de la Canebière, está el mercado. Al otro lado, hacia la calle Thubaneau, están los burdeles. Por allí pululan los machos en celo para el mayor provecho de las hetairas multicolores que les dirigen unas llamadas insistentes.

—… Ya veo, en la calle Longue… ¿Cómo llegó a ocupar el puesto de *maître* de hotel?

—Hace dos meses leí un anuncio en *Le Provençal*. Estaba harto de ser patrón. Hay que conocer lo que es eso… Oprimido por el fisco, extorsionado por los golfos, acosado por la Policía que quería convertirme en soplón… Muchas gracias. Preferí vender mi negocio. Aquí, al menos, estoy tranquilo.

No puedo dominarme y le susurro con tono irónico:

—Relativamente… ya que está aquí.

Los hombros de Albert se mueven discretamente como siguiendo el ritmo de «sigue hablando, polizonte». Pero su cara, semejante a la hoja de un sable, se mantiene alerta. Lo miro de la manera más insidiosa posible.

—Ya le han interrogado sobre el robo de «La Murène»… ¿Qué opina?

—¿Yo? Nada, inspector. Nada en absoluto. Me enteré, como todo el mundo… al día siguiente de madrugada. No tengo nada que añadir a mi declaración.

—Tal vez… Pero yo no lo veo claro. Nosotros los policías hemos de hacer constantemente las mismas preguntas, igual que el asesino vuelve al lugar del crimen, como dicen… Es la rutina, ¿comprende? Si uno se olvida algo, el juez no está contento. Así, en realidad, ¿no sabe nada sobre el robo?

A pesar de haber subrayado de una manera especial la expresión «en realidad», Rizzato no se inmuta. Es un viejo caballo que está acostumbrado a los interrogatorios.

—¿Ha tenido usted que ver anteriormente con la justicia?

—¿Qué tiene que ver eso con «La Murène»?

—Nada —le contesto con el tono despreocupado de quien ha dado en la diana—. Sólo quería saber lo que iba a contestar.

—El asunto aún no ha sido juzgado —dice adoptando un aire de gran dignidad—. Y de todos modos, nada tengo que ver con él.

Hago saltar en mi mano una moneda. Un truco para relajarme.

—Eso ya es otra cosa —digo con el aplomo del pequeño genio que sabe muchas cosas—. En cualquier caso, eso no es de mi competencia… Si se tiene como abogado a Carlotti…

—Es el mío —me corta Rizzato—. Y me ha dicho que no me preocupe.

Aristide había visto claro. He aquí por qué mi Albert está protegido por la gloria del foro marsellés cuando viene a probar la cocina de «La Murène». Después investigaré en los archivos. Es demasiado estúpido andar a tientas… Cuando pienso que Carlotti es también el abogado del guapo Piana… ¡Vaya embrollo! como dice Pédroni. Al tal Carlotti se le encuentra por todas partes. Prosigo el interrogatorio con cierto cansancio…

Mientras desvalijan, atan y amordazan a la señora Mag, Albert dormía plácidamente en su habitación, en la planta baja. Tiene el sueño pesado y no ha oído nada. Duerme con las ventanas cerradas.

—En la planta baja hace más fresco cuando están cerradas las ventanas. Sobre todo cerca de la lavandería…

Rizzato tiene respuesta para todo. Permanece asombrosamente tranquilo. Sus contestaciones son precisas.

—¿A qué hora se acostó aquella noche?

—Temprano… En fin, después de mi servicio.

—¿O sea?

—A las diez y veinte… Tal vez a las diez y media.

—¿Tiene por costumbre acostarse tan pronto?

—No. Aquella noche tenía que salir. Me apresuré a terminar mi servicio. Después no acudí a la cita.

—¿Era importante?

—Si hubiera sido importante habría ido.

—De acuerdo… Así, pues, ¿se acostó?

—Si quiere saberlo todo, primero me di mi ducha. Fumé un cigarrillo mientras leía el periódico. Luego apagué la luz y me dormí.

—¿No recibió visitas?

Se me queda mirando con un aire de estupor, muy Comédie-Française. Si sigo haciéndole preguntas como ésta, acabaré por ofenderle…

—¿Una visita? ¿Qué visita?

—Se me ha ocurrido… Pensaba que como no había salido, tal vez la persona con quien estaba citado hubiera podido ir a verle… Si me equivoco…

—Se equivoca. No vino nadie.

—No hablemos más.

Rizzato mira sus zapatos con aire resignado. Quiere darme la impresión de que se está preguntando qué hace aquí. Tengo la irritante impresión de ser una mosca tratando de trepar por un trozo de mantequilla que se derrite.

—Lo que me asombra es que usted no haya oído nada. Ni en el momento del robo, hacia las doce y veinte, ni cuando se produjeron las llamadas de socorro hacia las cuatro de la madrugada. Sin embargo, la señora Mag gritó mucho, ya que su vecino, después de librarla de sus ligaduras, fue a despertar a Théodose…

—¿Bergaud? Está loco o ha soñado…

—¿De veras?

—Naturalmente. ¿Cómo hubiera podido entrar en el hotel? La verja de atrás estaba cerrada con llave.

—¿Qué le hace decir eso?

Si la puerta se encontraba cerrada con llave a medianoche, los ladrones tenían que estar dentro antes de aquella hora. Ocultos en alguna parte… Incluso es posible que en la habitación de Rizzato, donde cogieron el cuchillo de carnicero. Una vez dado el golpe, bajaron por la escalera de servicio, seguros de no tropezarse con nadie. Devolvieron el cuchillo a Albert, que les abrió la verja con su llave. Se fueron por el camino de Sables… ¿Por qué no volvió a cerrar la verja con llave? ¿Para engañar? ¿Con el fin de dirigir las sospechas hacia el conserje, el portero o Théodose?

—Si se acostó temprano, antes de la medianoche, no puede saber nada respecto a la verja. Si le levantaron de la cama las llamadas de Théodose…

Parece que Rizzato siente pánico. Durante un segundo se muerde el labio. Su mirada ha perdido su fijeza en cierto modo arrogante. Es extraño, pero tengo la sensación de haber puesto el dedo en

alguna cosa. Vamos, Borniche, me digo, ¿sigues adelante con esta historia de «La Murène», o no?

—Escuche, Rizzato, nos encontramos sumidos en el mayor de los misterios. Estoy seguro de que usted sabe algo. No lo niegue, tengo la impresión, es así… A medianoche esa verja estaba realmente cerrada con llave. Aristide me lo ha asegurado. A las cuatro, cuando Bergaud acudió a liberar a Mag estaba abierta y la cerraron otra vez entre la partida de Bergaud y la llegada de Théodose en pijama… ¡En dos minutos, como máximo! Fue preciso que Théodose volviera a la villa «César» a buscar su llave de emergencia. Como en conjunto sólo hay tres llaves, ya sabe lo que quiero decir…

Esta vez, Rizzato no sólo lleva la indumentaria de sepulturero. Tiene todo el aspecto de tal. Está lívido.

—Si no me equivoco, es preciso que haga venir a Carlotti, ¿no? Sencillamente me está acusando de haber dado el golpe.

—De ninguna manera. Mag lo hubiera reconocido… Pero es posible que perdiera la llave o que se la hubieran birlado unos instantes. Por eso le preguntaba si aquella noche no recibió a nadie en su habitación…

Los labios de Rizzato se contraen un poco más. Frunce el ceño. Baja la cabeza. De nuevo observo que se muerde con ferocidad el labio inferior. Esta vez lo he visto perfectamente. ¿El alali? Sería demasiado bonito…

—¿Dónde está esa llave?

—En mi habitación. Puedo ir a buscarla.

—Iremos juntos.

Rizzato se balancea, se registra los bolsillos, y de repente saca un manojo de llaves. Me enseña una llave que extrae del llavero.

—Aquí está —dice—. A raíz del robo la he puesto con las otras para que no desaparezca. Nunca se sabe.

Este Albert lo tiene todo previsto.

—¿Y el cuchillo?

Ya está. Más pronto de lo que yo hubiera deseado. Empieza a dominarme el nerviosismo. Casi la exasperación. Quisiera retirar mis palabras, pero es demasiado tarde. Ya está dicho… Así que me dedico a observar, a acechar la reacción de Rizzato. Espero la turbación, la incomodidad, la lengua que humedece los labios resecos, el mordisqueo, la glotis que sube y baja, las primicias de la

confesión… ¡Nada! Calma, casi indiferencia.

Me he quedado de una pieza. Hay que reconocer que él es fuerte.

—¿Qué cuchillo?

Muestra una aspecto tan inocente que le administrarían la comunión sin confesión. ¿Cómo puede mentir con ese aspecto apacible y bonachón? Voy a asestarle un buen golpe en el cráneo, a registrar en su presencia la habitación, a abrir la maleta, a sacar la ropa… ¿O acaso habrá hecho desaparecer el famoso cuchillo?

—¿Se burla de mí, Rizzato?

No es mi lenguaje habitual, pero realmente estoy harto.

—¿Yo? Nada de eso, inspector. Ya veo lo que quiere decir. Se refiere al cuchillo de carnicero. Lo encontré sobre mi mesa al llegar al hotel. Lo metí en mi maleta para que no fuera por ahí. El comisario Pédroni lo ha visto. Y lo envolví en una camiseta vieja para no herirme con él. Es muy sencillo…

—¡El muy canalla!

Se esfumaron mis esperanzas.

Destruida mi pista de complicidad.

Rizzato es el más fuerte. ¿Y si fuera inocente? ¿Coincidencias, el sueño pesado, la llave, el cuchillo?

Esta vez he perdido. Me enfurezco.

—A «La Murène» acude la crema de los marselleses… Guérini, Baldacci, y no sigo con la cuenta…

Rizzato adopta un aire de angélica paciencia, a toda prueba. Lo suficiente para acabar de exasperarme.

—Ya le he dicho que yo tenía un bar en Marsella, inspector. Ya sabe lo que es un bar. No se hace una clientela con niños del coro… La golfería rinde. A mí no me gusta eso, pero rinde… Bueno, por lo que se refiere a la llave, al cuchillo y a todo eso, se ha equivocado, inspector. Yo no he intervenido en el golpe. No he visto nada, no he oído nada, y eso es todo.

Y lo peor es que creo que está diciendo la verdad. Mi formidable historia se ha venido abajo. No ha abierto la verja a Piana. No ha prestado el cuchillo al *Molosse*. No ha cerrado la verja con llave tras ellos. Y además, ¿qué estoy diciendo, puesto que Bergaud la encontró abierta antes de la llegada de Théodose? Bueno, acabemos con las cavilaciones. Y sigue el más absoluto misterio.

Pédroni ha vuelto de Marsella. Me lleva a un rincón de la Comisaría y se me queda mirando con aspecto burlón. En mi cara debe reflejarse la derrota. Su aspecto de niño bueno tampoco me dice nada interesante.

—Entre los dos íbamos a cometer una gran estupidez —me dice con gravedad.

De repente ha dejado de sonreír. Sus rasgos se han endurecido. Una auténtica jeta de bruto. Se concentra como el torero antes de la gran corrida. Saca un cigarrillo, lo enciende, despide unas bocanadas hacia la ventana. Yo permanezco inmóvil. Espero. Lo dejo venir.

—Si no recuerdo mal, íbamos a trabajar juntos, codo con codo —me dice.

Yo adopto mi noble aspecto de las grandes ocasiones, el estilo enfático y la mano sobre el corazón:

—Nada ha cambiado siempre que uno y otro respetemos el contrato.

—Pues bien, mi querido Borniche, estamos libres… Yo pensaba que Baldacci me llevaría hasta Piana. Lo cité. Resultado: está muerto. Usted creyó poder llegar hasta Piana a través de Charlot *el Lionés*. Su informador no está muerto, pero no ha podido hacer nada. Lo hemos estropeado todo. Los dos…

El viento de la miseria barre la porquería de la Comisaría. En verdad que no es una fiesta. Y para mí, no es la gran forma. Es la investigación más estúpida, la más triste, la más… Oh, Fouras, Montmartre, Marlyse…

¿Cómo ha podido enterarse de todo eso este fatídico poli marsellés? ¿Acaso Charlot trabaja para él? ¿Habré hecho alguna estupidez, atraído por la prima de Laszlo Frokian? De cualquier modo, me extrañaría. *El Lionés* es muy astuto… Y además, el pan de cada día lo tiene en París, no en la Costa. Está de vacaciones. No tiene nada que hacer con Pédroni… Adopto el aire indiferente del ignorante de buena fe. Pédroni me irrita. Él se aprovecha para lanzarse a un pomposo discurso.

—Es sencillo, mi querido Borniche. Murraciole es mi informador. Me ha dicho que Charles Delannoy trata de ponerse en contacto con Piana con el pretexto —he de reconocer que bastante acertado— de comprar las joyas de «La Murène»… Y entonces he

establecido una relación con la visita que le hizo la víspera… Marius, el chófer, me lo ha contado todo. Desde el camino en el que usted lo dejó, lo vio entrar en la residencia «Anita». No es prudente tratar de darle el pego a Pédroni… Charlot es su informador y, por cierto, no demasiado discreto.

Abro la boca para protestar, para cubrir a mi Charlot, pero Pédroni me interrumpe con un gesto:

—… ¡Vamos, sea buen perdedor, Borniche! Todo esto queda entre nosotros dos. ¿Se da cuenta de que corremos el riesgo, con este pequeño juego, de que se carguen a nuestros informadores? ¿Qué le parece si detenemos la matanza?

Ya no lo escucho. Me encojo de hombros, indiferente. Sin duda soy descortés, pero me es igual.

A la mierda la Costa Azul.

Aislado, lejos de mi París, sólo contra este ejército policial mediterráneo, tengo muy pocas posibilidades de realizar un buen trabajo. Habiendo llegado como observador, lo mejor hubiera sido seguir observando… Ahora ya he ido demasiado lejos. Hay que continuar. O por decirlo mejor, una fuga hacia delante…

XIV

De todos modos, he aprendido muchas cosas charlando con Pédroni. Le he dejado representar el papel del policía importante que saca sus expedientes de su cartera. ¿Será la ausencia de Marlyse, la soledad, la repugnancia de lo que me rodea? ¿Será que estoy harto de ser policía?

Me hago razonamientos y me esfuerzo por interesarme en todo esto. Y todo esto no es mi vida. ¿Dónde está mi vida?

Rizzato. Es preciso que yo recapitule el problema Rizzato. Tal como se deduce de las notas, borradores y resúmenes de Pédroni, el contenido de los archivos regionales… Ya, esa palabra de «archivos»… ¿Acaso soy un hombre de archivos? Para consolarme, rememoro mis grandes lecturas, los misteriosos e inalcanzables policías secretos de Balzac… ¿Cómo hubiera desmenuzado Vautrin, convertido en un as de la Policía secreta, al sepulturero Rizzato? ¿Qué hubiera encontrado? Los peores informes. Albert está comprometido en un asunto de robo demostrado que va a pasar a la sala de lo criminal en Aix-en-Provence. Él es quien ocultaba una parte de los títulos robados. Naturalmente, él alega que es de buena fe. Y tiene las suficientes relaciones para hacer que los autores del robo se retracten.

Su bar de la calle Longue sólo lo frecuentaban individuos con antecedentes penales. Incluso fue teatro de un espectacular arreglo de cuentas. Éste es el motivo de que lo vendiera. Navegaba entre el hampa del barrio de la ópera: traficantes de drogas, proxenetas y asesinos… Tal vez conoce a Piana, aunque nada se ha podido establecer a este respecto. En fin, desde hace dos años debe quinientos mil francos a su amigo Jo Pugelsi, el rey del tráfico de cigarrillos entre Tánger y la Costa. Estupendo palmarés para un

honrado *maître* de hotel.

—Si esto no ocurriera en «La Murène» —asegura Pédroni— nos lo hubiéramos llevado de paseo a alguna parte, en un rincón desierto del Esterel. Y habría terminado por contamos toda su vida. Pero con Théodose no hay nada que hacer. Organizaría un cisco de mil diablos. Carlotti fue quien hizo que lo contratara… Es nuestro sospechoso número 2. Seamos prudentes.

—Muy bien. Dejemos de lado a los informadores. Concentrémonos en «La Murène». Consideremos que todos han intervenido en el golpe… víctimas, personal, clientes, y partamos de cero.

Extendemos al revés sobre la mesa de Tiret el cartel «Jóvenes, alistaos en la Policía». Entre una humareda que puede cortarse con un cuchillo, Pédroni divide la inmensa hoja en columnas verticales. Como titular escribe con gruesas letras: «*Robo de joyas en el hotel "La Murène»*"… Esto es fácil.

La casilla reservada a las víctimas la encabezan Laszlo y Sarah Frokian, seguidos de Annie y Patrick Meyer. He pedido a mi compañero Hidoine que investigue en los archivos el pasado de Frokian, pero aún no he recibido nada.

—¡Eso no se hace así como así! —ha vociferado Hidoine a través del aparato—. ¡Aquí estamos de vacaciones!

En Juan-les-Pins también se está de vacaciones… Unas condenadas vacaciones.

Cuando después de dos horas de esfuerzos, y un paquete de «Philip Morris», me encamino hacia mi hotel, en la lista de personas para interrogar figuran ya veinticuatro nombres repartidos en las casillas «Víctimas, Clientes, Personal, Sospechosos…». ¡Valor Borniche! Y para recuperar tu valor, haz que venga Marlyse. Es el único remedio…

Ella llega muy pálida, en medio de los veraneantes bronceados. Ha obtenido ocho días de permiso por un favor especial del jefe de su despacho.

—Tienes aspecto de cansado, Roger —me dice—. ¿No marcha la

cosa?

Mientras bajamos por el bulevar cogidos del brazo, le cuento los albures de la investigación, le recito todos los nombres que me bullen en la cabeza, intento ponerla en situación, hacerle comprender este universo que a Pédroni y a mí nos obsesiona, nos tiene prisioneros.

—Hablas de todo esto como si se tratara de una pesadilla —dice Marlyse.

—Pues claro que lo es —le contesto—. Empezando por nuestro hotel, ya verás…

Gino la acoge gozosamente:

—Ha hecho usted muy bien haciendo venir a la señora. No es bueno vivir solo.

Mientras subimos la escalera nos sigue con aire cómplice.

—No es lujoso, pero está limpio —dice Marlyse.

Se desnuda con tranquila lentitud. Mi celibato empezaba a pesarme. No hay nada como un hermoso cuerpo de mujer para levantar la morid. Al diablo Piana y toda la banda. Es el momento tan esperado del reposo del guerrero…

—¿Sarah?

—Dime.

—¿Puedo entrar?

Sarah Frokian se mueve con lentitud como si llevara sobre sus hombros toda la miseria del mundo. Se calza las chinelas, arregla sobre sus piernas desnudas los pliegues de la bata y se dirige a dar la vuelta a la llave de la puerta de comunicación. Con aire cansado vuelve a sentarse en el borde de la cama, con los pies juntos, en posición de espera, estatua viva del desaliento silencioso.

Encima de la cómoda, el espejo Luis XVI, le devuelve su rostro tristemente desencajado, resultado de otra noche en blanco. Son las once de la mañana. Detrás de la cortina entreabierta, el parque aparece inundado de sol. Al otro lado del pinar, centellean las pequeñas olas apacibles.

—¿Qué ocurre, Laszlo?

—Ocurre que acabo de ser tratado como un vulgar malhechor. Me quejaré al ministro… ¡Y si es preciso, al presidente de la Liga de

los derechos del hombre! Ya estoy harto de esos siniestros polizontes. Son tan groseros como incapaces… Y el peor es Borniche… Mete sus narizotas por todas partes y siempre parece que te está reprochando algo.

—Es su oficio, amigo mío —dice Sarah con aire ausente.

—Todo esto gracias a ti —explota Laszlo—. Estábamos tan tranquilos en Cannes. ¡Y teníais que traerme a esta condenada «Murène», tú y tu estúpida familia!

Sarah se mira la punta de los pies, una después de otra, como si se tratara de la cosa más importante del mundo. Instintivamente, busca el frasco de laca roja sobre el mármol del tocador. Laszlo se planta delante de ella.

—¿Es todo lo que se te ocurre? —le dice—. La vida se está haciendo imposible aquí. Esta mañana, cuando fumaba mi primer cigarrillo en el parque, se me ha acercado Borniche.

—Ayer hablabas de él muy bien…

—He cambiado. A los polizontes hay que verlos de cerca para conocerlos. ¡Me ha conducido a la Comisaría! He atravesado todo Juan-les-Pins con ese maldito polizonte.

—Espero que al menos no te haya puesto las esposas.

Laszlo, furioso, cierra de golpe la tapa de la pitillera que acaba de sacar del bolsillo.

—Aprecio en lo que vale tu humor —le dice—. Cuando sepas lo que me ha dicho…

Sarah se sobresalta. ¿Habrá ido Borniche a husmear por el «Miramar» y habrá descubierto su aventura con Roberto Grimaldi?

—Explícate —le dice.

—¡Se pregunta si el cofre que entregaste a la directora contenía la totalidad de las joyas cuya pérdida he denunciado!

«¿Y por qué no?», se dice Sarah, sobrecogida. Un golpe digno de Rouben Frokian, el padre de Laszlo… Rouben tan pequeño, tripudo y descuidado, como Laszlo alto, elegante y aristocrático. En realidad, sólo se parecen en lo que se refiere a los negocios… En realidad, Laszlo es capaz de todo… Por ejemplo, de hacer dos paquetes al irse del «Miramar». Dos paquetes distintos, uno conteniendo las joyas de valor que se propone pasar a Italia y el otro con las de su mujer y algunas piedras de menos valor. ¿Acaso Patrick, su yerno, no le preguntó el otro día sonriendo qué había en

aquel cofre?

Seguramente se trata de una hipótesis gratuita, pero válida. ¿Sabe Patrick la verdad? Pero entonces…

No, no es posible, no puede ser Patrick quien haya dado el golpe. Pero ¿y si lo ha indicado a alguna de sus dudosas amistades?

Sarah se pregunta a menudo qué hará con el dinero.

¡Un abismo sin fondo!

¡Y sobre todo desde que conoce a ese Collobrières!

¿Y si Laszlo y Patrick fueran cómplices en un golpe como el de la calle Cadet? ¡Cuándo le costó a Laszlo, a pesar de las huellas de fractura, reunir todos los justificantes que exigía el seguro! Si Carlotti no hubiera amenazado con un proceso escandaloso, no hubieran pagado basándose en las dudas de la investigación policíaca… Laszlo había llegado a la conclusión de que todos los aseguradores eran unos estafadores, pero después de aquello nadie había querido asegurar la tienda de la calle Cadet.

—¿Y qué les has contestado? —indaga ella.

—Que si seguía haciendo esa clase de suposiciones injuriosas, tendría que habérselas conmigo.

—Y a él le importa un comino, ¿no?

—Totalmente… Un auténtico palurdo. Haré que lo envíen otra vez a circulación. Ha husmeado mi vida, toda mi vida. Y la tuya, también. Me ha hablado en términos ultrajantes del asunto de la calle Cadet… He entrevisto el expediente que tiene sobre nosotros… ¡Sin duda toda una serie de infamias!

—Naturalmente —murmura Sarah, a la que el temor ha dejado helada.

—Me ha retenido dos horas… Dos horas pasando por el tamiz mis relaciones, las tuyas, las de Patrick, las de Annie. ¡Espero que esos dos no hayan hecho estupideces!

«¡No faltaría más que eso! —piensa Sarah—. Pero, ¿quién sabe? Laszlo no quería a Patrick por yerno. Fue ella la que lo convenció por la felicidad de su hija… ¿Y qué sabe Annie de los pretendidos negocios inmobiliarios de Patrick? El matrimonio marcha a trancas y barrancas, cada uno haciendo su vida».

—El *play-boy* de tu yerno es un pederasta —prosigue con frialdad Laszlo—. Un pederasta como tu Théodose, con sus gordas y contoneantes nalgas.

—Creía que te gustaban los homosexuales —dice Sarah.

—Los detesto. Sólo son caricaturas. Y no creas, el Borniche no ha ido con paños mojados respecto a Patrick… Con medias palabras, naturalmente. Tiene un aspecto estúpido, siempre pegado a su Collobrières. ¡Y la idiota de tu hija que no ve nada!

—La idiota de tu hija, Laszlo…

Se miran durante un silencio rencoroso.

—¿Sabes lo que pensaba en la Comisaría? —dice al fin Laszlo—. Una idea que se me ha ocurrido… ¿Y si Patrick estuviera en el fondo de todo esto? Quisiera equivocarme. Pero es muy posible. No tengo ninguna confianza en esos *play-boys* pederastas, con su eterna necesidad de dinero… ¿Quién sabe si Patrick no ha alardeado delante de Collobrières? Tal vez le haya dicho que viajamos con una fortuna en joyas… Tú se lo cuentas todo a tu hija y ahí tienes el resultado… Collobrières informa a alguien… Borniche está dando palos de ciego, pero sigue con su investigación. Ahora piensa ir al «Miramar».

—¿Por qué al «Miramar»? —pregunta Sarah con voz neutra.

—Quiere interrogar al personal. Sobre todo a ese botones, ya sabes, ese pazguato que estuvo de extra en «Chez Walter», en Saint-François-les-Sources. Está liado con Josée, la camarera que teníamos. ¡Ella sí que conocía bien tus joyas…! Creo que también le interesa Kravetz, nuestro superpolicía. Esto ya no es una investigación, es un juego mortal…

¡Hurra! Estoy sobre la pista de Piana.

Completamente solo, sin Pédroni, sin *el Lionés*, sin Murraciole, sin Aristide. ¡Sin nadie! Tengo la impresión de que ya no tengo más que tirar del cabo de la bobina para atraer hacia mí la cara del *play-boy* tan amado.

Hace un momento, la conversación con Annie Meyer ha tomado un giro baladí. La había citado en la Comisaría. Ha asentado sus firmes nalgas sobre la silla que, con todo este desorden, ha acogido posteriores tan variados como los de los señores Théodose, Rizzato y Frokian… Esos sucesivos testimonios sólo me han aportado la confirmación de los flojos elementos obtenidos por el equipo Pédroni.

Ahora cito temprano por la mañana a los habitantes de «La Murène» para que aprovechen sus últimos días de vacaciones. Annie Meyer llega a las ocho en punto. Todavía no han hecho la limpieza y la Comisaría apesta a colillas… todas las de los agentes, amontonadas durante la noche en los amarillentos ceniceros. Al otro lado de la calle, la farmacéutica con ojos de corza levanta su cierre metálico.

No espero gran cosa de esta audición con la jugosa Annie Meyer. Sé que ella también va a empezar a gemir lamentándose de la desaparición de sus joyas y de su dinero para gastos. Ya ha lloriqueado bastante sobre el hombro de Pédroni. Pero tengo a la familia Frokian en el colimador. Me acometen ideas de venganza. La frialdad de Laszlo, el desprecio soberano que me testimonia me han irritado, pero no me han impresionado. Desde mi ingreso en la Policía he interrogado a centenares de gentes de su condición. No me han intimidado ni sus promesas, ni sus amenazas, ni la enumeración de sus relaciones…

Las lamentaciones de esa chiflada de Sarah no me han enternecido. Ha desempeñado su papel con aplicación de comedianta, recorriendo toda una gama que va desde las carantoñas hasta la desesperación. Tan pronto como se han encontrado de nuevo en la calle ha recuperado rápidamente su sonrisa para los *flashes* de los fotógrafos. Esas gentes que mezclan el esnobismo con la avaricia y la teatralidad me revuelven el estómago.

—Todos ésos son unos pobres tipos —decía hace un momento con su acento de Tolón el guardia pilón—. No quisiera estar en su lugar.

¡Cómo le comprendo!

El escote de Annie Meyer que descubre una perspectiva vertiginosa sobre un pecho dorado, me produce una condenada descarga de adrenalina. Afortunadamente, Marlyse ha llegado a «La Rédoute».

—No se ha mostrado demasiado locuaz con mis colegas… Reconocerá que les ha ocultado un montón de cosas.

He espetado mi pequeña alocución con un tono insinuante en el que se mezclaba una leve sospecha, un poco de misterio y un si es no es de reproche. Todo ello forma parte de la panoplia policial. Para mí, las armas del oficio son el atractivo, la amabilidad, la

persuasión, el tono paternal y consolador.

—No tengo nada que ocultar, señor inspector, absolutamente nada…

¿Se debe a que no ha dormido bastante? ¿A que se encuentra traumatizada por la atmósfera de sospecha que reina en «La Murène»? Está turbada, su voz es poco firme.

Hay una falla.

Me detengo. Venteo, profundizo, rasco, husmeo, registro… Dejo mi butaca. Me instalo junto a Annie Meyer, sentado a medias en la esquina de la mesa, con una pierna colgando. ¡Visto desde arriba el escote es aún más eficaz!

—Vamos, vamos —le digo con una mirada de falso enternecimiento—. Yo sé lo que me digo…

Y lanzo, marcándome un farol:

—Venga, hábleme de sus amores.

He dado en el blanco. Durante unos segundos, la mirada se espanta, se estremecen las aletas de la nariz. He acertado. Me inclino hacia Annie. Miro y escucho atento. Me dispongo a recibir la confidencia. Fuerzo la nota:

—Veamos, un pequeño esfuerzo… Estoy al corriente de todo. Usted no pasa precisamente inadvertida en Juan… En este pueblo todo se sabe.

Annie Meyer se me queda mirando, paralizada. Lívida. Licuada. He puesto el dedo sobre su llaga. Ahora es preciso que empiece su discurso. Prosigo al azar:

—¿Si le dijera que la habían visto el otro día con un apuesto joven que no era su marido?

Se muerde los labios sin contestar.

Los dos estamos igualmente tensos. Ella, que calla, pero que siente deseos de confesar. Yo, que no digo palabra, estoy refrenando mi curiosidad y mi impaciencia. Y de repente, en el momento que menos me lo esperaba, cuando pensaba en un flirteo sin importancia entre dos bailes, dos chapuzones o dos paseos en canoa, en el triste local resuena la frase clave:

—¡No sabía que era él!

No sé qué hacer ni qué decir. Tengo miedo de estropear, con una imprudencia, ese andamiaje construido en un instante, de una manera milagrosa.

—Sólo me di cuenta al ver su foto en los periódicos —prosigue Annie Meyer.

¿A quién se refiere, santo cielo?

—Aquí es como si estuviera en un confesonario —le digo—. Puede hablar sin temor. Su marido no sabrá nada. Nadie sabrá nunca nada.

—¿De veras?

—De veras.

¡Al fin voy a enterarme!

Mi testigo se ha ruborizado, se dispone a iniciar la confidencia. Yo saboreo de antemano la sabrosa revelación. ¿Quién es el afortunado elegido? ¿Un actor de teatro, de cine? ¿Un ídolo del cuadrilátero o del estadio? ¿Financiero? ¿Hombre político? ¿Abogado? Seguramente, esto no tiene nada que ver con el robo de «La Murène».

¡Y ahora, el rayo!

—Él me había dicho que era el conde de Alessandro. Sólo después he sabido que se llama Piana… Le juro que no le hablé del cofre… Desde entonces, no puedo dormir.

¡Qué difícil es guardar un secreto! El fardo pesa, el resorte salta. Annie Meyer me cuenta su encuentro en Théoule, el comienzo de su flirt con el guapo Sergio Piana, alias conde De Alessandro. En efecto, fue al hotel como ella le había propuesto, pero su marido y Collobrières surgieron de improviso a causa de una avería del motor.

—Le aseguro que no pasó nada…

Me importa un bledo. Pero me doy cuenta de que ella lo siente. A mi me hubiera gustado estar unas horas en el lugar del valeroso Piana…

… Pero entonces, ¿qué pintan aquí Rizzato, Baldacci y compañía? ¡Pistas falsas! ¿Y los otros, los oscuros, los ignorados sobre quienes la tenaza policial iba a cerrarse? ¿Los que temblaban ante la idea de que husmeáramos en los compartimientos secretos de su existencia…? ¿Los Théodose, los Trachelle, los Ruggieri…?

—¿Puedo contar con su discreción? —pregunta Annie con voz cálida.

Puede. Dejaré que Pédroni acumule instrucciones y expedientes. Si la pista es buena, siempre tendré tiempo de prevenirle. Pero

jamás sabrá cómo la he obtenido.

Los frenos chirrían y el tren reduce la marcha. Ya estoy en Théoule.

Recorro a pie unos quinientos metros que separan la estación del café-restaurante-dancing «Marco Polo», encajonado en el hueco de la bahía.

Con la foto en la mano, ataco al patrón, al jefe, a los muchachos de la playa… El rostro de Piana les dice algo, pero nadie puede darme detalles interesantes.

Tampoco obtengo nada en Correos, en el Ayuntamiento ni en la Gendarmería. Me persigue la mala suerte. La fisonomía del *play-boy* sólo ha atraído la atención en el último número del *Provençal Dimanche*. Si ha sido realmente Piana quien arrambló con el botín de «La Murène» debe de estar a punto de negociarlo. Pero ¿dónde? ¿En la costa? ¿En Italia? ¿En París?

Ahora es cuando Charlot *el Lionés* puede servirme de algo.

El ayudante-jefe de la Gendarmería ha nacido, como yo, en el Oise. No hace falta más para simpatizar. Mientras espero coger de nuevo mi tren en dirección a Juan, lo encuentro ante un vaso en el café de la Poste. Ha servido en Ultramar, en Madagascar, en Indochina, en Guadalupe, y espera su jubilación proporcional. Se retirará al pequeño pabellón que está construyendo en Orry-la-Ville, en el lindero del bosque de Chantilly. Allí cultivará coles en recuerdo de sus campañas pasadas…

—¡Por todos los santos!

Yo estaba mirando sus condecoraciones de luchador y la exclamación me sobresalta. Me quedo mirándolo. Sus ojos de un azul desvaído me contemplan con una mirada extraña.

—¡No se me había ocurrido! —dice—. ¡Pélégrini! El Rital que estaba en chirona con Piana. Tenían el mismo abogado. Conviene investigar por ese lado. Pélégrini es agente inmobiliario en Théoule. ¿Y si Piana estuviera en su casa?

En los locales de la brigada, un gendarme suda delante de su aparato emisor-receptor, tipo ejército-todo terreno. Una voz gangosa surge del altavoz para señalar un accidente de auto entre Théoule y Port-la-Galère. Dos heridos.

—Recibido cinco sobre cinco —dice el gendarme—. Envío el furgón.

El dedo del jefe de brigada se pasea sobre un punto del mapa marcado con lápiz rojo, entre dos alturas.

—Pélégrini tiene una pequeña casa aislada por ahí… Siempre está cerrada. Creo que la utiliza para hacer tráfico de cigarrillos, pero nunca he podido pescarlo. No hay ningún vecino que pueda informamos y la vigilancia es imposible. Si usted fuera como paseando, por ejemplo, y le echara un vistazo…

No es un vistazo lo que echo a la villa. La fotografío en mi memoria. Primero tímidamente, luego con más seguridad. Finjo haberme perdido, llamo a la puerta, nadie contesta. Aumento mi osadía. Doy unas vueltas alrededor. La profundidad del silencio es inequívoca. La casa está deshabitada.

Sin embargo, alguien ha vivido aquí no hace mucho tiempo.

A unos veinte metros de la villa, entre los matorrales, descubro un montón de basuras domésticas: latas de conservas a las que acuden unas moscas azules, botellas de zumo de frutas vacías, paquetes de cigarrillos americanos estrujados… Trozos de una bolsa de papel. Lo remuevo todo con la punta del zapato. Y leo: «Cimarosa, calle de Antibes».

Dos horas más tarde, en el almacén Cimarosa, una vendedora reconoce en la foto el rostro de su cliente. Se había quitado las gafas negras para probarse el traje de alpaca que ella le había vendido. La muchacha se ruborizar.

—Un muchacho muy guapo, mucho… También me compró un *slip* de baño.

Añade que el día siguiente de la visita de Piana al almacén, vio su foto en el periódico. Habló de ello a la mujer de su vecino, guardia municipal en la Comisarla del Canet.

El intelectual con uniforme contestó a su mujer que dejara el asunto en paz:

—Tu amiga está majareta.

Es posible, pero la vendedora está segura de lo que dice. Incluso vio a Piana por segunda vez en la Croisette, frente al «Carlton». Parecía estar observando el hotel.

La caza del *play-boy* de la Costa continúa.

Al enano Pélégrini no le gustan los gendarmes. Y aún menos los mamporros. Lo han pescado de madrugada y lo han conducido *manu militari* a los locales de la brigada. A las siete, yo me apeo del primer tren de la mañana.

—¿Adónde va corriendo de esa manera? —me pregunta Gino, el dueño de «La Rédoute»—. ¿Ha encontrado una pista?

Ya se veía exhibiéndose ante los periodistas, batiendo por muchas cabezas a su competidor del «Négociants».

—Me han invitado a una partida de pesca.

Apresuro el paso, pensando en la pesca de la morena. Gino parece escéptico. Y se sumerge de nuevo en la lectura de los periódicos de la Costa. Los compra todos, desde *Nice-Matin* hasta *Le Provençal*, pasando por *L'Echo de l'Esterel, La Marseillaise, Le Petit Varois, Le Méridional, La République de Toulon, L'Espoir de Nice et du Sud-Est, Le Patriote*… Todos los días busca, además de su foto, el detalle que causa sensación, aquel que no posee su competidor.

Si confío en la esfera del enorme reloj de la Gendarmeria, Pélégrini ha resistido durante una hora, quince minutos y veinticuatro segundos. A las ocho y dieciséis minutos, lanza a su alrededor unas miradas temerosas. Suelta su arenga tratando de minimizar su papel.

Sí, él ha alojado y ha provisto de comida a Piana en su villa de los altos de Théoule. No sabe lo que ha sido de él.

Un día subió a la villa, como de costumbre. Y comprobó que el *play-boy* había desaparecido. La llave estaba en su escondrijo habitual, debajo de la cañería del canalón. Sin una palabra, nada… Y desde entonces, el más absoluto silencio… Es difícil de tragar. Pero Pélégrini no añade nada más, pese a los empujones de un gendarme impaciente. Lo único que sabe es que la desaparición de su compatriota, después del robo de «La Murène», le había parecido sospechosa.

Los gendarmes disponen de elementos suficientes contra el italiano para enviarlo de nuevo a la sombra unos meses bajo la acusación de ocultación de malhechores. Debajo de la cama, en la barraca abandonada, han encontrado la camisa amarilla y el pantalón vaquero de Piana. Para Pélégrini, detención significa publicidad y ruina. Así, pues, hemos hecho un trato. A la menor noticia de Piana, informará a la Gendarmería que a su vez me

pondrá al corriente. Trato propuesto, trato sopesado, trato concluido.

Pélégrini firma su declaración. Al abandonar la brigada no parece sentirse muy animado.

Yo tampoco. Se diría que hay como un nudo en mi bobina de hilo.

XV

Marlyse me reconcilia con Juan-les-Pins. Desde que está aquí, todo ha cambiado. Sin duda va a aclararse el embrollo de «La Murène». De cualquier modo, pierde importancia. Por vez primera desde que empezó la cadena de acontecimientos, a partir de mi llegada a la estación después de aquella siniestra noche de viaje, siento que me relajo un poco. Dejo de considerar a la Costa Azul, a sus indígenas y a sus veraneantes como una decoración y una fauna manidas, un conglomerado de individuos dudosos en un espectáculo mágico de colores engañosos.

Esta mañana, los truhanes de todo pelaje pueden dormir tranquilos. Gino ha tenido la delicada atención de traernos el desayuno a la cama. Café con leche, *croissants* y periódicos en los que, por una vez, no aparece su foto.

Renuncio a contar a Marlyse mi fastidio y mi desaliento de estos últimos días. Por muy bien que me conozca y me comprenda, le sería difícil creerlo. Marco un período de pausa. Decido que es domingo. Todo lo que le he contado es el esquema global de los interrogatorios y la caza de Sergio Piana.

—Ya te he visto en acción —dice Marlyse—. Lo encontrarás…

Me desperezo. Es verdad, hay que empezar de nuevo a partir de la etapa de Piana en Théoule. Volver a empezar, sí. Pero mañana. Mañana cogeré mi báculo de peregrino. Marlyse aprovechará para buscar en la playa un tostado exótico.

—¿Sabes una cosa? Esto es más alegre que Fouras. Y además, hay los helados.

Los helados italianos que salen en conos voluptuosos de las máquinas centelleantes. Son su pasión.

Se las ha arreglado para traer en una minúscula maleta —«una

maleta para una semana», me ha dicho con una sonrisa tímida como recordándome que no podría quedarse más tiempo— lo esencial de su guardarropa estival. Tengo la sensación de que lo mismo que mi camisa Lacoste, de poco le va a servir…

—Saldremos dentro de un momento, cariño. Te comprarás un pantalón y una blusa azul cielo que te sentarán muy bien. Ya que has traído dinero…

Es verdad. Como sabía que me había ido con lo justo y ha cobrado su mensualidad, se lo ha traído todo. Quería estar armada para su encuentro con la Costa Azul.

—Además, te invito a cenar —me dice…

¿Disfrutaré sin remordimiento de este día de vacaciones? De todos modos, no es Pédroni quien me lanzará de nuevo. A estas horas ya está enterado de la llegada de Marlyse por los rumores en «La Rédoute». Hay uno o dos periodistas que hacen doble juego y que han informado a sus colegas del «Négociants». La noticia ha caído, recién salida del horno, en el zurrón de Pédroni. ¡Bah! Puesto que se ha dicho que la guerra de los policías había acabado…

—Los marselleses, ¿usted sabe, señora Borniche?, están muy cerca de su casa. Cuando se aburren, un corto trecho con el coche y en seguida están en casa con su mujer y sus chiquillos… Con ustedes es diferente. Y menos mal que ha podido venir… Su marido se consumía.

Marlyse ha bajado los ojos con un pudor delicioso. Ella sabe bien que sigo sin creer en el matrimonio. Pero puede confiar en Gino. A falta de alcalde o de cura, la Prensa celebra nuestra unión:

> *Se encuentra entre nosotros la encantadora esposa del comisario Borniche. Aquí la tenemos llegando a casa del simpático Gino, al hotel «La Rédoute», que de ahora en adelante será tan conocido en toda Francia como la célebre «Murène»…*

—Pero no por las mismas razones —nos ha confiado Gino riendo.

Mi habitación, muy banal, está sumergida en un sopor sensual. La hora del café con leche y los *croissants* se enlaza con la de la siesta. Marlyse dormita junto a mí. Escucho los rumores de la planta baja, la agitación que ya conozco bien. Hay menos gente que para

la cena, pero una buena parte de los periodistas comen aquí. Gino ha sido lo bastante astuto para hacerles un precio especial que luego no tendrá en cuenta en la nota, lo que les permite obtener unos pequeños beneficios en su nota de gastos.

También yo dormito, pero las voces que llegan del comedor suscitan imágenes obsesivas. Se forma de nuevo el decorado de «La Murène». Los rostros de los actores y de los comparsas, en un principio vagos, van adquiriendo nitidez. Hace calor. Sudo, víctima de esa danza macabra. Se reconstituyen los nombres, las respuestas me plantan cara insolentemente. Soy presa de las miradas burlonas, de las bocas que se crispan para mentir, de las voces que se quiebran de miedo…

Me siento oprimido por una angustia, por un hastío de mí mismo. Todos son mis enemigos. No me dan miedo, me dan lástima. Vacían mi existencia de todo calor humano… Marlyse gime cuando aprieto contra el mío su cuerpo dulce, cálido, presente, palpitante entre mis brazos, contra mi piel.

Mis otras investigaciones, mi gloria de policía eran otra cosa. Se trataba de la guerra de un especialista contra otros especialistas, la persecución de los truhanes. En este caso, mientras busco al culpable sé que remuevo el limo, que perturbo la existencia de gentes que no son ni mejores ni peores que usted y yo… Han cometido el error de estar ahí, eso es todo. De manera que es preciso que registre su vida. Como se registra en una maleta. O un cubo de basura. Un trabajo de trapero.

El calor del cuerpo de Marlyse me devuelve a la ternura, a los sentimientos humanos. Todo me irritaba. La interrupción de mis vacaciones. Mi papel ambiguo frente a los marselleses. Y este asunto loco en el que los sospechosos giran como en una rueda de feria… Ha bastado ese poquito de mujer junto a mí para que todo vuelva a sus proporciones normales.

Suspiro, abro los ojos. Me incorporo con precaución para no despertar a Marlyse. Por la ventana, abierta de par en par, veo el mar entre los dos edificios del bulevar. Durante estos últimos tiempos era mi único rincón de evasión. Hoy me parece indigno de nuestro amor, encontrado de nuevo. Ya no es un retiro, es una habitación con el aroma carnal que Marlyse ha traído consigo. Y querría que se abriese una cristalera sobre una playa de arena

dorada para atravesarla corriendo y zambullimos en el mar.

Por mucha que sea la alegría que Marlyse sienta al conocer la Costa, me pregunto si no habría hecho mejor siguiendo solo, perro de caza impaciente. A pesar de todo, tal vez haya estado muy cerca de tocar fondo. ¿No irá a estropearlo todo esta luna de miel?

—¿En qué piensas? —pregunta Marlyse—. No duermo, ¿sabes?

Se aferra a mis hombros para sentarse a su vez en la cama.

—Es increíble lo azul que está el mar —dice—. Cuando lo vemos en las películas, pensamos que no es auténtico. Y, sin embargo, lo es… Has tenido suerte de encontrar este hotel. No debe ser fácil en plena temporada.

¡Mi querida Marlyse! Siempre me da buenas lecciones. Es verdad que esta habitación no está tan mal. Otra vez será el exótico palacio.

En Génova, uno se ahoga en setiembre. Desde el comienzo de la mañana, los árboles de la piazza Verdi no despiden frescor alguno. El dottore Giovanni Castello, jefe de la *Squadra mobile*, el equivalente a nuestra Policía Judicial, dependiente de la Questure de Génova, se dirige apresurado a su oficina. El rostro bronceado, el elegante traje de alpaca blanca, sugieren más bien un actor de cine que un comisario de Policía. Con frecuencia le comparan con Clark Gable. Y lo sabe. Cuida con esmero su pelo negro con brillantina y su fino bigote.

El dottore acaba de pasar tres semanas de vacaciones en el corazón de las Dolomitas con la jovencísima Lydia, su segunda mujer. Aquella mañana, reanuda sus funciones en la sede de la brigada, piazza Cornetto, contigua al edificio de la Prefectura. Se dispone a atacar valerosamente una montaña de papelotes administrativos.

Castello ya ha hecho reinar el terror entre el hampa de Milán y después de Nápoles. Es por esto que lo han trasladado a Génova, donde es en extremo necesario un hombre con mano dura. Los barrios bajos son presa de los bandidos, a lo largo del Puerto Viejo y de la dársena de las Gracias. A los turistas los despojan tan pronto como desembarcan en la Estación marítima, aunque el prefecto haya multiplicado las patrullas de Policía. El dottore Castello actúa

con energía.

El célebre policía camina por la vía De Amicis, atraviesa la plaza Brignole, bordea el Giardina Serra, ensordecido por el piar de los pájaros. Sobre el puerto planean las gaviotas. Castello se dice que tienen hambre. Y por asociación de ideas, deja caer una moneda en el cuenco de un ciego. Esta limosna contribuye a aumentar su buen humor. Llega a la Questure con el ánimo ligero. Responde sonriente al saludo del carabinero de guardia, enfila por el corredor que rodea los edificios de la Prefectura, empuja la puerta de su despacho, se quita las gafas de sol… gesto que anuncia el trabajo. Como el primer cigarrillo que enciende mientras contempla la famosa pirámide administrativa sobre su mesa. El residuo de los asuntos tratados en su ausencia…

… Como ese informe de hace quince días redactado por la Policía de Savona. El texto, pródigo en faltas de ortografía, resume la detención llevada a cabo por una patrulla de carabineros:

> *Hoy, a las once de la mañana, se le ha pedido al llamado Lorenzo Baselli, delante de la Central de Correos, via Palescopa, su tarjeta de identidad. Al principio ha dicho que había dejado su documentación en su «Lancia», aparcado en la piazza del Popolo. Sin desconfiar, un soldado lo ha acompañado. Entonces, Baselli ha emprendido la huida por la via Astengo. Se le ha dado alcance delante del Duomo. Ha declarado que había perdido su documentación al volver de Imperia. Se te ha registrado. No llevaba armas. No se le ha encontrado más que un billete de veinte liras. Ha sido conducido al Palacio de Justicia. Ha sido encerrado por vagabundeo y carencia de tarjeta de identidad.*

Castello se encoge de hombros. Se ha acabado la euforia de las vacaciones con Lydia. Ese estúpido informe le ha puesto de mal humor. Llama a su secretario:

—¿Qué significa todo esto, Domenico? Un montón de papeleo insignificantes que no conciernen a mi servicio… Esto no hace nada sobre mi mesa. No es un cubo de basura. Si empiezan a reventarme con las detenciones de vagabundos…

Tiende el papel a su subordinado. Echa una ojeada al siguiente documento. Una agresión a mano armada contra la Sociedad de los

Tranvías. Se ha detenido a los culpables casi con las manos en la masa. Castello recupera su sonrisa.

Era un bello final de siesta, todavía empañado de amor. Marlyse y yo caminábamos por este Juan-les-Pins hace poco maldito, y que yo empezaba a descubrir. Entraba con ella en esas tiendas donde yo nada tenía que hacer, tan ajenas a mi profesión de policía. Mirábamos, reíamos porque era demasiado caro, nos excusábamos, salíamos.

Nos divertíamos, nos amábamos.

Acabamos por encontrar ese conjunto camisa-pantalón, en consonancia con nuestros bolsillos y con su gusto. Pero no quedaba azul, sólo rosa. Con su pelo rubio tenía el delicioso aspecto de una muñeca de carne americana, toda ojos claros y sonrisas. Resplandecía cogida de mi brazo. Rosa eran también los helados que saboreamos cerca de un quiosco donde tocaba la música. Damas de otra época, bajo sus sombrillas, movían la cabeza escuchando los valses de Strauss. Aquellos valses ahuyentaban a mi torbellino de sospechosos. Daba gusto contemplar la felicidad de mi rosa Marlyse. El sol no había tenido tiempo de igualar su tez a la de las jóvenes que caminaban por el bulevar, felices y despreocupadas. Y por ello su valor subía, pareciendo tan de otro tiempo como los valses. La encontraba cada vez más bella a medida que la tarde avanzaba aportándome el relajamiento de los nervios, la conciencia de la satisfacción del cuerpo. No el olvido, sino la fuerza. Fuerza para esta noche, para mañana. Esta noche Marlyse, mañana «La Murène»…

Después hemos cenado langosta, en recuerdo de Fouras. Y la noche, en la habitación sumergida en una especie de noche americana por las luces del bulevar y los guiños del faro. Cuando hemos querido dormir, hemos corrido las dobles cortinas. Las primeras luces del amanecer mediterráneo las han atravesado ahuyentando los misterios de la noche.

He dormido bien. Marlyse, mi fuente de caricias, aún dormita en su posición favorita, con el brazo derecho replegado debajo de sus cabellos rubios esparcidos.

La dejo dormir y pienso en «La Murène». En todo. A fondo.

Ya no tengo ningún motivo, para permanecer en la Costa. No me pagan para esperar una problemática llamada por teléfono de la Gendarmería de Théoule. Eso es también lo que piensa Pédroni. Le he puesto al corriente de mis gestiones y esto le ha llegado al alma. Está dispuesto a intervenir durante las horas que sigan a la llamada, justo el tiempo de saltar a su vehículo y llegar.

De momento quiere cerrar la instrucción enviando al juez algunas declaraciones secundarias. Ayer fue a interrogar a Pélégrini, que confirmó su confesión e insistió en su deseo de colaborar. Ha puesto bajo precinto las piezas que establecen la culpabilidad de los dos hombres: el pantalón y la camisa de Piana.

El desenlace está cerca. Mi misión ha terminado.

Bueno, claro… No se ha detenido a Piana. Pero el honor de la Policía ha quedado a salvo. El *play-boy* de la Costa ha sido identificado como el indiscutible e indiscutido autor del robo de «La Murène». Se han tomado todas las disposiciones. Se ha dado la alerta a Interpol. Y se ha difundido entre los estamentos interesados la lista de las joyas: servicios de Policía, organizaciones profesionales de joyeros y bisuteros, circulares a los jefes de servicio de los establecimientos de crédito y otros montes de piedad… El circuito está cerrado. Ya sólo falta esperar la caída de Icaro, es decir, la del Apolo de los palaces.

Dentro de un rato, mientras yo voy a la Comisaría para anunciar a la Dirección mi regreso y despedirme de Tiret, Pédroni y sus muchachos, Marlyse hará las maletas. Tomaremos el expreso de las once cuarenta. El Mistral es más rápido, pero también cuesta más caro… Suplemento de recorrido, suplemento de categoría… y encima no hay segunda clase…

Trataremos de llegar con tiempo a la estación para poder tener dos asientos.

Y adiós, Juan… Juan-les-Pins que, gracias a Marlyse, empezaba a gustarme.

No olvidaré fácilmente la ciudad de «La Murène».

Con la nariz pegada al cristal veré desfilar Tolón, Marsella, los viñedos del valle del Ródano y los grandes nombres de Borgoña, el campo… Mâcon, Autun, Dijon… ¡Pobre Théodose, el borgoñés! He sido injusto con él. Casi me gustaría ir a presentarle mis excusas. Y también a Laszlo Frokian. Aunque conmigo no haya estado

demasiado amable. ¡Incluso hablaba de hacerme degradar! Y su hija… Es uno de los personajes a la que con gusto volveré a ver en París cuando todo se haya apaciguado.

Marlyse da media vuelta, gruñe algo y se vuelve a dormir. He debido darle con el codo. Siempre esa manía de entrelazar las manos debajo de la cabeza cuando reflexiono. Me aparto un poco más…

A fin de cuentas, la investigación de «La Murène» no era demasiado complicada. Desde el principio, Piana fue el ladrón designado. Hago un resumen de los hechos que Pédroni hará resaltar en su informe. Piana y Bruto se fugan. En Théoule, Piana conoce a la joven Frokian que lo invita a «La Murène». Toma nota del lugar. Vuelve con Bruto y lleva a cabo la famosa operación. El *play-boy* y *el Molosse* desaparecen. La identificación facilitada por la señora Mag corresponde a la de ellos. Encuentro el rastro de Piana en casa de un cómplice. Prosigue la búsqueda… ¡Y esto es todo!

Muy sencillo. No es necesario celebrar conferencias de Prensa como este excelente Gino a quien tengo que pedir la nota…

… Mi nota. No quiero coger nada del dinero de Marlyse. Pagaré con un cheque postal que repondré a mi regreso a Paris. Dispongo de una semana larga antes del cobro. Naturalmente, la venida de Marlyse me ocasiona unos gastos que la Gran Casa no me rembolsará, y es natural. Habrá que forzar algo la dosis. He conseguido recoger a hurtadillas algunas notas que quedaron abandonadas en las mesas. Esto no es un delito… Los gerentes de sociedades lo hacen para engañar al fisco… Entonces…

… ¿Por dónde andarán en estos momentos mis asociados Piana y Bruto? En realidad, ¿qué ha ocurrido con *el Molosse*? A nadie le interesa, todo el mundo va detrás de Piana. Pélégrini tampoco se ha referido al tema. ¿Estaba Bruto al Théoule con Piana, o escondido en otra parte? Espero que Pédroni, con lo metódico que es, habrá hecho la pregunta. ¡Condenado Pédroni! ¡Y pensar que al principio quiso ganarme por la mano con Baldacci!

Y ahí nos encontramos también con una formidable pista falsa. La Sûreté local de Marsella ha detenido a sus asesinos. Tres proxenetas corsos que habían vengado su honor de rufianes. Se encontró a la ganadora que Baldacci había tratado de atraerse. La habían marcado con la cruz de las vacas, ese doble tajo en la

mejilla, en forma de cruz, hecha con los fragmentos de un vaso roto en el mostrador. El antiguo método. El género apache. A esos truhanes de nada les sirve el progreso. Y esto no tiene más importancia que el hecho de que Baldacci fuera a «La Murène» a charlar con Rizzato.

¡Ahora va a respirar el *maître* de hotel! Regará nuestra partida con champaña: «¡Y un Krug, uno! ¡Un Magnum!». Sin embargo, ¡qué indecente jeta de judas! Espero que la sala de lo criminal de Aix no se andará con miramientos respecto a su historia de ocultación, a pesar del talento y de las relaciones del universal abogado Carlotti. Y que Théodose lo pondrá de patas en la calle. De lo contrario, nunca terminará con las sucias historias ese borgoñón caballero del chaqué.

En este momento se levanta el anticuario. Contempla a Fabrice, su ángel de los cabellos de oro… Mi propio arcángel abre un ojo. Ni siquiera la he tocado. ¿Qué hora es? Las cinco en mi reloj de níquel, el formidable, el sólido, el irrompible, colocado sobre la silla que me sirve de percha y de mesilla de noche. Tenemos tiempo. Doy la vuelta y hago como que duermo. Y de nuevo me digo: «¡Pobre Théodose!». Si no se encuentran las joyas, él es quien pagará el pato. Y no está asegurado. Los abogados de las víctimas harán que hipoteque su hotel, su villa y su tienda en Antibes hasta la cancelación de la deuda.

Arrumado Théodose, el de las mejillas rosas. ¡Y por culpa de un golfo que ni siquiera era uno de sus amantes! Y también por culpa de la ardiente Annie Meyer.

… ¡Vaya un burdel esa «Rédoute»! Abajo no dejan de bajar y subir, cuando no se escucha el ruido infernal y pútrido del sifón en el descansillo o los grifos del lavabo… naturalmente, el grifo de la derecha, porque el de la izquierda, el del agua caliente no funciona.

¿Y ahora qué pasa con ese tropel? Es en el descansillo. Una avalancha de golpes contra mi puerta. La voz de Gino, loco de excitación:

—¡Venga pronto, señor inspector! El comisario Pédroni está abajo. El Piana ha vuelto a hacer una de las suyas.

Ni siquiera es ya la serie. Es la hecatombe en grande.

Continúa el vals de los millones. Pero no lo toca la orquesta del pequeño quiosco de Juan. Es nada menos que el «Metropolitan». En realidad, la «Filarmónica».

Sin embargo, desde el cabo de Antibes a la cornisa media, desde el hotel «Gray d'Albion», en Cannes, hasta el hotel «Aïoli», en Saint-Tropez, el ritmo del vals es el mismo: un hombre mono trepa hasta los balcones, empuja delicadamente los postigos entreabiertos, se aprovecha del sueño de las ocupantes para arramblar con el dinero y las joyas desperdigados sobre los muebles. Después se esfuma en la noche.

Jean Rigaux canturrea en la Croisette. Dice que la Costa Azul se ha transformado en la Costa de Oro. Las Comisarías están abarrotadas de denuncias. Los periodistas lo pasan en grande. El jefe de la brigada móvil de Marsella está copado por un montón de telegramas. De vez en cuando da un benido para enviarlos a la Comisaría de Juan-les-Pins, nuestro cuartel general.

Heme aquí otra vez movilizado, viudo durante todo el día y a menudo una buena parte de la noche. Marlyse, también viuda, ha encontrado un rincón en la playa, no demasiado frecuentado por los dragadores.

—Uno de vez en cuando —dice con sonrisa angélica—. Hablamos cinco minutos. Esto ayuda a pasar el tiempo.

Ahora Marlyse es una celebridad. Una foto que ocupa un cuarto de página en *L'Echo de l'Esterel*, junto al «comisario». Borniche, en el timbrai de «La Rédoute», con Gino risueño al fondo. Las gentes no saben exactamente dónde la han visto, creen que es una *starlette* o una cantante y le tienden trozos de papel en los que ella garrapatea con sobriedad «M. B.», lo que no es nada comprometedor.

En la playa la ha abordado una de sus admiradoras… Sencillamente, Gisèle Venturi. ¡La camarera de «La Murène»! Desde que Pédroni concediera su libertad a los infortunados clientes, ha logrado que Baerhof la pasee en «Porsche» en sus horas libres. ¡Su sueño hecho realidad! Baerhof, liberado del *ghetto* erótico de su habitación, se recupera poco a poco. Habiendo adquirido sus debates con Gisèle un ritmo más razonable, ha vuelto a practicar la cultura física. Hace *footing* a lo largo de la playa dejando que Gisèle haga sus confidencias a Marlyse, que está haciendo grandes descubrimientos sobre los usos y costumbres de la austera Suiza

germánica. También se entera de que me he mostrado muy amable con Gisèle, que la he interrogado con toda clase de miramientos y cortesía. Esto me vale por parte de Marlyse un comentario mudo en forma de sonrisa de conejo.

—Siempre galante —me dice Marlyse—. Tanto en el trabajo como en el placer.

—Es una buena chica —afirmo—. No está complicada en el golpe. La interrogué por rutina. Además, no tenía motivo alguno para comportarme como un SS. Y ya sabes que no es mi estilo.

—Sí, pero a ésta, contrariamente a tus principios, no la hiciste ir a la Comisaría.

—«Para aprovechar una de sus escasas horas de libertad».

—Confiesa que si Baerhof no hubiera estado allí… —sugiere Marlyse.

En el fondo, sus celos me halagan. Es un pequeño juego con el que a menudo nos divertimos ella y yo, tanto más cuanto no ofrece ningún peligro.

—Si la hubieras visto en la playa —continúa la muy perversa— te habrías muerto de risa. Llegaron del brazo ella y el suizo. Ella llevaba un enorme bolso amarillo del que sacó una toalla de baño toda florida y el último número de *Confidences*. Baerhof vestía ya su indumentaria de atleta: una bermuda rayada. «Es la mujer del comisario Borniche —le dijo, encantada—. Lo conoces, Ludwig, también te interrogó a ti». El suizo farfulló algo y luego se lanzó a su *footing*, visiblemente encantado de desembarazarse por un momento de Gisèle. Ella instaló su campamento a mi lado. Después de mil contorsiones para que no pudiera ver su turbadora desnudez, logró enfundarse en un maillot de una pieza concebido para una playa española, hermético a no poder más, todo negro con una siniestra flor malva en pleno ombligo. «Cuando su marido citó al pobre Ludwig —me ha dicho— no estaba en condiciones de abandonar su habitación. Allí acudió a verle. Apenas tuve tiempo de arreglar la habitación. Su marido me miró de una manera extraña. Estoy segura que lo sabía todo».

—No es preciso ser un Sherlock Holmes —contesté—. Inmediatamente comprendí por qué Baerhof estaba clavado en su lecho como un anciano… ¡Condenada Gisèle! Lo había dejado fuera de combate. Además, por lo que se refiere a él, el interrogatorio era

también pura fórmula. Un suizo honorable, de los más honorables… La Policía de Zúrich es tajante a ese respeto.

—Puede decirse que no has olvidado nada —dice Marlyse—. Ni siquiera a las víctimas.

—Ni siquiera a los comerciantes suizos —rubrico—. Pero ya ves, a pesar de todo, nos encontramos igual que antes.

Lo de igual que antes es decir poco. En realidad, nunca nos hemos encontrado a un nivel tan bajo. No hay más que ver los titulares de los periódicos: *«¡Vuelve a la carga Piana, él inalcanzable!»; «Piana se burla de la Policía»; «¿Qué hacen nuestros Maigret?»*. Piana está en el candelero. Piana está en Menton, Piana está en Draguignan, Piana ha sido visto en Cannes.

Un diputado nos coge en su colimador. Ya ha interpelado al Gobierno sobre la incoherencia de ciertas investigaciones policiales, condenadas de hecho al fracaso. «Vean en qué estado se encuentra el asunto Dominici, el triple crimen de Lurs. Y lo mismo empieza a ocurrir con “La Murène”. Esas gentes son unos incapaces…», etc., etc.

Afirma que los policías se pasan el tiempo peleándose entre ellos, lo que resulta más fácil que luchar contra los criminales. Pregunta qué medidas se propone adoptar el ministro del Interior para unificar la Policía… En resumen, que el asunto de «La Murène» adquiere proporciones políticas. Sólo faltaba eso.

En el centro del drama nos encontramos Pédroni y yo. Unidos para lo bueno y lo malo. Piana, que no ha abandonado la región, nos ridiculiza. Nos encontramos bloqueados por bastante tiempo. Ni la menor posibilidad de dar carpetazo a la investigación. Mientras no le echemos el guante a Piana todo está por hacer. Él se ha convertido en nuestro principal objetivo. ¡La recuperación de las joyas vendrá después!

Pédroni me propone dividir el trabajo. Uno de nosotros se quedará aquí, ¡Nunca se sabe! Los demás investigaremos las circunstancias de los robos atribuidos a Piana… Naturalmente, yo seré quien se quede. La cosa no está para bromas ni para irse a París. Marlyse dispone todavía de tres días de permiso especial por cuenta suya. Me hará compañía en Juan mientras los marselleses

peinan la Costa…

—¡Comisario! —grita el policía de guardia.

—¿Qué?

—Es para el inspector Borniche. Su jefe le llama.

El diputado puede estar contento. Los periodistas también.

El «Gordo» viene.

Una desgracia nunca llega sola.

XVI

—*Per favore, Signor*…

El guardia municipal observa con suspicacia al desconocido. Un Rital más que necesita una tarjeta de residencia. En esta región fronteriza los emigrados constituyen una plaga.

—¿Para qué? —vocifera.

—El *commissario. Molto importante, Signor*. Mucho importante. *Per la rapina*.

El guardia no trata de comprender. Se encasqueta su quepis, sube sin apresuramiento la escalera de cemento, llama a la puerta de la secretaría y vuelve a bajar.

—Por aquí.

Antonio Liguri se agita en la oficina del comisario tonasse, en el puesto fronterizo de Garavan. Con gran derroche de gestos ciceronianos, explica que uno de sus compatriotas de Lugano sabe dónde se encuentran las joyas robadas en el hotel «La Murène»…

Es demasiado bello para ser verdad. En la situación en que nos encontramos sería para creer en milagros.

Pédroni y yo arriesgamos cien veces nuestras vidas, por no hablar de las de los otros, mientras devoramos la gran cornisa sobre el trasto de cuatro ruedas. Afortunadamente éstas se adhieren al pavimento, pues de lo contrario…

En una hora hemos llegado al puesto fronterizo.

Liguri tiene un aspecto seguro de sí mismo. Su pasaporte está en regla. Repite su oferta. Un amigo se ha puesto en contacto con él para que actúe de intermediario con las víctimas, pero la comisión que ofrece es demasiado pequeña. Liguri prefiere los cinco millones de prima. Pédroni y yo nos comunicamos por telepatía sin miramos siquiera. Y nos ponemos de acuerdo. Encontrar las joyas, incluso sin

Piana, no está nada mal. Y si encima podemos ganar por partida doble… Tratar de atraer a Piana por mediación de Liguri, hasta un lugar apartado de la frontera…

Miro a Liguri con mi aspecto de Gran Inquisidor n.º 1:

—¿Quién es ese amigo?

Antonio Liguri vacila, tartamudea algo, luego se impacienta:

—Un pariente de Piana… Sergio le ha confiado las joyas y las ha pasado a Italia. ¿Les interesa?

Pédroni me indica con una seña que le deje seguir. Responde con voz meliflua:

—Claro que sí… ¿Y cómo llevamos este asunto?

Liguri ha pensado en todo. Ha partido por la mitad un billete de cinco liras. Nos entrega una mitad para que la hagamos llegar a Frokian. Él conserva la otra. Uno de sus amigos se la llevará a Frokian. Una vez confrontadas ambas mitades se hará el cambio: la totalidad de las joyas contra entrega de la prima. Y eso es todo… En cuanto a Piana, se quedará de cuadra, como si hubieran robado las joyas al amigo a quien las había confiado.

El comisario Jonasse está que no cabe en su pellejo. Garavan es su Austerlitz. Y con un ascenso, si llegan a encontrarse. Pétroni me parece preocupado. Liguri es de mármol. Espera. Le pregunto dónde tendrá lugar la transacción. Le es igual con tal de que sea en Italia.

Hay algo que me molesta, que me obsesiona. No veo bien adónde quiere llegar Liguri. Si lo que nos ha dicho es verdad, su amigo y él son dos perfectos canallas.

—¿Ha pensado en damos una prueba de la existencia de esas joyas? —le digo—. No sé… Por ejemplo, una foto del lote colocado sobre un periódico italiano reciente cuya fecha se distinga con claridad.

No, Liguri no ha pensado en todo… Al menos no en eso. Mi pregunta lo trastorna en extremo. La contrariedad hace que su rostro se contraiga en una mueca nada agradable.

A partir dé este momento tengo la seguridad de que es un estafador. Sin embargo, no se revela. Aún no.

—Dentro de tres días traeré una —afirma—. Aquí mismo, por la tarde. Entre las seis y las siete. A cambio, será preciso que el señor Frokian me dé un pequeño adelanto para mis gastos… ¡He de ir a Lugano…! El viaje, el hotel, el restaurante… Cuarenta, cincuenta

mil liras… *Non è troppo, vero?*

Pédroni acecha mi reacción. He comprendido. El glacial Liguri es un estafador de poco monta. Un estafador de los que hay a montones, abonados a la lectura de sucesos diversos, que con frecuencia ofrecen algún beneficio…

Yo conocía uno notablemente organizado. Se había fabricado una tarjeta de guardián de la cárcel, atravesada por una banda tricolor. La cosa no podía ser más oficial. Obtenía de la Prensa el nombre de los que ingresaban en las cárceles. Entonces acudía presuroso a ver a la familia, asegurando que le enviaba el detenido, recogía dinero, paquetes de comida, prendas de abrigo… Un maleante de poca monta a quien, sin embargo, su comercio le hacía ingresar diariamente de quince a treinta mil francos. En el «Marché aux puces» todo el mundo le conocía. Abastecía a los puestos de prendas de vestir de todo tipo.

Lo detuve gracias a una extraña coincidencia. En los periódicos había aparecido, por error, la detención de un estafador a quien yo esperaba en su casa. Al oír el timbre, me dispuse a atacar. Era tan sólo el falso guardián. Respaldado por su lectura cotidiana, enarbolando su tarjeta, acudía presuroso a reclamar dinero y comida para el nuevo detenido que ni siquiera había sido detenido.

Hice de modo que él le precediera en la cárcel Saint-Pierre de Versalles. Había contabilizado sus ochocientos delitos en un libro diario del que no se separaba jamás. Dilapidaba el dinero en billetes de la Lotería Nacional. O, cosa extraña, rembolsaba a sus primeras víctimas… ¡y entonces borraba los nombres en el cuaderno!

Liguri es, sin duda, un estafador del mismo tiempo. No resistirá mucho tiempo a nuestras preguntas insidiosas, por no decir evidentes, ya que este asunto empieza a fastidiamos.

Los puños de Pédroni se abren y se cierran a su espalda…

Tres horas después de una estancia tras los barrotes, el digno Antonio Liguri confiesa. Con el fin de mejorar sus finanzas no había encontrado nada mejor que sonsacar algún dinerillo al acaudalado Laszlo Frokian.

Aquella misma noche cruza de nuevo la frontera.

La pista de Garavan se ha esfumado como un fuego fatuo.

El ilustre comisario Vieuchêne sonríe mientras me estrecha la mano. Esto refuerza mi molesta sensación: el «Gordo» está de un humor de perros. Con la majestuosidad del caso se dispone a presidir la reunión prevista a las once en «este chamizo que sirve de Comisaría en este puesto que en invierno queda casi despoblado», según su noble expresión. Debido a un embotellamiento entre Niza y Saint-Laurent-du-Var, se ha dado cuenta, horrorizado, de que llegaría con retraso. Su puntualidad policial ha recibido un duro golpe. Ha atravesado, con la altivez de un generalísimo contrariado, el enjambre de periodistas que asedian la Comisaría. Y se ha desplomado sobre el asiento de Tiret.

Pédroni y yo cambiamos una prolongada mirada cómplice.

Con una formidable voz huraña:

—Así, ¿cuál es la situación?

Naturalmente, es a mí a quien toca responder:

—Seguimos en la misma situación, jefe. Es decir… Que estamos como el primer día. La culpabilidad de Piana ha quedado establecida de una manera indiscutible.

Recobro mi aliento penosamente bajo la implacable mirada del «Gordo»…

—Indiscutible, gracias a las declaraciones de Annie Meyer y al descubrimiento de sus ropas de fugitivo. Desgraciadamente, hasta ahora sigue escurriéndose.

—Así, pues —gruñe Vieuchêne—, resultado negativo en toda la línea. ¿No es así?

Silencio.

Pues bien, así es…

El «Gordo» se vuelve hacia Pédroni:

—¿Y usted?

Ahora es el turno del comisario marsellés. Se esfuerza en exponerle un resumen tan fiel como sucinto de las operaciones. Las primeras sospechas, las sucesivas pistas, los elementos de pruebas recogidas. Seguidamente llega a las victimas de los últimos robos: Jack Warner, el productor norteamericano en la villa «Aujourd'hui» en el cabo de Antibes, cerca de la villa de los Weil donde en este momento residen Mary y Suzan Fuchs. El comerciante en diamantes holandés Van Ossbruggen, en el castillo del Puits, cerca de Fayence. La riquísima suiza Surher, en el séptimo piso del palacio Victoria,

en Montecarlo. Robos atribuidos todos ellos a Piana. Pédroni no está acostumbrado como yo a la mirada del «Gordo». Suda, pero su voz se mantiene firme.

—Tengo la certeza —concluye— de que Sergio Piana es ajeno a todos esos delitos. No es su estilo. Y además, la mayoría de esos falsos Piana han sido detenidos.

Apruebo en silencio. Por la ventana enrejada, el sol penetra a raudales en la oficina. Un sol sin alegría. No ilumina más que el cristal de la polvorienta biblioteca, cubierta de huellas grasientas. Apartado, en un rincón de la habitación detrás de Vieuchêne, el inspector-jefe Tiret da chupadas a un resto de cigarrillo. Está tranquilo. Muy tranquilo. El asunto de «La Murène» no le concierne. Desde el principio dejó de estar en sus manos. Y no se cansa de felicitarse.

El «Gordo» tamborilea sobre la mesa con una maestría reveladora de un nerviosismo cuyos efectos conozco demasiado bien. Adopta el tono lúgubre del profeta de las desgracias. Es Jeremías, pero con la autoridad de Moisés conduciendo a su pueblo.

—Esta situación no puede eternizarse. El ministro se impacienta, el director general de la Sûreté gruñe, el director de la P. J. me expresa todos los días su contrariedad. Ya ni siquiera me atrevo a llamarlo. Además, las víctimas se quejan de que han sido maltratadas… ¡Retenidas cuando no había nada que lo justificara! Todo el mundo me acosa. Incluso los periodistas. Los han convertido a ustedes en *vedettes* y ahora los golpes de incienso se han convertido en garrotazos. Igual que todos nosotros, creyeron en ustedes, esperaron. Ahora se liberan. Desde la extrema derecha hasta la extrema izquierda, no se habla de otra cosa que de esta nueva guerra entre policías que ha hecho fracasar la investigación… Señores, su responsabilidad es grande. ¿Se dan cuenta de hasta dónde han llegado?

Un silencio dramático se hace tras la perorata. Claro que nos damos cuenta… Sobre todo me doy cuenta de que mi gordo y buen jefe va demasiado lejos. Estoy convencido de que ni el ministro, ni el director general, ni nuestro venerable jefe de la PJ. se apasionan hasta tal punto por esa maldita «Murène»…

Es algo notable que cuando se trata de reproches, el «Gordo» siempre utiliza la segunda persona del plural. Un viejo truco para

poner en situación a sus subordinados:

—Han hecho esto… Son responsables de aquello… ¿Se dan cuenta de hasta dónde han llegado?

Por el contrario, cuando todo marcha bien, cuando empieza a hacerse la luz gracias a todos nuestros esfuerzos, el pronombre «ustedes» cede milagrosamente su lugar al «yo»:

—He detenido a Bruisson… He detenido a René la Canne… He detenido a Pierrot le fou… Yo he… Yo… Yo he…

Tanto si se encuentra presente en el teatro de operaciones como si no lo está, lo que es frecuente, se endosa la paternidad del éxito. Parece que ésta es la costumbre entré la policía, la nuestra o la de enfrente, en el quai des Orfèvres. Esto permite a los superiores subir de grado. El ascenso policial es a ese precio. Hay que acostumbrarse. A nosotros nos toca arreglárnoslas para no seguir siendo toda la vida lampareros…

Con su traje ligero gris antracita, que va bien con su color bronceado, Vieuchêne, erguido sobre sus espolones, se planta delante de Pédroni. Va a comenzar la fiesta del marsellés.

—¡Usted, sí, usted! —vocifera el «Gordo»—. ¡El favorito de los favoritos! ¡El terror del Medio! ¿Ni siquiera tiene un informador digno de tal nombre que pueda decirle lo que ha ocurrido con las joyas? ¡Le he escuchado con gran atención, Pédroni, con enorme indulgencia! Se pasa el rato hablando de Piana, no sabe hablar de otra cosa… Piana por aquí, Piana por allá… De cualquier forma, ese Piana no es el hombre invisible… Come, bebe, duerme, se pasea. ¡Como usted y como yo! ¡Es posible detenerlo! ¿Y Bruti? ¿Acaso se ha ocupado de Bruti? Todo el mundo sabe que es un idiota. ¿Han descubierto a ése? No. ¿Y si su Piana fuera inocente? Al menos del golpe de «La Murène»… ¿Han pensado en esa eventualidad?

Su mirada, más napoleónica que nunca, domina a Pédroni, le deslumbra, le deja clavado como una mariposa en un tapón.

—… ¿Se han ocupado lo suficiente del personal de «La Murène»? ¿A través de quien el ladrón, quienquiera que sea, me oyen, quienquiera que sea, pudo saber que el cofre estaba en la habitación de Mag, en la caja de Mag aquella noche? ¿Comprenden lo que quiero decir?

Lo comprendemos. Vieuchêne razona como perro viejo. Tiene razón. A Piana, si ha sido él, lo informaron. Y no la joven Frokian

por ser parte interesada. Entonces tuvo que ser algún otro. ¿Y qué otro puede ser sino Rizzato, genovés como él, a quien ha debido conocer en Marsella o en cualquier otra parte?

Desde hace algún tiempo nos hemos olvidado un poco de Rizzato. Sin duda demasiado. Pero ¿qué más podemos hacer? Le hemos asado a preguntas. Tiene respuesta para todo.

¿En qué piensa Vieuchêne que nos contempla desde su asiento, tan pronto a uno como a otro en silencio? Su mirada lejana nos desconcierta. ¿Es tan despectivo como se cree? ¿Y si, por el contrario, dijera que el asunto de «La Murène» no es tan fácil como creía, entre dos sesiones de bronceamiento? ¿Qué resulta muy incómodo para nosotros movemos en un ambiente adinerado, hostil, donde el menor descuido provoca un chorro de reproches sobre el muro de las lamentaciones?

Acaso esté pensando en el triple crimen de Lurs que ha estremecido a toda Francia y cuyos autores aún no han sido identificados… ¡Ahora lo sabremos! Su mirada vuelve a ser normal. Yo, que conozco a mi jefe como si lo hubiera traído al mundo —¡Dios no quisiera!—, he sorprendido una chispa irónica.

El «Gordo» ha encontrado una solución.

La que necesitábamos para salvar las apariencias. Podemos confiar en él. Con él siempre habla la profesión. De antemano le estoy agradecido por lo que se dispone a anunciarnos.

Del bolsillo de su chaqueta saca sus lentes, limpia los cristales con un pañuelo, los examina y se los pone. Con la mano derecha saca la cartera de un bolsillo interior y la abre. Aparece un papel traslúcido, cubierto con caracteres de máquina especiales. Realmente no puedo distinguirlo bien. El «Gordo» lo extiende sobre la mesa, nos lanza de nuevo una mirada a través de sus cristales.

¿Qué espera? ¿Qué nos está preparando? Respira profundamente, vuelve a mirarnos. ¿Acaso este enorme gato nos ha tomado por inocentes ratones? Al fin, su voz se eleva triunfante, irónica, amenazadora:

—Nunca podría felicitarles bastante por haber hecho todas sus apuestas por Piana —dice al fin—. Desgraciadamente, Piana no tiene nada que ver con el asunto de «La Murène». ¡Se han pasado ustedes de rosca!

¡Y esa palabra «nada» subrayada con una mirada desdeñosa! Nos

quedamos de piedra. A Tiret se le desorbitan los ojos y la colilla de su cigarrillo interrumpe su balanceo de metrónomo.

El «Gordo» devana su modesto triunfo.

—Voy a leerles el telegrama que me ha enviado la Dirección. Está bien claro: «*Interpol Roma a Interpol París… Detención en Savona de Sergio Piana, alias Lorenzo Baselli, identificado por huellas digitales. Stop. Comisario Castello de Génova se ocupa de la investigación Piana encarcelado en Génova niega participación robo Murène. Le tendré informado. Fin*».

Vieuchêne levanta de su telegrama la mirada más interrogadora del mundo. Espera nuestra reacción.

Pédroni salta:

—Nada demuestra que Piana no haya dado el golpe —dice—. Hay que ir a interrogarlo… Es muy posible que fuera detenido en Italia después del robo… Ese telegrama no quiere decir nada.

Silencio. El cigarrillo de Tiret reanuda su oscilación. La voz del «Gordo» martilla glacial:

—¡No tiene —nada–nada-que ver-con este-robo! Couturier, del BCN[8] se ha puesto en relación con Castello, Se ha reconstituido con toda minuciosidad el empleo del tiempo de Piana. Piana lo ha admitido todo. Su fuga. Su paso por Théoule, en la casa de Pélégrini. Su encuentro con Annie Meyer. Su ida a «La Murène». Su proyecto de robar en el «Carlton», el «Miramar» y en el hotel de Théodose. ¡Pero aquella noche no podía estar en Juan-les-Pins por la sencilla razón de que fue detenido la misma mañana del robo con el nombre falso de Baselli! Está claro, ¿no?

Desde luego, está claro.

Todo se desmorona.

Y vuelta a empezar.

Vieuchêne dobla el telegrama y me lo tiende. Pédroni exhala un suspiro desgarrador. Tiret tose. Siento que el suelo se desliza bajo mis pies.

Todo ha estado contra nosotros. Todo. Hasta el final. ¿Cómo no se nos advirtió de la detención de Piana?

—No podían informamos hasta que Piana fuera identificado por la Policía italiana —prosigue Vieuchêne—. Esto exige diez días. Ahora ya está hecho. Hay que partir de cero. Tienen que investigar a los personajes del hotel. Es evidente que esto resultará ahora más

difícil, ya que algunos clientes se han ido. De todas formas, buena suerte… ¿Viene, Borniche?

El «Gordo» tiende a Pédroni y a Tiret su mano imperial y abandona la Comisarla con Borniche a sus talones. Tenemos derecho al ametrallamiento de los fotógrafos.

—¿Alguna declaración, señor comisario?

Vieuchêne se detiene. El papel de estrella se lo conoce bien. Tiene la sonrisa y la facundia de un político con éxito.

—… Sí, pero breve. He hecho detener a Sergio Piana en Italia, donde se ocultaba bajo el nombre falso de Baselli. No tiene nada que ver con el caso de «La Murène». Nos ha servido de biombo para proteger las investigaciones en curso. Estamos sobre una pista interesante. Hasta pronto, señores.

Me coge por el brazo. Mañana este inmortal cliché de danza lugareña inundará los periódicos…

—He reflexionado mucho, Borniche… Mire por el lado del hotel. Hay cosas que me parecen extrañas, realmente extrañas.

Gilles Morand y Paul Neveux prosiguen tranquilamente su carrera de aprendices de truhán. El mismo día que el «Gordo» nos informa de la detención de Piana, abandonan el hotel de la Frênaie, donde han pasado la noche con nombres falsos. Sus bolsillos están llenos.

La víspera, Neveux ha fracturado con ayuda de un destornillador, los deflectores de una decena de coches, aparcados en la acera entre Juan-les-Pins y Golfe-Juan. Morand vigilaba.

Pillaje beneficioso. Incluso inesperado para un golpe tan banal. En las maletas de un holandés que cenaba en «Chez Tétou» y se preparaba, sin duda para viajar de noche después de haber regado copiosamente su despedida a los fastos de la Costa, han descubierto un estuche, disimulado entre las camisas y los pantalones. La cerradura no ha resistido. Uno se pregunta por qué las gentes cierran sus maletas con llave. Tan pronto robadas, tan pronto abiertas…

Neveux ha metido el contenido del cofre en el saco de cuero con las iniciales C. K. robado en Niza al negociante libanés Khoury: un alfiler de corbata con brillantes, tres relojes de oro, uno de ellos

incrustado con diamantes, un collar de perlas finas y dos pares de pendientes. Para que diera buen peso, ha añadido un revólver calibre 6,35 encontrado en una caja. Un diestro puntapié ha lanzado el cofre vacío entre las sombrillas plegadas del restaurante «Bijou-Plage». Los dos compadres han regado todo ello en el Bivouac y se han acostado bastante borrachos.

Esta mañana, un café triple les ha puesto de nuevo en pie. Llaman un taxi ante la losa conmemorativa del desembarco de Napoleón a su regreso de la isla de Elba, Hacen que les lleve a Saint-Raphaël, donde almuerzan en el «Cormoran». Desde luego, no tiene la clase del «Beaurívage», pero tienen la prudencia de elegir lugares discretos durante su regreso a París. Además hay que pensar en reducir los gastos, pues tienen que pagar al amigo de Pigalle que les ha financiado su expedición a la Costa.

—Tendremos que hacemos con algo de dinero —dice Paul mientras paga la cuenta—. Por este desierto hay muchos joyeros…

Gilles Morand no contesta. Se muestra sombrío, preocupado. Hasta ahora han tenido suerte. Pero desde Mougins, donde han escapado por un pelo al control de la Policía al volante de un coche robado, tiene un oscuro presentimiento. Está muy bien jugar a las vacaciones gratuitas, pero la idea de volver a la Santé le obsesiona. Y la densa estupidez de su compañero empieza a irritarle seriamente.

—¿De qué te sirve marcar los lugares por dónde pasamos? —le ha dicho—. Si nos pescan estamos listos.

Testarudo como todos los cretinos y encima metódico, Neveux sigue señalando en rojo el mapa Michelin. Ayer, antes del robo al holandés, Morand se había vuelto a enfadar. Pero el atractivo botín calmó su angustia.

—Y ahora, ¿qué hacemos?

Por el momento se encuentran sentados sobre el parapeto del puerto, con las piernas colgando y la mirada perdida en el vacío, vagamente acunados por el golpe de las olas contra las embarcaciones amarradas.

—¡Ojalá hubiéramos dado nosotros el golpe de «La Murène»! —suspira Paul Neveux—. Entonces podríamos comprarnos un yate como ése.

—Y entonces izaríamos el pabellón negro para surcar los mares

—rezonga Gilles Morand.

—De todos modos —prosigue Neveux—, sería preciso que hiciéramos una buena antes de volver a París. No vamos a vivir como vagabundos, ¿verdad? ¿No lo crees?

Gilles Morand se divierte juntando las punteras de los zapatos y separándolas luego. No mira a Neveux. No se apresura a contestar:

—Nos pasaría como a la zorra, amigo. Un golpe como el de «La Murène» no es para nosotros. Allí había alguien que les sopló. Entonces es cuando la cosa se hace peligrosa. Nosotros, trabajando al olfateo ganamos menos, claro, pero también arriesgamos menos. Hay que saber lo que se quiere.

Paul escupe dos o tres veces en el agua, cada vez más lejos.

—Pues es igual, patata —farfulla—. ¿Tú crees que nosotros no corremos los mismos riesgos al ventilar las joyas? Anda, allá vamos.

En la joyería, Philéas Désormeaux observa a su primer cliente de la tarde. No le gustan las caras nuevas. Claro que la clientela ha de ir renovándose, pero a costa de incesantes atisbos de inquietud, sobre todo en esta temporada turbia…

Ha levantado el cierre metálico de la «Gerbe d'Or». Ha quitado los cerrojos de la puerta. Tiene alineados sobre el mostrador los brazaletes y las cadenillas que se dispone a colocar en las vitrinas.

Paul Neveux ataca con aplomo, intentando adoptar un estilo distinguido, como lo ha visto en el cine:

—Mi madre se ve obligada a desprenderse de esta joya de familia, pero no le ha sido posible venir… ¿Cuánto me da?

Deja sobre el mostrador el reloj de mujer engarzado en diamantes.

Philéas Désormeaux es un hombre tranquilo. Los sucesos diarios no le interesan. Pero todos esos robos de joyas en la Costa… El aspecto sospechoso de este individuo que quiere representar a un hombre de mundo… ¡Prudencia, prudencia! Coge el reloj, lo sopesa en la palma de la mano, se coloca la lupa en el ojo, examina la joya y vuelve a dejarla sobre el mostrador.

—Treinta mil francos —dice—. El reloj es de oro, pero desgraciadamente los diamantes son falsos.

Paul Neveux cae de las nubes. Con eso no podrán continuar los

dos su confortable viaje. Se saca del bolsillo el collar de perlas y los pendientes:

—¿Y por esto?

Ahora ya no cabe duda, Philéas Désormeaux ha comprendido. Evidentemente, lo mejor es seguir el juego al joven golfo. Adopta la actitud compasiva de los grandes momentos de pésame:

—Comprendo —dice—. Su mamá se desprende de sus alhajas. Está enferma, ¿verdad? ¿Necesita dinero?

—Eso mismo —responde Paul Neveux, cuyo cerebro está tan atrofiado como el de un colibrí—. Si ella hubiera podido venir, lo tendría todo solucionado. Debo partir para Marsella, ¿comprende?, y ya voy retrasado.

—Comprendo —asiente Philéas Désormeaux—. Un momento…

Reajusta su lupa, examina los objetos, muestra su satisfacción con un movimiento de cabeza.

—Humm, sí… El collar es bueno. Y también los pendientes. Puedo ofrecerle cien mil francos por todo. Pero nada de regateos, es mi último palabra. Si le conviene…

¡Formidable! Realmente despampanante. Paul Neveux está a punto de reventar de satisfacción. ¡Vaya cara que va a poner Gilles que le espera allá abajo, frente al casino! Hace algún tiempo que Gilles está raro. Se diría que empieza a desinflarse. Paul Neveux no se desinfla nunca. Palpa el revólver en las profundidades de su bolsillo…

¿Y si amenazara al joyero cuando éste abra la caja registradora o la caja fuerte? ¡Ése sí que sería el golpe soñado! Aún mejor que el de «La Murène»… Pero y si la cosa no marcha… Si la caja está vacía, si el joyero empieza a gritar… Los dedos de Paul Neveux se apartan de la culata.

—Está bien —dice—. Esperaba más, pero confío en usted…

—Ya puede decirlo —contesta el joyero sacando un talonario de cheques—. ¿A qué nombre?

¡Ya la hemos pringado! ¡Qué asquerosa invención la de los cheques! Rechazarlo, pedir metálico parecería sospechoso. No puede simular que tema la falta de fondos… ¡Un joyero es siempre solvente! Está atrapado. Balbucea con sonrisa de conejo.

—Mi madre preferiría dinero… Será preferible que se lo pregunte… Recogeré las joyas y pasaré dentro de una hora… Tanto

peor para mi viaje a Marsella. Con lo retrasado que voy, no importa un poco más.

—Como quiera —dice Philéas Désormeaux.

Sigue con la mirada al desafortunado vendedor que se encamina hacia el paseo de la playa. Descuelga el teléfono. Comunica a la Policía que el ladrón de «La Murène» acaba de salir de su tienda. Está solo, pero sin duda armado, pues Philéas Désormeaux ha sorprendido el movimiento de la mano en el bolsillo.

—Apresúrense. Va a pie. Y se dirige hacia el casino.

XVII

El motor del «Aronde» va a estallar si siguen forzándolo de esta manera. Nadie querría estar en el puesto del tipo al que se lo han robado. Aun cuando no aterricen en el fondo de un barranco, que es lo más seguro, le conviene estar respaldado por un buen seguro para cambiar el motor.

Con un chirrido de émbolos en rebeldía, el «Aronde» ha evitado una primera barrera. Ahora se lanza por las curvas del Esterel, en dirección a Théoule. La mirada de Paul Neveux no se aparta del retrovisor. Los neumáticos gimen sin cesar a cada viraje. Gilles Morand, con las mandíbulas apretadas espera, de un momento a otro, la catástrofe. La carrera-persecución no podrá durar mucho tiempo. Otra de las ideas despampanantes de Paul. ¡Apoderarse de ese coche casi ante las narices de su propietario!

Paul Neveux, con su cerebro de mosquito, ha tomado su decisión. Conoce bien la ruta. Sabe que la Comiche d'Or bordea el litoral, con trechos cortados a pico sobre el mar. Sabe que después de Boulouris o de Agay, aparecerá una nueva barrera. Hay que abandonar antes el coche. Lanzarlo al mar desde lo alto de las rocas rojas. Luego, tratar de llegar a pie a la carretera interior por las colinas del Esterel. Todo menos la cárcel. Preferiría incluso pasar unos días en los rincones más desiertos del Esterel, alimentándose con viejos recuerdos de películas del Oeste.

No puede acelerar más. Tiene la sensación de que va a atravesar con el pie el suelo del coche. Muy nervioso, el «Aronde». Paul Neveux, que sólo sueña con enormes coches americanos, aprecia los siete caballos desencadenados.

A ciento cuarenta, límite absoluto que el propio constructor no ha podido prever, el «Aronde» deja atrás el Dramont y las canteras

de porfirio gris azulado. En la línea derecha que sigue la playa de guijarros donde desembarcó la infantería norteamericana en agosto de 1944, Paul Neveux se crispa al volante. «Acabaremos por estrellarnos», se dice. Todavía quedan quinientos metros antes de llegar al camino de las Colinas.

Unos gendarmes con casco surgen entre las rocas. Tras ellos dos «*jeeps*» interrumpen la carretera en tresbolillo. Es el fin. Paul Neveux suelta el acelerador. El «Aronde», todavía aturdido, va a detenerse contra la barrera. Gilles Morand, lívido, encuentra fuerzas para murmurar, antes de subir al furgón:

—Te lo había dicho, pedazo de idiota.

Abandono a los bandidos de opereta en la antigua Gendarmería, encantado de que me hayan facilitado hasta tal punto la tarea gracias a las iniciales en el saco de Khoury y a los puntos rojos sobre el mapa Michelin. Además, las dos luminarias se sienten tan desmoronados que lo confiesan todo e incluso más. Si los zarandeamos un poco es por las apariencias. Y porque Pédroni y yo estamos resentidos de que nos hayan asestado el golpe final. Creíamos que esta vez habíamos dado en la diana. Estábamos galvanizados. Y desde luego, es más dura la caída en el pantano del desaliento total. ¡Qué no hubiéramos dado por que Morand y Neveux hubieran sido las siluetas de la señora Mag!

La suerte se encarniza con nosotros. Vuelta a empezar. Nunca saldremos adelante.

¿Nunca? ¡Vamos! Esto comienza de nuevo como en el 14. Sobre ruedas. Y el inventor de los taxis del Mame se llama esta vez Darais. Darais, el brazo derecho de Pédroni. Sherlock-Damis, como se le llamaba con amable burla debido a su aspecto tan poco husmeador. Llega a nuestro cuartel general y deja caer orgullosamente:

—¡Tengo una pista!

En el acto, tres pares de ojos se quedan mirándolo, lo desnudan, lo despojan. Tiret, para proteger el silencio sepulcral que se ha hecho en su despacho, cierra cuidadosamente la ventana. Esperamos el gota a gota de Darnis, que lo destila con estudiada lentitud:

—Rizzato se ha burlado de nosotros. En él momento del robo no

estaba en su habitación.

—¿Cómo?

Pédroni ha saltado como impulsado por un resorte. Él era quien había interrogado a Rizzato. Yo lo hice después. Y no pudimos sacarle palabra. Y no puede decirse que no lo intentáramos. Tiret, desconcertado por este golpe teatral, se siente obligado a abandonar su papel de «entiéndanselas ustedes. A mí eso no me incumbe».

—¿Dónde estaba? —pregunta con voz poco firme.

—Eso aún no lo sé —dice Darnis—. Se lo preguntaremos. Lo que sí es seguro es que a las doce menos diez en punto de la noche se encontraba en el camino de Sables, en la esquina con la calle Esclevin, o sea a unos doscientos metros de «La Murène». Parecía acechar a alguien. Mis testigos tienen la más absoluta certeza. Reconocieron la foto en el periódico.

Ahora todo se explica. Rizzato esperaba a sus cómplices para indicarles el camino. Las palabras del «Gordo» me acuden de nuevo a la memoria como un eco de ultratumba: «Investigue en el hotel, Borniche. Hay cosas que me parecen extrañas…». ¡Y no soy yo quien está en posesión de la pista sobre Rizzato! Bien es verdad que no puedo estar en todas partes. La ley del número favorece a los marselleses. Se dispersan. Se pasean. Hurgan. Recogen. Ahora corresponde a Darnis el honor de interrogar a Rizzato, de confrontarlo con los testigos, de confundirlo, de aprovecharse de sus confesiones para dar en el blanco.

Ha ganado la Policía marsellesa.

Es el «Gordo» quien va a estar contento.

—Otra cosa —prosigue Darnis.

Ya estamos, vuelve a empezar el gota a gota. ¿Qué va a comunicamos ahora el Maigret? Al menos podía apresurarse. Lo hace adrede, voy a enfadarme… No, ya habla.

—Collobrières ha desaparecido. Lo había citado para interrogarle. Una vez, dos veces. Como no venía, he pasado por su casa. He encontrado mis citaciones en el buzón. Entonces he indagado. El vigilante de la «Résidence du Loup», un pingüino adornado hasta la cabeza, le vio irse con sus maletas, dos días después del robo… No ha dicho nada, no ha dejado ninguna dirección. Curioso, ¿no? Y otra cosa. Collobrières es alto. El ladrón también. Considerando la miopía de la señora Mag, tal vez responda

a los datos… Es un conocido de Rizzato… Y sobre todo es el amigo entrañable de Patrick Meyer. Se pasaban el día juntos.

—Y ahora, ¿qué hacemos? —me pregunta Pédroni.

—Al ataque.

—O.K., Darnis, usted irá a buscar a Rizzato y lo interrogaremos. Luego nos ocuparemos de esas damas. Me refiero a Patrick y Collobrières. ¿De acuerdo?

La habitación evoca una bella jornada en Londres. Hemos fumado tanto que no se ve siquiera a un metro. Tiret, en su papel de anfitrión cortés, abre la ventana. En la calle un voceador de periódicos se desgañifa para informamos que en este preciso momento se está celebrando un gran consejo de guerra policial con el fin de encontrar a los ladrones de «La Murène». Y que el comisario Vieuchêne ha declarado esto y lo otro.

El gran circo.

Con toda la compañía. Se ha empujado la mesa de Tiret a un rincón de la habitación, se ha quitado el polvo al asiento en el que hemos hecho instalarse a Rizzato y seguidamente formamos círculo a su alrededor.

Nada que ver con la visita que me hizo el otro día con su traje de fiesta, su uniforme de enterrador distinguido. Hemos pescado al *maître* de hotel con su indumentaria de faena. Ahí está en mangas de camisa, torcida la corbata de pajarita sobre la pechera almidonada. Con exquisita delicadeza, Darnis le ha quitado las gafas, dejándolas en un rincón de la biblioteca. Tiret ha cerrado las persianas, ha echado el postigo de la ventana y ha encendido el globo del techo cubierto de cagadas de moscas.

No se anda con chiquitas el amigo Albert. Nosotros tampoco. ¿Va a confesar, sí o no? ¿Acabaremos de una vez? En la habitación no se oye más que su respiración ronca, jadeante. Sólo veo de él su perfil anguloso, su nariz de rapaz y su barbilla huidiza.

Los hombres de Pédroni están, como él, en mangas de camisa, y éstas enrolladas por encima del codo. Apesta a trabajo. Apesta a sudor. Apesta a miedo.

Darnis, el encargado, empieza con voz tranquila, cortés, alentadora:

—Albert… Nos has tomado el pelo. Y a fondo. No ha dejado de repetimos que la noche del robo no habías salido de «La Murène». No has visto nada, no has oído nada, etc., etc., lo de siempre. Está bien. Hasta ahora te hemos creído. Ahora todo se ha ido al traste. Tenemos pruebas. Así que vas a hablar amablemente, tranquilamente y durante mucho tiempo… De lo contrario… ¡tú me entiendes! Podrás ir a llorar sobre el chaleco de Carlotti. A nosotros, Carlotti nos importa un rábano. Los sudores del polizonte cuestan caros. Venga, Albert, te escuchamos.

Rizzato alza hacia Pédroni su rostro lívido. Sus ojos vacilantes, asfixiados como peces privados de su bocal, parpadean en dirección a nuestra asamblea de verdugos. La voz de Darnis se eleva otra vez:

—Sabemos que eres un duro, Albert. Nos conocemos bien. Desde Marsella, en la calle Longue, ¿te acuerdas? Sabemos que no desembuchas fácilmente… Cuando no hay pruebas contra ti. Pero también sabemos, Albert, que eres inteligente. Que no te gustan los golpes. Por lo tanto, tienes que hablar. Tienes que vaciar el buche, decirnos dónde estabas la noche del robo… Qué planeabas a medianoche en el camino de Sables… ¿Lo oyes, Albert?

Rizzato, clavado en su silla sigue sin responder. Oscila de un lado a otro. Dobla el espinazo. Espera, angustiado, el vapuleo que no llega. Prosigue el monólogo…

—No seas estúpido, Albert. ¡Te equivocas al obstinarte! Sabemos lo suficiente para enviarte al saladero. No olvides que estás en libertad provisional. Que te esperan los tribunales de la buena villa de Aix… De manera que si te presentas con una complicidad de robo sobre los hombros, ya te imaginas la fiesta… ¿Lo has pescado, Albert?

Detesto la violencia, sea cual sea y venga de donde venga. La repruebo. Nunca olvido la cara de aquel comunista encadenado al radiador de una oficina de la brigada de Orleáns, donde comencé mi carrera de policía en mayo de 1944. No decía nada porque ya no podía hablar. Ya no comía porque no podía tragar. La Policía alemana lo torturaba de noche, la Policía francesa lo vigilaba de día.

No sé quién era. Ignoro lo que le habrá pasado. Él fue la causa

de que desertara.

Y tampoco se borra de mi memoria otra cara. La de aquel colaboracionista —los métodos no cambiaron con la Liberación— cuarteado sobre una rueda de bicicleta. Sus gemidos quedaban ahogados bajo los tejadillos de la calle De Bassano. El jefe de servicio jamás me perdonó mis protestas.

No se consigue nada con la violencia y sólo sirve para engendrar el odio. Yo soy policía, no verdugo. Incluso cuando mis clientes son unos asesinos o unos cobardes. Tampoco soy un justiciero ni un ejecutor de acciones altas o bajas.

Por lo tanto, prefiero irme de la Comisaría, ir a vagabundear por la playa perfumada, a la sombra de los pinos. Volveré más tarde. Y me siento demasiado triste, demasiado preocupado para ir en busca de Marlyse a su rincón favorito de bronceamiento. Siento necesidad de estar solo, de caminar así por la arena.

¿Acaso soy un cobarde al abandonar a los otros a su sucia tarea? No lo creo. Para mí la cobardía es enfrentarse en número de cinco, con los puños arremangados y trabajando más con los bíceps que con el cerebro, con alguien que está solo y no puede defenderse.

Es llevar en el bolsillo un carnet de policía que bajo la capa de la autoridad que se dice legítima, otorga todos los derechos, Incluso el de matar, con el pretexto, a veces dudoso, de la legítima defensa.

La conciencia desaparece tras la fachada administrativa…

Desde hace una decena de años frecuento ese extraño mundo donde individuos honrados se convierten en lobos para una pretendida salvaguardia de las libertades… «Los puñetazos te dan la fuerza», repite con frecuencia mi colega Poiret, antiguo mozo de alhóndiga de las Halles, convertido en policía gracias a sus repetidas acciones contra los comandos.

¡Los puñetazos!

Parado ante las fotos de las mujeres medio desnudas del «Tagada» me esfuerzo por olvidar la palabra. Y entretanto, ¿qué le está ocurriendo a Rizzato? ¿Baldado a golpes? ¿Desplomado sobre su silla, perdida ya su altivez y la dentadura postiza que me ha parecido adivinar en su mandíbula superior? El otro día me pareció que movía esa dentadura…

Hay golpes que hacen daño, que cortan la respiración, que no marcan, pero que hacen saltar hacia delante o hacia atrás.

Otros, sabiamente aplicados, que lanzan hacia delante o sobre el costado.

¡La técnica de la paliza!

La Policía es una escuela de técnica: paraguas, paliza… Debían concedérsele dos diplomas. El del regate y el del uppercut. Tal vez puedan servir también en la vida civil.

Estoy viendo al Albert en el banquillo. Con la barbilla sobre el pecho, los ojos desencajados, balbuciendo frases incoherentes. Luego va soltando poco a poco las confesiones que se esperan, que se desean.

Se siente más aliviado, se relaja…

Esto quiere decir que se van a registrar sus declaraciones en un atestado, a la manera policial, interpretándolas en el buen sentido. En el sentido favorable a la defensa de los intereses de la sociedad y de las víctimas. Él las firmará. No se le pide nada más.

—Usted es un extraviado entre la Policía, como yo lo soy en el bandidaje —me decía el famoso René la Canne cuando fui a verlo en su celda de la Santé.

Es verdad. Me callo por espíritu de cuerpo, pero no dejo de pensar que es así. Sueño con un amanecer de reformas relegando al destierro toda violencia. Sin duda se obtendrían menos confesiones. ¿Y qué? La confesión no es necesaria ni suficiente. Cuando se dirige bien la investigación, cuando las presunciones y las pruebas convencen al juez, la confesión es superflua. Cuando no está corroborada por ningún testimonio ni ninguna confirmación, es insuficiente porque el inculpado siempre puede retractarse.

En el caso de Rizzato, ¿no hubiera sido más sencillo confrontarlo con los testigos que lo vieron la noche del robo en el camino de Sables? O lo confirmaban, y Rizzato estaba atrapado, o se habían equivocado… Desgraciadamente no soy yo quien dirige la investigación. Yo me limito a observar. Siempre.

Ya he dado dos vueltas alrededor de la Comisaría y Rizzato sigue sin salir. Me acerco. Los postigos de Tiret siguen cerrados. No puedo esperar más. La curiosidad me empuja hasta la puerta. La de la oficina está cerrada. Llamo. Me abren.

—Vete si quieres, muchacho —dice Théodose—. Por mi parte, ya sabes, en este momento no tengo humor para ir a Grecia ni a Turquía.

—Te cambiaría las ideas. Hace tres meses que nos han invitado. ¿Qué más puedes hacer aquí? Dímelo, tesoro…

—Ver como marcha el asunto. Venderlo todo para indemnizar si la Policía sigue tan despistada…

—Partir es una manera de escapar de todo eso…

Charlemagne, completamente ebrio en un rincón de la tienda, mueve sin cesar la cabeza. Por fin ha terminado con el inventario del menudeo y de las piezas raras, y su desesperación lo ha agotado. Desde el fondo de la nada en el que le ha sumergido el *whisky* de la petaca de plata, aún encuentras fuerzas para asaetear de vez en cuando con miradas asesinas al guapo Fabrice.

—No voy a dejarte solo con el personal del hotel aterrorizado por los polizontes y ese viejo embrutecido en la tienda…

—Querido Fabrice…

Théodose, con los nervios deshechos, enjuga una lágrima sobre la camisa de seda del joven.

—¿ Sabes que Frokian me hace chantaje? —dice.

—Es una basura —se indigna Fabrice—. No hay más que verlo. ¿Y ahora qué quiere? ¿Sigue con la idea de una indemnización provisional y a tanto alzado?

—Ahora ya es más grave. Ha contratado a Carlotti como abogado. Hubiéramos debido desconfiar, contratarlo nosotros antes. Asegura que el robo le impide ejercer su comercio…

—Aunque tenga que pasarme la noche en el puesto de Policía, le voy a dar su merecido como a Meyer. Pero esta vez, golpearé seis veces más fuerte, ya que él exige seis veces más de la prima que ofrece…

—No, prométemelo, Fabrice… En definitiva, será preferible que te vayas a Grecia… Iré a reunirme contigo… Eres tan bueno, tan generoso, que siempre estaré temiendo que sigas haciendo tonterías.

—Es porque te quiero, Théodose.

Las tonterías son los dos puñetazos que tumbaron a Patrick Meyer, el yerno afeminado de Laszlo Frokian. Una noche, en el bar, Patrick empezó a meterse con Théodose, ante la furiosa asamblea de los clientes. Le llamó estafador, lo acusó de estar confabulado

con todos los truhanes de la Costa para desvalijar a sus clientes. Por último, le conminó a que pagara la indemnización provisional que Théodose había prometido en los primeros momentos de trastorno.

—Hay que esperar un poco —le contestó Théodose—. Si indemnizo a su señor padre político, estoy obligado a indemnizar a todo el mundo. Y no estoy en condiciones… Déjeme tiempo para orientarme… Todo el mundo conoce mi honradez.

Sintiéndose respaldado por la masa en rebeldía de las víctimas, Patrick arrojó el contenido de su vaso a la cara de Théodose. Cegado por el *whisky*, Théodose tropezó cayendo detrás del bar. La concurrencia, excitada, prorrumpió en risas.

Fue entonces cuando Fabrice golpeó, muy seco, dos veces.

Patrick aterrizó debajo del piano «Steinway». Los chillidos de Annie alertaron a los dos guardias de la brigada Tiret que fumaban tranquilamente en el parque. Todo terminó en la Comisaría, esa Comisaría de Juan-les-Pins que, decididamente, nunca había visto tanta gente reunida, ni siquiera en la época en que era el antro de la honorable administración de Correos…

—Si vinieras conmigo —alega Fabrice—, no tendría necesidad de defenderte y no haría tonterías…

—¡Hijo de Satanás! —grita *Charlemagne*—. ¡Deja en paz a la criatura del Señor!

—¡Vete al diablo, viejo estúpido! —contesta Fabrice—. Bebe y cállate.

—Hay que ser indulgente —amonesta Théodose con un tono de tristeza—. Sabes que me quiere y se preocupa por mí.

—Sí, pero a mí ¿no me quiere? —arguye Fabrice.

—¿Adónde irás primero? ¿A Estambul o a Atenas?

—Te esperaré para que hagamos la gira de nuestras comunes invitaciones —dice Fabrice—. Mi padre estuvo destinado un poco por todas partes en esas tierras. Empezaré por una gira diplomática familiar. Luego, el mundo será nuestro.

—Pero ya sabes que no podré irme antes de dos o tres meses.

—¿Lo ves? Ya estás lamentando que me vaya. No digas nada… Lo noto en tu voz…

Théodose se calla. Aparta con un gesto de cansancio el enorme cuaderno donde *Charlemagne* ha hecho el inventario con un cuidado de benedictino. Mira más allá de las murallas, el mar que al

anochecer adquiere un tono violeta… ¿Por qué tenía que romperse así su felicidad? Ha creado tanta belleza a su alrededor… Esta tienda donde los objetos duermen al borde del agua como los preciosos muertos de un cementerio marino… Ese «Murène» maldito… Y Fabrice…

—¿Irás en avión o en barco? —pregunta con voz lejana.

—En barco. No tengo prisa.

—Comprendo… Lo que hace falta es que te vayas.

—Eres tú quien insiste.

—Porque te conozco, Fabrice. Me doy cuenta de que estás harto. No estás hecho para vivir entre sospechosos, entre policías.

—¿Y tú?

—Yo ya soy un viejo. Es distinto.

—Y llegará el Angel con su espada de fuego —gime *Charlemagne*—. Y de un solo tajo cortará la cabeza cornuda del Demonio…

—Te esperaré en el coche —dice Fabrice—. Parece que estemos en una película de terror… Ese viejo loco en medio de este baratillo.

—Voy contigo —dice Théodose—. Aquí ya no tengo nada que hacer. Además, *Charlemagne* ha puesto en fuga a todos los clientes. Tienes razón. Todo esto no es demasiado divertido para ti.

El humo forma un cono blanquecino debajo de la luz del techo. La mesa de Tiret se encuentra de nuevo en su sitio. Pédroni y Rizzato discuten con calma. Tengo demasiada imaginación. Sólo ha sido una conversación entre caballeros…

—Albert es inteligente —dice Pédroni—. Ha comprendido que de nada le serviría venimos con cuentos. No dijo nada antes por galantería.

Yo lo esperaba todo, salvo esto.

Pédroni tiene el buen gusto de no reírse de mi desconcierto.

—Aquella noche no durmió en su habitación… Una vez terminado su servicio, se cambió y salió del hotel. Estaba citado con Mary Fuchs, la multimillonaria, en el camino de Sables, a las once y media. Ella asistía a la fiesta de la condesa Damiani y le hizo esperar mucho antes de llevárselo a su casa. Lo hemos comprobado. Hemos hablado con la Fuchs por teléfono. No muy orgullosa, pero

correcta. En realidad, le importa un rábano la publicidad. Albert la dejó a las cuatro de la madrugada, cuando ya estaba amaneciendo, y se encaminó a «La Murène». Por esto no oyó nada.

Albert Rizzato se vuelve hacia mí, tranquilo, visiblemente aliviado.

—Cuando me fui, la verja de la entrada de servicio estaba abierta —dice—. Es normal, puesto que Aristide no la cierra basta medianoche. A mi regreso, la encontré abierta y eso me extrañó. La cerré con mi llave, sin imaginarme siquiera lo que había pasado. Cuando oí las carreras del florista y de Théodose, no quise hacer acto de presencia. Tenía miedo a que me obligaran a hablar de mi salida nocturna y también de que sospecharan de mí. Si Mary Fuchs no hubiera cantado, yo no hubiera dicho nada. ¡Habría preferido que me hicieran picadillo!

Lo dice con un aire de matamoros. Es muy bonito, pero no arregla nada. Albert Rizzato se ha quedado tranquilo, pero el misterio de «La Murène» sigue más oscuro que nunca.

—Como para morirse de asco —murmura Pédroni.

Tal vez podríamos morir juntos…

En la atmósfera de mi habitación en «La Rédoute», ascendida al rango de nido de amor desde la llegada de Marlyse, se palpa el desaliento. Allá abajo, sobre el mar, entre los andamios, se desliza un crepúsculo cobrizo. El último tren para Burdeos acaba de hacer vibrar el puente metálico. Conozco de memoria los horarios de la SNCF. Si un día me quedo sin mi puesto, siempre podré ingresar en «Chez Chaix».

La mayoría de los enviados especiales han abandonado Juan-les-Pins en busca de otros reportajes más interesantes, más de actualidad. En el momento de las despedidas, mis omóplatos han tenido derecho a una palmada consoladora: amargura…

Ya no quedan más que los especialistas en perros regionales atropellados, que sientan sus reales en el «Négociants» y que pasan por delante de «La Rédoute», con aires de Don Juan de provincia, paseando con aspecto de testigos falsos…

—Tengo sed —gime Marlyse.

El servicio de «La Rédoute» no incluye la botella de agua

mineral de forma permanente en las habitaciones. Gruño por costumbre, me endoso el pantalón y bajo los dos pisos. En la gran sala, la mujer de Gino tricota. Hasta ahora no me había dado cuenta de que empezaba a redondearse. Malas lenguas murmuran que el dependiente de la pastelería de la esquina…

—Por favor, una botella de agua mineral.

Es inútil especificar. Sospecho que este taimado de Gino llena las botellas vacías, cualquiera que sea la marca, con agua virgen de cal y de lejía, la excelente agua del grifo. Aparte del Perrier que Gino reserva para los bebedores de *whisky*, en «La Rédoute nunca hay agua con burbujas…» Afortunadamente, a Marlyse no le gusta el agua con gas.

Gino saca de un cajón, con la seriedad y la aplicación de un experto jefe contable, la ficha en la que lleva la cuenta de mis orgías en «La Rédoute». Con el lápiz añade un trazo en el apartado destinado a bebidas. Me parece que en el de los «vinos» los palitos son más numerosos de lo previsto.

Me dispongo a volver a mi habitación con el tesoro adquirido.

—Oiga, señor Borniche… He pensado una cosa… Tal vez le dé risa, pues yo no soy como usted un profesional…

Desconfío de las intervenciones de Gino. Desde que me he instalado en su choza, confunde el comercio con la camaradería. Estoy harto de sus rasgos de genio dudoso, destinados a alimentar su publicidad. Como no quiero ser descortés, me vuelvo con el pie en el primer escalón.

—Vamos, hable.

Gino se quita el delantal, lo deja sobre el mostrador y se acerca a mí.

—Es con relación al robo. Por más que me estrujo los sesos no acabo de comprender cómo los ladrones pudieron estar tan bien informados. Y dígame, ¿por casualidad no podrían haber venido de Cannes?

Pues tiene razón. Muy sencillo. ¡El «Miramar»!

Por fin es posible que me favorezca algo la suerte, gracias a Marlyse. Pues si ella no hubiera tenido sed, yo no hubiera bajado a la sala grande a estas horas de la mañana. La frase de Gino acaba de dar en el clavo. Me había olvidado de Cannes… ¿Por qué no me lo habrá dicho antes?

—¿Qué piensa, inspector?
—¿Yo? Nada. Pero creo que usted habría sido un buen policía.
Mientras subo la escalera oigo a su mujer decirle en voz baja:
—No te metas en eso, Gino. ¡Siempre has de decir estupideces!

XVIII

Sepultado bajo la nieve durante la mitad del año, Le Bousard, haciendo honor a su nombre, chorrea aguas de estiércol y barro durante la otra mitad. O por el contrario, una sequía sahariana cuece los boñigos de las vacas a lo largo de la única calle principal, camino vecinal que termina en la montaña. Este arcaico poblado abriga, a unos kilómetros de la orilla del lago de Annecy, todo aquello de lo que se desprende el turismo de lujo como si se tratara de una lepra. En Bousard se encuentra la colonia de vacaciones de los empleados de Correos de Romorantin, el hogar de jubilados de los viejos trabajadores con méritos, las nodrizas para la cría discreta de hijos intempestivos. En la orilla del lago se cambia de humanidad. Allí están los famosos restaurantes donde se saborea el «omble chevalier», esa supertrucha de un sabor incomparable. Las grandes villas cuyos parques van a morir al pontón que chiquillos ociosos limpian por irnos céntimos. Dos mundos paralelos, muy cercanos, pero que no se comunican jamás.

Los habitantes del Bousard no tienen la noble rudeza de los montañeses, ni la llaneza burlona de los campesinos de la llanura. Vegetan agriamente, raza en vilo, acostumbrados a los ancianos jubilados y a las colonias infantiles, pero lanzan aviesas miradas a las cortesanas que el domingo acuden a ver a su retoño en casa de la nodriza. A través de ellas, se hacen una idea de las gentes de la ciudad, adonde rara vez acuden para las compras indispensables que, por otra parte suelen encargar al conductor del autobús que tiene allí la terminal. En cuanto a los ricos de la orilla del lago, propietarios o turistas, es un universo que ignoran como el topo ignora el gorila.

En estos comienzos del mes de setiembre, Le Bousard se siente

ya condenada al invierno. Por lo que se refiere al lago, la temporada ha llegado a su fin. El padre cierzo acumula fuerzas. A las estaciones de esquí aún les queda tiempo hasta que llegue su hora. En Le Bousard la sequía ha sido terrible. El desmirriado torrente apenas bastaba para lavar la ropa y los pies de los chiquillos de la colonia. Todo abrasaba. Como de costumbre, los viejos decían que desde hacía cincuenta años no habían visto nada semejante. Y, naturalmente, en este rincón de la naturaleza bendecido por los dioses, no se hace esperar la respuesta de la Providencia. Unas trombas de agua caen ahora sobre Le Bousard.

—¡Dios nos ampare!

Laszlo Frokian ha bajado de su taxi demasiado de prisa. Y el chófer, decepcionado por la escasa propina después del largo viaje desde Annecy, ha arrancado demasiado pronto. El resultado de estas dos maniobras dudosas es que la pequeña maleta de cuero navega en un charco, y que Laszlo se encuentra sentado sobre un blando boñigo, en el borde del camino vecinal, exactamente debajo de la pancarta que ostenta el nombre de la población, apenas legible porque los chiquillos, a falta de otra distracción, la han medio destrozado a pedradas.

Las cortinas de las ventanas de las dos primeras casas se han levantado unos centímetros. Laszlo se siente observado mientras trata de ponerse de pie. Sus zapatos de Carvil escupen una masa de agua antes de proyectarlo algo más lejos, en un inseguro deslizamiento.

—¡Diablos con el burdel de mierda!

El elegante Laszlo pierde el control de su lenguaje al mismo tiempo que el de su equilibrio. Su traje príncipe de Gales ha quedado deshonrado. Si se hubiera tomado el tiempo preciso para instalarse en él hotel en vez de tomar aquel taxi en la estación, al menos su maleta con el traje de repuesto estaría seco. Pero aún no sabía si tendría que quedarse hasta el día siguiente o si podría tomar el tren de la noche…

¡Era tan misterioso el mensaje de Collobrières que le había transmitido Patrick Meyer! Laszlo Frokian recupera su maleta Vuitton flotante y se seca con el dorso de la mano la cara empapada para tratar de ver algo. Cuenta las casas y se hace un lío. Esta casucha miserable, adosada a un hórreo, ¿cuenta como una casa, o

no? Dos perros pelados se enredan entre sus piernas y están a punto de hacerle caer otra vez. Un chiquillo mocoso bosteza en el porche de una cuadra. Al parecer, es el único ser humano en este desierto empapado.

—¡Hola! —articula Laszlo con un acento británico que, pese a él y sin saber por qué, adopta siempre que trata de asegurar la voz.

Llama a una puerta baja, con cristales, por la que sale un olor de grasa quemada.

—¿Qué quiere?

La comadre ha abierto la puerta de golpe y le ladra a la cara. Laszlo da un salto atrás. Ha olvidado el nombre por el que debe preguntar. Busca febrilmente en los bolsillos la tarjeta en la que ha anotado las indicaciones.

—¿Qué quiere? —repite la indígena que se dispone a darle con la puerta en las narices.

—La señora Brossard —dice Laszlo que por fin ha encontrado la tarjeta.

—¿Madre o hija?

—Es una señora anciana en cuya casa vive en este momento un señor del que fue nodriza…

Ha logrado espetar su frase bajo el diluvio, a pesar de la grasa quemada que lo asalta con sus poderosos efluvios.

—Allá abajo —responde la concisa comadre antes de cerrar la puerta con un vigor definitivo.

Señala con un dedo sarmentoso una choza larga y baja adosada a un gigantesco granero de heno.

Laszlo va dando saltos entre los boñigos y los charcos, hasta la morada de la señora Brossard.

—Ha tardado usted —dice Collobrières—. Le esperaba ayer.

Coge la maleta chorreante y la pone cerca de la puerta al pie de un paragüero de museo. Hace sentar a Laszlo en una silla renqueante, frente al fogón donde cuece a fuego lento un encebollado.

—La Mélie le ha preparado su especialidad. Ya me dirá algo.

De un rincón en sombras, detrás del horno, emerge una masa. Una mujer sin edad, toda arrugada, vestida de negro. Laszlo no sabe

qué hacer. Le tiende la mano, pero ella no se mueve. Solamente sonríe exhibiendo unas encías desdentadas.

—Está completamente sorda —dice Collobrières—. Y como siempre vive sola ha perdido la costumbre de hablar.

—Como si fuera sordomuda —dice estúpidamente Laszlo.

—Usted lo ha dicho. Tan pronto como se haya secado, nos sentaremos a la mesa. Podemos hablar delante de ella. No hay peligro.

Laszlo tiene la impresión de que se encuentra fuera de la realidad. Entre el plato de aromático encebollado y la botella de vino espeso, se siente invadido poco a poco por un bienestar que en cualquier otro momento hubiera calificado de bestial. Dormita un poco. Se siente a gusto.

—Es vino corriente —dice Collobrières—. No tengo coche para ir a Annecy… Y además no quiero exhibirme, así que hay que contentarse con el vendedor ambulante.

—Todo está muy bueno —dice Laszlo—. Pero, ¿por qué no quiere que le vean? ¿Por qué me ha hecho venir aquí?

—Le explicaré… ¿No le ha dicho nada Patrick?

—Sólo que era absolutamente preciso que viniera a verle a este rincón perdido para hablar de las joyas. Que se trataba de un asunto capital. Es todo… Verá, desde que volvimos a París nos vemos poco. Él intenta recuperar algunos clientes para su agencia. Yo lucho con mis acreedores. Necesitaré años para recuperarme de un golpe como el «La Murène»… Y ahora al grano. ¿Acaso tiene una pista sobre las joyas? Quiere cobrar la prima, ¿no es eso? Sé que es amigo de Patrick, pero se lo advierto… No es el primero en intentarlo…

—Lo sé…

Collobrière vuelve a llenar el plato de Laszlo, que protesta.

—Es preciso —dice Collobrières—. La Mélie se enfadaría.

En realidad, la obesa, mientras va embutiendo enormes porciones de conejo en su boca desdentada, vigila con mirada atenta el apetito de su invitado. Laszlo empieza a estar ebrio. Tiene que beber para hacer bajar todo eso…

—Sé que hay buen número de sujetos que han intentado cobrar la prima —dice Collobrières—. Pero para mí es cuestión de vida o muerte. Y no son cinco millones los que necesito, sino ocho. —No los tengo.

—Escúcheme hasta el fin. Tendrá que encontrarlos y todavía otros más. Le interesa pagar.

Embotado por la comida, el vino y el calor, Laszlo se abandona. «Después ya veremos», se dice dándose cuenta de que ha bebido demasiado. Enciende un cigarrillo y sorprende la mirada codiciosa de la vieja a su pitillera de oro. «Una guarida de piratas… Esto se pone divertido…».

—En realidad —prosigue Collobrières—, no hubiera hecho acto de presencia. Bueno, Patrick y yo… si no me encontrara en una situación crítica. ¿Conoce a un tal Casta? No, claro que no, no pertenece a su mundo… Es un usurero de un tipo especial. Como los enterradores que se abalanzan sobre las familias de los difuntos, él se echa sobre los perdedores en los casinos. Les presta dinero para que se rehagan… Cuando se es jugador, siempre se confía en rehacerse… Y él presta al cien por ciento, a quince días. Tiene una banda de secuaces para hacer cumplir la tarifa. Yo le debía tres grandes, que hacían cinco… no seis porque soy un amigo. Y no los tengo. Por esto estoy aquí. Hoy ya son ocho. Es preciso que se los pague si quiero volver a poner los pies en mi casa.

—Lo lamento mucho por usted —dice Laszlo—, pero cuando se acaban de perder cien millones en joyas… Usted me comprende.

—Esos cien millones de joyas los tengo yo —afirma Collobrières…

Mientras la vieja acaba de fregar la vajilla en un barreño de agua grasienta, Laszlo ahoga en un aguardiente fuerte y malo su estupor y su perplejidad. Le han concedido el honor de la única butaca, en la que se arrellanaba el difunto señor Brossard, de profesión agricultor alcohólico.

Collobrières, sentado a la mesa, hace un solitario. La lluvia resbala por los cristales y Laszlo reflexiona. Más bien se diría que dormita… Las imágenes se mezclan en su somnolencia. El conde los Essarts rezonga en su sillón de ruedas, en el umbral del «Miramar». El botones Roberto se ruboriza al paso de Sarah. Théodose acaricia amorosamente la mejilla de Fabrice. La señora Mag, con su mirada impenetrable detrás de los cristales, examina con fijeza el cofrecillo de cuero que contiene las joyas…

Está el yate de *Lady* Brandon que, mientras Laszlo digiere penosamente en este sucio chamizo, se encuentra anclado cerca de Capri. Está el mar, inmensamente azul, inconcebible en el fondo de una de esas ollas de crustáceos del «Bousard»…

Y sobre todo, están Patrick Meyer y Collobrières, ocultos en la noche, en el balcón de la señora Mag. Tuvieron razón al confiar en su miopía. No los reconoció. Sin embargo, algunos detalles: Patrick imita bien los acentos y su estatura corresponde… Y Collobrières es algo más fornido… También tuvieron razón al dar por descontada la estupidez de los polizontes. Borniche debió pensar en todo el mundo salvo en ellos: Patrick, una de las víctimas, y Collobrières, amigo del yerno.

Laszlo mira con repugnancia a Collobrières que manipula las cartas en este antro realmente digno de él. Su instinto no lo había engañado. Un crápula indecente, un amigo de Patrick. Esto ya lo explica todo. Ha pasado la hora de poner en tela de juicio el matrimonio de Annie y las relaciones del yema A Laszlo Frokian le asquean las maniobras de estafadores de baja estofa que le propone Collobrières. Él sería ocasionalmente, por el solo placer de la aventura, partidario de las estafas de altos vuelos en detrimento de esas abstracciones inhumanas que son las compañías de seguros. En este caso, se trata de someter a una sangría a un ser humano que ademas le resulta simpático, a pesar de sus rollizas nalgas: Théodose, el artista. De cualquier modo, él no ha hecho nada aún para compensarle, pese a sus promesas…

—No puedo tomar una decisión así como así —dice—. Además aquí me ahogo, me falta el aire.

—Ha de ser hoy o nunca —insiste Collobrières—. Mañana me he de poner en comunicación con Casta. De lo contrario, acabaría por localizarme y prender fuego al poblado. Reflexione. De todos modos, usted sabe bien de qué lado están sus intereses. Jamás hubiéramos recurrido a usted si las piedras no fueran en la actualidad demasiado… peligrosas. Y si Casta no me tuviera acorralado, cosa que Patrick ha tenido la inteligencia de comprender. Para usted, al cabo de un tiempo, y con sus relaciones en todo el mundo, será un juego de niños venderlas…

—Eso es lo que usted dice.

—Si se niega a asociarse con nosotros, ¿qué ocurrirá? Théodose

no le dará cien millones. No los tiene. Y usted no tiene nada, ni el más mínimo recibo que pueda atestiguar el valor de las joyas que habla en el cofre… No olvide que Théodose, igual que usted, no está asegurado y que ha de indemnizar a todas las víctimas… Si usted logra obtener quince millones, veinte como máximo, habrá puesto una pica en Flandes… Y aún eso porque Théodose querrá hacer frente a la situación, en consideración a su clientela… Vea, lo he logrado…

Collobrières se ríe satisfecho mientras vuelve la última carta que queda sobre la mesa: un as de tréboles.

—No entiendo nada de solitarios —dice Laszlo.

—Cuando haya pagado a Casta —asegura Collobrières—, volveremos a ser los mejores amigos del mundo. Podemos contar con él para sacudir a Théodose. Dispone de muchos medios. Le hará vender hasta los calzoncillos, si así lo quiere. Así, pues, con Casta se pueden recuperar setenta millones por la venta del hotel. Digamos ochenta. Con una suma así se contentará con el diez por ciento.

—Quedan setenta y dos —murmura Laszlo muy a pesar suyo.

—Veinticuatro para usted, veinticuatro para Patrick y vienticuatro para mí… deducidos los ocho que usted va a adelantarme, claro.

—No —corrige Laszlo—. Treinta y seis para mí. Usted se las entiende con Patrick.

—Está bien, treinta y seis. Pero entonces me tiene que regalar los ocho.

—De este modo sólo me quedan veintiocho —dice Laszlo, ahora ya completamente espabilado por ese juego de regateo que le recuerda su juventud, las lecciones de su padre, sus primeros éxitos —. De acuerdo en lo que se refiere al hotel. Pero ¿qué pasa con las joyas?

—Usted no pierde nada en la venta…

—Porque soy yo… Un encubridor apenas le daría treinta millones… si es que encuentra alguno… Interpol está al acecho… De cualquier forma, incluso para mí, no valen más de cien millones… He de modificarlas en sus características… Hay que evitar a toda costa que las reconozcan.

—Entonces ochenta… Dividimos de nuevo por dos.

—Ni hablar —contesta Laszlo.

—¿Cómo ni hablar? Si estamos de acuerdo al cincuenta por ciento para hacer que pague Théodose, también hay que estarlo para el resto. ¿No es así?

—De este modo sólo me quedan cuarenta.

—Más los veintiocho de Théodose, son sesenta y ocho. Oiga, es usted coriáceo. Patrick ya me había advertido.

—Aún así pierdo treinta y un millones.

—Lo hubiera perdido todo.

Collobrières acaba de barajar las cartas y las corta en dos montones desiguales que coloca sobre el periódico que las protege del hule grasiento.

—Claro… Porque si no nos entendemos con usted, cortaremos las piedras y las venderemos en cualquier sitio… Entonces todo se hará por nuestra cuenta…

Collobrières se sirve un vaso de aguardiente. Indica la botella a Laszlo que la rechaza con un gesto, fuma con calma un cigarrillo, aspira largamente el humo antes de sonreír con sus delgados labios.

—Hay una solución en la que usted no ha pensado —dice—. Ni usted ni el querido Patrick. Y es que vaya chapoteando hasta la granja de al lado, la que ostenta el letrero «Cabina telefónica» en letras negras sobre fondo blanco. Que llame a la Policía. Con el tiempo que hace, no me daría el gusto de emprender una caza del hombre por las montañas…

—Y es exactamente lo que voy a hacer —dice Laszlo—. Estoy desolado, mi querido amigo, pero ha perdido. Y como no va a asesinarme aquí a la vista de su vieja nodriza, para luego enterrarme debajo de la leñera…

—No sería muy correcto —dice Collobrières, también sonriente.

Laszlo ya no sonríe. Ruge, atruena. Recapitula todas las angustias por las que le han hecho pasar, así como a toda «La Murène». Los interrogatorios, los careos, los policías, los periodistas, la congoja de la ruina, etc.

—No —concluye—. Me interesa recuperar lo que es mío. Cuando esté usted en la cárcel todo será muy sencillo, ¿no? —Las piedras están en un lugar seguro.

—No se preocupe. Si usted no habla, lo hará Patrick. Lo conozco, es un charlatán. Tan pronto como se vea en la cárcel…

—Veo que no ha comprendido nada —dice Collobrières—. Sin

duda si no lo sabe todo. Entonces, escúcheme…

La lluvia ha cesado. Laszlo se ha puesto las botas de goma del fallecido Brossard. Camina junto a Collobrières hasta el sendero de cabras por el que se prolonga el camino vecinal cuando se acaba el asfalto.

—Tenía que tomar el aire —dice—. Allí dentro me dormía.

—Le he dejado parado, ¿no? —pregunta Collobrières—. No le importa que todo el mundo se entere de que su yerno es un ladrón. Incluso sería una excelente manera de desembarazarse de él, de hacer que su hija se divorcie y casarla a su gusto… ¡Pero el resto…! Annie…

Laszlo no contesta. Contempla la bruma en el flanco de las montañas.

—Allá arriba viven pastores —dice Collobrières—. Igual que animales.

—Son felices —responde Laszlo—. No han visto un diamante en toda su vida.

—Zapatero a tus zapatos —aconseja Collobrières—. ¿Sabría usted hacer parir a una oveja?

Laszlo aspira a plenos pulmones el aire húmedo. Cree poder limpiarse así de toda aquella suciedad. Ni siquiera siente resentimiento hacia Collobrières por haberlo acorralado con ese chantaje… Es verdad, no le importaría que Patrick fuera a la cárcel. Incluso resultaría beneficioso para la familia. Pero Annie… su hija única, su querida hija manchada, deshonrada…

Annie, el único ser al que ha amado en toda su vida.

Collobrières no le ha ahorrado nada. No sólo puede hacer que estalle un escándalo, sino diez, veinte escándalos… Tiene fotos, testigos… Annie en las casas de citas… Annie en los establecimientos para espectadores morbosos… Annie en él discreto hotel particular de *Lady* Brandon, en Aix-en-Provence… Sergio Piana, el ladrón más célebre de diamantes de la Costa saliendo de la habitación de Annie, en «La Murène», al volver Patrick y Collobrières más pronto de lo previsto… ¡Incluso sin el caso de «La Murène», aquellos dos canallas podían hacerle pagar!

Annie no se recuperaría nunca. «Qué inconsciencia —se dice,

excusándola aún—. Demasiado mimada, es culpa mía. Le he permitido todos los caprichos, todos…».

Collobrières adivina sus pensamientos. Le deja adelantarse unos pasos. ¡Como si Laszlo Frokian pudiera creerse solo! ¡Como si no sintiera en la nuca la mirada de Collobrières semejante a una mordedura de víbora!

Collobrières, el genio malo de Annie y de Patrick… ¡No, demasiado fácil…! Entonces, Patrick, el genio malo de Annie… No, tampoco. Laszlo tiene que reconocer que su hija no necesitaba ningún genio malo.

—Muy bien —dice—. ¿Dónde están las piedras?

—En lugar seguro.

—¿Aquí?

—Lejos de aquí. Ahora resultaría imprudente recuperarlas. La primera fase de la operación es obligar a Théodose que pague.

—Pero si no me las entrega ¿cómo quiere que las venda? —pregunta Laszlo.

—Cada cosa a su tiempo. Las conoce lo suficiente para poder preparar sus contactos. Lo que ahora hace falta es hacer que Théodose suelte la mosca. Para eso necesito a Casta. Y los ocho millones.

—¿Y después?

—A medida que Théodose vaya indemnizándole, nosotros nos lo partiremos… Una parte para usted y otra para Patrick y para mí. Hasta que lo hayamos exprimido todo, las piedras seguirán donde las he ocultado y que nadie puede encontrarlas. ¡Me ha costado bastante!

Collobrières sonríe sin alegría al añadir:

—Cuando Théodose esté tan seco como un viejo limón, habrá llegado el momento de explotar el filón de las joyas.

Laszlo piensa asqueado en el patán que había sudado antes que él en aquellas pesadas botas de goma. Hoy todo es sucio, nauseabundo. La salsa de vino se manifiesta en resabios agrios. Ya se ha decidido a entregar a Collobrières los ocho millones que reclama. Esto lo tranquilizará de momento. Luego ya verá. Ya verá ¿qué? No tiene elección. Incluso sin pensar en Annie, en el fondo ese golfo le ofrece un buen negocio. Perdido por perdido, más vale perder unos treinta millones que todo… Treinta y dos millones se

rehacen.

¡Annie!

Ahora que ya considera más o menos arregladas las cuestiones monetarias, piensa en su hija con desesperación. Una desesperación mecida por el angosto sendero empapado entre las cunetas fangosas, las montañas austeras invadidas por las nubes, el ruido de las botas de cuero de Collobrières, el cielo gris, lúgubre, opresor.

Naturalmente, Annie ha sido siempre libre. No sería Sarah quien pudiera enseñarla a portarse bien. Pero sin Patrick jamás hubiera caído tan bajo. ¿Cómo puede ser un padre hasta tal punto ciego y cobarde? Hubiera debido estrangular a aquel Patrick, aplastarle como a un gusano. Siempre lo ha detestado. Tiene de nuevo ante sus ojos, bajo un aspecto grotesco, la escena de la presentación del novio en el lujoso apartamento de la avenida Montaigne. Procuraba con todas sus fuerzas, aunque en vano, no mirar con odio a aquel Patrick Meyer. Previamente había anunciado que negaba su consentimiento. Y le forzaron la mano. Sarah se lamentaba con voz estridente, Annie lloraba.

Todo por aquel muchacho de una apostura vulgar, más que equívoca…

Aquel rostro abúlico, mezcla de vicio y de picardía. Un rostro de descarriado, de falsario, de chantajista… Predijo un futuro tenebroso y advirtió a Sarah y a Annie. Todo esto estaba muy bien, pero al fin cedió. Sin embargo, hizo sus averiguaciones. Los antecedentes del muchacho no podían ser peores. Pero las dos mujeres excusaban lo que ellos llamaban errores de juventud. Una vez casado con Annie, el *play-boy* se corregiría. ¡Qué ilusiones!

—Entonces, ¿es que sí? —inquiere Collobrières.

—Sí.

—Nada de cheques ¿eh? Usted dará la cantidad en metálico a Patrick. Y él me la traerá.

… Patrick se las arreglaba muy bien para gastar dinero. Salvo esta vez. Pero ¿en perjuicio de quién? ¿Quién pagaba una vez más? Laszlo, siempre Laszlo. El robo de «La Murène» era el medio que Patrick había encontrado para forzarle la mano, puesto que él ya había dicho que en lo sucesivo la caja estaría cerrada. Una escena memorable. El contable de la agencia había advertido a Laszlo que la sociedad inmobiliaria no podía seguir pagando las exorbitantes

facturas de todas las «*boîtes*» de pederastas de la capital. Aquello no podía prolongarse. Se atisbaba la quiebra. El Banco de Crédito y Construcción había cerrado ya las compuertas.

—Si no te decides por una gestión sana, me haré cargo de nuevo de la agencia —le había advertido Laszlo.

Tal vez había sido aquella frase lo que lo había desencadenado todo…

¿Acaso Patrick había hecho caer a Annie cada vez más bajo para tener seguro el dinero del padre?

Ahora sí que lo tenía bien agarrado. Un divorcio lo sacaría todo a la luz…

—¡Y Patrick nada tiene que perder!

Laszlo ha hablado en voz alta. Collobrières, que cree que le habla a él, se echa a reír:

—Desde luego, no tiene nada que perder. Ni siquiera se ha comprometido en la ocultación de los guijarros… ¡Es realmente ladino! Y le aconsejo que se ande con cuidado con él. Incluso conoce el número de su cuenta en la Unión de los Bancos de Lausana… Z 99041… Eso interesaría con toda seguridad al fisco.

—¿Es todo cuanto tiene que decirme?

—Yo, desde luego… Pero ¿sabe una cosa? Él no me lo cuenta todo…

Los perros manchados de barro nos esperan a la entrada de la aldea.

—Sin duda podríamos pedir un taxi desde ese lugar que dice «Cabina telefónica».

—Sin duda podemos, pero tardaría mucho —aclara Collobrières —. Y tenga en cuenta que la Mélie estaría muy contenta de poderlo ofrecer un bol de ese excelente café que hierve sin cesar durante todo el día sobre el fogón. De cualquier manera no hay otra solución. El autocar ya ha pasado… Afortunadamente estamos llegando pues parece que empieza a llover.

Laszlo rechaza el café, pero acepta el aguardiente. ¡Si al menos pudiera embriagarse para olvidar toda esta pesadilla! Collobrières se muestra encantador. La operación se ha visto coronada por el éxito. Podrá calmar a Casta dándole seis millones. Beneficio neto,

dos millones de los que Patrick ni siquiera verá el color. Luego una bonita renta a medida que Théodose vaya pagando. Felizmente, el viejo está loco por su hija, pues de lo contrario no habría sido tan fácil. ¡Se lo ha tragado todo!

¿Y qué podrá hacer Laszlo, después, cuando habrá que decirle que ni Patrick ni él tienen la menor idea del lugar en que se encuentran los diamantes, puesto que no tienen nada que ver con el robo?

Collobrières contempla con satisfacción al acaudalado, al elegante Laszlo tragando a duras penas ese vaso de aguardentucho. Tiene el traje arrugado, la tez gris…

—Sí lleva en la maleta algo para cambiarse, puede hacerlo en el dormitorio, en la parte de atrás —le dice.

—Muy amable —contesta con ironía Laszlo—. En mi maleta ha entrado también el agua. Yo arreglaré esto en el hotel.

Apura su vaso antes de añadir:

—Le he prometido ocho millones y los tendrá. Y el resto también si todo va bien. Pero ¿qué garantía tengo respecto a los diamantes?

—Mi palabra —afirma noblemente Collobrières—. Y la de Patrick. De todos modos, le necesitamos a usted para venderlos.

—¿Y su chantaje respecto a mi hija?

—Ni Patrick ni yo tenemos interés en hacerle daño, siempre que nos rinda beneficios. Es decir, mientras usted se muestre prudente. Yo no soy ambicioso, ¿sabe? Todo lo que quiero es vivir tranquilo aquí y allá. No demasiado lejos de un casino… Ya verá, ahora que hemos empezado con los negocios, todo irá bien.

—Lo que hacia falta era encontrar el modo de empezar —contesta sombrío Laszlo.

—Naturalmente —rubrica Collobrières—. Estoy bastante contento de mí. Aunque, desde luego, hay que reconocer que Annie nos ha prestado una gran ayuda.

XIX

Es la primera vez que sueño delante de un «Rolls». No es que lo desee, no, pero es como si todo Cannes se reflejara en esos cromos y ese negro lacado de mueble chino. Marlyse aprieta fuertemente mi mano en la suya. ¿Acaso somos demasiados viejos para jugar a los niños?

Ya no es el artificio de Juan-les-Pins. Cannes es la acumulación de las memorias que constituye una ciudad. Como por ejemplo esas viejas mansiones donde los herederos, asombrados o desenvueltos, violan un polvo que no son capaces de comprender. Me remonto a la anteguerra y trato de situar en este decorado al joven Roger Borniche, que aún no es policía, ni siquiera gran cosa, pero que acaba de despertarse al mundo. Todo queda borrado: «La Murène», él pinar, «La Rédoute», la Comisaría, la jeta de Tiret, las frases de Pédroni y el resto.

Nos paramos, nos ponemos de nuevo en camino siguiendo los movimientos de la mano de Marlyse, que quiere verlo todo. Cedo a su capricho, me convierto en un señor mayor y enternecido. Y sin embargo, tengo su edad. ¿Será esta siniestra investigación que me pesa sobre los hombros?

Hace un momento, en el autovía jugábamos a imaginar el país. Construíamos cabañas en esos estuches para multimillonarios que se llaman Grasse o Mougins. Lo que ahora surge son los mastodontes cromados, los grandes veleros blancos. Marlyse se ríe de un lacayo con librea de opereta, que dirige la maniobra dudosa de un caballero chocho. En la portezuela del «Bentley», brillante como un espejo, tengo tiempo de atisbar mi atuendo lamentable: la camisa clara toda arrugada, el pantalón gris demasiado corto que empieza a parecer un sacacorchos a la altura de las pantorrillas. Marlyse ha

traído nuestra plancha. No hemos tenido suerte, en las habitaciones de Gino no hay enchufes.

—No les importaría circular, ¿verdad?

El encargado de los coches del «Carlton» empuja a los vagabundos que somos. A todas luces, ocupamos el lugar de un «Buick». Lo veo todo rojo. Marlyse me aprieta la mano. A veces las mujeres sirven para calmamos. Tarareo una vieja canción que de repente me ha venido a la memoria. Se trata de una recepción en casa de un ministro, mientras que el buen pueblo de badulaque alarga el cuello en la calle. Arrastro a Marlyse. Al diablo los lacayos.

—¿Dónde comemos, Roger?

¿Comer? Ni siquiera me acordaba. Es casi mediodía. El estómago de Marlyse no se equivoca nunca. Ni soñar con acercamos siquiera a los restaurantes de la Croisette. A menos que tenga ganas de fregar los platos o de acabar en la Comisaría. Los invitadores menús que se encuentran por doquier, me han hecho darme cuenta de mi situación.

—Verás, cariño, no tengo mucha hambre…

Estas miserables palabras no servirán en modo alguno para calmar el estómago de Marlyse. Cuando hace una pregunta del tipo de: «¿Dónde comemos?» significa que sabe perfectamente lo que quiere.

En la avenida Pasteur observo algunas mesas desperdigadas entre los capós de unos «Buick» y de «Cadillac» aparcados en batería. Un restaurante de barrio. No hay sitio. Nos dicen que esperemos. Tres cuartos de hora, tal vez más. La camarera tiene la cara perlada de sudor.

—Pero he de inscribirlos. Anotaré su nombre.

—¿Nos vamos?

Lo he dicho sin pensarlo. Estoy harto. Quisiera encontrarme lejos. Por ejemplo, cerca de la estación donde hace un momento he visto unos pequeños restaurantes, nada caros, pizzerias donde nos las hubiéramos arreglado a buen precio con una cuatro estaciones para los dos…

Hay que dejar de soñar, pues Marlyse ha emitido su sentencia:

—Entonces esperaremos. Dos personas.

¿Qué hacer, sino aprobar en silencio y recibir el cierzo del consuelo que no me impide echar una ojeada ansiosa a la minuta?

En definitiva con una ensalada nizarda, steaks fritos y un postre, saldremos adelante. Nos apoyamos en la parte trasera de una camioneta.

¿Será el hedor de alcantarilla que invade toda la acera lo que pone en fuga a nuestros predecesores? La mesa queda libre antes de lo previsto. Nos sentamos y estiramos las piernas en una actitud beatífica. Hacemos nuestro encargo. No estoy pensando en la comida. Estoy orientándome. El «Hotel Miramar» se encuentra muy cerca. Es anticuado, con su fachada rosa y sus postigos verdes. Tiene su playa privada, más abajo de la Croisette. Se enorgullece de un pórtico blanco en el que se lee: «*Paul Viállis. Profesor de natación diplomado*». Hay que pasar por allí para tener derecho a tostarse sobre colchones. Los techos de las cabinas alcanzan la altura del parapeto. Un balón hace unas apariciones esporádicas por el aire, acompañado de gritos de chiquillos. Allá abajo se escuchan chapoteos. Se oye el ruido de los chapuzones.

—El agua debe de estar buena —dice Marlyse.

Dentro de un momento, mientras yo exploro el «Miramar», Marlyse irá a confiar su atractivo cuerpo a la dudosa arena de la playa pública que he visto. La Municipalidad, impulsada por una loable preocupación democrática, ha reservado esa faja de arena a los bañistas de la comunidad. Está negro de gente. Afortunadamente, Marlyse es delgada. Por otra parte, tal vez prefiera ir a ver escaparates.

Mientras mastico el steak coriáceo, me estoy viendo interrogando a Cornetto, el mozo de equipajes trásfuga de «La Murène», el protegido de Aristide. Nuestra investigación es como un trozo de *gruyère* cuyos agujeros voy llenando poco a poco. Imagen de espantosa banalidad que se me ocurre viendo la bandeja de quesos en la mesa vecina. Hay poco *gruyère* alrededor de los agujeros. ¿O acaso son los cremosos camemberts de Fouras?

Siempre me han asombrado esos métodos policiales que consisten en razonar intensamente a distancia… Yo soy el policía experimental, si así puede llamarse. Cuando tengo una pista la exploto. A fondo. Reúno una a una las piezas de mi rompecabezas y me debato entre los lamentos de las víctimas, la reticencia de los

testigos y las protestas de los sospechosos. Verlo todo, oírlo todo, anotarlo todo… Tengo fe en ese trabajo de hormiga. Espero la salida del sospechoso de entre las sombras. Acecho la torpeza irreparable que me permita pensar en otra cosa.

—Usted es un mazo, un apasionado, un vicioso de la Policía —me decía Cornelius[9] el antiguo boxeador.

Pero de todos modos con altibajos.

Un día me siento desalentado y el día siguiente exuberante de optimismo, o a la inversa. Hoy, mientras lucho con esta comida más bien mediocre, me siento bien. Gancho, *swing*, contra… ¡Estoy preparado! El áspero tinto —cuanto menos caro más ensucia— me ha rascado el paladar, pero me ha puesto en forma. Marlyse me ha dado un puntapié para impedir que cogiera de la mesa contigua la garrafa casi llena que han dejado los comensales. Al aparecer la camarera, mi mano que ya estaba a punto de pescarla, simula desembarazarse de algunas migas de pan…

Cornetto es el prototipo de pilluelo burlón, satisfecho de todo, empezando por sí mismo. Su sonrisa es el triunfo permanente de las fuerzas de la alegría. Entra en la oficina del jefe de recepción dando saltitos, con las manos metidas en los bolsillos de su chaquetilla gris.

—¿Quiere hablar conmigo, señor?

—Sí, ya supondrás que es respecto a «La Murène». Te fuiste dos días antes del robo…

—Gracias a Dios. Si me descuido, tratan de cargarme con el mochuelo…

Me examina con los ojos entornados. Es evidente que no le causo la menor impresión. Tiene un aspecto franco, sin problemas. Un chico simpático. Como decía Aristide.

—¿Qué edad tienes?

—Diecinueve años… Oiga, señor, convendría que no me distrajera demasiado, pues el cliente del 527 me espera.

Me divierte con su cara de buenazo y su aspecto decidido. Dista mucho de la jeta de judas de Rizzato.

—Acabamos pronto. Dime lo que sepas sobre ese robo.

Reacciona como un pez bajo el arpón. Tiene prisa y yo también.

Avanza la barbilla en señal de ignorancia. Se encoge de hombros y contesta con voz clara.

—Nada, señor. ¿Ha visto a Aristide?

—¿Por qué?

—Porque él lo sabe todo. Aristide siempre lo sabe todo. Yo sólo me he enterado de lo que dicen los periódicos… Y por Roberto. ¡No habla más que de eso!

—¿Roberto?

—Grimaldi. El botones. Conocía a los Frokian. Y está su chica, Josée, la camarera. Ella también los conocía bien.

—¿Dónde puedo encontrar a ese Roberto?

—En su leonera. Su hora de descanso es entre las dos y las cuatro.

Roberto Grimaldi se queda de piedra cuando entro en su habitación. Enarca los ojos y después los estira como una grotesca figura china, en la sombra de sus cejas negras y pobladas. Está de pie delante del lavabo desconchado, con la cara embadurnada de jabón, desnudo de cintura para arriba y una toalla al cuello. Una marca halagadora en el hombro derecho. Una rojez que huele a mordisco…

Es un desván del «Miramar». Apenas hay lugar para el catre de tijera adosado al muro bajo unas fotos de *pin-up* casi desnudas. Una mesa, una silla, un armario con espejo picado procedente de alguna clínica abandonada. La mesa se mantiene en equilibrio sobre tres patas. Un tapón mantiene la cuarta rota. La librea azul, recién planchada, está extendida sobre la cama, y encima la gorra con las letras doradas.

—¿Es policía?

—Lo has adivinado, jovencita.

Sonrío. No conviene asustar a este muchacho que parece preguntarse cómo he logrado descubrir su antro, entre este dédalo de corredores destinados a los iniciados. He deambulado por las buhardillas como un sonámbulo, repitiendo en voz alta las instrucciones del conserje. En mi camino sólo he encontrado miradas sorprendidas. Puertas que se entreabrían revelando cuerpos de mujeres en combinación. Me he equivocado varias veces de

puerta y me han insultado a placer:

—¡Mierda! ¿Quién es ese estúpido? ¡Ya no se puede dormir en este burdel!

Flotaba en ese mundo extraño que es el rostro oculto de un palace. Muy lejos la ceremonia, la obsequiosidad, el lenguaje remilgado, en una palabra, el lado de la galería. Aquí me encontraba plenamente entre bastidores. Hombres y mujeres habían dejado sus trajes de marionetas en el vestuario. Y también su vocabulario. Era el turno de las risas soeces, de las palabras innobles. Pensaba en las palabras que se intercambiaban de cocina a cocina a través del patio en el *Potbouille*, de Zola. Mientras navegaba por la pasarela de este buque fantasma, evocaba la otra cara de la decoración de «La Murène», la sucia escalera de servicio, la habitación de Mag, la de Rizzato, tan miserables una como otra. Mientras que el vestíbulo, los salones, los apartamentos de los clientes hacían ostentación de un lujo casi excesivo. Los bastidores son la desnudez, la sordidez en la que se mueven las marionetas. Como yo.

Yo soy un policía, una marioneta, una figurilla sin uniforme cuyos hilos agita a su gusto la Administración, igual que los multimillonarios del «Carlton» y del «Miramar» tiran de los cordoncillos de sus lacayos con librea, por mediación de los directores de personal…

Conserjes, botones, camareras, mujeres de limpieza, portero, mozos de equipajes y policías, todos agrupados bajo la misma enseña.

Se sirve. A la política o al dinero.

Somos agentes de ejecución pagados por semanas o por meses. Tan pronto como prestamos un pequeño servicio nos dan un trozo de zanahoria.

Y por todo eso nos pagan con tachones. Nos dan unos salarios de miseria que cualquier de esos reyes de la Costa Azul juega y pierde en unos segundos sobre el tapete verde…

… ¡Y este pobre chico me mira, con las mejillas cubiertas de espuma, como si tuviera miedo de mí!

—Parece que conoces a los Frokian —le digo—. Ya sabes, el joyero, la historia de «La Murène»… Por eso estoy aquí.

Roberto tiene miedo. Teme por su trabajo tranquilo, sus economías, su futura lavandería automática… ¡Si el director del «Miramar» se entera de que se acostaba alegremente con la provocativa Sarah en las propias barbas del marido, está listo! Si los periódicos hablan de Sarah y de él, está frito. La mujer del famoso Laszlo Frokian que dejó de ser cliente del «Carlton» por una tontería… ¿Qué pinta él en toda esa historia? Más le hubiera valido ir a acostarse aquella noche que había ido a jugar a camarero en el hostal de Saint-François-les-Sources.

¿Y la noche que, cogiendo su bicicleta después del trabajo, se largó hasta Juan-les Pins a merodear alrededor de «La Murène»? Aunque estaba cansado, aún percibía el perfume de Sarah. ¡Sarah! Por su culpa lo vieron delante de «La Murène», como por casualidad, la víspera del robo. Y además, él conocía sus joyas. La última vez que hizo el amor con ella estaban desperdigadas sobre la mesilla de noche.

Claro que no le meterán en chirona. Demostrará que no tiene nada que ver con todo aquello. Sólo que lo despedirán. Y adiós la lavandería.

Querría hablar, pero las palabras se le atragantan en la garganta. ¿Quién habrá podido informar a este inspector de ojos negros y hundidos, que no deja de mirarle con una sonrisa burlona… ¡Ese «Murène» es una catástrofe nacional para todo el mundo! ¿Quién habrá enviado a su buhardilla a ese policía? Paul Grimaud, el portero, su padre, su confidente… Paul a quien se lo ha contado todo… Sus hazañas amorosas, su escapada a Juan… ¿Y si hubiera sido Meffret, el vigilante nocturno, celoso y chocho, que se pasa el tiempo escuchando en las puertas y luego va a contárselo todo al conserje?

Meffret detestaba a Sarah. Él ha sido, sin la menor duda.

Además, no quiere a nadie ni a nada, salvo a su gata de alcantarilla cuya cola atrofiada guarda el recuerdo definitivo del cierre brutal de una puerta de servicio. Meffret ha sonsacado a ese bendito de Grimaldi y ha ido con el cuento al conserje. Por esto está aquí el policía.

Extraño policía que hace saltar todo el tiempo en la mano una moneda. ¿Qué sabe exactamente? No puede cargar a Roberto con un golpe del que no sabe nada… ¿Habrá interrogado a Josée, la

camarera? La Josée le hizo una escena de celos el día que fue a Juan: «Dilo tú, conozco sus joyas… Es su pasta lo que te interesa ¿eh?».

Cuando día leyó los periódicos, el día siguiente, mientras devoraba un *croissant* que había desdeñado la vieja del 322: «¿Y por qué no puedes haber sido tú…? Te las compones muy bien cuando quieres…».

—Oye, muchacho ¿te burlas de mí o qué? Te he pedido que me hables del robo de «La Murène», de los Frokian. Está claro, ¿no?

He dejado a Roberto sin respiración. Me mira con una expresión de pánico que tengo la impresión de que lo estoy enviando a la guillotina. Farfulla:

—No puedo decirle nada, señor. No sé nada… ¡Lo juro! Ha dicho esto como si tuviera ante él todo un tribunal de magistrados con toga.

—Vamos, chico, si no sabes nada no tienes por qué ponerte así.

—Sí, señor.

—Sí, ¿qué?

Traga con dificultad. Me planto frente a él y lo miro fijamente.

—El día siguiente del robo hablaste con Cornetto. Él te encontró extraño. Incluso fuera de ti. Tú conocías bien las joyas de los Frokian.

—Como todo el mundo… La señora las llevaba a menudo…

—Y a Josée también le gustaban esos diamantes, ¿no?

—Es una camarera señor. Siempre se sueña con lo que no se puede tener…

Es ladino el condenado. Adopta un tono de viejo filósofo. En realidad, no se le puede sacar nada. No dispongo más que de una hora antes de ir a reunirme con Marlyse. Aprovecho para ver a Josée.

Es aún peor que Roberto. Está muda, y yo pierdo el tiempo. Ya estoy harto de molinos de viento. Marlyse se ha remojado en el agua turbia. Se le ha quemado la nariz. Al arrancar el automotor de Juan, alza un dedo amonestador.

—*Jamás* te dejaré *sólo* en Cannes —dice—. No hay más que pederastas. La grandota Fernande me lo advirtió…

—Nadie se interesa por mí, *darling* —dice Suzan Fuchs.

Con los senos y los muslos al aire, se muestra enojada.

—¿Por qué no me han interrogado? Mi «Cadillac» estaba debajo de la ventana de Mag la noche del robo, ¿no?

—Sí, sí —murmura Trachelle, agotado por la americana.

En la antigua cuadra transformada en dormitorio para el personal, una luz débil modela con sombras exuberantes el busto de la bella insaciable. Su postura favorita, sentada sobre el lecho con las piernas cruzadas a lo moro, no deja ignorar nada de su más íntima feminidad. Trachelle vuelve la mirada, tiene suficiente, depone las armas. Distraído, posa un beso en el pelo de un rubio rojizo.

—No te quejes —dice—. La Policía ha fastidiado a todo el mundo menos a ti. Es normal. Estás cargada de pasta. Saben muy bien que no tienes nada que ver con todo eso. Desde el momento que han comprobado que tu «Cad» no ha servido para subir… Si no hay huellas, no hay Borniche…

—No digas «Cad». Hace vulgar.

Trachelle tiene ganas de contestar a la bonita Suzan que haría bien en cambiar de postura antes de dar lecciones de comportamiento.

Suspira. No dice nada.

Busca su chaqueta. Se pasa rápidamente el peine.

—Tengo que irme. Brocas no llega hasta las cinco. Si Théodose ve que no hay nadie en el bar… ¡Y Mag ha recuperado fuerzas! Quiere poner a todo el mundo en la calle…

—Quédate un poco más. He de decírtelo, tengo un problema. He perdido mi llave.

A él le gusta mucho esta hermosa muchacha completamente desnuda. La mira divertido. Ella siempre olvida algo… Es del género de las que pierden la cabeza. Y sus llaves…

Ella la encontrará entre su ropa interior, en su bolso o en la guantera del coche. Se encoge de hombros.

—Seguramente la tienes. Empieza por registrar tu bolso.

—No lo comprendes, Jean… No es la mía. Es la de la verja del camino de Sables. Albert me la había prestado para que hiciera un duplicado… Es irritante no poder entrar ni salir de aquí después de medianoche.

A Trachelle se le crispan las manos que, de repente, siente húmedas. Suzan tiene motivos para preocuparse. No por ella. ¡Por él! Si Borniche ha interrogado al cerrajero, sabe que por alguna parte rueda una llave falsa… El cerrajero dirá que se la ha hecho a Suzan. Y Suzan es Trachelle…

—¿Sabe el cerrajero quién eres?

Suzan sacude sus llameantes crines.

—No, cariño, pagué por anticipado y envié a Jean-Jacques a buscarla.

—Eres una estúpida —gruñe Trachelle.

—Era para estar contigo. Para entrar y salir cuando quisiera…

Jean Trachelle se siente anonadado. Liquidado. Se ha acabado la bella tranquilidad. ¡Un lugar dorado «La Murène»! Un trabajo no demasiado fatigoso, propinas. Esta bella americana de redondeadas nalgas que ignoraba su pasado parisiense, tampoco demasiado cargado. Nadie estaba el corriente, ni siquiera Théodose. Una condena con libertad condicional por golpes y heridas. Otra, muy pequeña, por tentativa de estafa. Y ahora con la historia de la llave falsa empezarían a rebuscar en los archivos, todo el fichero… La Policía se le iba a echar encima, intentar hacerle confesar… Pero ¿qué?

Cuando, el otro día, Borniche bromeó con él en el bar, ¿qué se traía entre manos? Ha visto a ese poli parisiense de nariz larga, discutir con Aristide, con Jean-Jacques Ruggieri, fuera, delante del *parking*…

Trachelle sabe bien lo que hacía la noche del robo. Estaba en su habitación con Susan. Es insaciable la zorra. Siempre pide más.

Hacia medianoche se levantó para ir a los servicios. Se cruzó con Arrighi, el buceador amigo de Rizzato. Se hicieron un guiño… Y pensándolo bien, se pregunta por qué tendría un aspecto inquieto. ¿Arrighi? ¿Además, iba vestido? ¿De dónde salía? Sí, ¿de dónde salía Dominique Arrighi, llamado *Doumé*? Venía a la izquierda, del corredor de la izquierda. Y era más o menos la hora del robo.

Aquel corredor de la izquierda conducía a la salida de servicio, cerca de la habitación de Rizzato y, por lo tanto, cerca de la lavandería y de la verja del camino de Sables…

Trachelle siente el temblor de las grandes revelaciones. Lo ha comprendido todo. Es *Doumé* quien abrió la verja a los ladrones.

Con la llave de Suzan que pudo pescar con facilidad porque ella la deja por todas partes. Aquella noche no la necesitó. Había llegado a la habitación de Trachelle a eso de las once. Y lo había esperado cepillándose la cabellera.

Doumé, que no es demasiado valiente, no se arriesgó a cerrar la verja cuando se hubieron ido sus cómplices. Le despertaron los gritos de Mag y las llamadas del florista. Tan pronto como Bergaud desapareció en dirección a «Villa César» para buscar a Théodose, *Doumé* se precipitó a la verja.

Arreghi es corso. Como Rizzato.

Y no confesará nunca. Todos son de la misma ralea.

¡Vaya burdel que es este «Murène»!

Y Auguste, el amigo de Rizzato, el hijo de la tía Bovetti. Únicamente capaz de jugar a los bolos mientras su padre está a punto de palmarla en el sanatorio.

—¿En qué piensas? —pregunta Suzan cruzando y descruzando sus muslos de rubia, cubiertos de pecas.

—En que vas a crearme muchas dificultades.

No, Trachelle no tendrá dificultades.

Por el contrario, la señora Mag…

Por fin se ha recibido el informe del médico forense que ha hecho amordazar y atar a un policía marsellés, para probar. ¡El infeliz se ahogaba! Y esa historia de averiguar si la mordaza estaba seca o húmeda… He recapitulado el testimonio del florista Bergaud. Fue él quien mojó la toalla para refrescar la frente de la señora Mag. Sin saberlo, lo ha embarullado todo. En realidad, podía ser muy bien que la mordaza estuviera seca. Y en este caso…

Y después, hay ese interminable estado de enfermedad en que parece complacerse Mag. He interrogado a la farmacéutica y me ha confirmado que la señora Mag se atiborraba de píldoras.

—Bastantes para acabar en el hospital —añadió con una risa despreocupada.

¿Y el óptico? Ayer examiné sus fichas, muy precisas, perfectamente ordenadas en su archivador. La señora Mag tiene una miopía de —25. Sin gafas le es imposible distinguir un objeto a más de treinta centímetros…

¡Qué acumulación de sombras alrededor de este personaje tan ingrato, tan anodino, tan dado a la devoción! Un ser que posee la

resistencia sobrehumana para soportar una mordaza durante cuatro horas…

Afortunadamente, al fin se ha curado. La fuente de sus certificados médicos se ha secado. Ya no se me escapará.

Y ahí está. Su cara de beata me dicta la frase de ataque, directa, abrupta:

—Señora Mag, júreme por Jesucristo que no fue usted quien preparó el golpe.

El crucifijo, la pila de agua bendita, la misa de ocho cada día… Perdón, Dios mío, pero he encontrado un sistema de chantaje y no voy a prescindir de él. Las vísperas, el oficio vespertino… todo esto es muy serio, Monseñor.

—¿Qué me dice, señora Mag?

Está sentada en la famosa silla de la Comisaría. El bolso sobre las rodillas. Los dedos entrelazados. La unción pastoral y bíblica. Aprieta los delgados labios como si quisiera hacerlos chirriar.

—Usted tiene un secreto, señora Ruggieri. Se ve, se nota. Las gentes, a fuerza de ser interrogados creen que repiten las mismas cosas. Se equivocan. Únicamente cuando dicen la verdad no se equivocan. Usted ha hecho lo contrario, señora Mag. Usted ha buscado protección detrás de unos certificados médicos… Y he de decirle una cosa, señora Mag. No hay quien pueda creer en su desvanecimiento de cuatro horas. Y además…

Me inclino sobre su hombro.

—¿Me permite?

Le quito las gafas y las coloco con cuidado sobre la mesa. Doy dos pasos. Me encuentro casi a un metro de ella. Voy avanzando con una regla en la mano.

—¿Puede decirme lo que llevo en la mano?

Frunce el entrecejo, se esfuerza. No ve nada.

—¿Sus gafas? ¿Un cenicero? ¿Un revólver?

Vacila un instante y luego dice:

—¡Un revólver!

He golpeado la mesa una vez más. Estoy a cincuenta centímetros de su cara. Le muestro mi índice, agresivo.

—La regla —responde.

—No, mi dedo.

Le devuelvo las gafas.

—Ya lo ve, señora Mag. El experimento ha sido concluyente. Usted no pudo ver a los ladrones cuando entraron en su habitación. Al juez tampoco lo engañará…

Transcurren los segundos. La estoy oyendo debatirse consigo misma como un redoble sordo de tambor.

—Le voy a decir algo, señora Mag. Yo soy muy católico, comulgo todos los domingos.

—Yo también, señor Borniche.

—Pues bien, como los dos practicamos la misma religión, júreme por Jesucristo que no fue usted quien preparó el golpe.

—Se lo juro.

Lo ha dicho con tanta espontaneidad, con tanta fuerza en la voz…

—Muy bien. Entonces júreme que ignora quién lo hizo.

—Que yo…

—Sí.

Se dispone a hablar, va a… ¡Mierda! Llaman a la puerta. Mag se sobresalta y recupera el dominio de sí misma.

El cráneo del guardia pilón de azúcar precede a su voz de falsete.

—El abogado Carlotti…

El célebre abogado avanza en dirección a la mesa, con la mano tendida.

—¡Señor inspector! Pasaba precisamente por aquí y me han dicho que la señora Mag estaba con usted. ¿Nada grave, supongo?

¡El muy puerco!

El abogado de Piana, de Frokian, de Pélégrini, de Guérini, de Rizzato… Viene a mofarse de mí en mi propio terreno, en la Comisaría, a quitarme el pan de la boca… Y sonríe con todos sus caninos de carnívoro.

—Vengo del despacho del juez de instrucción, mi querido inspector. La señora Ruggieri es también una víctima del robo de «La Murène». Ha perdido todas sus economías. Para ella treinta mil francos es una pequeña fortuna. Así que he creído conveniente presentar en su nombre una denuncia por robo. Y me he constituido en parte civil.

¡Qué granuja!

¡La señora Mag parte civil! Así, la Policía ya no tiene derecho a

interrogarla. Una a una me martillan el cráneo las palabras del Código de Enjuiciamiento Penal:

> *La parte civil solo podrá ser oída o confrontada, a menos que renuncie a ello, en presencia de su abogado, debidamente citado por carta certificada remitida, como fecha máxima, la antevíspera del interrogatorio…*

Estoy acorralado. Pédroni también. En lo sucesivo únicamente el juez de instrucción podrá oír las declaraciones de la señora Mag. Ella contará lo que le parezca, con los ojos tímidamente fijos en su misal y acompañada por su abogado… Al abogado Carlotti se le darán a conocer las actas. Verá venir los golpes. Y podrá pararlos a su manera.

Estoy loco de ira.

—¿Espero que no me guardará rencor, señor Borniche?

—No.

Porque lo he comprendido todo.

Gracias, Carlotti, gran astuto.

XX

—Siento un gran respeto por usted, señor Borniche. No es un policía como los otros.

—Gracias, Théodose, pero hay que admitir que le he fastidiado mucho. Me guarda rencor. No lo niegue.

—No, no…

Nos encontramos sentados bajo el árbol más grande del pinar. Tengo la impresión de que estamos ensayando un diálogo de Pagnol. Están las cigarras, el cocinero que pasa al fondo con su delantal majestuoso, un olor, un milagro de Mediterráneo. Delante de mí, Théodose acaba de prepararme con delicadeza una naranja exprimida. Mi silla está apoyada contra el tronco del pino de Italia cuya corteza roja arranco maquinalmente. Fastidio a las hormigas que corren en todos los sentidos. Y luego, sin más, le digo:

—Usted lo sabe todo, Théodose. Y ya que dice que siente afecto por mí… Que confía en mí…

Después de todo este circo, he comprendido. Por deducción, por intuición, no sé… Pédroni y yo hemos procedido a tantos interrogatorios, hemos comprobado, sopesado, reflexionado y vuelto a reflexionar… Se impone una conclusión y como ocurre con todas las grandes evidencias, desconcierta por su facilidad. Los tres de los que no se sospechaba en absoluto. La señora Mag, el señor Théodose, el señor Fabrice…

No puede ser nadie más que ellos.

En fin, uno de ellos.

O dos de ellos. En todo caso, lo siento. Mis dedos se crispan sobre esta corteza, la arrancan…

—Lo han engañado, Théodose.

No dice nada, con las palmas de las manos sobre la mesa. Su

mirada se extravía.

—Lo han traicionado, Théodose.

Una excitación desacostumbrada me proporciona una arrogancia de carro de asalto.

—Sé que usted no tiene nada que ver, Théodose. Son los otros, los otros dos…

—No comprendo, inspector.

Es una protesta vaga, un gesto apenas esbozado.

—Cuando era niño, señor Borniche, yo también arrancaba las cortezas de los árboles… los plátanos, los tilos…

Me detengo, confuso. Acabo de arrancar un gran pedazo de corteza en forma de nube.

En «La Murène» no hay muchos clientes. El viento de setiembre ha barrido la Costa. Esto ya empieza a dar la impresión de sombrillas plegadas. Marlyse ya está harta. Ayer me preguntó cuándo me iría. Ella se va mañana.

—Ya no tienes nada que hacer aquí —me ha dicho.

Sin duda ha sido en este momento cuando lo he comprendido todo. En fin, casi todo. Fue algo así como un sueño. Me dejaba mecer por un sentimiento indefinido de cosas ineluctables vagamente concebidas. Marlyse había venido, Marlyse iba a marcharse… Yo, que había llegado con algunas camisas, para dos o tres días, seguía aquí.

—Usted está protegiendo a alguien, Théodose, y yo sé quién es.

—Va a destrozar mi vida, inspector.

El gesto ha sido tan teatral como la frase. La mano de Théodose, gordezuela, manicurada, queda suspendida en el aire. Este borgoñés adopta actitudes de orador antiguo. ¿Recuerdo del «Perroquet Rose»?

—Es usted un niño, Théodose.

En seguida lamento mis palabras. Mis funciones no me autorizan a decir esto. Así que reacciono, trato de apagar el chirrido de las cigarras a mi alrededor.

—Quisiera hablar con Fabrice.

—Ya no está aquí.

Todo adquiere un regusto de irremediable. Naturalmente que ya no está aquí.

—Su padre acaba de comprar un castillo cerca de Estrasburgo.

Una curiosa pastelería de la Alsacia alemana de 1900, lo más adecuado para un embajador retirado de las actividades públicas… ¿Se ha dado cuenta? Se dicen actividades públicas como quien dice mujer pública…

Se esfuerza por alegrar el ambiente con una sonrisa que da pena. ¿De dónde me viene esta certidumbre? Estoy seguro que voy a ganar. Así, de repente.

—Fabrice no está en casa de su padre, Théodose. Dígame francamente donde está.

Sé que tengo la jeta de policía que yo detesto. La prueba es que añado con desgana.

—Será mejor para usted.

Él se levanta.

Tengo la impresión de que va a echar a correr, estúpidamente, como si quisiera escapar de mí. Mi paquete de cigarrillos está vacío. Lo arrugo y lo tiro sobre el césped inmaculado. Después de todo, es preferible que me comporte como un policía.

—¡Jean-Jacques!

Théodose ha vociferado. El hermano de Mag aparece en él umbral de «La Murène».

—Un «Philip Morris» para el señor Borniche.

Unos minutos después los cigarrillos están ahí, en un platillo, con una carterita de cerillas con las armas de «La Murène»: una cabeza de pez carnívoro sobre fondo de azur.

—Issenheim —dice—. A unos diez kilómetros de Estrasburgo. Allí conocen al embajador… Pero no creo que Fabrice pueda decirle gran cosa. Verá, señor Borniche, he decidido indemnizar a todas las víctimas sin excepción. A los Frokian, a los Meyer y a todos los demás. Sí, ya sé, su orgullo de investigador… No encontrará nada.

—Dígame dónde está Fabrice, Théodose. Todo saldrá bien.

Me mira. Nunca me había dado cuenta de que sus ojillos porcinos fueran tan insondablemente lúgubres.

—No lo sé con exactitud, en Grecia o Turquía —dice—. Fui yo quien insistió en que se fuera. Hacía mucho tiempo que estábamos invitados… Para que cambiara de ideas, ¿comprende…? Se lo tomaba todo muy a pecho. Demasiado.

—Desde luego —digo.

—Esa historia de puñetazos con ese granuja de Meyer…

—Le han traicionado los dos. Théodose. La señora Mag y Fabrice. Yo no soy su enemigo. Théodose. Le tengo lástima. ¿Dónde está Fabrice?

—En Estambul.

Se ha venido abajo.

Llora, y yo me siento avergonzado.

No puedo hacer nada por él.

Condenado oficio. Y esas cigarras que siguen chirriando, burlonas, en mis oídos.

Ahora ya todo está claro. Debería saltar de alegría. Respiro con lentitud. No tengo delante de mí más que un hombre que llora. Una mosca se agita sobre una mitad de naranja exprimida. Pongo una mano en el hombro de Théodose. No se mueve. Le repito algunas palabras, indefinidamente. Me siento invadido por una gran ternura hacia ese viejo niño triste.

Con la mano izquierda hago retirar el personal que nos contempla, estúpidamente reunido delante del muro de la cocina, desbordante de sol.

En lo que se refiere al folklore estoy servido. Realmente, Estambul me mima. Me siento realmente diminuto detrás de ese colosal gendarme de patillas retorcidas que me precede por los corredores del edificio de la Policía, a esta primera hora de la mañana. Se alzan voces, las llamadas se entrecruzan y las suelas rascan el cemento del puesto de guardia. El patio interior es una caja de resonancia donde las motos petardean a placer.

Sin embargo, no me siento extraño. En el corredor vuelvo a encontrar ese insistente olor de cuero. Como en Juan-les-Pins, como en todas partes. Habría que creer que *todos los* policías del mundo, aunque vayan cubiertos con escarlata, exhalan esos viriles efluvios que los identifican.

El comisario Müsnu Gökcen habla francés, según me dicen. Es el jefe de la Policía judicial de Estambul. Lo espero sentado en un banco. Por el momento soy su primero, su único visitante. Por lo tanto, cada diez segundos tengo derecho a que pase de relevo un vigilante de piso. Ese paquidermo con pantalón de zuavo ha sucedido al gendarme. Su bigote no tiene nada que envidiar al de su

colega. Cada vez que da media vuelta, me obsequia con una mueca que quiere ser una sonrisa. Yo también hago muecas. Tengo la desagradable sensación de estar representando un acusado en espera de comparecer ante sus jueces. Y lo mismo que todos los acusados del mundo he de armarme de paciencia. Sólo que como no estoy acostumbrado, consulto sin cesar mi reloj que un aduanero turco ha examinado anoche, por tedas sus caras, en el aeropuerto de Yesilköy y aún sigo sin saber por qué. ¿Acaso me tomaba por un superespía, dotado con el más moderno material miniaturizado de los servicios especiales franceses?

El gigante bigotudo que ha captado mi diálogo mudo con mi reloj, se planta ante mí. Y se consagra a representar un número de mimo bastante logrado para indicarme que el jefe no puede tardar. Me siento espantosamente solo en este alcázar de la Policía que al fin logré descubrir tras errar durante mucho tiempo por anchas avenidas con nombres extranjeros. Como de costumbre, mi hotel, el «Plaza», es un establecimiento de tercer orden. Lo he descubierto en la calle Asían Yataëi, en el barrio moderno de Beyögul. Pero la panorámica es muy distinta de la de «La Rédoute», en Juan… ¡Mi habitación da sobre el Bósforo! Esta noche, desde mi ventana, he podido contemplar Estambul iluminado. La torre Gálata, faro plantado en el centro de un entresijo de casetas y jardincillos. Las mil luces parpadeantes de los transbordadores que unen Europa con Asia y de los barcos que surcan el Cuerno de Oro… La mezquita azul y su cúpula hemisférica flanqueada por cuatro semicúpulas que se destacan sobre el cielo estrellado. Por un instante he olvidado, fascinado, «La Murène», a Fabrice, mi misión. He creído que había venido para ver esas maravillas. No obstante, esta mañana he tenido que levantarme pronto. Se han esfumado las visiones mágicas. El empleado de la agenda de Air-France, me ha trazado el camino a partir de la plaza Taksim. Y heme aquí una vez más entre los policías, mis semejantes. ¿Mis hermanos?

Finalmente, llega el hermano comisario. Nada más que con una hora de retraso. Me mira con indiferencia. Entra majestuosamente en su despacho. Me levanto. Llamo a la puerta. Una voz seca ladra en turco algo así: «¡Déjeme en paz!».

El guardia con los pantalones de zuavo se precipita. Sus gestos desesperados traducen la inconsciencia de mi iniciativa. Vuelvo a hacer acopio de paciencia. La puerta se abre. El comisario aparece en el umbral. Está comiendo una manzana. Pero esto no le impide lanzar otro ladrido para preguntarse en su jerga qué quiero. Si lo hubiera sabido, me hubiese provisto de un diccionario de bolsillo. El guardia se lanza con vertiginosa rapidez a dar interminables explicaciones. El rostro del comisario se ilumina. Oculta la manzana a su espalda y me tiende la mano derecha indicándome que entre.

—Perdóneme… Hablo muy mal… ¿Qué puedo por usted?

Se expresa lentamente, buscando las palabras.

Yo le calculo poco más o menos unos treinta años. Y es tal como me imaginaba un turco. Un turco de novelas de aventuras, de viñetas: alto, fuerte, de pelo negro. Una mezcla de armenio, kurdo, griego, búlgaro y árabe… Bajo las cejas pobladas que casi se unen en un entrecejo continuo, sus ojos castaños me escrutan sin disimulo. Detrás de él, sobre la pared encalada, el retrato de Mustafá Kemal, el padre de los turcos. Está en todas partes, en un lugar de honor, el rostro poco apacible de Mustafá Kemal, héroe nacional: en el vestíbulo de mi hotel, en la oficina de Correos en la que entré para que me orientaran, en las escalas de recibo de los establecimientos públicos o privados…

El comisario Gokcen examina mi carnet de policía y lo compara con el suyo. Yo pongo un freno a mi volubilidad habitual para exponerle, ayudado con gestos, la investigación que me ha llevado hasta Estambul. Insisto de una manera machacona en la necesidad de encontrar a Fabrice Janin. Me escucha en silencio. Bueno, ya he terminado. Lentamente, me pregunta:

—Apellido… nombre… fecha de nacimiento.

Saco de mi cartera el expediente. El comisario garrapatea en un trozo de papel las informaciones de estado civil.

—Momento —me dice.

Sale del despacho dejando la puerta abierta. Sin duda ha hecho una seña discreta al elefante bigotudo que de pronto parece impulsado por un movimiento de metrónomo, pasando y repasando ante la puerta, con su rictus en los labios. Rara vez me he sentido tan incómodo como entre esos colegas de la Media Lima.

El comisario-bajá vuelve con una ficha de hotel en la mano. Hay

que reconocer que los métodos turcos de investigación no son más geniales que los nuestros. ¿Podría ser de otro modo? Me traduce la ficha con aplicación:

—Su compatriota ha llegado hace unos días al «Hotel Péra», 98 Mesrutiyet Caddesi… Por lo que veo, le gustan las cosas antiguas. No sabemos nada más.

—¿Las cosas antiguas?

Me explica que el «Hotel Péra» es un palace que pertenece a la época del Oriente-Expreso. Un auténtico museo. Sus inmensos salones de estilo rococó oriental encantan a los nostálgicos del fez y de las plumas en los sombreros.

—Y usted, mi querido colega, ¿dónde se aloja?

—En el «Plaza» —le digo.

—¡Ah! —reflexiona moviendo la cabeza—. La Policía francesa no tiene muchos cuartos… ¿Es así como se dice?

—Así es —le contesto.

Es verdad que la Policía no tiene mucho dinero… En todas partes es igual. Una prueba palpable. Aún me parece oír la letanía del «Gordo» antes de mi salida para Orly:

—Para usted, Borniche, todas las combinaciones son buenas. Desde hace tres semanas se está tomando vacaciones en la Costa por cuenta de la princesa. ¡Y ahora Turquía!

Yo sabía que él se había dado cuenta de que yo era el único que conocía a Fabrice. Así que le dije:

—Envíe a otro, jefe. A mí esa clase de viajes…

—A pesar de todo, le prefiero a Pédroni… No hay motivo para que él se lleve los laureles. Pero gaste lo menos posible, Borniche.

¡Los gastos! ¡Hablemos de gastos! Los míos se fundieron entre los dedos del perspicaz Gino, de «La Rédoute», tan dispuesto a manejar su lápiz sobre las hojas grasientas donde iba alargándose la nota… Mi misión en Juan-les-Pins no me había reportado ningún beneficio. Tampoco me atraía la de Turquía. Y con razón…

Cuando trabajo en la calle de Saussaies tengo derecho, igual que mis colegas, al rembolso de gastos ficticios generosamente concedidos por la Dirección General. Un tercio, dos tercios, a veces incluso tres, cuando la caja tiene excedente. Las cantidades autorizadas son proporcionales a los gastos diarios realizados: un tercio equivale a una comida en el exterior, dos tercios a dos

comidas y tres tercios a las dos comidas a las que se añade el precio de una habitación. Es práctico. Y lo que es sobre todo agradable es que se perciben los gastos incluso sin salir del servicio y sin justificante de facturas. El jefe de servicio que, de paso da un pellizco, certifica que son exactos. El inspector de gastos nunca comprueba si estamos por esos mundos de Dios o en las sillas de nuestras oficinas. Los que no hacen investigaciones también tienen derecho a estas prebendas. Es normal. El reparto debe ser equitativo. En la Prefectura de Policía ocurre algo parecido. Bueno, casi… Como la competencia de mis colegas termina en los límites del departamento del Sena, no pueden aspirar a misiones en provincias. Entonces compensan de forma distinta la reducción en sus ingresos. Calculan gastos equivalentes a unas diez comidas al día, repartidos, como es debido, entre los expedientes de que se ocupan. Está permitido. Igual que los gastos de constitución de parte civil. El juez hace consignar a las víctimas una cantidad más o menos importante, y todo el mundo moja en el plato. Esto se añade a los gastos llamados «reales». Un día eché un vistazo al azar, en la Secretaría, a los gastos de la sección, con el visto bueno del jefe. Al menos cuarenta funcionarios habían elegido un rincón retirado en Seine-et-Mame para pasar la noche. Lo más divertido es que en esa región perdida no hay un solo hotel. Algo capaz de dar neuralgias faciales a los honorables magistrados del Tribunal de Cuentas.

Por el contrario, en Juan-les-Pins sí que hay hoteles. Y el «Gordo» no puede decir que yo haya hecho economías. Incluso me he gastado mi sueldo del mes.

—Voy a comprobar si sigue allí —dice el comisario Miisnu Gokcen. ¡Ay!

Con tal de que una de esas maniobras sutiles con las que tan familiarizadas están todas las Policías, no venga a estropearlo todo. Si el hotelero advierte a su cliente, Fabrice desaparecerá.

El rostro del amigo Müsnu se ilumina. Me ha adivinado el pensamiento, me compadece y se apresura a tranquilizarme:

—Aquí, colega, nada de fugas, no es posible. La Policía está muy bien organizada. Practicamos la caza de los comunistas, los espías y los traficantes de armas. Si los hoteleros no colaboran con nosotros,

son *kaputt*… ¿Se dice así?

—Sí…

—¿Es así en Francia?

—No…

El furibundo Müsnu martiriza sin compasión su teléfono. Luego vocifera en el aparato.

Percibo un montón de *Ewet*, de *Hayir* y de *Tessekür ederim*.

Espero, resignado, el final de la comunicación.

Por último, Müsnu cuelga.

—Mi corresponsal me informa que su hombre se ha ido del hotel a las nueve de esta mañana. No ha dicho adónde iba. Pero según una comunicación interceptada ayer, proseguía su viaje a Izmir. Muy bonito. ¿Lo conoce?

No, no lo conozco.

¡Si acabo de llegar! Y busco al apuesto Fabrice. Lo demás me importa un bledo.

¡Izmir! De todas maneras, no voy a correr tras él por toda Turquía.

Imploro humildemente al hermano comisario que me preste ayuda y asistencia. Alza las manos, con el gesto internacional de la impotencia desolada:

—Pasado el Bósforo ya no es de mi competencia. Después corresponde a la gendarmería. Pero usted no puede hacer nada. No tiene orden de detención y la Interpol no nos ha comunicado nada sobre Janin… Como ve, no tengo más que su ficha del hotel. Un consejo. Visite Estambul… Es formidable: el «Topkapi Sarayi», Santa Sofía, el Gran Bazar… Podrá llevar bellas cosas a su dama. Tapices, prendas de ante, joyas antiguas… Esta noche le invito al «Gálata Kulesi» o al «Koniali». O si lo prefiere, al Bósforo. Allí se come el mejor pescado asado de la costa…

—Con mucho gusto…

No puedo negarme, pero me pregunto cómo podré en adelante interceptar a Fabrice. ¿Dónde?

Y entonces se me ocurre una idea.

Si a la hora de cenar, ya no estoy en Estambul tanto peor para el hermano Müsnu. Trataré de avisarle a tiempo.

Traje gris, de corte militar. Camisa gris. Corbata gris. Unos dientes capaces de partir sin esfuerzo un habano de gran formato. Unas espaldas de luchador de lucha libre. Cabello pelirrojo muy corto. Unos finos lentes de níquel detrás de los cuales brilla una mirada fría… Así es el temible Ziya Lólestsky, el coronel de la Policía secreta.

Un agente de segunda clase bilingüe le traduce el relato que hago de mi investigación. Se lo cuento todo. Mi visita a la Policía judicial, los quebraderos de cabeza que me crea la desaparición de Fabrice.

Entre dos frases he dado a entender astutamente que mi Fabrice no sólo es un ladrón de joyas, sino también un traficante de armas…

En seguida he tenido la sensación de que he ido demasiado lejos. En todo caso, desencadeno una gran agitación en la gendarmería de Estambul. Afortunadamente, París está a unos tres mil kilómetros. Nadie vendrá a contradecirme.

A su vez, el coronel Ziya Loletsky telefonea al «Hotel Péra».

Reconozco, al paso, los *Ewet*, los *Hayir* y los *Tessekür ederim*. Les saludo como a viejos amigos. Me he enterado que significan sí, no y gracias. No es preciso salir de la escuela de Lenguas orientales, ni siquiera de Berlitz, para comprender que informan al coronel de la partida de Fabrice.

Pero cuando cuelga el auricular, agita las salchichas de Frankfurt que le sirven de dedos en un gesto que quiere ser tranquilizador.

El intérprete traduce:

—El coronel tiene el nombre de la agencia que le ha alquilado el coche. Un momento, si hace el favor…

Se transcribe rápidamente. La agencia Gokaílti ha facilitado la marca, el número de matrícula del vehículo que Fabrice ha de devolver dentro de una semana, en Estambul.

—El coronel dice que debería pasear mientras espera el regreso del coche y de ese señor.

—¿Y si lo deja en cualquier parte? Por ejemplo, en Izmir. ¿Y si desde allí embarca para Greda?

El coronel saca del bolsillo de su chaleco un enorme reloj de acero. Tiende al intérprete una nota manuscrita.

—Envío un mensaje por radio —traduce el intérprete—. A los puestos de gendarmería de Gebzé, Izmir y Bursa. A esta hora me extrañaría mucho que su fugitivo hubiera llegado más lejos. Hay más de doscientos cincuenta kilómetros y toda la carretera va bordeando el mar de Mármara. He ordenado que preparen un «*jeep*» y partiremos.

El transbordador se despega de Europa.

El cordón umbilical con ese querido continente se corta, mientras que se aleja de Estambul. Siento en mí algo extraño viendo desaparecer los alminares.

A la una de la tarde, Fabrice Janin franquea la puerta de Yeniselür. Ha dejado el «Oldsmobile» descapotable de la agencia Gokaílti al abrigo de las murallas interiores. Va en busca de un restaurante de la Gol Kapisi donde se sirve el pescado asado al borde del agua. Se ha embriagado de bosques y de pastos antes de venir a saborear, en Iznik, la soledad de las orillas del lago… Como Fabrice Janin, a los ocho años, el hijo mimado del agregado de la Embajada francesa.

Sus recuerdos de juventud lo refrescan, le hacen bien. Sentado en un sillón de junco del coquetón restaurante, estira las piernas. Se alisa, con la punta del dedo, la raya impecable de su pantalón de lino blanco. Según el mapa, Izmir está a 631 kilómetros de Estambul. Estará allí por la noche. O mañana. No tiene prisa. Evoca su indiferencia infantil ante los monumentos romanos de Pérgamo, las eruditas explicaciones del guía, los cariñosos comentarios de su padre… Irá a echar una ojeada para ver, finalmente, cómo es aquello.

La imagen de sus dos maletas se superpone a la de esos edificios de tarjeta postal.

Sus dos maletas de cuero negro.

Esa misma mañana ha metido en el maletín Wuitton que Théodose le ha regalado para el viaje, su navaja y su neceser. Ha distribuido algunas libras entre el mozo de equipajes y el empleado de la agencia de alquiler de coches. A las nueve y diez embarcaba

en el transbordador.

En la carretera congestionada del Bósforo a Izmir, ha jugado a lanzar su pesado coche entre las ráfagas del viento ardiente que despeinaba sus rubios cabellos ondulados.

Fabrice se impacienta. El camarero no muestra el apresuramiento que merece un caballero de su importancia.

Un caballero muy rico.

—*Yemek pistesi! Bardak siyah sarap*. La minuta. Un vaso de vino tinto.

Él se admira de su facilidad, para los idiomas. Con sólo leer una vez las frases de un manual de conversación se le quedan grabados. ¿Secuelas de su infancia lanzada de una país a otro, según las fluctuaciones del cuerpo diplomático?

Una hora más tarde, vuelve a partir alegremente al volante del «Oldsmobile». Su propina ha sido generosa y muy fuerte el café que le han ofrecido para agradecérsela. Después de la encrucijada de Gemlik, los vehículos se aglutinan en las carreteras de innumerables curvas. El calor es tórrido. Fabrice siente con repugnancia que el sudor le mancha la camisa. Al detenerse en una gasolinera para llenar el depósito, una pancarta indica «Bursa, 4 km.». Bursa, otro recuerdo de la infancia. Una naranja fresca comida al borde de una fuente.

A la entrada de la población, es inmovilizada una fila de coches. Se encaja entre ellos.

Un gendarme se acerca a él y lo saluda.

Fabrice pregunta cortésmente qué quieren de él.

El gendarme coge la tarjeta gris, la examina, comprueba con calma los números, tanto por delante como por detrás.

Se acerca de nuevo a Fabrice que ya tiende la mano para recuperar sus papeles…

—¡El pasaporte!

El tono del gendarme hace sobresaltarse a Fabrice. No es así como se habla a los turistas.

Acude un segundo gendarme para estudiar el pasaporte y el permiso de conducir. Farfulla en una especie de francés:

—Aparque el coche.

Fabrice obedece, aterrado.

El «Oldsmobile», como un buque que zozobra, se sitúa junto al

edificio de la Gendarmería. Fabrice comprueba con estupefacción que levantan la barrera ahora que él se encuentra acorralado. Murmura sin convicción algo así como «no comprendo».

Un oficial se acerca para interrogarlo:

—¿Cuál es el objetivo de su viaje a Turquía?

—Vacaciones —contesta Fabrice, aliviado.

—¿Ha alquilado este coche?

—Esto se ve en la tarjeta gris ¿no? Voy a Izmir. Conocí hace tiempo este país. Mi padre fue embajador de Francia.

Espera en vano el efecto de estas palabras, para él mágicas.

—… Me gusta mucho Turquía… En Estambul… donde he permanecido unos días.

Es evidente que el oficial no lo escucha.

—¿Sólo tiene este equipaje?

—Sí —contesta Fabrice.

—Tráigalo a la oficina para su inspección.

Un gendarme ayuda a Fabrice a sacar las maletas del asiento trasero y a transportarlas al interior del edificio.

Mientras otro policía registra el coche, el oficial continúa

—¿Lleva las armas con usted o en su equipaje?

—No llevo armas —dice Fabrice—. ¡Qué idea!

Abre las maletas y vacía su contenido que se disemina por la sucia mesa del local. Por un instante se siente dominado por el pánico cuando uno de los gendarmes examina su maletín, pero se tranquiliza al ver que lo deja. Cuando el inspector parece haber terminado, pregunta tímidamente:

—¿Puedo irme?

—*Hayir*. No. Un coronel quiere verlo. Viene de Estambul. No toque nada. Venga por aquí.

La masa impresionante del coronel Loletsky se encaja mejor que mi peso pluma en el «*jeep*» que gime y traquetea en los baches. Me duelen los riñones. Tengo la sensación de que mis piernas van a quedar definitivamente dobladas, anquilosadas, doloridas para siempre entre las argollas de los gatos, las palas y las cuerdas. La antena de radio silba con el viento, doblada por encima de mi cabeza como una caña de pescar. El conductor no ve nada. Pasa a

todo el mundo. Cierro los ojos. Espero el choque. No se produce. Vuelvo a esperar. La denominación de «cinta de asfalto» me parece cada vez más estúpida a medida que la carretera desfila bajo mis párpados cerrados por el fastidio y el terror.

De todos modos, esos párpados salvadores se abren cuando las cuatro ruedas se paran bruscamente y mi cabeza choca contra un objeto no identificado.

El coronel se vuelve, plácido y me dedica una sonrisa de su fabulosa mandíbula. El conductor traduce:

—O.K. Hay un transbordador que atraviesa el mar de Mármara. En dos horas. Se evita Izmir y desembarcaremos en Yalova. Se ganan casi ciento cincuenta kilómetros. Lo fastidioso es que leva anclas cada hora. Y no debemos perderlo.

¡La travesía del mar de Mármara, con los ojos abiertos, sin angustias! Esas palabras de «mar de Mármara» me mecen… Pero Fabrice nos lleva muchas horas de adelanto. Continuemos en este «*jeep*» infernal. Esto valdrá más que quedamos aquí plantados, impotentes, en la orilla delante de una embarcación que se aleja…

Las gafas de acero del coronel han comprendido mi problema. Con el gesto inmortal de Rommel en el desierto, indica al chófer intérprete que enfile de nuevo la carretera. Partimos hacia una, dos, mil estaciones de mi calvario… Padre nuestro que estás en los cielos, etc.

En Gebzé, la gendarmería local bulle en la radio, pero no sabe nada.

La carrera continúa.

¡Oh, dulce playa de Fouras! El balón de un niño se enreda entre mis piernas… El muslo de Marlyse pegado al mío, con un poco de arena que rasca. Si mi ensueño al sol me hubiera revelado a este loco-del-volante-intérprete, y mi vida en peligro a cada curva…

Nos precipitamos sobre Orhangzzi, donde todavía siguen en su sitio las barreras de la Policía. La radio continúa susurrando frases incoherentes.

Gemlik. La radio enloquece. Al fin tiene algo que comunicarnos. El «Oldsmobile» de Janin ha sido detenido en la entrada de Bursa. Todavía nos quedan por recorrer treinta kilómetros antes de pescar a mi guapo, a mi encantador Fabrice.

Estos treinta kilómetros… El «*jeep*» acelera aún más, con la

sirena aullando. Abro los ojos justamente delante de la Gendarmería de Bursa. Tengo los oídos llenos de estruendo y las narices llenas de gasolina. Me siento desfallecer. Una campana tenaz, digna de una iglesia bretona, resuena en mi cabeza. Los músculos de mis piernas se han quedado tensos para siempre. Jamás me sostendrán.

Y de repente siento la deliciosa satisfacción de la ducha helada después de la sauna. El intérprete-chófer-kamikaze me susurra al oído:

—No han encontrado armas… Solamente un diamante gordo, muy gordo… en su neceser.

XXI

—¡Señor Borniche!

Fabrice se ha quedado pálido. Se ha sobresaltado al oír hablar francés y después me ha reconocido. Estaba completamente aletargado. Se yergue, electrizado. Y repite como en una pesadilla:

—¡Señor Borniche!

Coge maquinalmente la mano que le tiendo. Le hablo con tono jovial. En efecto, estoy muy contento.

—¡Encantado de encontrarlo, señor Janin! No es muy amable desaparecer así, sin decírselo a nadie.

Mira de reojo al hombre impasible, vestido de gris, que me acompaña y cuya mirada glacial lo escruta detrás de sus lentes de montura metálica. Tartamudea:

—¿Qué significa esto?

—Significa que estamos aquí por la misma razón, señor Janin. Me comprende, ¿verdad?

Fabrice empieza a representar un papel de comediante de tercer orden. Echa la cabeza hacia atrás, con una mueca de asombro en los labios. Ofrece los síntomas más evidentes de una profunda reflexión. Respeto su mímica silenciosa. Al fin se decide:

—No. No lo comprendo —dice—. Explíquemelo… Mi viaje estaba previsto desde hacía mucho tiempo. Théodose ha de venir a reunirse conmigo.

Difícil partida en perspectiva. Fabrice se ha recuperado. Ahora me hace el truco de la sangre fría. Reconozco al monumento de flema y orgullo que encontrara en Juan-les-Pins con motivo de un simulacro de interrogatorio. Nada permitía entonces sospechar de él: el amigo íntimo de Théodose, el hijo de un embajador… La noche del robo no estaba en «La Murène». El propio Théodose

estaba persuadido de que no había abandonado la «Villa César».

Tengo muy pocos triunfos en mi juego… La actitud curiosa de Mag, salvada por el gongo del abogado Carlotti… Las declaraciones sibilinas de Théodose…

Y he aquí que en Bursa, el cielo, o más bien la temible gendarmería turca, me ofrece un argumento de peso. El destino de Fabrice tiene por nombre coronel Ziya Loletsky. Será preciso que Fabrice, mi desenvuelto *play-boy*, explique la procedencia de este inmenso diamante. Y gracias a una suerte inaudita y a una estúpida imprudencia de este hijo de diplomático, la piedra está envuelta en una hoja de *L'Echo de l'Esterel* cuya fecha coincide curiosamente con la del día del robo… ¿Pero será suficiente para lograr que se desmorone un muchacho inteligente, tan seguro de sí mismo?

Le dedico mi mejor sonrisa:

—Lo sé, Théodose me lo ha dicho todo… Me ha hablado de muchas cosas… De muchas más cosas de las que usted cree… ¡Pero no del diamante!

Fabrice se encoge de hombros. Su actitud es de suprema irritación.

—¿Se refiere al diamante de mi madre? Lo tengo desde hace muchos años. Me lo dio cuando murió la abuela. Es mi capital en caso de necesidad.

—¿Y la fecha de *l'Echo d'Esterel* que lo envuelve?

Mi experiencia de policía toma nota del leve parpadeo. Fabrice se encoge nuevamente de hombros, pero en esta ocasión su guardia es menos alta. Se estará llamando imbécil. Es ridícula esta historia del periódico. No está derribado, sino únicamente conmocionado. Pero esto no está nada mal.

—Si es su madre quien se lo ha dado, esto lo cambia todo —digo—. Ella me lo confirmará a mi regreso a Francia. Y también el señor Frokian dirá que no es suyo. Su billete para Estambul prevé una vuelta en avión, ¿no?

—Sí. ¿Por qué?

—Porque va a regresar a Francia conmigo. Vamos, si usted lo desea, pues nada le obliga… Pero si desea disculparse, lo mejor es que me acompañe…

Silencio.

Prosigo con una voz monocorde:

—… Si no quiere, allá usted. Lo que le digo es por el bien de ustedes tres, por el de Théodose, por el de Mag…

—Me extrañaría mucho que esa pobre Mag le haya dicho nada…

Asiento con una inclinación de cabeza:

—En efecto, ha sido duro. Me había jurado por Jesucristo que ella no había dado el golpe. Pero cuando tuvo que jurar que no sabía quién lo había hecho ya fue otra canción… A Théodose ya lo conoce… Es un hombre amable y bueno. Le quiere, señor Janin. Su pena le ha hecho desmoronarse.

Yo juego mi partida de póquer, mediante anuncios discretos, destinados a minar en la base la moral de mi sospechoso. Acecho las primeras señales del desmoronamiento del edificio. Su inesperada detención en este rincón perdido de Turquía, lo ha preparado. Hay que dejarlo KO en el momento favorable. El bello Fabrice tiene recursos. La prueba…

—¿Y si me niego?

—Entonces…

—No tiene orden de detención…

¡El chantaje!

También me extrañaba que no lo hubiera pensado todavía, que no se hubiera protegido detrás de ese biombo. Pero acaba de cometer un error. Es la frase que nunca hubiera debido pronunciar delante de un policía orgulloso como yo. Me demuestra que no tiene del todo tranquila la conciencia. Y sobre todo me irrita.

La he oído infinidad de veces esa canción, la quimérica esperanza de los sospechosos: ¿Tiene usted una orden de detención?

De hecho, esas seis palabras son su canto del cisne.

Es el principio del fin.

Siempre acaba mal para ellos.

Con orden o sin ella, se encontraban rápidamente en el coche de Crocbois, el chófer engomado, entre Hidoine y yo.

Volvíamos la ley como un calcetín. No era una detención, era una simple interpelación para examen de situación… ¡Matices!

El ensayo se transforma después.

Claro que aquí no es lo mismo. Nos encontramos a seis horas de avión de París. No hay modo de poner en práctica el truco de la comprobación de identidad.

—No, no tengo orden de detención —digo—. Pero puedo pedir

una rápidamente, por telegrama… ¿Conoce las cárceles turcas? Lástima, porque esto le haría reflexionar. Si usted quiere enmohecerse durante unos meses en Turquía, en una celda nauseabunda, en espera de la extradición es asunto suyo… Tiene su destino en sus manos, señor Janin… Yo, lo único que puedo proponerle es llevarle a París o dejarlo aquí. ¿Qué puede importarme que conteste blanco o negro a mis preguntas? Tengo pruebas suficientes en el expediente para hacer que lo encarcelen con una orden internacional… Además, con el famoso diamante de su señora madre… Pues voy a hacerme cargo de ese famoso diamante…

Fabrice se yergue, arrogante:

—¿Por qué no cree en ese regalo, señor Borniche?

—Claro que sí, señor Janin —contesto con una sonrisa angelical—. Bromeaba.

XXII

Con la nariz pegada a la ventanilla, Fabrice Janin ve desfilar el panorama bajo las alas del «Constellation». Hace ya mucho tiempo que hemos sobrevolado Brindisi. Por encima de su hombro, distingo vagamente la laguna arenosa a lo largo de Italia. Y pegadas a la costa del Adriático, los nimbos dorados de las islas yugoslavas.

Desde que despegamos de Atenas, segunda escala después de la salida de Estambul, Fabrice Janin se ha acurrucado en su asiento, volviéndome ostensiblemente la espalda. No ha tocado la bandeja del almuerzo que la azafata le ha colocado sobre su tablilla.

La azafata prodiga sus pequeños cuidados a Fabrice visiblemente más interesada por el físico del *play-boy* que por el mío.

—¿No tiene usted apetito? —le ha preguntado con una exquisita y amplia sonrisa.

Sumergido en sus sombríos pensamientos, Fabrice ha negado con la cabeza.

La azafata ha vuelto a la carga, comiéndoselo con la mirada:

—¿Desea beber algo? ¿Champaña? ¿Zumo de frutas?

Fabrice Janin ha declinado el ofrecimiento.

Después se ha hecho el silencio absoluto, interrumpido solamente por el ronroneo de los cuatro motores. Después de la escala en Milán, llegaremos a París a las tres de la tarde, hora local.

Pongo mi reloj en hora.

Crocbois e Hidoine me esperarán en el aeropuerto. He hecho que telegrafíen a la dirección de la P J.

Tal vez el «Gordo» esté allí, escoltado por su jauría de fotógrafos.

Volvimos de Bursa sin dificultades. Yo me había sentado en el asiento trasero del «Oldsmobile», al lado de Fabrice. Lo vigilaba estrechamente. El viento me alborotaba el pelo. El coronel conducía de prisa. El «*jeep*» nos seguía. Yo no lamentaba la expedición insensata de la mañana.

Cuando entramos en los imponentes locales de la Gendarmería, Fabrice me dirigió una mirada desesperada… ¡Iba a confesar! No. Rápidamente se repuso.

—Usted no me cree, señor Borniche, pero le aseguro que ese diamante me lo ha dado mi madre…

Guardo preciosamente ese diamante. Y espero el momento en que Laszlo Frokian, en París, lo reconozca.

Seguro que lo reconocerá… ¿Seguro? A medida que los paisajes huyen, mi certidumbre vacila.

¿Y si me equivocara?

¿Si Fabrice fuera inocente?

Hasta aquí, no tengo contra él ninguna prueba. Me he marcado un farol, eso es todo… como con ese pobre Théodose.

Entonces, ¿por qué Fabrice ha aceptado acompañarme? ¿Porque le he amenazado con las prisiones turcas? ¿Por qué quiere justificarse lo más pronto posible? Si no fuera culpable, ¿por qué este abandono, este silencio?

A veces, en el reflejo de la ventanilla, observo sus ojos soñadores. Una arruga le cruza la frente. Sus cabellos rubios han perdido el brillo. Ya no tienen su ondulación habitual.

—Beba, Fabrice —le digo con suavidad—. En este avión hace calor, uno se reseca.

¿Qué milagro le induce a volverse hacia mí cuando sobrevolamos el Mont Blanc? ¿Un capricho? ¿Mi tono amable? ¿La solicitud que hasta ahora le he testimoniado? ¿O porque tiene ganas de cambiar de posición, de relajarse?

Su mirada no se aparta de mí. Nuevamente está lívido. La arruga ha desaparecido de la frente. Fabrice Janin se pasa una mano por el pelo. Bebe un sorbo de zumo de pomelo, y toma aliento.

—Ha ganado usted, señor Borniche. Se lo contaré todo.

A la iluminación de la playa suceden las ovaciones de la

multitud y las primeras explosiones del ramillete final. Los cohetes se esparcen en multitud de estrellas sobre la mar. El estruendo hace temblar la arena y los pinos antes de chocar con las colinas del interior, que le devuelven el eco. A cada desgarramiento del cielo, el fragor rueda desde el extremo de la Croisette hasta la punta del cabo de Antibes. Una lluvia tricolor deslumbrante cierra la temporada estival.

La playa de Juan-les-Pins se vacía.

Los curiosos saciados se animan a los compases del vals de las Flores, desgranado por los altavoces.

Fabrice está cansado.

Durante todo el día se ha dedicado a la práctica de su deporte favorito, la pesca submarina, por la península de rilette, en la punta del cabo. Apenas ha probado la comida que Théodose ha hecho preparar expresamente para él. Y sólo por cortesía acepta la invitación de Patrick Meyer y de Collobrières. No sabe decir que no. Y, sin embargo, está harto de fuegos artificiales. ¡Ha visto tantos desde que está en «La Murène»! Y esos bobos de veraneantes que bullen y se agitan al anuncio de cualquier exhibición.

Patrick se impacienta.

—¿Qué hacemos? ¿Vamos al «Tagada»?

En el «Tagada» tiene lugar la elección del Apolo de la Costa. Patrick y François no quieren perderse el desfile de candidatos…

—Yo me voy a casa —dice Fabrice—. Perdonadme, pero estoy hecho polvo.

—Entonces te llevamos —responde Collobrières.

El «Triumph T.R.2» rojo de Patrick Meyer se detiene delante de la «Villa César». Fabrice levanta la cabeza. La habitación de Théodose está iluminada.

Fabrice entra en el corredor, sube la escalera. Se desnuda, toma su ducha y se endosa el pijama. Abre la puerta de Théodose.

—¿Ya estás de vuelta? —dice Théodose.

—Sí, estoy deshecho, vapuleado, muerto.

—Te mueves demasiado —insiste Théodose con un vigor celoso —. Tu *Lady* Brandon acabará por matarte.

—No he ido —dice Fabrice—. En el último momento, Meyer y

Collobrières quisieron ir a ver los fuegos artificiales. Acabo de dejarlos. Se han ido al «Tagada». Les deseo que lo pasen bien.

—Y yo también —asiente Théodose—. Buenas noches, pequeño. Mañana tengo un día muy cargado… A propósito, adivina quién me ha ofrecido hoy sus servicios.

—Pues no sé… Un mozo de equipajes… ¿Un *maître* de hotel?

—No. ¡Un poli…! Werner, el detective de Niza. El señor Lo veo todo. Lo sé todo. Lo protejo todo… El que se oculta tras un periódico. Me ha dejado su tarjeta. Tengo ganas de contratarle en espera de tener una caja fuerte más sólida. ¿Qué opinas?

—Los clientes no tienen más que depositar su dinero en el Banco.

—No puedo decirles eso, pequeño. Creen que «La Murène» es un hotel serio, bien protegido… Que su caja fuerte es inviolable. ¡Si supieran…! Verás, mañana haré venir a Werner unos días. Y encargaré una Fichet último modelo.

—Te preocupas por todo… Buenas noches.

Fabrice Janin vuelve a su habitación con un humor de mil diablos. De repente se le ha ido el sueño.

—¿Será la ducha lo que le ha espabilado, o lo que Théodose ha dicho sobre la Fichet último modelo?

¿Por qué esa súbita preocupación? Hasta ahora, en el hotel nadie se preocupaba de la seguridad. Entran y salen como en un molino… Fabrice se divierte mucho con esas idas y venidas. Albert, el *maître* de hotel, desaparece por la noche por la parte del camino de Sables… Suzan Fuchs, la hija de la riquísima Maiy, va a reunirse en secreto con Trachelle, el barman… Arrighi, el buceador, surca por la noche los pasillos, en busca de la gran sensación erótica, espiando a las parejas a través de los tabiques… ¿Y qué hacía la otra noche ese mirón de Arrighi delante de la habitación de Baerhof, cuyos rugidos de fiera en celo exasperan a la clientela…? Y Brocas con su jeta de testigo falso… Si se cometiera un robo en el hotel, en seguida se sospecharía de todos ellos… Sin contar con los compatriotas de Rizzato… Y Sergio Piana que se ha fugado de la cárcel de Montecarlo.

La otra noche, en el bar, cuando los invitados de *Lady* Brandon se disponían a trasladarse al *Kenya*, Mag se llevó el cofre de Frokian. Un joyero de prestigio no se pasea con un cofre de joyas

Fix o Burma.

Todo esto da vueltas en la cabeza de Fabrice. Está agitado, inquieto.

Una idea trata de imponérsele, lo atormenta.

Para calmarse pone en el electrófono el «Concierto para violín, de Beethoven». Reduce el sonido lo más posible para no molestar a Théodose, que se ha dormido en la habitación contigua.

Es la una. Fabrice da vueltas y más vueltas. El sueño no viene. Oye abrirse suavemente la puerta de su habitación. No abre los ojos. Ni se mueve. Ese viejo pederasta de Théodose viene a verle dormir con una mirada enternecida…

Está harto de Théodose, de su hotel, de sus antigüedades, de *Charlemagne*.

El bello Fabrice está harto de vivir entre ancianos.

Ciertamente es una vida fácil, pero ¡a qué precio!

Fabrice y los viejos…

Las escenas de celos de Théodose, los lloros, las lamentaciones.

Y con ese alcohólico de *Charlemagne* que lo detesta, las perpetuas fricciones, los reproches, las palabras hirientes.

¡Fabrice se ahoga!

Muchas veces ha sentido deseos de abandonar esta vida, de irse muy lejos… Solo… O con una mujer a la que amaría…

Pero ¿y el dinero?

Él no tiene. Y Théodose sepulta todos sus ingresos en las vejeces que le hace comprar *Charlemagne*…

… Y hoy, en este preciso momento, se presenta la ocasión soñada. Ha sido necesario que Werner ofreciera sus servicios a Théodose para que esto se le hiciera evidente a Fabrice… ¡Divertido! ¡Un poli responsable indirecto… ¡Si va a vigilar el hotel mañana será demasiado tarde!

Mag guarda la llave del cofre en el cajón de su mesilla de noche. Naturalmente, no desconfía de Fabrice… Tendría que actuar mientras duerme, abrir la caja, cerrarla… ¡No! ¡Nada de cerrarla! Sospecharían de Mag. Dejarla abierta y desaparecer sin ruido.

Pero ¿y si Mag se despierta? ¿Si pide socorro? Para que se calle hay que complicarla en el golpe. ¡Vaya tontería, Fabrice! ¡Con lo beata que es!

Es beata, de acuerdo, pero se le ha insinuado algunas veces a

pesar de sus melindres de rana de pila de agua bendita. Si entonces hubiera sabido… Se la hubiera atraído… Le haría hacer lo que quisiera. Se ha dado cuenta de cómo lo mira detrás de sus gruesos anteojos la vieja zorra. Pero realmente no era alentador. Por no decir imposible. Una mujer tan fea. Y flaca… Incluso Rizzato no ha querido saber nada de ella, contrariamente a lo que hace un momento había pensado Théodose…

—¿No crees, Fabrice, que Mag ronda a Albert?

—Bueno, yo creo que ella se echaría sobre cualquiera.

Fabrice se imagina a Mag desnudándose. Se deshace el moño. El pelo, ya canoso, le cae sobre los hombros descamados… Se desmaquilla… O hablando con más propiedad, se quita la delgada capa de polvos que la hace aún más incolora. Se arrodilla, dice su oración, se quita las gafas, las coloca sobre la mesilla de noche, se acuesta…

Fabrice se incorpora en la cama. Mag es miope. Archimiope. ¡No verá nada, nada en absoluto! Si se la amenaza a distancia con cualquier objeto, tendrá la impresión de que se trata de un revólver. Disimulará la voz y le ordenará que abra la caja… Ella volverá a acostarse… Y entonces Fabrice desaparecerá en la oscuridad.

La habitación de Mag no está nunca cerrada con llave. Él lo sabe. Conoce bien esos lugares. Como todas las noches, Rizzato tiene ocupada a Mary Fuchs y Trachelle a Suzan. La llave de la verja del camino de Sables está abajo, en el cajón del aparador de la cocina de la «Villa César».

Fabrice se desliza de la cama. En la oscuridad, coloca la almohada a lo largo, en su lugar, para dar el cambiazo.

El camino de Sables está desierto. Con su ligero pijama de seda azul, Fabrice recorre los cincuenta metros que separan la «Villa César» de «La Murène». Abre la verja. En el campanario de la iglesia dan las tres y media. «La Murène duerme». Juan-les-Pins duerme.

Fabrice contiene el aliento. Sube por la escalera de servicio. En el descansillo del primer piso, cierra la puerta de la que pende una escoba. Abre la puerta de Mag. El foco de luz de la linterna recorre la habitación, se detiene en la cara de Mag… Ella respira tranquilamente.

Fabrice se acerca a la mesilla de noche y abre el cajón. Un gruñido interrumpe su gesto. Se queda inmóvil. Se ha olvidado de *Onésime*, el teckel de Mag. El perro ha saltado de la cama para hacerle unas fiestas. Él intenta apartarlo, pero los gemidos de *Onésime* despiertan a Mag…

Fabrice se oculta en un rincón de la habitación. Perdido por perdido…

—¡Las joyas! ¡Rápido o disparo!

Ha disimulado la voz. Mag, desconcertada, intenta incorporarse, encender su luz de cabecera, encontrar sus lentes… Fabrice reitera su orden imitando cualquier acento desconocido:

—¡Coja la llave de su cajón y abra el cofre!

En su precipitación, no ha desfigurado bien la voz… Además ha cometido la estupidez de referirse al cajón… Y ese maldito perro que no deja de husmearle y lamerlo…

Mag se asombra.

—¿Qué le pasa, Fabrice? ¿Quiere asustarme?

Lo ha reconocido.

Su atraco zozobra en él ridículo. Pero ha ido demasiado lejos, ya no puede retroceder.

—No es broma, Mag. Abra la caja y póngalo todo en una toalla.

Mag, aterrorizada, se levanta. Y hace lo que le dice Fabrice como una autómata. Pero en su estupor aún tiene fuerzas para volverse y decir:

—¿Se ha vuelto loco, Fabrice? ¿Quiere robar a Théodose?

—Estoy harto de «La Murène». Necesito aire. Necesito dinero. Así que arramblo con todo. Y si usted me denuncia, diré que es mi amante y que hemos dado el golpe juntos.

Mag, con los brazos colgantes, permanece como alelada, clavada en el suelo, bajo el foco vacilante de la linterna.

—Métalo todo —dice Fabrice—. El gángster Piana acaba de fugarse de Mónaco con un cómplice. El otro día hablaban de ello con Théodose, ¿recuerda? Théodose decía que se me parecía. Pues bien, para todo el mundo el ladrón será él. Muy sencillo. Ha entrado por el balcón con su compinche… Su ventana estaba abierta como siempre. Y usted dirá que era algo más de medianoche…

«¿Cómo ha podido llegar a este extremo?», piensa Mag.

—Acuéstese otra vez —le dice Fabrice—. Nadie sospechará de

usted.

Arranca del balcón la cuerda de colgar la ropa. Ata los tobillos y las muñecas de Mag que gime:

—¡Me hace daño!

—Unos minutos de paciencia —exhorta Fabrice—. Después pedirá socorro. Cuando se haya quitado la mordaza.

Moja ligeramente un trapo, lo arruga. Lo coloca junto a la cabeza de Mag, sobre la almohada.

—Es por la saliva —le dice—. No se tiene un trapo en la boca cuatro horas sin mojarlo… Así resultará más convincente. No olvide que ha sido hacia la medianoche cuando Piana ha entrado en su cuarto y la ha amordazado y atado… Cuento con usted, Mag… Dé las señas de Piana que leímos el otro día en los periódicos… Pero, de todos modos, no muy exacta, pues no olvide que es usted miope… Yo tengo una coartada. Théodose me ha visto dormido.

Fabrice desaparece en la noche, baja la escalera. Apaga su linterna eléctrica. Busca con nerviosismo la llave de la verja. ¡Tanto peor! Pensarán que el vigilante nocturno se ha olvidado de cerrarla. Tira de la verja.

Treinta segundos después se encuentra en su habitación.

Ha encontrado la llave y la ha puesto en el cajón del aparador de la cocina. Empuja su botín hacia el fondo de la cama con los pies.

Es rico.

—¡Señor Théodose, señor Théodose!

Fabrice, hasta entonces dueño de sí, se siente atacado por un temblor incontenible.

—¡Soy Bergaud, el florista! ¡Venga pronto, señor Théodose, se lo han llevado todo!

Suenas las persianas. Fabrice percibe la respiración entrecortada de Théodose, en la escalera. Le oye volver a la «Villa César», registrar en el cajón de la cocina, proferir un juramento porque todo ha caído al suelo, irse otra vez…

Fabrice empieza a conocer el miedo.

¿Tendrá tiempo de ocultar su tesoro? ¿Y dónde?

Baja la escalera, coge la pala del carbón y *L'Echo de l'Esterel* que está sobre la mesa.

Debajo del macizo de rosales, en la tierra blanda, oculta las

joyas y el dinero, envueltos en el periódico.

Acaba de volverse a acostar cuando reaparece Théodose.

Fabrice ha recobrado su sangre fría. Representa a maravilla el papel del hombre que se despierta, que se viste con rapidez. «Después de todo —se dice para barrer un último escrúpulo—, las joyas están aseguradas. El seguro pagará…».

Mag, liberada de sus ligaduras, no le mira. Sin embargo, él le dirige una mirada cómplice y agradecida. Mag desempeña bien su papel. La Policía se dispone a seguir el rastro de Sergio Piana, el *play-boy* de la Costa…

Fabrice Janin nunca se ha sentido tan libre.

Un poco de paciencia, mucha prudencia, y podrá llevar la vida que quiera y como le parezca.

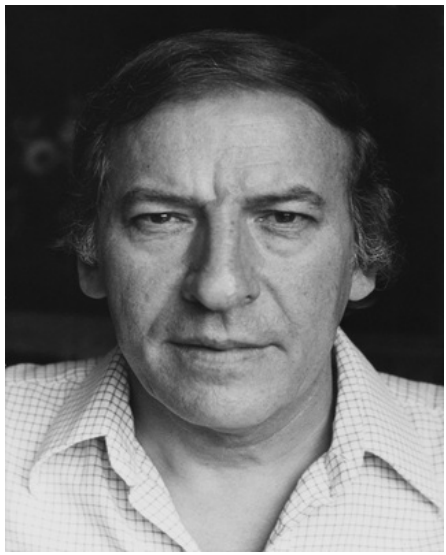
El «Constellation» ha iniciado ya su descenso. Traigo de nuevo mi presa al suelo de Francia, que ya empieza a subir hacia nosotros, muy de prisa.

—¿Y las joyas siguen allí?

—Seguramente. Nadie puede descubrirlas. Únicamente he vendido una para tener dinero suelto, a un joyero de Estambul… Le llevaré al escondrijo.

—No —le digo aflojándome el cinturón—. El comisario Pédroni está allí. Después de todo lo que ha trabajado, merece desenterrarlas él… ¡Lo que me ha hecho sudar, mi querido Fabrice, siguiendo la pista de Sergio Piana, el famoso *play-boy* de la Costa! Fabrice me sonríe. Su confesión lo ha aliviado. ¿Acaso está seguro de salir bien librado? En todo caso, me dice con una voz amistosa, cálida, acompañada de un guiño malicioso:

—Él o yo, señor Borniche… Un *play-boy* bien vale otro, ya sabe… Pero, oiga, ¡qué título para una novela! ¿No le parece?



ROGER BORNICHE nació en Vineuil-Saint-Firmin, en el Oise, el 7 de junio de 1919. Su padre, superviviente de Verdún, es pintor de casas.

Primero fue un soldado cómico en 1937, luego compositor en el Caveau de la République.

Se unió a la policía durante la Segunda Guerra Mundial para escapar del servicio de trabajo obligatorio, pero renunció para no servir al régimen de Vichy. Se reincorporó en 1944 y se convirtió en inspector de Seguridad Nacional.

Tras dejar la Seguridad Nacional en 1956, obtuvo una autorización del Ministro del Interior para ejercer la profesión de agente investigador privado y abrió, en París, una firma de investigación privada especializada en fraude de seguros (investigador de «seguros»). Su hijo Christian, que se hizo cargo de la firma de investigaciones privadas, está detrás de la creación del diploma profesional de investigador privado creado en la Universidad Panthéon-Assas.

Inspirado por su lucha contra la banda Tractions Avant y en particular contra Émile Buisson, un ladrón psicótico, Flic Story, Le Gang y L'Indic fueron llevados a la pantalla (con una adaptación de Alphonse Boudard). L'Indic sirvió de base para el escenario de la

película homónima de Serge Leroy.

Vivió durante muchos años en California en los Estados Unidos. De regreso a Francia desde 2015, se mudó con su esposa Michèle a Cannes en los Alpes Marítimos donde murió el 16 de junio de 2020 a la edad de 101 años.

Notas

[1] Ver *Flic S tory*. < <

[2] Ver *Le Gang*. <<

[3] Ver *Renné La Canne*. <<

[4] Ver *René la Canne*. <<

[5] Cortina de sueño. < <

[6] Brugnon = Griñón, variedad de melocotón *(N. del* t.) <<

[7] Ver *René la Canne*. <<

[8] B.C.N. Bureau Central National. Oficina Central Nacional, filial de la Interpol en Paris. < <

[9] Ver *El gang*. <<